

Teseo (CABA).

Margarita (1875). Novela original, de Josefina Pelliza de Sagasta. Edición, notas y estudio preliminar de Natalia Crespo.

Crespo, Natalia y Pelliza, Josefina.

Cita:

Crespo, Natalia y Pelliza, Josefina (2016). *Margarita (1875). Novela original, de Josefina Pelliza de Sagasta. Edición, notas y estudio preliminar de Natalia Crespo*. CABA: Teseo.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/natalia.crespo/37>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p89S/2gk>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MARGARITA

MARGARITA

NOVELA ORIGINAL

de

Josefina Pelliza de Sagasta

Edición crítica, anotada e introducción de
Natalia Crespo



Índice

Agradecimientos.....	9
<i>Margarita: un melodrama del siglo XIX</i>	11
MARGARITA	77
CAPITULO PRIMERO	79
CAPITULO II	85
CAPITULO III	95
CAPITULO IV	103
CAPITULO V	115
CAPITULO VI	123
CAPITULO VII	131
CAPITULO VIII	139
CAPITULO IX	145
CAPITULO X	149
CAPITULO XI	157
CAPITULO XII	161
CAPITULO XIII	167
CAPITULO XIV	177
CAPITULO XV	183
CAPITULO XVI	199
CAPITULO XVII	209
CAPITULO XVIII	215
CAPITULO XIX	221
CAPITULO XX	227
CAPITULO XXI	237

CAPITULO XXII.....	245
CAPITULO XXIII	251
CAPITULO XXIV	259
CAPITULO XXV.....	265
CAPITULO XXVI	269
CAPITULO XXVII	273
CAPITULO XXVIII.....	279
CAPITULO XXIX.....	287

Agradecimientos

A Hebe Molina, por la generosidad intelectual y el afecto con que leyó y comentó pacientemente los borradores previos a esta versión que hemos acordado en considerar “la versión final” (aunque quienes nos dedicamos a rescates y a archivos sabemos lo ilusorio de tal completitud).

A Norma Alloatti, por su gran ayuda en la recolección de documentos históricos.

A Marina Guidotti, por haberme alcanzado algunos artículos periodísticos de Josefina Pelliza.

A María Rosa Lojo, mi directora.

Margarita: un melodrama del siglo XIX

1. El rescate de obras “menores” y olvidadas

En los últimos años han surgido varios estudios sobre la literatura argentina del siglo XIX que llevan adelante una labor de rescate de obras olvidadas. Estos abordajes se proponen recuperar novelas y novelitas publicadas en su momento en la sección “Folletín” de los periódicos, o bien en formato libro, pero nunca re-editadas y que hoy se hallan arrumbadas en algún estante de una biblioteca pública o de una colección privada, a merced de hongos y polillas. En este sentido, las investigaciones de Hebe Molina, María Rosa Lojo, Beatriz Curia, Carolina Sánchez, entre otros, al abarcar algunas de las llamadas “obras menores” (u olvidadas), salvan de la desaparición textos en peligro de extinción y permiten armar un mapa de la novelística decimonónica más amplio que los propuestos en décadas anteriores por la crítica especializada.¹

El período de la Organización Nacional (1850-1880) presenta una producción prolífica y diversa. Dentro de estas tres décadas, la de 1870 (o, más específicamente, la etapa comprendida entre 1872 y 1879) es considerada por Molina como el “período de la revolución silenciosa” (40), dado

¹ Para una síntesis del desarrollo de la novelística del siglo XIX –según lo ofrecen las principales historias de la literatura– y sus limitaciones o exclusiones, ver “Novelas decimonónicas en el margen. Una revisión de la poética histórica”, de Molina. Por su parte, Ortiz Gambetta, en referencia a las novelas publicadas durante el período 1850-1880, sugiere: “Este corpus representa el nacimiento del género novelístico en el sistema literario argentino y reformula el salto diacrónico (o vacío) supuestos en las historias de la literatura nacional, entre *Amalia* y la generación del 80” (324).

que durante estos años “la novela se diversifica en formas y temas” y “las variantes de lo fantástico, la ciencia-ficción y lo policial” conviven con otras formas que se mantienen más conservadoras. “Josefina Pelliza de Sagasta prolonga la novela sentimental y melodramática con *Margarita* (1875) y *La chiriguana* (1877)” (“Novelas decimonónicas...” 40-2). Dicha convivencia temporal o simultaneidad se hace patente si pensamos, por ejemplo, en el semanario *Álbum del hogar*, publicación en donde aparecen en los números de 1878 y 1879 los capítulos por entrega del texto *Un tipo muy particular*, de Eduardo Ladislao Holmberg, que darían origen a la “revolución silenciosa” de la que habla Molina, y los textos periodísticos de Pelliza, agrupables dentro del romanticismo tardío y de corte más conservador.

*Margarita. Novela original*² (1875), primer libro de la desconocida escritora entrerriana Josefina Pelliza de Sagasta (1848-1888), nunca hasta ahora ha sido re-editado³. El presente estudio saca a la luz esta obra y ofrece una lectura crítica teniendo en cuenta algunos lineamientos sobre la literatura romántica sentimental y sobre la teoría del melodrama, desarrollada principalmente por el teórico británico Peter Brooks.

Al igual que Pelliza y sus novelas, la obra de Peter Brooks es poco conocida en nuestro ámbito académico. Hasta el momento, sólo se han traducido al español dos de los seis capítulos que componen su clásico estudio sobre la imaginación melodramática: *The Melodramatic Imagination*. Balzac, Henry James, Melodrama and the Mode of Excess

2 La aclaración de “novela original” como subtítulo de la obra se utilizaba en la época, según explica Molina (54, 2011) para referirse a las obras producidas localmente, diferentes de las traducciones al español de literatura extranjera (principalmente europea).

3 Hemos hallado tan sólo dos ejemplares del texto (idénticos, a no ser porque uno de ellos posee una dedicatoria): uno se encuentra en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y el otro, en la Biblioteca de la Academia Argentina de Letras.

(1976)⁴. Con algunas salvedades y limitaciones (que referiremos más adelante) creemos que los análisis de Brooks, como así también los de Dye, Bentley, Williams y Singer (entre otros), pueden ser de utilidad a la hora de considerar la significación en la historia de nuestra literatura de las novelas y novelitas melodramáticas que comenzaron a circular en la prensa durante el siglo XIX y dentro del cual *Margarita* es tan sólo un ejemplo.

2. Josefina Pelliza de Sagasta

Es muy poco lo que se sabe sobre la autora de *Margarita*. En el *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, Vicente Cutolo refiere que la poetisa “nació en una trashumante carreta en Concordia (Entre Ríos) el 4 de abril de 1848” y murió en Buenos Aires “el 10 de agosto de 1888, a los cuarenta años de edad” (382). Agrega Cutolo que en “la Recoleta existe un monumento que perpetúa su memoria, erigido con autorización del Consejo Deliberante de Buenos Aires” (382). En coincidencia con Néstor Auzá y Lily Sosa de Newton, Cutolo refiere que la escritora era hija del coronel José María Pelliza y de Doña Virginia Pueyrredón, dato que se constata en el libro del Censo de 1855⁵. A partir de dicho censo, sabemos también que el matrimonio Pelliza vivía en el primer piso de una “casa de altos” de la Ciudad de Buenos Aires, en la calle Santiago del Estero n° 64, junto a sus seis hijos y a su “hijo político”, Policarpo Mom, comerciante, esposo de Aurora, la hija mayor del matrimonio. Seguían a Aurora: Virginia (nacida en 1838), Abel (nacido en 1839),

⁴ Me refiero a las traducciones de Estefanía Viglione y Marcela Alemandi de los capítulos II y III respectivamente, y publicadas en el libro *El folletín y sus destinos*. Agradezco a María Inés Laboranti el haberme facilitado esta bibliografía.

⁵ Agradezco a Norma Alloatti el haberme facilitado una copia de este documento histórico.

Juan Martín (nacido en 1843), Josefina (nacida en 1848) y Amalia (nacida en 1853 y casada años más tarde con Carlos Durand⁶). Tanto los padres como los seis hijos y el yerno eran “naturales del país” y se declaraban ante el censor como alfabetizados. Por su parte, Dora Barrancos agrega:

Los Pelliza Pueyrredón en realidad estaban en bancarrota. Quien más se destacaba en la familia era su hermana Josefina, poetisa y novelista, al parecer muy bella, casada con Sagasta, y que murió joven, asistida por su amiga Juana Gorriti (116).

Uno de los escasos datos biográficos existentes es una copia del Libro de Bautismos de la Parroquia de San Nicolás, en donde consta que Feliz María Sagasta, hijo del matrimonio de Josefina Pelliza con Feliz Sagasta, nació el 14 de setiembre de 1878⁷.

Pelliza ha escrito ficción en prosa (novelas y relatos), poemas, textos periodísticos y cartas que, en algunos casos, formaron parte de acaloradas polémicas de la época. Dentro de su ficción se hallan dos novelas de estilo romántico, de temáticas sentimentales (aunque muy diferentes entre sí) y con rasgos de corte melodramático: la que aquí rescataremos, *Margarita* (1875), su obra más importante y la novelle *La Chiriguana* (1877), de próxima re-edición. Dentro de sus textos ensayísticos, sabemos de la existencia del volumen de artículos *Conferencias: el libro de las madres* (Buenos Aires: Lavalle, 1885) aunque no hemos podido dar con él en

⁶ En su artículo “Inferioridad jurídica y encierro doméstico”, Dora Barrancos analiza –a propósito del sometimiento sufrido por Amalia Pelliza Pueyrredón en su trágico matrimonio con el Dr. Carlos Durand– la condición de inferioridad jurídica de la mujer bajo el Código Civil de Vélez Sarsfield.

⁷ Este documento también ha sido gentileza de la historiadora Norma Alloatti. La joven familia, según se lee en la partida, reside en el año 1878 en la calle Charcas 164, en Buenos Aires.

ninguno de los repositorios consultados⁸. Su libro de relatos *El César* (1881) ha sido publicado junto con los poemarios *Lirios silvestres* (1877) y *Canto inmortal* (1885) en el volumen titulado *Pasionarias* (1888), antecedido por una “Corona” o conjunto de cartas de elogio y reconocimiento que varias personalidades célebres de la época dirigieron a la escritora. Sus artículos periodísticos aparecieron en revistas como *La Alborada del Plata* (de cuya codirección estuvo a cargo un tiempo Pelliza, junto con Juana Manuela Gorriti) y el semanario de literatura *Album del hogar*, dirigido por Gervasio Méndez. Algunos de sus poemas formaron parte de importantes antologías del siglo XIX como *Parnaso argentino*, *Álbum poético argentino*, *América Poética*. Según Cutolo, entre sus novelas figura una titulada *Palmira o el héroe de Paysandú*, hasta ahora inhallable.

Por nuestra parte, en la investigación de archivo hemos hallado que existe una novela, al parecer inconclusa, *La favorita de Palermo*, cuyos primeros capítulos aparecieron en 1877 y 1878 en *La Alborada del Plata*. Los números originales de esta publicación se encuentran en la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional. No se hallaron hasta el momento más capítulos que estos.

El presente volumen es la primera edición crítica de la novela *Margarita* y asimismo la primera re-edición de una obra de Pelliza, pues todos sus libros y escritos, como así también su figura, han sido olvidados prácticamente por completo tras la muerte física de la escritora en 1888.⁹

⁸ Esto es: Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, Biblioteca del Congreso, Biblioteca del Colegio Nacional de Buenos Aires, Biblioteca de la Universidad de Buenos Aires, Biblioteca de la Universidad de La Plata, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Biblioteca de la Casa Museo de Ricardo Rojas.

⁹ Como suele ocurrir en estos casos, el olvido de esta escritora no ha sido total. Hemos hallado las siguientes referencias a su obra: 1. El poema “Mis deseos”, antecedido por una breve nota bio-bibliográfica, en el libro *Las escritoras 1840-1940. J.M. Gorriti. C. Duayen, M. de Villarino y otras*, antología con prólogo de Elida Ruiz. 2. Dos de sus poemas en la antología que compiló Bonnie Frederick, *La pluma y la aguja: las escritoras de la Generación del '80*, en

3. La década de 1870: panorama de algunas preocupaciones

Lejos de pretender resumir una década entera en pocas páginas, rescatamos aquí muy sucintamente algunas de las cuestiones candentes en el período de producción de *Margarita* que, con las máscaras y transformaciones propias de la ficción, aparecen en la novela: la italo-fobia o incipiente reacción xenófoba de la élite letrada conservadora a la que pertenecía Pelliza (y casi todos los escritores) como efecto de la creciente inmigración europea y la crisis económica del país, el rechazo hacia los avances de la Modernidad expresado en cierta idealización nostálgica de la vida rural pre-moderna, el malestar ante la gran movilidad de clases sociales e identidades, los cuestionamientos hacia la institución civil del matrimonio y su relación con la Iglesia y con el sentir de cada individuo (cuestionamientos enmarcados en la polémica entre laicos y católicos, en auge durante el último cuarto del siglo XIX).

Explica Hilda Sábato que en octubre de 1874 asume la presidencia, como sucesor de Sarmiento y representante de los ideales más “federales”, el tucumano Nicolás Avellaneda, apoyado principalmente por las provincias y, en breve, enemistado con las fuerzas de Buenos Aires. Para diciembre de ese año, aunque desprestigiado por la prensa porteña, Avellaneda había logrado establecer su poder en el resto del país. Guiarían su mandato estos objetivos: políticas públicas destinadas a intervenir activamente para modificar el perfil

donde se analiza sucintamente la situación de las escritoras en el siglo XIX, entre ellas Pelliza. 3. Un artículo en *Autoras postergadas de la literatura femenina argentina: Josefina Sagasta, Lola Larrosa, y César Duayen*, (Cristina Featherston editora). 4. Un fragmento del capítulo XXII de *Margarita* en *Narradoras argentinas* (Sosa de Newton, ed., pp. 69-79). 5. La reedición de dos artículos de Pelliza de *La Alborada del Plata* en el libro de Masiello, *La mujer y el espacio público* (pp. 105-7: “He ahí ‘La Alborada!’” y pp. 118-23: “Reclusa o hermana de la caridad? Ni uno ni lo otro”), 6. Menciones pasajeras a su obra en Ortiz Gambetta (53) y Molina (38).

cultural y demográfico del país, en especial en materia de educación e inmigración; para unificar y controlar el territorio, a través de la expansión de las comunicaciones, y para fomentar la expansión agropecuaria por medio de la colonización y el reparto de tierras, entre otras (Sábato, 234).

Durante los años 1873-1874 se había iniciado en el país una crisis económica ocasionada por el descenso de las exportaciones y una consecuente baja de los préstamos e inversiones. Si bien en el campo la producción de lana seguía en aumento, recién en 1878 dejaría de sentirse el cimbronazo del déficit. Este clima de crisis afectaría de modo directo la percepción negativa que los ciudadanos locales tenían de la inmigración. Así, mientras que el gobierno promovía la llegada de europeos pregonando que poseían buenos hábitos de trabajo y una disciplina social modelo, crecía en la gente un sentimiento de xenofobia y rechazo hacia los recién llegados. Como sabemos, la mayor parte del flujo inmigratorio proveniente de Europa a lo largo del siglo XIX llegó de Italia (Falcón, 489). Esta masa difería en número y en tipo social con las expectativas de los habitantes locales¹⁰.

En 1876 se promulga la Ley de Inmigración y Colonización, que ampliaba las facilidades ya establecidas durante la presidencia de Mitre para los recién llegados de Europa. Según Fernando Devoto:

¹⁰ Un texto que da cuenta de la divergencia entre las políticas de promoción de la inmigración y la percepción incómoda de los ciudadanos ante estos aluviones vistos como una invasión, es el de José Wilde, para quien los italianos “como labradores, no los creemos los más útiles al país” (96). El rechazo se debe, según Wilde, a “lo que personalmente hemos observado” (96): “Un italiano arrienda por cierto número de años, una o dos o cuatro o más suertes de chacra; si no tiene población, levanta un rancho de quincho, con techo de paja y un galpón de los mismos materiales para guardar su cosecha –no planta un solo árbol, ni frutal ni de sombra–. Al vencimiento de su contrato, si los ranchos están en pie, se encuentran en tal estado, que no tardan en desplomarse; se van, pues, no dejando una sola mejora en el terreno, ni una sola planta. Muchos de estos, sin dejar absolutamente nada tras sí, vuelven a su país con el monto neto de sus economías” (Wilde, 96). En ésta como en todas las citas de textos del siglo XIX respetamos la ortografía original.

(L)a ley, a la vez que reproponía la estrecha relación deseada entre inmigración y colonización, sistematizaba un conjunto de beneficios efectivos (desde el alojamiento gratuito en el momento del arribo durante seis días hasta la internación al punto elegido) o potenciales (adjudicación de tierras públicas). (...) Todo conformaba un conjunto orgánico bajo control del estado (Devoto, 239).

Junto con la promulgación de esta ley, se establece el Hotel de los Inmigrantes (que daba alojamiento a los recién llegados) y diversas agencias que, desde los países de origen, estimulaban la inmigración ofreciendo todo tipo de facilidades: tierras, trabajo, documentación. La fe en la doctrina alberdiana y en las virtudes civilizatorias de los inmigrantes estaba firme y se cristalizaba en medidas políticas concretas y efectivas.

Además de la inmigración, otro cambio notorio es que alrededor de esos años aparecen en Buenos Aires los primeros establecimientos con características industriales: reducidos de producción de lana, manteca y papel irían modelando un perfil de ciudad más industrial y darían trabajo a muchos de los inmigrantes recién llegados. Asimismo, la invención de la máquina frigorífica permitió el aumento a gran escala de las exportaciones de carne congelada hacia Europa. La producción de cereales creció considerablemente durante estos años, gracias en parte a la expansión de las redes ferroviarias, la cual posibilitó la conexión entre las zonas rurales de producción agrícola y el puerto. A partir de 1876, el país se convirtió en productor y exportador de cereales y de ganado, siguiendo un modelo liberal de Estado y tratando de ajustarse a las exigencias de sus clientes europeos.

Es dentro de este contexto –crisis económica, surgimiento del trabajo industrial en condiciones de explotación, oleadas inmigratorias de italianos y españoles, apoyo del Estado a los inmigrantes y decepción de los ciudadanos ante los recién llegados– que se puede entender la construcción xenofóbica que la literatura decimonónica hace de los

italianos. En este sentido, la novela de Eugenio Cambaceres, *En la sangre* (1887), sea quizás el ejemplo más emblemático –aunque no el único– de la “íto-fobia” literaria.

Desde un estilo romántico y con la ambivalencia ideológica propia del melodrama (volveré sobre esto más adelante), *Margarita* ofrece una representación del italiano como un ser advenedizo y carente de moral. Como el Genaro Piazza de Cambaceres, el Luis Rizzio de Pelliza es un sujeto oportunista y vil que sólo busca ascender socialmente a fuerza de engaños y estafas, ocultando siempre su verdadera identidad. Sin embargo, muy a la postre, algo salva al melodrama del determinismo lombrosiano de la prosa naturalista: en la idiosincrasia que propone la novela de Pelliza, el italiano malo termina salvándose, lo rescata su fe, pues en definitiva valdrá más su condición de cristiano que su extranjería.

La cuestión del matrimonio y de la sexualidad, abordada con astucia (según veremos) en *Margarita*, se enmarca dentro del gran tema de la religión y los roles atribuidos en la época a cada género y según cada clase social. Como explican Bravo y Landaburu, durante la época:

La religión católica consideró al sexo una fuente de perversiones y vicios. Se escindía al ser humano en dos dimensiones antagónicas: espíritu y cuerpo. El primero conducía a la salvación, el segundo era la vía del pecado. De ahí el desprecio por la corporalidad, vehículo hacia los excesos, y el aprecio a los ideales de moderación y continencia. Castidad e indisolubilidad del matrimonio fueron tópicos fundadores del ordenamiento social propuesto por el discurso canónico. (...). El contacto sexual suponía la disposición al pecado y sólo era tolerable en el seno del matrimonio por su función reproductora (215).

La religión, cada vez más relegada al ámbito privado a medida que avanzaban el liberalismo y la formación de estados capitalistas, pasó a ser una práctica sostenida por quienes pasaban más tiempo dentro del hogar: las mujeres. Castidad, piedad, abnegación, fueron sostenidos, tanto por la doctrina liberal como por la Iglesia, como los valores intrínsecos

a la mujer, cuya inclinación a la maternidad se consideraba natural y, con ella, su función de educadora de hijos y sostenedora de costumbres, “el ángel del hogar” (Bravo, Landaburu, 215-218).

Hebe Molina y Beatriz Curia han analizado la cuestión, recurrente en la literatura de la primera mitad del siglo XIX, del matrimonio por amor vs el matrimonio por conveniencia. Carlos Mayo también da cuenta de este debate y explica que, a raíz de las uniones arregladas por conveniencia económica, era frecuente entre los jóvenes casarse a muy temprana edad y a espaldas de la familia. Sin embargo, Pelliza va un paso más allá en su novela: no se trata de oponerse sólo al matrimonio arreglado por conveniencia económica sino al matrimonio como institución social que somete a la mujer¹¹.

4. La novela argentina en la década de 1870

Durante el lustro 1870-1875 se publican en Argentina varias de las obras que hoy consideramos clásicos de nuestra literatura decimonónica: *Peregrinación de Luz del Día, o viaje y aventuras de la Verdad en el Nuevo Mundo* de Juan Bautista Alberdi en 1871; la primera parte de *El gaucho Martín Fierro* en 1872, los primeros textos de Eduardo Ladislao

¹¹ Una oposición al matrimonio por parte de otra escritora latinoamericana contemporánea de Pelliza es la que hallamos en la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda. A través del análisis de sus cartas, Nuria Girona Fibla sugiere: “mediante las anécdotas evocadas de la infancia, Gómez de Avellaneda logra constituirse como una niña excepcional en su formación; después, como una joven que desestima matrimonios y no tiene inconvenientes en coquetear; en esta primera línea, en la que se construye la narración de una vida, luce su rareza y particularidad: es una mujer única y, para afirmarse como tal, debe separarse del resto, incluso al precio de separarse del colectivo al que pertenece, en su negación de la feminidad” (Girona Fibla, 138). Para una historia del matrimonio en la época colonial en el Río de la Plata, ver Cicerchia.

Holmberg (*Viaje maravilloso del Sr. Nic-Nac al planeta Marte*, en 1875; *La pipa de Hoffmann*, en *El Plata Literario*, desde el 15 de junio hasta el 15 de septiembre de 1876); varias obras de Juana Manuela Gorriti (*Peregrinaciones de una alma triste* y *El pozo de Yocci*, ambos en 1876)¹². Se trata de un panorama diverso y prolífico, en donde conviven estéticas residuales como las obras de corte romántico, junto con otras modalidades emergentes como el realismo, el naturalismo, la literatura fantástica. Dentro de este mosaico, *Margarita* pertenece claramente al estilo ya iniciado con *Amalia*, es decir, a la novela romántica sentimental. Pero agrega –y aquí reside quizás su rasgo más distintivo– un énfasis (por no decir un ensañamiento) con los recursos y los tópicos del melodrama que, heredados de la literatura europea, ya venían apareciendo desde hacía algunas décadas en las novelitas de la sección “Folletín” de la prensa periódica.

The Argentine Novel in the Nineteenth Century es un libro de 1959 que, a pesar de sus años, hoy en día sigue resultando una fuente de consulta enriquecedora: tal es la cantidad de referencias bibliográficas a textos desconocidos o de infrecuente mención que recopila su autor, Myron Lichtblau. Muchas de las obras que allí figuran tardarían décadas en ser rescatadas en ediciones críticas nacionales: algunas han sido editadas por primera vez en formato libro en el siglo XXI, otras aún esperan ser descubiertas.

Lichtblau piensa el Romanticismo en la novela argentina como una estética que abarca de modo dominante las décadas de 1840 a 1870. Dentro de este período, *Amalia* (1851) de José Mármol es considerada la obra cumbre, antecedida y sucedida por una diversidad de autores “menores”

¹² Según refiere Lichtblau (208-209), también surgen en el lustro 1870-1875 otras novelas, hoy olvidadas, y a la espera del rescate: *El ciego Rafael*, de Fortunato A. Sánchez (Buenos Aires, Imprenta tipográfica de Pablo E. Coni, 1870); *Elisa Lynch*, de Héctor Varela (Buenos Aires, Imprenta de la Tribuna, 1870); *El alma de Jesús Pérez, o la justicia del terror*, de Nicanor Larraín (San Juan, Imprenta de D.A. Luna, 1871).

que cultivaron esta estética: desde Miguel Cané (padre) hasta Pedro Echagüe, Eduarda Mansilla, Rosa Guerra y Josefina Pelliza de Sagasta.

Asimismo, dentro de la novela romántica hispanoamericana decimonónica, plantea Lichtblau, pueden detectarse diferentes vertientes o subtipos: 1. la novela sentimental e idealizante –cuyos modelos europeos principales fueron *Atala* de Chateaubriand y *Paul et Virginie*, de Bernardin de Saint-Pierre, y cuya máxima expresión en la América hispánica fue *María* (1867) del colombiano Jorge Isaacs–; 2. la novela romántica de corte histórico (que emulaba la prosa de Walter Scott, muy leído en América entre 1820 y 1860, y cultivada en Argentina por Vicente Fidel López¹³, entre otros); 3. la novela de costumbres; y 4. la novela de aventuras, con modelos como Dumas, Sue, Ponson du Terrail. Dentro de este subtipo de novela de aventuras, en América surgió la novela de temática indígena, la cual ocupó –según Lichtblau– el lugar de lejanía y exotismo (orientalizado, podemos pensar luego de los estudios de Edward Said) que en la literatura europea ha ocupado la temática medievalista.

Asimismo, dentro de este período habría tenido su apogeo un tipo de novela romántica surgida en la década de 1850 y a la que Lichtblau denomina “la novela de sentimiento exagerado y exaltado” (77)¹⁴:

Como grupo, estas novelas poseen una serie de características definidas que vale la pena señalar aquí. La mayoría de ellas dan cuenta del sentimiento humano y de la acción de un modo altamente exagerado y sobreactuado. Cuestiones tales como el amor, la amistad, el honor, el sacrificio están

¹³ Hebe Molina ha publicado recientemente una edición crítico-genética de las novelas históricas de Vicente Fidel López: *La novia del hereje o la Inquisición de Lima* (1843), *Ali-Bajá* (1843) y *El Capitán Vargas* (1846-1848).

¹⁴ En el original leemos: “the novel of the exaggerated and exalted sentiment” (Lichtblau, 77). Tanto ésta como las siguientes traducciones del inglés al español de los autores aquí citados son mías.

idealizados al extremo y presentados de una manera excesivamente artificial y desproporcionada. Análogamente, las debilidades y los vicios de la condición humana se muestran en colores completamente oscuros. A lo largo de estas novelas y de un modo inexorable, la mayoría de los protagonistas son controlados por los vicios más horribles o las virtudes más exaltadas. No hay matices a medio camino, no hay tonos intermedios de grises. Criaturas poéticas y angelicales que consuman actos nobles y sublimes, u hombres malvados y traidores que planean y ejecutan los actos más bárbaros: esos son los típicos individuos de estas novelas. Los temas comunes giran en torno al amor frenético, el odio, los celos, la venganza, la lascivia. Ni la razón ni el miedo al castigo pueden frenar a los impulsivos protagonistas en la búsqueda de satisfacción de estas pasiones (Lichtblau, 77) ¹⁵.

Veremos, al pasar revista por la teoría del melodrama, la cercanía entre esta descripción de Lichtblau y las ideas directrices de Peter Brooks.

¹⁵ "As a group these works reveal several definite features, which we may point out to advantage. Foremost, the majority of the novels invest human sentiment and action with a highly exaggerated and overplayed quality. [...] Such qualities as love, friendship, honor, and sacrifice are idealized to the extreme and are presented in an exceedingly artificial and disproportionate manner. In a similar vein, weaknesses and vices of mankind are shown in colors completely black. By either the most horrible vices or the most exalted virtues are the majority of protagonists thoroughly and inexorably controlled. No middle of the road hues, no intermediary shades of gray. Angelic, poetic creatures, consummating noble and sublime acts, or wicked and treacherous men, planning and executing the most barbarous deeds –such individuals are typical in these novels. Common themes revolve around frenetic love, hate, jealousy, vengeance, and lewdness; and neither reason nor fear of punishment can restrain the impulsive protagonists from the fulfillment of these passions" (Lichtblau, 77).

5. Tensiones de *Margarita*: conservadurismo con transgresiones

Aunque tal vez resulte indemostrable, creemos que Pelliza fue olvidada en gran medida por culpa del conservadurismo de sus ideas. Se podría contra-argumentar que otros escritores (tal vez la mayoría, según parámetros del siglo XXI) también urdieron sus ficciones en torno a ideas de raigambre conservadora (el ejemplo más cercano, si continuamos con la línea de la xenofobia, es Cambaceres, pero también Antonio Argerich en *¿Inocentes o culpables?*, entre otros). Sin embargo, Pelliza fue conservadora *incluso* para su época. Con poemas de un lirismo engolado que indagan en torno a la angustia del Yo alejado de Dios, una estética romántica que ya estaba pasando de moda para los años setenta, una actitud periodística enquistada en la defensa pública de los valores y roles femeninos más tradicionales, esta escritora parece no ofrecer nada nuevo –a simple vista– en el panorama literario y cultural de fines de la década de 1870. No ha tenido la mirada pan-americana ni pro-indigenista de su amiga y co-editora Juana Manuela Gorriti, ni el manejo de la técnica narrativa y la ironía erudita hacia la aristocracia de Eduarda Mansilla, ni el tibio cuestionamiento de clase social e injusticias económicas de Lola Larrosa. Portavoz del ala reaccionaria y católica de la intelectualidad porteña, se opuso a la emancipación jurídica de la mujer, sosteniendo tan sólo su derecho a ser letrada.

Sin embargo, como veremos que ocurre con el melodrama *per se*, esta aparente homogeneidad y coherencia de pensamiento retrógrado se quiebran cuando, lejos del periodismo y del grado de exposición que suponía, incluso en esa época, publicar en diarios y revistas, despunta la ficción. Su prosa ficcional construye, acaso involuntariamente, situaciones narrativas, voces de personajes, resoluciones dramáticas que poco tienen que ver con la defensa del sojuzgamiento conyugal que Pelliza periodista defiende en sus columnas casi como única felicidad posible para la

mujer. Tal vez porque halló una mayor libertad de expresión en la novela que en otros géneros, tal vez porque esos despuntes de transgresión caían, bajo el amparo de ser ficcionales, por fuera de todo riesgo de ser tomados como críticas culturales o sociales, lo cierto es que en *Margarita* hay destellos de un pensamiento más innovador, más osado, con cuestionamientos hacia los preceptos de la cultura dominante. Hay, pues, cierta tensión entre el horizonte ideológico de la voz periodística y poética –acaso más cercana a la construcción de Pelliza como figura pública– y el horizonte ideológico a veces contradictorio de esta novela, no carente de ciertas osadías para la época.

No es que *Margarita* no sea conservadora y tradicional (lo es, de hecho, hasta en un plano estilístico), pero creemos que no es *sólo* eso: si por un lado hallamos el innegable afán moralizador y controlador de la ficción, asimismo pueden verse fisuras, contradicciones, momentos en que el texto comunica lo contrario de lo que pregona. Al discurso más conservador (y evidente) de la novela, le caben las reflexiones de Lander:

El género novelesco que mejor representó la ideología normativa que surgió con la Independencia fue la novela de temática sentimental. [...] La característica que define este discurso es que asume que literatura y vida están íntimamente relacionadas, pero no por medio de una relación mimética de descripción de la realidad, sino a través de la creencia de que la experiencia literaria puede afectar directamente al lector (Todd, 4). Por eso, la explotación del elemento moralizador de estas novelas conforma la columna vertebral de las mismas. [...] Este tipo de novelas propuso el refinamiento en el actuar, la benevolencia y la altura moral como las características que definían al sujeto socialmente apto para conformar la comunidad ideal (44-45).

Podemos entender la convivencia de aquellos aspectos de la novela que parecen salirse del cauce del afán moralizador o de la “ideología normativa” (Lander, 44) con aquellos

más conservadores si tenemos en cuenta que el melodrama es en sí mismo una modalidad narrativa ambivalente en términos ideológicos.

6. El melodrama: un posible abordaje de *Margarita*

6.1. Algunas aclaraciones preliminares

Actualmente, se tiende a asociar el melodrama a ciertas formas audiovisuales del siglo XX, sobre todo al cine de Hollywood del período 1920-1950¹⁶. Si bien estas formas artísticas son innegablemente melodramas, no es allí donde “nace” esta modalidad. Como adelantamos, nos interesa aquí el melodrama en la novela del siglo XIX, corpus que hasta ahora ha sido analizado principalmente por el teórico británico Peter Brooks (1976). Autores como William Dye y Eric Bentley precedieron los estudios de Brooks con importantes aportes sobre el melodrama en el teatro, mientras que otros, como Ben Singer y Karen Kaplan, continuarían sus lineamientos teóricos para adentrarse en la comprensión de esta modalidad narrativa en géneros audiovisuales. En su libro, ya clásico, *The Melodramatic Imagination. Balzac, Henry James, Melodrama, and the Modes of Excess* (1976), Brooks plantea que el melodrama surge de manera sistemática y diferenciable de otras modalidades artísticas en el teatro francés del siglo XVIII, y se torna especialmente visible en las obras de Michel de Pixérécourt. Un segundo momento de esplendor tuvo lugar en la novelística decimonónica europea y estadounidense, en obras de gran difusión entre el público lector pero asimismo pertenecientes a la “alta literatura” o al canon. Lo han cultivado autores de la talla de Honore de Balzac, Henry James, Charles Dickens, Nathaniel Hawthorne, entre otros. Un tercer auge del melodrama

¹⁶ Ben Singer ha desarrollado un interesante análisis del melodrama a partir de un exhaustivo corpus fílmico estadounidense de este período.

podría situarse en el siglo XX, bajo el formato audiovisual, a donde el modo narrativo transfiere gran parte de los *topoi*, las recurrencias temáticas y formales ya utilizadas sobre tablas y en diversidad de novelas. Pero, además de estos tres momentos de auge, existen una infinidad de manifestaciones literarias que echan mano de lo melodramático: desde la novela de folletín que se inicia en el siglo XIX, hasta la novela rosa española, o incluso las historietas de la segunda mitad del siglo XX o las telenovelas actuales. Quizás no sea errado decir que es posible encontrar cierta imaginación melodramática en casi toda la literatura, incluso en aquellos autores más abocados a la indagación en torno al lenguaje, desde Flaubert, Proust, hasta el grupo *Tel Quel*, o Borges y Saer, si pensamos en el ámbito local¹⁷.

Una segunda aclaración necesaria se refiere al rechazo que puede generarnos hoy en día el melodrama. Al desgaste propio de sus recursos (en su momento impactantes, hoy trillados) se suma la larga tradición de menoscabo que ha generado siempre esta modalidad en el público “sofisticado”. Brooks aventura que la mirada peyorativa y la mueca irónica del público contemporáneo tienen que ver con el tono altisonante, exagerado, engolado hasta casi el absurdo, tan propio del melodrama. Pero este lenguaje grandilocuente, acompañado de excesos a nivel temático, de gestos enfáticos y gritos de los personajes (resabios de las expresiones teatrales), tiene que ver con la esencia misma de esta modalidad narrativa, pues el melodrama puede pensarse como una suerte de sentimentalización o expresionismo de la moral.

El melodrama hace evidente, quizás más que otras formas narrativas, el carácter histórico de toda apreciación estética. Su tendencia a nombrar sin medias tintas los sentimientos más extremos del ser humano (la envidia, el odio, los celos, la pasión amorosa, el deseo de venganza, la

¹⁷ Recordemos, por ejemplo, el cuento de Borges “Emma Sunz”, cuyo argumento posee muchos *topoi* del melodrama.

lujuria) es leída hoy como prueba de la bajeza de ese estilo –calificado en general de burdo, poco elaborado y lleno de golpes bajos–. Pero fueron justamente esos aspectos los que, en su momento, convirtieron ante los ojos de muchos al melodrama en la honesta expresión del alma humana, sin censuras ni opacidades. En este sentido, para Brooks el melodrama nombra sentimientos previos a la censura, anteriores al principio de realidad que regula la conducta humana en sociedad y permite al hombre avenirse a las normas culturales. Habría algo infantil, primitivo y pulsional, que el melodrama logra nombrar con desfachatez. En palabras de Brooks:

la resistencia crítica y la vergüenza que el melodrama puede suscitar provienen de su rechazo a la censura y a la represión –el contraste con el principio de realidad– que el testigo crítico mismo proporciona, desde la incomodidad ante un drama en el que la gente lo confronta con identificaciones que son juzgadas tan extravagantes, tan directas y tan inmediatas como para permitir que se digan. Hay, de hecho, un cierto escándalo en el melodrama, más perceptible en el momento de la identificación más resonante, quizás mejor evidenciable cuando el villano se desata en nombre de su villanía (180).

Ése es, creemos, el desafío de la lectura actual: leer *Margarita* sobreponiéndose al primer efecto (probablemente el rechazo que suscitan las formas y tópicos hoy desgastados), tratar de ver la genuinidad de expresión que vieron sus lectores contemporáneos.

Una tercera aclaración tiene que ver con el alcance relativo de la teoría del melodrama de Brooks para entender nuestras letras. Dicha teoría fue pensada a partir de corpus novelísticos europeo y norteamericano, surgidos ambos en condiciones históricas muy diferentes a las de Argentina en 1870. Brooks entiende el melodrama como el modo narrativo que mejor expresa los dramas morales de la sociedad moderna a través de un conjunto de rasgos temáticos y formales que se cristalizan de manera cohesiva y recurrente

en la Modernidad (y, en cierta forma, como consecuencia de ella). La caída de la monarquía, el fin de la era sacra y el surgimiento de la industria son, según el teórico británico, las condiciones históricas que han convertido al melodrama en el relato por antonomasia de la Modernidad¹⁸, el modo narrativo que mejor expresaba la sensibilidad europea y norteamericana de los siglos XVIII y XIX. Esto acarrea varias complejidades para la novela que nos ocupa: primero porque la literatura argentina cae por fuera del campo de estudio de Brooks cuyas ideas, como dijimos, se inspiran en la literatura de los países desarrollados. En segundo lugar, porque no podemos hablar en nuestro siglo XIX de una “revolución industrial” (no al menos del modo en que puede pensarse la sociedad de Dickens o de Balzac, en todo caso se trataría de una era de surgimiento de cierta industrialización, como hemos visto brevemente), ni tampoco de una era “post-sacra” o secular¹⁹. Nuestra Modernidad –si es que vale transpolar esta categoría para pensar la serie de cambios políticos, sociales y de desarrollo tecnológico ocurridos a partir de 1870– recién se registrará en nuestra literatura ya entrada la década del ’80. En la década del ’70 –y, sobre todo, en las novelas de Pelliza, herederas de la estética romántica, casi finalizada para ese entonces, y muy arraigadas aún al concepto moralizante de ficción–, no podemos atribuir lo melodramático a un contexto de secularización, industrialización y república.

¹⁸ De modo análogo, Linda Hutcheon planteará años más tarde en su libro *A Theory of Parody* (1985), que la parodia y la sátira –la reescritura y la metalingüística en general– son los modos narrativos por excelencia de la era post-moderna y post-industrial, cuyo auge tuvo lugar a lo largo del siglo XX.

¹⁹ Aunque las disputas entre laicos y católicos ocupaban una parte importante de los debates del siglo XIX en Argentina (ya en *Amalia* vemos una fuerte desacreditación de la Iglesia católica y sus actantes), la creencia religiosa estaba muy arraigada en la sociedad y es, quizás, especialmente patente en la literatura femenina, cuyas autoras, como entre otros explica Guerra Cunningham (64), recibían una educación católica desde temprana edad.

El melodrama de Brooks –y aquí aparece otra gran distancia de contexto histórico con el caso argentino– tematiza en detalle la cuestión de las clases sociales, concretamente los conflictos entre empleadores y empleados, presentando con frecuencia en sus tramas a heroínas de clase obrera abusadas y explotadas por sus tiranos patrones. Hay en estas novelas, propone el teórico británico (y sobre este punto lo hace pensando en Dickens), un posicionamiento a favor de los oprimidos, lo cual es coherente si tenemos en cuenta que los principales consumidores de melodrama en el siglo XIX en Europa provenían de los estratos bajos y medios de la sociedad:

Los villanos son casi siempre tiranos y opresores, aquellos que poseen poder y lo usan para lastimar. Mientras que las víctimas, virtuosas e inocentes, suelen pertenecer a un universo democrático (...). Dentro de las represiones que el melodrama rompe está aquella de la dominación de clase, sugiriendo que la chica pobre y perseguida puede confrontar a su opresor poderoso tan sólo con la verdad sobre sus condiciones morales. (Brooks, 1995, 44)²⁰.

Nada de esto aparece en Pelliza. No hay en su obra –no por lo menos en los textos descubiertos hasta ahora– una tematización de las diferencias sociales o de conflictos de clases, más bien se diría que las sociedades fuertemente jerárquicas que aparecen en sus textos proponen esas diferencias como naturales y permanentes. Sí aparecerá, en la novela *La Chiriguana* (1878) y en el relato “La lucha en el desierto” (1885), la cuestión indígena pero incluso aquí los indígenas representados son de origen noble.

²⁰ “Villains are remarkably often tyrants and oppressors, those that have power and use it to hurt. Whereas the victims, the innocent and virtuous, most often belong to a democratic universe (...). Among the repressions broken through by melodramatic rhetoric is that of class domination, suggesting that a poor persecuted girl can confront her powerful oppressor with the truth about their moral conditions” (Brooks, 1995, 44).

Dentro de la literatura sentimental escrita por mujeres, habrá que esperar la llegada del melodrama *El lujo*, de Lola Larrosa, escrito catorce años más tarde, en 1889, para hablar de cierto cuestionamiento hacia la estructura clasista de la sociedad y de una defensa de los intereses de los sectores oprimidos. Pero incluso en este melodrama, heredero sin duda de la literatura de Pelliza y con todos los elementos que Brooks aplica a los textos europeos, prevalece el afán nacionalizador por sobre el argumento económico²¹.

En cambio, como hemos mencionado ya, lo que sí se lee en la obra de Pelliza –y en el melodrama argentino en general– es la inestabilidad social que acarrearán tanto la caída del sistema colonial como la llegada de millones de inmigrantes, la amenaza que esto supone al incipiente concepto de “lo argentino” y la necesidad social –la exigencia que recae en los escritores– de consolidar la Independencia de España creando una cultura propia, diferente de la colonial, exclusiva y superior a la del perfil de inmigrante advenedizo indeseado (muy distinto del soñado por Sarmiento, Alberdi, Nicasio Oroño y tantos otros).

²¹ Esta novela de Lola Larrosa podría ser un eslabón sucesorio en la evolución del melodrama en la literatura argentina escrita por mujeres. Unos quince años más tarde que *Margarita*, posee todavía la prescripción moralizante y el relato de la virtud violentada y recuperada que ya se leen en *Margarita*. Hay, entre otras innovaciones respecto de su predecesora, un alto grado de explicitación del conflicto y de conciencia de todo lo que supone la lucha de clases sociales, cuestión casi ausente en las obras de Pelliza (en donde se presentan las jerarquías sociales bastante “naturalizadas”). Por ejemplo, leemos en el capítulo V: “Cuando a las atónitas miradas de todos se exhibía ese lujo de derroches, era precisamente el momento en que la cuestión del pan y la subida de los alquileres oprimían ECONÓMICAMENTE (sic) la clase obrera, aumentando su aflictiva situación este pensamiento amarguísimo: “¡Nuestro casero va la fiesta de caridad, a hacer acto de presencia y de sentimientos benéficos, mientras nos amenaza y apremia al pago de un alquiler que no podemos humanamente pagar!” (128). Para un desarrollo más exhaustivo de las conexiones entre estas dos escritoras, remito a mi artículo: “Representaciones del campo y de la ciudad en *Margarita* de Josefina Pelliza de Sagasta y en *El Lujo* de Lola Larrosa”.

6.2. La literatura sentimental y el melodrama: cercanías y diferencias

Antes de entrar en el melodrama propiamente dicho, ubiquemos sucintamente las diferencias y semejanzas entre esta modalidad narrativa y un género muy cercano: la novela sentimental. En ambos casos, el tema central suele ser el amor idealizado entre dos jóvenes, generalmente obstruido por causas ajenas a ellos. Pero a este punto de partida común, la novela sentimental le agrega una serie de rasgos característicos del metagénero de los sentimientos y el melodrama, por su parte, despliega una serie de rasgos impensables en la novela sentimental. Propone Ramiro Zó que los elementos propios de la novela sentimental (desarrollada durante el Romanticismo y claro exponente de él) podrían sintetizarse de la siguiente manera: 1. la configuración de los protagonistas como héroes y heroínas románticos, lectores de novelas sentimentales, 2. el elemento epistolar imbricado en la narración (es decir, la presencia de cartas que se envían o reciben o descubren), 3. la metáfora amorosa floral (la recurrencia de metáforas de flores para referirse a la mujer amada, como se ve por ejemplo en la clásica novela sentimental *María* (1867) de Jorge Isaacs), 4. la figura del mediador (es decir, la presencia de un personaje que lleva y trae mensajes entre los amantes desenchados), 5. la patología amorosa o representación del amor dificultado como una enfermedad o dolor del alma tan profundo que se transfiere al cuerpo, 6. el fetichismo o la elección, como objeto de adoración, de una determinada parte del cuerpo del ser amado.

Por otro lado, siguiendo los estudios fundantes de William Dye, las características ineludibles (aunque no privativas) del melodrama pueden sintetizarse en la siguiente lista: 1. la recurrencia argumental a incidentes trágicos e inesperados de factura histórica o totalmente inventados que, en el límite con lo inverosímil, hacen ingresar lo fortuito en el plano de causa-efecto argumental; 2. la recurrencia

a situaciones de dolor extremo, físico y psíquico; 3. las representaciones del cuerpo erotizado; 4. las escenas de violencia; 5. el lenguaje hiperbólico, que nombra sentimientos de modo rotundo y a veces grandilocuente.

En virtud de estos rasgos se puede hablar de un mayor expresionismo del melodrama frente a la novela sentimental, o de un grado mayor de alevosía o urgencia de explicitación. La imposibilidad del amor ideal o las dificultades para concretarlo son planteadas desde la novela sentimental con un arsenal literario basado en la creación de un ritmo lento, de largas descripciones y escenas contemplativas, de metáforas y alegorías con la naturaleza, situaciones que dificultan el amor pero ante las cuales parece no haber defensa posible. Por su parte, el melodrama resuelve estos obstáculos amorosos a través de situaciones extremas y desgarradoras, cataclismos y desgracias inesperadas, saltos del destino, gritos, lágrimas, sangre, diálogos declamativos o soliloquios que, con altos grados de explicitación, denuncian que la inocencia (los amantes) está acechada por la maldad (sus obstáculos). Porque acaso, a diferencia del subgénero vecino, la novela sentimental, el melodrama quiera expresar una angustia mucho más trascendente que la del desencuentro amoroso: la desolación de un sujeto que ha perdido la confianza en la sociedad que habita, que ya no siente en la realidad una axiología o un sistema de valores que lo represente. Veremos, según cada sistema literario, cada contexto histórico y, sobre todo, según el lugar de cada autor dentro de la sociedad en la que inscribe su obra (su pertenencia de clase), a qué se deben y cómo se expresan esta desolación y este desajuste.

6.3. El melodrama y sus recursos típicos

Algo se ha dicho ya sobre la teoría Brooks que nos permite ir delineando el concepto de melodrama. Se trata de una modalidad expresionista y moral que responde a la necesi-

dad –acaso a la ilusión– de expresarlo todo, exacerbando lo real hasta lo inverosímil. Se la ha definido como una suerte de realismo onírico, o de sentimentalización de la moral.

El melodrama propone historias maniqueas, con personajes dicotómicos, en donde el Bien es encarnado por heroínas y héroes virtuosos e inocentes que dedican su vida a resistir los embates del Mal, representado sin ambages por el personaje del villano. La estructura actancial de *Margarita* es un claro ejemplo de narrativa melodramática: la novela narra, con una trama compleja y una sucesión apretada de acontecimientos, los múltiples enredos e injusticias generados por el inmigrante italiano Saavedra (cuyo verdadero nombre es Luis Rizzio), un ser deleznable que acosa sexualmente a la joven y bella protagonista, y la consecuente resistencia de ella²².

La cosmovisión que subyace al melodrama es la del mundo como escenario de la lucha entre las fuerzas del Bien y las del Mal, el yin y el yang, Dios y el diablo. Cuánto y cómo luchan las víctimas por sobrevivir el poder de la villanía será en cada caso el motivo del relato y dará cuenta del grado de heroicidad de los buenos. El postrer perdón hacia el pecador por parte de los “buenos” será una prueba más de la *generosité* heroica. En este sentido, todo melodrama es un elogio del sufrimiento pero también de la lucha contra la adversidad. La “virtud triunfante” es el asunto principal del melodrama (Brooks, 2012: 155): “la víctima salvando la vida del victimario, poniéndolo bajo la protección del sagrado emblema que representan el sufrimiento y la virtud” (Brooks, 2012: 154).

Según Karen Kaplan, el melodrama suele narrar historias de mujeres que sufren pero triunfan; se trata de relatos que buscan infundir coraje y perseverancia ante la

²² Cabe aquí la reflexión de Marlyse Meyer sobre el argumento melodramático: “Son los temas de la heroína cuya vida está amenazada, del rapto de niños, del protector desconocido y misterioso; los peligros constantes, los villanos” (247).

adversidad, y que presentan una sociedad injusta y villana de un modo un tanto paranoico, con el fin de advertir a las lectoras sobre los peligros que acechan en el mundo masculino y adulto. Asimismo, Clayton Hamilton entiende el melodrama como aquella ficción que da cauce al sentido de injusticia y arbitrariedad que vive el sujeto moderno:

... mucho de nuestras vidas –por lejos, la mayor parte– es casual y no causal... Casi todo lo bueno o deseado que nos pasa es impuesto, involuntario, inmerecido, sujeto a las ataduras del azar. Es la verdad inmutable –la persistencia del azar en las grandes preocupaciones de la vida y las influencias inevitables de lo accidental en la persona– lo que el melodrama busca representar. Nos reconforta nuestra certeza de que la virtud de la heroína es inviolable (Hamilton, 313).²³

Para William Dye, pionero en la delimitación teórica de esta modalidad narrativa, el melodrama puede ser reconocido a golpe de vista pues posee, invariablemente (y en esta invariabilidad reside parte de su desgaste estético) los siguientes elementos:

... terror, horror, finales ilógicos, elementos super-naturales, el azar y lo accidental como recursos para dilatar la concreción de aquella infrecuente justicia poética, escenarios excepcionales y efectos especiales, apelaciones a la emoción más que al intelecto, una lucha invariable entre el Mal y el Bien, una representación visual de todo lo importante (el melodrama, por ejemplo, mostraría el asesinato de Duncan en manos de Macbeth), una obra de tipos que están generalmente exagerados y a veces caricaturizados, pequeño o nulo desarrollo del personaje, súbitos cambios en la personalidad

²³ En el original: "Much of our life –by far, the major share– is casual instead of causal... Nearly all the good or ill that happens to us is drifted to us, uncommanded, undeserved, upon the tides of chance. It is this immutable truth –the persistence of chance in the serious concerns of life and the inevitable influences of accident on character –the melodrama aims to represent... We derive a solid comfort from our certainty that the virtue of the heroine is inviolable. (Hamilton, 313).

sin demasiada razón aparente, una obra con mucha moral escrita, una obra llena de incidentes emocionantes... un thriller (Dye, 10).²⁴

Ahora bien, ¿cómo suelen articularse estos elementos en una secuencia narrativa? Veamos una línea argumental típica del melodrama. Una joven bella e inocente se halla súbitamente bajo el dominio macabro de un villano (sea porque descubre de golpe un engaño, sea porque es acosada sexualmente o amenazada de muerte). Este dominio la coloca en el lugar de víctima de un asedio del cual intentará escapar. En la mayoría de los casos, lo logrará (casi todos los melodramas tienen un final feliz) pero no sin antes atravesar una serie casi infinita de desgracias y sufrimientos que son o bien perpetrados por el villano, o bien surgidos por casualidad o por una combinación de ambas. El destino se ensaña con la virtuosa y en dicho ensañamiento los lectores podremos ver con más realce la lucha de los buenos en pos de vencer a la villanía y, así, hacer evidente ante el mundo su natural virtud, restituir un orden anterior al conflicto que ha traído la existencia del villano.

La seguidilla de embestidas del Mal contra el Bien suele constituir el núcleo duro de estas narraciones, el centro del argumento, por lo general enrevesado y con marchas y contramarchas. La sucesión de pesares, en general sin una concatenación causa-efecto, es justamente lo que, ante cierta audiencia, convierte al melodrama en una modalidad plagada de situaciones inverosímiles y dramatismos excesivos.

²⁴ "... terror, horror, illogical ending, supernatural elements, chance and accident as preventing [delaying] the working out of that seldom-found poetic justice, exceptional scenery and stage effects, appeal to the emotion rather than to the intellect, a strangle invariably between vice and virtue, a visual representation of everything that is of importance (real melodrama, for example, would show the murder of Duncan by Macbeth), a play of types that are usually exaggerated and sometimes even caricatured, little or no growth of character; sudden twists and turns in personality without much apparent reason; a play usually with moral written large upon it; a play full of exciting incidents—... a thriller. (Dye, 10).

En *Margarita*, por ejemplo, en una misma noche la joven descubre que su padre no es su padre sino un malvado extranjero que pretende matar a Plácido, su enamorado, y apropiarse sexualmente de ella, que Plácido no ha cometido el asesinato que ella le atribuía, y que el joven a quien consideraba su hermano no tiene lazo alguno con ella. Pero el cúmulo de desgracias del melodrama no es antojadizo: busca resaltar la ejemplaridad moral de la virtud, la férrea capacidad de la heroína de resistir. Finalmente, la heroína –casi siempre una joven virgen y virtuosa, como en la novela de Pelliza– logra desenmascarar al villano: ocurre algo (casi siempre enrevesado) por lo cual queda en evidencia la bajeza moral y la impostura del antagonista. En el caso de Pelliza, Margarita se encontrará, gracias a la mediación de un personaje secundario, con sus verdaderos padres, de quienes ha sido separada cuando niña por el malvado italiano. Al final se hace justicia, casi siempre gracias a la fe y a la intervención divina: la buena es reconocida como víctima de los ataques del villano, mientras que éste es públicamente despreciado, aunque, en muchos casos, como en *Margarita*, la *generosité* heroica de la protagonista sea tal que termina otorgando perdón cristiano al malvado. Será tal, en el caso de nuestra novela, la creencia de Margarita en el perdón divino y en la capacidad de todo cristiano de retornar a la buena senda, que aceptará el arrepentimiento del italiano cuando, en su lecho de muerte, confiese sus maldades y se disculpe por ellas.

Se constata aquella idea de Brooks: el melodrama narra una historia sobre el reconocimiento de la virtud violentada. No habría perdón del malvado sin previa confesión de todas sus bajezas. Como se dijo, una de las estrategias comunes de ataque del Mal hacia el Bien es a partir del engaño. El ocultamiento es un *leit motiv* del melodrama: el villano suele ocultar su naturaleza malvada a través de disfraces, falsas identidades, voces y actitudes impostadas, mentiras, etc. Pero los ocultamientos y engaños no son privativos del Mal: el Bien sufrirá emboscadas por las cuales

su virtud quedará invisibilizada ante el mundo: acusaciones de delitos no cometidos o de argucias que provocarán una sociedad engañada. Los que ofician de testigos (es decir, la sociedad ficcional que crea el melodrama) creerán que el malo es bueno y que la virtuosa es malvada. Así, a lo largo de casi toda la obra, el público presenciara cómo el villano engaña a la sociedad por partida doble: negándole al Bien sus atributos o sus reales posibilidades de desarrollo y enmascarándose bajo la falsa identidad de virtuoso. Margarita, por ejemplo, pasará gran parte de los años que dura la novela en un hospicio primero y luego trabajando como enfermera en un hospital, siempre alejada por culpa del italiano de su hijo, de sus padres, de su marido. Sólo unos pocos “testigos” (y los lectores) podremos identificar con claridad dónde reside el Bien y dónde el Mal. La revelación de esta “verdad”, el desenmascaramiento de los personajes y la consecuente justicia moral serán el objetivo final de los virtuosos y el postrer alivio del lector. En el desenmascaramiento de las falsedades impuestas por el villano, se restituye el Bien, se restituye una afirmación de la individualidad y se restituye, ante todo, un mundo de claras axiologías, (mundo que, para la elite letrada de Pelliza, será el mundo previo a la llegada del aluvión italiano).

Así, el lector es puesto en la tensa situación de ser, junto con “los buenos”, uno de los pocos que “sabe” quién es quién en el despliegue enigmático de los personajes. Pero el desenmascaramiento llevará gran parte de la obra: adentrarse en el melodrama implica, entre otras cosas, ser testigo de una serie de injusticias y crueldades sufridas por la heroína en su camino hacia el reconocimiento público de su virtud y de la existencia del Mal. Un padre benévolo que en verdad es el raptor de su supuesta hija, un esposo generoso que en verdad es un abusador, un extranjero que dice ser amigo de la familia y no es más que un estafador disfrazado: todos estos motivos son recurrentes en el melodrama y funcionan como disparadores de una serie de enredos y malos entendidos generados por las máscaras de la villanía

y la ceguera de la sociedad hacia la genuina virtud. En este sentido, *Dayla* (1858) de Francisco López Torres, *La mulata* (1859) de Carlos Luis Paz y *Carlota o la hija del pescador* (1858) de Tomás Gutiérrez²⁵, entre muchas otras novelitas melodramáticas que hicieron furor en la sección “Folletín” de la prensa periódica de la segunda mitad del siglo XIX, ofrecen tramas urdidas en torno al ocultamiento de la verdadera identidad perpetrado por extranjeros. En los tres textos los temas recurrentes son: la tragedia que suscita el adulterio y el consecuente abandono del hogar por parte de la esposa y madre de la familia, el giro súbito de fortuna, la pérdida de todo lo material, la desgracia social (es decir, el descenso de clase, del cual se sale gracias a la verdadera nobleza de espíritu), el cambio del nombre propio (y, luego, su posterior desenmascaramiento). Es decir: se trata de historias de la pérdida y (posible) restitución de la virtud (cuando sí hay restitución, estamos ante un final feliz) y/

25 He trabajado en más detalle estas novelitas en tanto manifestaciones del melodrama en la década de 1850 en mi artículo “La literatura como advertencia: novelas melodramáticas argentinas de 1850”. Por su parte, Molina las agrupa dentro del corpus de “literatura sentimental” que analiza en su libro *Como crecen los hongos*. Dicho corpus se compone de cuatro tipos de novelas: 1. Casi todos los textos de Miguel Cané (p.), considerado el primer novelista argentino (Curia 2007), a saber: *Marcelina*, *Dos pensamientos*, *Esther*, *Una noche de boda*, *El Traviato*, 2. Casi todas las novelas de Gorriti: *Guby Amaya*, *Historia de un salteador* (1860), *El ramillete de la velada* (1860), *Si haces mal no esperes bien* (1861), *El ángel caído* (1861), *Una hora de coquetería* (1863), *El lecho nupcial* (1865), *Tres noches de una historia* (1865), *Quien escucha su mal oye* (1865), *Un viaje al país del oro* (1865). 3. Novelas de otros autores clásicos y re-editados recientemente: *Soledad* (1847) de Bartolomé Mitre, *Lucía Miranda* (1860) de Eduarda Mansilla, *María de Montiel* (1861) de M. Sasor: Mercedes Rosas. 4. Novelas de autores prácticamente desconocidos hasta hoy y nunca re-editados, en cuya lista se incluyen las tres que comento aquí: *Memorias de un botón de rosa* (1848) de Mitre, *Las rivales* (1856) de Carlos Augusto Fajardo, *Un drama en la vida* (1856) de José Víctor Rocha, *Carlota o la hija del pescador* (1858) de Tomás Gutiérrez, *Farsa y contrafarsa* (1858) de Magariños Cervantes, *Hojas de mirto* (1859) de Ernesto Loiseau, *La mulata* (1859) de Carlos Luis Paz, *Un desenlace* (1859) de Carlos Luis Paz, *La bella Emilia* (1869) de Enrique Juan Iuglaris, *Nunca es tarde cuando la dicha es grande* (1858) de Tomás Gutiérrez, *Virtud y amor hasta la tumba* (1858) de Laurindo La Puente, *La virgen de Lima y Dayla* (ambas de 1858) de Francisco López Torres.

o del arrepentimiento del pecador por todos sus embustes (a veces con final dramático, en una suerte de justicia poética, como en *Dayla*).

Creemos que el melodrama ha resultado especialmente atractivo para la comunidad letrada de la segunda mitad del siglo XIX porque algunos de sus temas recurrentes (engaño, desgracia social, migración de Europa a América, re-inicio de una nueva vida bajo un nombre falso, posterior revelación del origen noble y recuperación de la “verdadera” –¿anterior?, ¿europea?– identidad), seguramente expresaban situaciones y sentimientos experimentados por los lectores cotidianamente. Si pensamos en el altísimo porcentaje de extranjeros que había en Argentina en aquel entonces, en la creciente (y reciente) educación de muchos de ellos, en la enorme movilidad social interna (no sólo geográfica sino de ascensos y descensos de clase, típicas de las grandes olas inmigratorias), es fácil especular sobre la fuerte identificación que sentirían quienes leían, pues estas historias, a la par de moralizar, nos hablan del triunfo de la virtud sobre la desgracia y de los frutos de la perseverancia. Son, en cierto sentido, apologías de la lucha contra la adversidad y de la superación del desarraigo. A la identificación de los lectores con los temas típicos del melodrama, podemos agregar el tinte democratizador y popular de la prensa, dirigida a un público que devenía por esos años masivo, alfabetizado, femenino.

6.4. El lenguaje en el melodrama

Ahora bien, ¿con qué lenguaje narrar este tipo de historias? Tanto la creación de historias maniqueas como la configuración de personajes tan dicotómicos y la final imposición de la virtud requieren de palabras claras, de expresiones diáfanas y contundentes, en donde los estados del alma y los deseos se declamen, nunca se sugieran. La retórica del melodrama, por tanto, necesita ser rotunda y binaria como lo son los seres a los que da voz. Los personajes enuncian

todo el tiempo “verdades” del alma. El lenguaje, como dijimos, es grandilocuente y engolado, solemne y declamativo. Son frecuentes la hipérbole, el oxímoron, las antítesis.

Estos excesos del lenguaje no son una mera elección estética: tienen que ver con que “la acción desarrollada en escena es siempre implícitamente un emblema del cósmico drama ético” (Brooks, 198). Lejos de ser leído como algo burdo y exagerado, en la época la explicitación moral, el lenguaje llano y extremo, la solemnidad declamativa eran recibidos como signos de coraje, como el triunfo de la valentía de decirlo todo en una sociedad que tendía al fingimiento, a la impostura y al silencio. Así, la riqueza de cada personaje no pasaba por su profundidad psíquica o su sofisticación (por lo general ausentes en todo melodrama clásico), ni el valor de la obra por su manejo de la lengua ni su poder de polisemia, sino por su entrega total de palabra en la lucha contra el Mal. Decirlo todo, decirlo a boca de jarro, no escatimar en sentimiento, gritarle las “verdades” al mundo: esta es la ilusión lingüística que sustenta el uso del lenguaje típicamente melodramático.

Quienes así enuncian son, como es de esperarse, personajes sin contradicciones internas. Ninguno posee aquellas dudas que aquejaban a Hamlet, a Edipo o a Antígona. Esto se debe a que el melodrama, más que un género sobre las complejidades del alma y las indagaciones introspectivas, es una modalidad de la autoafirmación. El Mal reside afuera del ser, no internamente. Es parte del armado del mundo, del cosmos dual y tabicado en dos que nos toca invariablemente. Los que encarnan el Bien (con quienes el lector se identifica) deben mostrarse fuertes y valerosos, defender la virtud frente a quienes, por designio divino, están signados por el Mal y responden a él en la totalidad de sus actos y palabras, incluso con su fisonomía y, por supuesto, en todo su proceder.

6.5. Pathos y sobre-semantización

Las configuraciones de los espacios narrativos, la gestualidad y las vestimentas de los personajes, abonan constantemente lo establecido en el plano moral, sin secretos ni ambigüedades, pues más que sutileza se busca énfasis y claridad en el mensaje.

Suele haber una fuerte conexión entre la ética y la estética (los buenos son bellos y los malos son feos) y una marcada presencia de la religión o de las invocaciones a Dios. Así, si estamos en un momento narrativo trágico (el Mal triunfa sobre el Bien y el cúmulo de enredos y malos entendidos es enorme, aún estamos lejos del desenmascaramiento), la acción probablemente se desarrolle en un ambiente lúgubre, un paraje desolado con truenos y rayos o –si el espacio es cerrado– en una habitación oscura y tenebrosa, con goznes rechinando y macabros adornos alrededor. El malvado, en su salsa, hará uso de toda la gestualidad posible para reafirmar con el cuerpo la vileza de su alma. La víctima expresará su dolor y su sometimiento a través de gestos, gritos, miradas aterradas. Esta sobre-semantización de la desgracia se hace patente en *Margarita*: la fisonomía y la gestualidad diabólica de Saavedra, la descripción de los espacios domésticos de su casa, incluso el barrio, todo en la novela de Pelliza abona esta idea de connotar el Mal desde todos los elementos narrativos posibles.

Este no temor a saturar o cargar demasiado las tintas en un mismo mensaje se entiende si pensamos que las obras melodramáticas estaban en su origen dirigidas a un público escasamente educado, cuando no analfabeto. Quizás a esto se deba, en gran medida, el rechazo que produce el melodrama en los públicos más sofisticados. Se trata de narraciones que llevan al lector a sentir comprensión, identificación y afecto por “los buenos”, y odio y rechazo hacia “los malos”. Pero más allá del grado de cultura del público, interesa que el melodrama requiere de la aceptación de esta configuración binaria del cosmos, de esta idea de sujeto llano y

moralmente estable y de esta mirada hacia el lenguaje como herramienta transparente capaz de nombrar una totalidad (asumiendo, por tanto, que dicha totalidad existe). Como todas estas concepciones funcionaban, incuestionadas, en la idiosincrasia decimonónica, es entendible que el melodrama fuera exitosamente concebido como una obra que expresa el triunfo de la verdad y de la virtud por sobre la mentira, el engaño, la maldad.

Además de identificación y final alivio, el lector del melodrama experimenta un estado de permanente asombro y sobresalto, cuando no de espanto y excitación. Son frecuentes las escenas de violencia y de alto erotismo, la peripecia apretada, cargada de raptos, engaños, secuestros, robos, incendios, violaciones, enamoramientos, descubrimientos de parentescos falsos y de inesperados vínculos familiares. En el género que primero dio cabida al melodrama, el teatro, estos elementos –sobre todo el de espanto y sobresalto– estaban acompañados de música que exacerbaba tales sentimientos. A medida que el melodrama evolucionó –de sus manifestaciones más primitivas en el teatro de principios del siglo XVIII hacia formas más elaboradas que luego desembocaron en la literatura– la práctica del acompañamiento musical se fue abandonando²⁶.

Respecto de lo que produce el melodrama en los espectadores/lectores, Eric Bentley enfatiza la presencia del *pathos* como elemento constitutivo. Definido como “la expresión de un poderoso sentimiento de pena” (198), el *pathos* produce “un tipo de sensación física visceral disparada por la percepción de la injusticia moral cometida inmerecidamente sobre una víctima” (198). Pero para que el lector sienta dicha sensación física, un puente de identificación debe tenderse entre él y el personaje: la pena del personaje

²⁶ Explica al respecto William Dye: “The musical element in the later melodrama does not occupy so important a place as formerly, although we still find *tremulo* music on the violins as the villain appears or in places where the situation rises to more than ordinary height” (12).

debe convertirse en propia en el lector, debe suscitarse un proceso de asociación entre lo ficcional y lo biográfico del lector: “El melodrama conmueve tanto porque trata sobre en nuestra propia vida”, concluye Bentley (200)²⁷.

No lejos de la emoción física visceral de la que habla Bentley como rasgo de identificación buscado por el autor melodramático y necesario en el lector para que la obra surta el efecto deseado, hallamos la noción de destino trágico que ve Brooks como propia de todo melodrama. Para el autor de *The Melodramatic Imagination*, se trata de una suerte de futurología o vaticinio que se desprende del relato de las desgracias pasadas, las cuales contienen en sí mismas saberes ocultos sobre las desgracias futuras.

Por el mundo conflictivo, agresivo e inseguro que representa, el melodrama ha sido pensado como uno de los modos narrativos que mejor expresa la angustia que deviene de la secularización. De hecho, su insistencia en la restitución de axiologías claras es pensada por quienes se enfocan en el melodrama de Europa y Estados Unidos como un remedo de la ausencia de una divinidad en quien depositar la responsabilidad de exista dicha axiología. Si Dios ha muerto dentro de esta idiosincrasia, si ahora le toca al sujeto marcar y separar dónde está el Bien y dónde el Mal, habrá de esgrimir relatos que repongan lo que antes estaba dado de suyo por la sola existencia de Dios. Esta reflexión sobre la razón de ser del melodrama no resulta muy aplicable a la novela de Pelliza que, lejos de la ausencia de un dios, se inscribe claramente del lado cristiano de la sociedad argentina de la época.

²⁷ La última frase, quizás la que mejor condensa la idea del *pathos* y, a su vez, la de mayor complejidad para ser traducida, en su versión original dice: “Melodrama is so moving because it hits home” (Bentley, 200).

6.6. El énfasis en el Mal

Aunque triunfe el Bien, casi toda la obra melodramática se dedica a dar cuenta de aquello que parece paradójicamente lo más atractivo: el villano. Sus características personales y sus rasgos fisonómicos, los espacios que habita, sus acciones, sus alocuciones y sus sueños ratifican una y otra vez su esencia malvada: drástica como su misma condición moral, la representación del villano se preocupa por la claridad y el énfasis, no por la sutileza. En gran medida, el encanto del villano (o, en términos más generales, el atractivo del Mal) es justamente su representación enfática. La maldad aparece altisonante y declarativa (como también la virtud), es poderosa (aunque sólo en el corto plazo), excesiva y planificadora (siempre planea una venganza que es, por definición, desproporcionada en relación con aquello que quiere vengar). En este sentido, Brooks plantea que el melodrama es el modo narrativo que expresa el asombro del ser humano ante la existencia incuestionable de la maldad. No sólo expresa dicho asombro sino que, ante la falta de axiologías claras, el melodrama se propone crear un universo ficcional en donde dicha axiología quede restablecida. Según Brooks, en un mundo atomizado y anónimo, lanzado el sujeto moderno a la soledad que supone la secularización, el melodrama es un modo de recuperar las certezas morales perdidas, de sostener la divisoria de aguas entre el Bien y el Mal, la virtud y la villanía, las víctimas y los opresores.

En *Margarita*, muy a tono con el malestar de la época, el Mal en está representado por Luis Rizzio, un inmigrante italiano que se hace llamar Saavedra pues, como buen villano, oculta su verdadera identidad. La novela lo presenta como: “(a)quel hombre de pasiones repugnantes y mezquinas”, que “era el sér mas audaz y despreciable de todos los seres” (53)²⁸. A tono con esta presentación, sus

²⁸ En esta cita, como en las siguientes, se respeta la ortografía original de la novela.

alocuciones dan cuenta de modo tajante de su maldad. Tras haber raptado a la pequeña Andrea (luego llamada Margarita), en una carta que les escribe a los desgarrados padres, el italiano declama:

dejaré a vuestra hija para presa de los hambrientos lobos... Ah! vosotros no sabeis el manjar que es la carne humana para un lobo, les gusta tanto como a los tiburones del Pacífico, já..., já..., já..., já..., já... cómo van a rechinar los tiernos huesos de la niña bajo la mandíbula de un lobo! (Pelliza, 159).

Con el determinismo ético-estético propio del melodrama, el villano posee una fisonomía acorde con sus palabras de amenaza y horror:

Su rostro, de una expresión siniestra y fuertemente repelente, se hacía antipático y detestable á primera vista; tenía el color amarillento, ajado el cutis, pequeños los ojos y de mirada recelosa y torba, la frente angosta, chata y calzada, estaba adornada de una mata de cabellos ligeramente canos y gruesos; las cejas finas, arqueadas y juntas, terminaban en el nacimiento de una nariz de forma aguiña, corva; las mejillas secas y enjutas, parecían los pómulos salientes de la chata fisonomía de un californiano-. La expresión de aquel conjunto, era la expresión del crimen y del cinismo, de la avaricia, en una palabra, de todas las malas pasiones (Pelliza, 53).

El cuerpo del malo también habla a través de la fisonomía y en sueños y alucinaciones. Así, durante la convalecencia, Saavedra dice:

Venganza, venganza, he ahí el lema que voy a imprimir en mi frente, escritos sus caracteres con tu sangre. Sí, yo te mataré, a ti y al hijo de tu amante, y luego con el corazón desgarrado por tu pérfida mano, emprenderé solo y empapada el alma en odio el camino sabroso de la venganza; (...) yo llevaré la desolación al seno de cada familia, y la perfidia de una mujer me la pagará la humanidad entera (224).

Rotundo, elocuente, excesivo, el mal “se constituye en una fuerza activa”, “es felonía en la medida en que parece desatar una traición cósmica al orden moral” (Brooks, 168-9).

7. Modelos de mujer en Margarita: entre la tradición y la transgresión

Si, por un lado, los personajes de Teresa y Andrea (amiga y madre de la protagonista, respectivamente) responden al estereotipo femenino promulgado por la novela sentimental (subgénero que para 1875 empezaba a ser residual dentro del sistema literario argentino), Margarita es quizás la antesala de un personaje moderno: aunque no posee profundidad psicológica, por sus desacuerdos con ciertos aspectos de la sociedad, por sus contradicciones y luchas internas, resulta rico y ambivalente.

Asimismo, a través de Inés, el cuarto personaje femenino destacado de la obra, la novela logra visibilizar los maltratos perpetrados por la sociedad sobre sus habitantes más desvalidos. Esta nueva visibilidad o representación de lo más oscuro y violento del orden social (orden que, junto con la estructura patriarcal, las construcciones de género y las estratificaciones sociales, se respeta y hasta se enaltece) no sorprende si pensamos en la recurrencia, propia del melodrama, a llenar un vacío representacional. Como explica este autor:

El melodrama consolida valores burgueses y capitalistas, pero a la vez despierta empatía por sectores (sociales, de género, étnicos) escasamente representados. Aunque la representación sea estereotipada o estigmatizante, apela a los sentimientos e impacta en el lector y, sobre todo, llena un vacío representacional previo (Singer, 18).

Teresa, en las antípodas de Margarita, está descripta como una joven de una belleza angelical, dócil, buena, “enteramente espiritual” (Pelliza, 74). De ella se dice que “(e)ra blanca, esbelta y elegante; su rostro puro y oval tenía toda la celestial hermosura que sin duda poseen los ángeles de Dios” (Pelliza, 10). Es la belleza asexuada, contrapuesta a la belleza pasional de Margarita. Pero si su representación es convencional y predecible, desde el punto de vista de la estructura melodramática, es un personaje esencial a la trama: además de ser quien ayuda a Margarita en los momentos más trágicos, es la principal testigo de la virtud violentada²⁹.

Pero el personaje femenino más conservador de la novela es, sin dudas, Andrea, madre de Margarita. Feliz en el encierro doméstico, laboriosa, devota de su marido y de sus hijos, no tiene más deseos en la vida que servir a su familia: “¡Ah! que placer indescriptible es el de zurcir y componer la ropa del hombre querido, del esposo tierno y enamorado” (Pelliza, 146). Tras la sugerencia de Augusto, su marido, de mudarse a la capital, escribe: “Yo no puedo dejar mi casa, mis flores, mi alegre jardincito puesto por mí misma (...) yo no quiero salir de mi retiro donde solo he respirado felicidad” (Pelliza, 146). Tras narrar la fascinación que le provoca una rutina diaria de tareas en el hogar, esta esposa modélica concluye: “Mi deseo es amar y ser amada; formar la familia y cuidar del hogar; mis aspiraciones agradar a mi esposo, hacer dulce y alegre su vida personificando nuestras dos almas en una sola” (Pelliza, 147).

El estereotipo y la mirada convencional de Andrea en torno al lugar de la mujer se remata con la italo-fobia y el conservadurismo que añora la era pre-moderna: en su diario íntimo se lee que el campo no es ya el desierto

²⁹ Brooks llama “abogados de la virtud” a todos aquellos personajes que, por conocer la historia de la protagonista desde su origen, “despliegan todas las armas para obtener la victoria de la verdad por sobre la apariencia, y para explicar el sentido profundo de los signos enigmáticos y engañosos” (164).

salvaje (como opina el marido de Andrea, a tono con el binarismo sarmientino) sino el espacio rural idealizado: la campiña, el jardín trabajado, la naturaleza domesticada. La mujer argentina es la mejor pobladora para “este desierto” (Pelliza, 146). La barbarie reside, según esta voz, en dos peligros que acechan la armonía cotidiana: el inmigrante italiano que llega para intentar violarla, y la ciudad, a donde su marido desea mudarse. La urbe es para la campestre Andrea un sitio en donde “solo se aprende el fingimiento y la mentira, donde se vizia la pureza del sentimiento y hasta las santas afecciones de la esposa suelen ser una farza infame” (Pelliza, 147).

Volvamos al ala marginal de estas femineidades. En el capítulo XIX aparece Inés, la querida de Saavedra (Pelliza, 173), una mujer de bajos recursos que, por necesidad económica, finge amor y ternura hacia el inmigrante italiano. Está descripta físicamente como una mujer “de pequeña estatura, aunque de andar elegante y gracioso”. De sus ojos se dice que eran “negros y ardientes” y despedían “rayos de inquietud” (175). La voz narrativa la describe como un ser corrompido y marginal, pero con la nobleza suficiente para horrorizarse ante la maldad de Saavedra: “miró con repugnancia a aquel miserable asesino, y el único sentimiento, quizá, noble que habia en su corazon, se despertó de repente ante la inmensa desgracia de Santillana” (174). Tras descubrir que Saavedra/Rizzio planea asesinar al pequeño Edgardo, y conmovida ante el sufrimiento del padre del niño (Santillana), Inés decide “convertirse” al bien. Esta conversión consiste en la decisión de alertar a Santillana acerca de los macabros planes del inmigrante. Como ocurre con muchos pensamientos de los personajes melodramáticos, dicha decisión es expresada en voz alta: “No importa, se dijo, lo engañaré por mas que esto sea un tormento y quien sabe, tal vez pueda ser util á ese pobre padre” (174). Es así como Inés va hasta el hotel en donde se encuentra el desgarrado Santillana y le confiesa que su pequeño hijo vive, ha sido secuestrado por Saavedra, y pronto podría

ser asesinado. Ante este gesto de nobleza de la prostituta, Santillana agradece y retribuye: “Yo sabré recompensaros, le dijo, desde hoy en adelante tu hijo tendrá un padre en mí, y vos volveréis a ser honrada y tendreis un hermano en Plácido Santillana (178)”. Así, como Jacobo Retamares (otro ser marginal del texto) Inés “se salva” de una vida “deshonrosa” gracias a la protección de Santillana, ganada tras haber procedido virtuosamente. La conversión de Inés asombra a Santillana y se narra a partir del imaginario del catolicismo. Tras escuchar la recompensa de Santillana, Inés dice:

Gracias señor, exclamó dando mil besos a la mano de Plácido y luego levantando los ojos hacia éste añadió de pronto profundamente impresionada. –Yo no sé señor qué timbre mágico tiene vuestra voz; parece que hubiera salido de repente de la vida de vicio y lodo en que he vivido hasta aquí y que vuestro acento semejante a la voz de Cristo al convertir á Magdalena hubiera purificado mi alma y la voz del deber llamado á mi extraviada conciencia, ah! gracias señor, repitió la pobre pecadora impresionada como jamás lo había estado y enjugando sus lágrimas se puso de pié (Pelliza, 178).

Ante esta declaración de agradecimiento, Santillana, puesto aquí en el lugar de Cristo, nos ratifica la concepción cristiana del ser humano que subyace a lo largo de toda la novela:

Pobre jóven, se dijo, así son la mayor parte de estos seres prostituidos. Casi todos á pesar de la corrupcion de su cuerpo y sus costumbres conservan innata la pureza de sus sentimientos y cuando su conciencia llega a despertarse son susceptibles de todo lo noble y generoso (Pelliza, 178-79).

Al igual que Jacobo, el personaje de Inés es una villana convertible, por llamarla de algún modo: en ambos casos, se trata de seres desesperados, marginales, que deben actuar indecentemente por alguna urgencia económica pero que, en el fondo, poseen un alma sensible. Por supuesto, se trata de seres que fácilmente logran “reconvertirse”, regresar

a la buena senda, y cuentan con el beneplácito y el perdón de los héroes. A raíz del personaje de Inés, vemos que en *Margarita*, a diferencia de otras novelas en donde una conducta prostituida hubiera acarreado una condena social irreparable, en la narrativa de Pelliza (y esto se verá en los personajes de *La Chiriguana* también), la concepción cristiana del ser humano exime a la voz narrativa del juicio moral: Inés no sólo es perdonada sino que pasa a ser una pieza clave en la relevación de las verdaderas identidades de los protagonistas.

La vida urbana porteña que nos deja ver el personaje de Inés es conflictiva: injusta, cruel, poblada de seres engañosos (villanos), otros marginales (envilecidos por necesidad) y de escasas almas buenas. Hay también una serie de instituciones coercitivas: la casa del falso padre, el manicomio, el convento y la calle de la emboscada a Santillana nos muestran un espacio urbano inconfiable. Dentro de esta ciudad cruel, se destaca el maltrato que sufren ciertos habitantes. Hay mujeres honradas y cristianas que, como Inés, deben prostituirse por necesidad. Hay hombres como Jacobo que proceden contra su ética por simple necesidad. También de Juan, el negro al que alude la voz narrativa en el capítulo XXII, se apiada el texto:

¶Pobre Juan! pobre negro! fiel y noble, martir sublime de un afecto sin retribucion, –tú éras un pária en la vida, nadie te amaba, á nadie estabas ligado–has muerto ignorado y ni siquiera han comprendido tu generoso sacrificio (196)³⁰.

³⁰ Ortiz Gambetta comenta la figura del negro Juan en *Margarita*: “A pesar de tener un espacio significativo en esta novela, el narrador necesita resaltar la condición humana de Juan cuando pone en palabras de la señora: ‘Éras negro, pero eras un hombre con alma y corazón’ (73). Esta cláusula adversativa marca la concepción de avanzada que implica este tratamiento en la obra, en la que hay una clara intención de reivindicar al hombre a pesar de su condición racial, reafirmando así el bajo reconocimiento social que tenía este grupo en el Río de la Plata”. (Ortiz Gambetta, 53). Disentimos con la autora en cuanto al espacio que ocupa Juan (Juan no es, en verdad, un personaje de la novela sino que su mención es parte de una digresión que hace la narradora, en primera persona en este breve fragmento, en la que recuerda

A través de estos personajes marginales, la novela denuncia que la mala distribución de la riqueza obliga a algunos seres a ejercer actividades inmorales para sobrevivir. En este sentido, realiza una operación propia del melodrama (Singer, X): llena un vacío representacional: da visibilidad a seres y situaciones hasta el momento ignorados.

Relaciones premaritales y oposición al matrimonio

Según Brooks, la mudez como símbolo de la indefensión de la inocencia, de su incapacidad física para protestar ante las injusticias, suele caracterizar a las protagonistas del melodrama clásico que habitan estas sociedades crueles, modernas, urbanas³¹. Pero lejos de la mudez de la heroína clásica, Margarita nunca se queda callada. Su elocuencia, su valentía para esgrimir respuestas ante las injusticias del villano o para expresar sus desacuerdos marca una clara distancia con el modelo narrativo europeo.

Uno de los usos de su elocuencia es para dar cuenta de su negativa a casarse con Santillana antes de que el joven parta hacia Chile. Con la excusa de que primero debe conocer ella misma su verdadera identidad para poder, así recibir el consentimiento del padre del novio en la unión matrimonial, la protagonista posterga este contrato civil. A

un hecho de su vida personal: el negro Juan, su sirviente, muriéndose en el hospital. Ver pp. 196 y 197). Pero coincidimos con Ortiz Gambetta en cuanto a la concepción de avanzada de Pelliza en esta novela respecto de los negros, según podemos ver también en el personaje de Octavio.

³¹ A propósito de la mudez, Brooks plantea una interesante analogía para entender el sentido subyacente del melodrama, de la tragedia y de la comedia (que, en su concepción, son las tres formas narrativas principales): "Es una tentación pensar que los diferentes tipos de dramas tienen correspondencia con una incapacidad de los sentidos: para la tragedia, la ceguera, ya que la tragedia trata de introspección e iluminación; para la comedia, la sordera, ya que la comedia tiene que ver con problemas de comunicación, malentendidos y sus consecuencias; y para los melodramas, la mudez, ya que el melodrama apunta sobre todo a la expresión" (Brooks, 2012: 204).

raíz de dicha postergación, se esbozan una serie de ideas contrarias al matrimonio, que siguen la línea (persistente en toda la novela y típica del melodrama) de oponer la honestidad de los sentimientos a las falsedades de la sociedad. Así, se ofrece aquí –innovadoramente para su época– una defensa de la unión por amor, presentada como contraria al matrimonio, definido en la novela como “una unión por compromiso”. Nos detendremos un poco en los argumentos que esboza la protagonista para justificar su postergación del casamiento porque los consideramos un claro ejemplo de la persistente tensión de la novela entre conservar e innovar o, dicho de otro modo, la presencia de un doble horizonte de deseo: en este caso, sobre un tema fundamental en la sociedad de la época, sobre todo para las mujeres: el lugar de la voluntad femenina a la hora de contraer matrimonio.

Como explican Ricardo Cicerchia, Mark Szuchman, Daisy Rípodas Ardanaz (entre otros), a partir de la Contrarreforma de la Iglesia Católica durante el Medievo tardío, la moral matrimonial se rigidizó y, aunque en varias ocasiones las prácticas sociales se alejaban de la letra escrita, el Estado, en alianza idiosincrática con la Iglesia, predicaba fuertemente la endogamia social (los contrayentes debían, idealmente, pertenecer a la misma clase social), la monogamia, la heterosexualidad y la indisolubilidad del vínculo entre los cónyuges. Asimismo, en el caso de Argentina,

(d)urante los dos primeros siglos de existencia de la sociedad colonial, el honor era un valor supremo para la consideración social. El honor familiar reposaba en la nobleza de sangre, en la virtud sexual de la mujer y en el poder económico del varón como sostenes moral y material de la familia. Así se construía el estatus social. La honorabilidad implicaba castidad prematrimonial y fidelidad conyugal en las mujeres como piedra angular de la moral familiar (Cicerchia, 38, 2004).

A la luz de estas construcciones en torno al matrimonio, la negativa de la joven Margarita a desposarse con su amado antes de conocer su apellido (el de ella) es un claro signo de respeto hacia la autoridad paterna (la del padre del joven) y, sobre todo, hacia la endogamia social: sólo si ella posee un buen apellido, esa unión podrá ser avalada por el *pater familiae*. Leemos, como respuesta a la propuesta matrimonial de Plácido Santillana: “—No puedo, cuando tenga un apellido lejítimo seré tu esposa; mientras me llame Margarita a secas, seré tu querida (47)”. Inmediatamente después, y en la línea del respeto hacia la endogamia social y hacia la ratificación de privilegios de clase, la voz narrativa explica: “En la bella frente de la joven estaba impreso el sello de una voluntad suprema. Su acento noblemente altivo hacía traslucir el orgulloso timbre de una raza pura” (47). Sin embargo, a continuación reaparece un segundo hilo de sentido —que se viene construyendo ya en los capítulos previos a esta escena y que se acentuará cada vez más, haciendo de Margarita el personaje femenino más interesante, por lo contradictorio, de la novela: “Margarita, luchando con dos pasiones poderosas, el amor y el deber, no podía confundírsele con la vulgaridad de una plebeya” (47). Si, por un lado, Margarita no quiere casarse sin estar antes filiada a sus verdaderos padres y con su legítimo apellido, por otro lado, al momento en que pronuncia esa voluntad de endogamia social, ya está embarazada y ya ha roto, obviamente, con el honor que supone la castidad pre-marital. No sólo esto, su negativa a desposarse se enlaza, en la memoria del lector, con aquella confesión hecha por la protagonista a su amiga Teresa, tan sólo unas páginas atrás: el relato de la noche en que perdió la virginidad. Leemos:

—¡Ah! Yo no sé, Teresa, qué convicción, que fé tan profunda y abnegada me inspiró Plácido desde el instante en que le vieron mis ojos, cuando en una noche inolvidable, por vez primera sentí su voz dulcísima que me decía ¡te amo! Perdóname, nada pensé, no quise luchar ni un instante mas con

mi conciencia, olvidé a quien yo creía mi padre, (...) Luego, cuando él con su ternura digna, pero no menos ardiente, en sus inefables desvaríos inició mi virgen corazón en todos los deleites del amor, pensé con dolor que jamás sería su esposa y al mismo tiempo una felicidad inmensa inundó mi corazón; ¡que importa!, dije, si no soy su esposa, seré su querida, y así sacrificándolo todo por el hombre amado, todo, con una espontaneidad sublime, seré mil veces más dichosa, y no vacilé, Teresa mía (Pelliza, 38).

En este sentido, un aspecto innovador de Margarita es su aceptación de las relaciones sexuales pre-maritales. En el momento previo a la unión física de los amantes, el texto justifica la “entrega” de la joven, aún soltera:

La inocente vírgen se estremeció, inclinó la frente cubierta de rubor sobre el pecho generoso de Santillana y una impresion nueva y dulcísima recorrió las fibras de su cuerpo; la luz de la luna dio de lleno sobre aquel grupo encantador, y Plácido, reteniendo a su amada en sus brazos, selló aquella frente pura con un casto beso.

Margarita nada dijo —ni un solo reproche salió de sus labios, ni la más mínima resistencia notó Plácido en su cuerpo ¿y para qué? ¿No era de Santillana su alma entera, no le amaba con toda la fuerza de lealtad y de pasión que cabía en su corazón? Entonces, ¿a qué un melindre de mal gusto? ¿a qué una resistencia ridícula cuando se ama como ella amaba? (Pelliza, 21).

Narrativamente, se independiza la moral de Margarita (una cualidad de su espíritu), de su castidad (un provisorio estado físico). Pero, además de lo incuestionable de la moral de la heroína (para cuya narración se apela al imaginario religioso), hay aquí otra serie semántica, propia de la construcción de la virtud que hace el melodrama: se trata de los “dictados del corazón”, es decir, de sentires que les vienen dados a los personajes a modo de mandatos internos, certezas que no se explican lógicamente pero que ellos acatan sin cuestionar su genuinidad: “¿No era de Santillana su alma

entera, no le amaba con toda la fuerza de lealtad y de pasión que cabía en su corazón? (39)". Ciertas leyes del corazón le dictan el proceder a la "inocente virgen". Así, a la hora de narrar la escena en que Margarita le declara su amor a Santillana, la escritura fusiona dos líneas semánticas recurrentes en la obra: la cristiandad y el placer del amor erótico:

Sí, Plácido, sí, te amo, dijo Margarita levantando al cielo su frente iluminada por un rayo de purísima fé.... (...) te he amado desde el instante en que te vieron mis ojos; desde entonces te he amado con un amor puro y sublime como el martirio; ha sido un secreto tremendo que ha abrasado mi corazón y que ya rebelde por su propia fuerza, era un crimen sofocarlo. ¡Te amo, ahora mas que nunca y de hoy en adelante mi único placer será pensar en ti, mi única ambición que tú me ames! (Pelliza, 20).

La retórica cristiana se fusiona con lo irrefrenable de los dictados del corazón: "hay una voz secreta que me dice que te ame sin remordimientos, y yo, olvidando todas las preocupaciones de la conciencia, te amaré como se ama a Dios y te miraré como el ángel bueno de mi vida" (Pelliza, 24)³². Con el aval de esta "voz secreta", los jóvenes viven un amor clandestino:

Cuando el reloj del suntuoso comedor de Saavedra dejaba oír la última vibración de las doce de la noche, un hombre saltaba las tapias, y Margarita, siempre enamorada, siempre bella, esperaba á su amante sentada bajo un árbol en lo mas oculto del jardín.

³² Hay que tener en cuenta las múltiples capas de censura que median entre autoras y lectoras (amén de la censura interna de cada una de ellas): los padres eran muchas veces quienes seleccionaban, desde su autoridad paterna y desde el poder económico, todas las lecturas de las jóvenes. Ver "Sueños y dilemas de la Generación romántica. Lecturas, lectores y lectoras entre 1830 y 1850", de Batticuore.

La noche se deslizaba rápidamente y cuando la luz crepuscular del nuevo día teñía de ténue sonrosado el firmamento, los amantes se despedían tiernamente, renovando sus juramentos de constancia eterna. (Pelliza, 27)

Este noviazgo, que se desarrolla a espaldas de Saavedra, dura un breve lapso pero es vivido intensamente: “Plácido y Margarita, olvidados del mundo, veían solo á través de su dicha y llegaron á persuadirse de que el universo estaba encerrado en su amor, y ambos, viviendo solo el uno para el otro, se lanzaron en brazos de la felicidad presente sin recordar el porvenir” (Pelliza, 27). La experiencia amorosa transforma para siempre a la heroína y dicha transformación es narrada, una vez más, entrecruzando el paradigma cristiano con el erótico. Así, arribamos a una nueva transgresión de la protagonista (que cimenta su postura de oposición al matrimonio): el momento en que le cuenta a su amiga y confidente, Teresa, sus amores con Santillana:

... cuando él con su ternura digna, pero no menos ardiente, en sus inefables desvaríos inició mi virgen corazón en todos los deleites del amor, pensé con dolor que jamás sería su esposa y al mismo tiempo una felicidad inmensa inundó mi corazón; ¡qué importa! dije, no soy su esposa, seré su querida, y así sacrificándolo todo por el hombre amado, todo, con una espontaneidad sublime, seré mil veces mas dichosa, y no vacilé, Teresa mia (Pelliza, 38).

Tras insinuar la ventaja de ser querida frente a la de ser esposa, el texto retorna a la yuxtaposición entre catolicismo y amor erótico:

El rostro de Margarita, animado por un santo entusiasmo, tenía en aquel momento un tinte de fé y de pasión inconcebible, era la personificación de la nobleza y abnegación mas hermosa que pueda existir en el corazón de la mujer (Pelliza, 38).

El texto insiste en remarcar la alta moral de la protagonista: además de ser un rasgo propio de la heroína melodramática, creemos que esta insistencia es la condición de posibilidad para que se enuncien ciertas ideas contrarias al matrimonio:

No comprendo tu empeño en una union que ya nuestras almas la han efectuado, un sacerdote unirá nuestras manos, nos dirá unas frases sin sentido para nuestros corazones ya eternamente unidos en la tierra y mas tarde en el cielo —y luego, muy satisfecho se retirará creyendo que con *aquella estúpida forma social, que con aquella irrisoria imposicion de los hombres*, no de Dios, que ha unido nuestras almas por medio de dos palabras —No comprendo, te repito qué empeño te guía al desear ardientemente esta unión que yo no creo tan necesaria como a ti te parece (Pelliza, 47)³³.

Estas ideas de Margarita son compartidas por su amante: los jóvenes entienden que el matrimonio es una institución “imprescindible para obtener el aprecio social y sostener el buen nombre que llevarán más tarde nuestros hijos” (Pelliza, 47). Así, tras un breve intercambio de ideas, ambos coinciden en el rechazo “con repugnancia” del matrimonio (47).

Tu alma no comprende —le dice él a ella— que pueda imponerse á otra voluntad, á otra alma, un deber u obligacion que coarta las puras y naturales expansiones de los sentimientos espontaneos, mil veces mas hermosos y duraderos que los que nos son obligatorios, haciendo siempre una víctima y un verdugo, ó cuando menos una esclava sumisa, y un amo que aunque sea tierno y condescendiente, al fin es amo (Pelliza, 48).

Si bien Margarita le asegura a su amado “soy feliz con que tú seas mi amo”, la ideología textual queda clara en la respuesta de Santillana: “Sí, pero eres esclava por tu libre

³³ La cursiva es mía.

voluntad” (Pelliza, 48). Así, a través del recurso del diálogo, Margarita (Pelliza) puede expresar –y logra el acuerdo de su amado– su oposición a la institución del matrimonio. Lo que se menciona antes en la novela como “delicadeza” (la joven no quiere casarse hasta saber su verdadero apellido) deviene, en la confrontación (aparente) de ideas, un alegato contra el sometimiento que conlleva el estar casada³⁴.

El carácter innovador de Margarita (en tanto rompe con el modelo clásico de heroína romántica) no se limita a sus elocuentes defensas ni a sus opiniones en contra del matrimonio. Dentro de un proyecto de nación liberal, la mujer es la encargada de sostener la estructura familiar: debe, ante todo, ser buena esposa y madre abnegada (el prólogo, como veremos, lo ratifica). Sin embargo, hallamos ciertas situaciones de vida de la protagonista que desmienten o se desvían de este modelo. ¿Cómo es que Margarita vive en una pensión que ella misma ha elegido y alquilado, haciendo trabajos de costura y criando sola al pequeño Edgardo, quien “como todos los hijos del amor” es “el retrato perfecto del padre” (Pelliza, 57) y se halla “feliz en su pobreza” (68)? Si bien narrativamente esta situación se explica a partir de la compleja trama de enredos (Margarita tuvo que escapar de su casa por haber sido acosada por Saavedra, está temporalmente sola porque su amado tuvo que viajar de urgencia a Chile y ella no quiso casarse sin antes conocer su verdadero apellido), así y todo, otro modelo posible de vida queda sugerido. Cabe aquí recuperar la propuesta de Ramos: la literatura es el lugar para diseñar moralidades edificantes. Ahora bien, ¿se trata indefectiblemente de argumentos y personajes ejemplares o, más bien, podemos pensar (como propone Singer) que algo del texto siempre escapa a la moral dominante? Además de cristalizar el sueño del proyecto liberal de nación (que entendía

³⁴ Carolina Sánchez da cuenta del tópico de la infelicidad de la mujer casada en *Vengador y suicida: Novela original* [1860] de Tomás N. Giraldez, y en *La bella Emilia, novela histórica de mis tiempos* [1869] de Enrique Juan Iuglaris.

el matrimonio como organización social mínima imprescindible para el desarrollo de una economía capitalista), la novela sirve, en cierta medida, como espacio en donde proyectar el ideal de un deseo (en este caso, un deseo de género, tal vez calificable de proto-feminista si recordamos la subordinación jurídica de la mujer en el matrimonio, según explica Barrancos³⁵), y no ya el de la nación. Si bien *Margarita*, en tanto personaje melodramático, no tiene profundidad psicológica, una postura tan en contraste con la moral dominante podría entenderse como la antesala de la creación de personajes con dilemas internos³⁶. La retórica cristiana, paradójicamente, sirve aquí como modo de suspender el juicio moral y, por ende, suaviza el ingreso en el texto del amor erótico premarital. En este sentido, si recordamos varias de las elecciones y opiniones de la protagonista –que sólo por momentos responden al modelo de conducta deseable en la época– *Margarita* podría pensarse como una *bildungsroman* fallida, en tanto que su poder como herramienta de “educación sentimental” en las jóvenes lectoras es, como mínimo, ambivalente.

El lugar de la letra femenina: “escribiré cuando concluya mis quehaceres”

“Resulta bien conocido”, escribe Dora Barrancos “que el largo siglo XIX significó un retroceso para las mujeres debido, entre otras importantes cuestiones, a la obturación de los derechos civiles” (111). Desde 1869 regía en Argentina el

³⁵ Es notoria aquí la coincidencia entre la historia del encarcelamiento doméstico sufrido por la hermana de Josefina, Amalia Pelliza, en manos de su despótico marido, el Dr. Durand (historia que es explicada en detalle por Barrancos), y el rechazo de Josefina hacia el matrimonio. ¿Estaría la escritora pensando en su hermana a la hora de ficcionalizar su rechazo hacia esta institución social?

³⁶ Recordemos, de hecho, que en algunos momentos vemos a la protagonista “luchando con dos pasiones poderosas, el amor y el deber” (Pelliza, 42).

Código Civil de Vélez Sarsfield, que establecía que la mujer no tenía entidad jurídica de ciudadana, sino que dependía del hombre (su marido, su padre o su hermano), para cualquier decisión sobre sus bienes, sus ocupaciones y su estado civil. La emancipación de la mujer se lograría recién en la segunda década del siglo XX pero sería, desde 1870, tema de debate candente entre los intelectuales y letrados. Hay, de hecho, una interesante polémica entre Pelliza y Raymunda Torres y Quiroga publicada en *La Alborada del Plata* desde diciembre de 1877 hasta abril de 1878, en torno a la emancipación, educación y sabiduría de la mujer. La postura de Pelliza en sus textos periodísticos era más bien conservadora y en contra de la emancipación de la mujer. Sin embargo, curiosamente, Pelliza abogó siempre por la figura de la mujer letrada, sabia, escritora. Más que conjeturar en torno a la mayor libertad que pudiera haber sentido la autora en la ficción que en el espacio periodístico, me interesa rescatar su defensa de la mujer “sábía” pues la leo como una defensa indirecta de la praxis literaria.

En *Margarita*, la escritura en tanto componente importante en la vida de la mujer (como medio de ser útiles al hombre, como expresión del alma y como parte de la sociabilidad femenina) se tematiza dentro y fuera del texto. La novela se abre con una “dedicatoria” (bien podría llamarse “disculpatoria”), dirigida a la Señora Doña Florencia Pueyrredón de Castro (“MI QUERIDA FLORENCIA”), prima de quien firma, “Josefina”. Esta programática carta-prólogo da cuenta de la gestación de la novela y juega a considerarla como parte de una apuesta amistosa entre la autora y su destinataria: “Mi primer trabajo literario te lo dedico á ti; esta novelita, que hoy te ofrezco como un recuerdo de amistad, es el fruto de una apuesta. Tú no la habrás olvidado, querida amiga” (Pelliza, 3).

Con la modestia (fingida o real) que se retomará en la última frase de la carta (“Sé indulgente con tu prima y amiga, como espero lo sea el público para la autora de MARGARITA”), el inicio configura a Florencia como interlocutora.

Si bien Florencia deviene sinécdoque de toda lectora, la mención de su nombre completo da veracidad a la “apuesta” y produce en quien lee la ilusión de ser parte de una correspondencia privada³⁷. Con la excusa de recordarle a su prima aquella apuesta, “Josefina” narra la escena:

Era un día tristísimo por el lugar solitario en que nos hallábamos, por la hora, y, sobre todo, por la espesa y aplomada niebla que como un inmenso sudario envolvía un quebrado campo de “Las Higueras”, el tejado de tu casa, los palos de los corrales, y hasta la alta copa del añoso ombú que descubre con sus ramas la entrada de la estancia. Tú hacías labor sentada en una pequeña silla de baqueta; á tu lado estaba yo; hablábamos de muchas cosas; despues de literatura; me diste algunos versos que conservabas manuscritos; al leerlos me entusiasmé; eran de A.J.B.; volví á leerlos en voz alta y creció mi admiracion; tú me dijiste con esa dulzura que te distingue: ¿Eres afecta á la literatura? Mucho, contesté (Pelliza, 5).

Es de notar la construcción romántica de esta escena como un momento de aislamiento del mundo: el lugar apartado, la espesa niebla que las cubre “como un inmenso sudario”, la ausencia de un tercer oyente, generan cierta intimidad. Es esta intimidad la que permite la confesión de algo —el deseo de escribir— percibido por Florencia como una vana ilusión:

¿Escribes? agregastes tú; te dije: tengo algunas poesias y pienso dar principio á una novela que escribiré despacio y en mis ratos de ocio; te sonreiste, Florencia, y mirando con malicia mi cintura, me dijiste: veremos qué escribe esta literata cuando un grillo le cante al oído—Comprendí lo que querias decirme y repliqué: Entonces, como ahora, escribiré cuando concluya mis quehaceres, cuando mis hijos me den tiempo para ello, aunque sea por la noche, despues que se duerman, si durante el día no me dejan un rato libre.— (Pelliza, 5-6)

³⁷ Un gesto similar es la clásica carta de inicio en *María*, de Jorge Isaacs, cuya funcionalidad en el texto ha sido analizada en detalle por Silvia Molloy.

Es posible para una mujer escribir una novela (el texto mismo se ofrece como el triunfo de la apuesta) pero sólo si antes ha cumplido con su deber de esposa y madre laboriosa abocada al hogar, como prescribe la ideología dominante republicana³⁸. Ni ruptura ni acatamiento pleno, esta carta-prólogo funciona, en pequeña escala, de modo análogo a la novela: como bisagra entre el modelo tradicional de mujer y una voz en tenue desacuerdo e incipiente conflicto respecto de dicha tradición (la escritora, la protagonista).

El doble horizonte de deseo

Retomando los estudios fundadores de Dye, Bentley y Brooks, Ben Singer propone que los conflictos dramáticos de los melodramas están enmarcados en la moral burguesa, conformada por las llamadas “leyes del corazón”. Dentro de estos parámetros burgueses suele haber notorios gestos de denuncia hacia las injusticias de clase, los pobres y desamparados, hacia los seres marginales de la sociedad. Por su propia estructura narrativa, el melodrama hace visibles ciertas situaciones de opresión generadas, justamente, por la burguesía que la ficción avala. En este sentido, “una de las cosas más llamativas del melodrama es que genera dos horizontes de deseo, una suerte de ambivalencia ideológica que tensa dos versiones del mundo en conflicto: “las representaciones de la economía imperial y de la moral burguesa están acompañadas de momentos en que se cuestionan esos mismos valores e instituciones” (Singer, 14). Esos dos horizontes de deseo representan dos temporalidades o modos de conciencia: uno que ha ocurrido efectivamente y otro que se plantea como horizonte ideal, a alcanzar” (Singer, 14).

³⁸ Para una comprensión del tipo de mujer que diagramó la Generación del 37, sobre todo a través de los escritos de Sarmiento y Alberdi, remito al primer capítulo del libro de Batticuore.

¿En qué medida existe un conflicto ético o doble horizonte de deseo dentro de *Margarita*? Sabemos que esta novela está atravesada por varias tensiones ideológicas, varios temas candentes en la época: el conflicto entre católicos vs. laicos (qué significa la fe en Dios, en qué medida tener fe implica adscribir a la Iglesia católica y a sus instituciones); la discusión de clase la de la élite ante la llegada del aluvión italiano (el malestar ante estos “invasores” vs. la necesidad concreta de mano de obra y la política estatal de favorecer la inmigración); el debate legal y de género en torno al lugar de las mujeres en la sociedad (¿debe educarse la mujer?, ¿para ser educadora de futuras generaciones o por derecho propio?, ¿debe emanciparse en el ámbito legal?); la discusión en torno a la relación de la mujer con la literatura (¿para qué escribe una mujer?, ¿para quiénes?, ¿debe moralizar, entretener, educar, advertir?, ¿cómo se expresa la sensibilidad de estas jóvenes, como se da realce a la vida doméstica femenina?). Aventuramos una hipótesis de lectura: el melodrama es el molde narrativo que mejor expresa las contradicciones espirituales de la élite letrada ante el aluvión inmigratorio (contradicciones que, por su parte, no se ven en los narradores naturalistas, de plano discriminatorios), las tensiones entre la fe y el laicismo, el lugar incómodo de las mujeres letradas en la sociedad. Así, la grandilocuencia del estilo y el tremendismo del argumento, lo solemne y engolado, todo aquello que hoy nos parece cursi y artificial, funcionó en la época como expresión del malestar de esas vidas femeninas, privilegiadas en comparación con las de mujeres de estratos bajos pero postergadas y prisioneras del ámbito doméstico, si las comparamos con las vidas de los hombres de su misma clase social.

Aportes de este rescate

Creemos que reeditar *Margarita* es un aporte al estudio de la literatura argentina del siglo XIX en varios sentidos: nos permite recomponer un eslabón olvidado dentro de la historia de la novela argentina del siglo XIX, entender los fundamentos de cierto sector socio-cultural reacio a los cambios de la Modernidad –sector en el cual incluimos a Pelliza–, posibilita comprender los condicionamientos y los resortes de los que se valió la escritura femenina para abrirse paso e inaugurarse en un ámbito masculino y, asimismo, nos da un ejemplo de las adaptaciones del melodrama –con su inherente contradicción ideológica o doble horizonte de deseo– dentro de la novela sentimental argentina durante el último cuarto del siglo XIX. Además, *Margarita* puede leerse como un testimonio del pasaje desde una praxis novelística prescriptiva –en donde la novela se concibe como subordinada a su función educadora y moralizante, en pos de publicar un proyecto civilizador³⁹– hacia una noción moderna y secular que concibe la novela como artefacto autónomo (es decir, regido por sus propias reglas intratextuales)⁴⁰. No

³⁹ Para un análisis histórico de las exigencias culturales que recaen sobre el género novela durante los siglos XVIII y XIX, ver el apartado “La mala fama (y la buena también)” (39) del libro de Molina (2011).

⁴⁰ Escribe Ramos que luego de las luchas de Independencia, la literatura era el lugar “ficticio, acaso, donde se proyectaban los modelos de comportamiento, las normas necesarias para la invención de la ciudadanía, los límites y las fronteras simbólicas, el mapa imaginario, en fin, de los estados en vías de consolidación (8)”. De este modo, “la escritura proveía un modelo, un depósito de formas, para la organización de las nuevas naciones; su relativa formalidad era uno de los paradigmas privilegiados del sueño modernizador, que proyectaba el sometimiento de la “barbarie” al orden de los discursos, de la ciudadanía, del mercado, de los Estados modernos” (Ramos, 13). Como un ejemplo de lo prescriptivo de la praxis literaria, leemos: “Todo libro debe ser la proyección moral del alma del autor, que imprime en él, como a fuego, la marca de fábrica, para que al lanzarlo á la vida y á la publicidad lleve imborrable el sello de la paternidad”. Esta reflexión de Federico Tobal es parte de un artículo en *La Nación*, el 27 de septiembre de 1885, en donde elogia el libro *Conferencias*, de Pelliza. Cabe aquí la siguiente reflexión de Sánchez: “se perfila una poética cuyo eje está puesto en la exigencia de moralidad. Dicho

se podría decir que es una novela rupturista, pero sí que contiene ciertas contradicciones, conflictos y algunas ideas de avanzada para la época. Ni tan modélica y funcional como las novelitas del 50, ni tan polisémica y consciente de sí misma como la literatura del siglo XX, esta novela presenta un ejercicio de la práctica literaria preocupado por las reglas internas al texto, en parte crítico hacia la sociedad y, moderadamente, plural respecto de modelos de conducta femenina aceptables en la época. Creemos que *Margarita* es, en este sentido, un testimonio de “la presencia amenazante de otra clase de mujeres que ‘traicionan’ el hogar y ponen en riesgo una de las instituciones clave de la república: el matrimonio” (Batticuore, 335).

Bibliografía

Alberdi, Juan Bautista. *Peregrinación de Luz del Día o Viajes y aventuras de la Verdad en el Nuevo Mundo*. Bs.As: Instituto de Literatura Argentina, UBA: 487-530.

“Apelles”. En *Enciclopedia Britannica*. En línea, consultado el 13/12/2105: goo.gl/NjkBU3.

requisito procura diferenciar las creaciones locales de las novelas europeas, acusadas desde sectores conservadores católicos por exhibir ejemplos de conductas desviadas a la población. Puestos al servicio de la causa civilizadora, los novelistas locales diseñaron sus tramas plasmando un mensaje edificante” (Sánchez, s/p). Así, a las novelas románticas republicanas de “buena moral”, los letrados de mediados del siglo XIX oponían las novelas extranjeras (sobre todo las francesas) de corte naturalista, a las que consideraban (sobre todo ciertos sectores católicos de la intelectualidad, al que pertenecía Tobal) inmorales y peligrosas en cuanto a su capacidad de contagiar los malos hábitos en las jóvenes lectoras. Como puede verse, subyace allí una concepción de la novela como modelo de conducta y no como material ficcional autónomo. Beatriz González-Stephan analiza esta noción de contagio asignada a las letras (sobre todo a la escritura femenina del siglo XIX latinoamericano) es, a propósito de la novela *Dolores (cuadros de la vida de una mujer)*, de 1869, de Soledad Acosta de Samper. Para un análisis de la función moralizante de la novela del siglo XIX, ver Molina, Ramos, Sánchez.

- Auzá, Néstor Tomás. *La literatura periodística porteña del siglo XIX: De Caseros a la Organización Nacional*. Buenos Aires: Confluencia, 1999.
- Barrancos, Dora. "Inferioridad jurídica y encierro doméstico". En *Historia de las Mujeres en la Argentina*. T.I. Colonia y siglo XIX. Dir. Fernanda Gil Lozano, Valeria Silvina Pita y María Gabriela Ini. Buenos Aires: Taurus, 2000, 111-129.
- Batticuore, Graciela. *La mujer romántica: Lectoras, autoras y escritores en la Argentina; 1830- 1870*. Buenos Aires: Edhasa, 2005.
- Bentley, Eric. *The Life of the Drama*. New York: Ahteneum, 1964.
- Bravo, María Celia; Landaburu. "Maternidad, cuestión social y perspectiva católica. Tucumán, fines del siglo XIX". *Historia de las mujeres en la Argentina. Colonia y siglo XIX*. T.I. Dir. Fernanda Gil Lozano, Valeria Silvina Pita y María Gabriela Ini. Taurus: Buenos Aires, 2000. 215-233.
- Brooks, Peter. *The Melodramatic Imagination: Balzac, Henry James, Melodrama, and the Mode of Excess*. New York: Columbia University Press, 1985.
- Brooks, Peter. "La estética del asombro". En *El folletín y sus destinos. Migraciones y trasposiciones en los imaginarios culturales argentinos del siglo XX*. Ed. María Inés Laboranti. Trad. Estefanía Viglione. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2012, 153-202.
- Crespo, Natalia. "La literatura como advertencia: tres novelas argentinas melodramáticas de 1850". *Symposium: A Quarterly Journal in Modern Languages* 68.4 (Nov 2014): 1-15.
- Crespo, Natalia. "La Chiriguana: un melodrama eclesiástico". 43.1 (enero-junio 2013): 37-62.
- Crespo, Natalia. "Melodrama y villanía en *Margarita* (1875) de Josefina Pelliza". *Cuadernos del CILHA* 16.1. (junio 2015): 92-112.

- Crespo, Natalia. "Representaciones del hogar rural en *Margarita* (1875) de Josefina Pelliza y en *El lujo* (1889) de Lola Larrosa". Taller de Letras. Pontificia Universidad Católica de Chile (en prensa).
- Cicerchia, Ricardo. "Historia de las prácticas, discursos y representaciones familiares. El espectáculo del disenso en la ciudad secular". *Revista Iberoamericana*, 70.206 (Enero Marzo 2004): 37-52.
- Cicerchia, Ricardo. *La Vida Maridable: Ordinary families in Buenos Aires 1776-1850*. Tesis doctoral inédita. New York, Columbia University, 1995.
- Curia, Beatriz. "Introducción". En *María de Montiel. Novela contemporánea (1861)*.
- Rosas de Rivera. Mercedes (M. Sasor). Edición, estudio y notas de Beatriz Curia. T.I. Buenos Aires: Teseo, 2010, 11-49.
- Cutolo, Vicente Osvaldo. *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*. 7 vols. Buenos Aires: Elche, 1968-1985.
- Devoto, Fernando. *Historia de la inmigración en la Argentina*. Bs. As.: Sudamericana, 2003.
- Diccionario de la Lengua Española*. Real Academia Española. Vigésima Primera Edición.: Madrid, 1992.
- Dye, William. *A Study of Melodrama in England from 1800 to 1840*. State College, Penn.: Tinatty Printing, 1919.
- "Ernst Theodor Amadeus Hoffmann". En *Enciclopedia Britannica*. En línea, consultado el 3/3/2106: goo.gl/hA6qQl.
- Falcón, Ricardo. "Los trabajadores y el mundo del trabajo". *Nueva historia argentina: liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*. Marta Boanudo dir. vol. Vol 2. Bs. As.: Sudamericana, 1999: 483-544.
- Featherston, Christina; Martínez Robbio, María Susana. Autoras postergadas de la Literatura femenina argentina: Josefina Sagasta, Lola Larrosa y César Duayén. Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata, 2000.

- "Friedrich von Schiller". En *Biografías y vidas. Enciclopedia en línea*. En línea, consultado el 13/12/2015: goo.gl/8Pqnkr.
- Girona Fibla, Nuria. "Amos y esclavos: ¿quién habla en Sab de Gertrudis Gómez de Avellaneda?" *Cuadernos de Literatura* 13.33 (enero-junio 2013), 121-140.
- González-Stephan, Beatriz. "La in-validez del cuerpo de la letrada: la metáfora patológica". *Cuadernos de Literatura* 12.33 (enero-julio 2013), 164-186.
- Guerra Cunningham, Lucía. "Visión marginal de la historia en la narrativa de Juana Manuela Gorriti". *Ideologies and Literature* 2.2 (1987), 59-76.
- Hamilton, Clayton. "Melodrama, Old and New". *The Bookman* 33.3 (may 1911): 309-14.
- "Johann Wolfgang von Goethe". En *Enciclopedia Britannica*. En línea, consultado el 3/3/2106: goo.gl/L5Shgi – Goethe.
- Kaplan, E. Ann (1983). "Theories of Melodrama. A Feminist Perspective". *Women and Performance* 1.1:40-48.
- Litchblau, Myron I. *The Argentine Novel in the Nineteenth Century*. Nueva York: Hispanic Institute in the United States, 1959.
- Mayo, Carlos. Mayo, Carlos a. *Porque la quiero tanto. Historia del amor en la sociedad rioplatense (1750-1860)*. Buenos Aires: Biblos, 2004.
- Meyer, Marlyse. "Los modos de producción rocambolesca". En *El folletín y sus destinos. Migraciones y trasposiciones en los imaginarios culturales argentinos del siglo XX*. Ed. María Inés Laboranti. Trad. Estefanía Viglione. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2012. 243-284.
- "Michelet, Jules". En *Enciclopedia Britannica*. En línea, consultado el 14/12/2015: goo.gl/6yDtsi.
- Molina, Hebe. *Como crecen los hongos: La novela argentina entre 1838 y 1872*. Buenos Aires: Teseo, 2011.
- Molina, Hebe. "Novelas decimonónicas en el margen. Una revisión desde la poética histórica". *Gramma* 51.1 (2014): (en prensa).

- Ortiz Gambetta, Eugenia. *Modelos de civilización en la novela de la Organización Nacional (1850-1880)*. Bs. As: Corregidor, 2012.
- Pelliza de Sagasta, Josefina. *Margarita*. Buenos Aires: El Orden, 1875.
- Pelliza de Sagasta, Josefina. *La chiriguana*. Buenos Aires: Imprenta Santiago del Estero 176, 1877.
- "Phidias. Greek Sculptor". En *Enciclopedia Britannica*. En línea, consultado el 13/12/2015: goo.gl/OGKSqR.
- Sábato, Hilda. *Historia de la Argentina 1852-1890*. Bs. As.: Siglo XXI, 2012.
- Sánchez, Carolina. "Personajes lectores en la novela de la Organización Nacional". *Revista de Literaturas Modernas* 44.1 (2014) (en prensa).
- Singer, Ben. *Melodrama and Modernity*. Ed. John Belton. New York: Columbia UP, 2001.
- Sosa de Newton, Lily. *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1986.
- Szuchman, Mark. *Order, Family, and Community in Buenos Aires, 1810-1860*. Stanford: Stanford University Press, 1988.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Rípodas Ardanaz, Daisy. *El matrimonio en Indias. Realidad social y regulación jurídica*. Buenos Aires: Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1977.
- Tobal, Federico. "Un nuevo libro de Josefina Pelliza de Sagasta". *La Nación*, 27 de septiembre de 1885, Año XV, N° 4547, 5-6.
- Wilde, José A. *Buenos Aires desde setenta años atrás (1810-1880)*. Bs. As.: Eudeba, 1960.
- Zó, Ramiro Esteban. "Funciones de la novela sentimental hispanoamericana durante el siglo XIX". *Cuadernos del CILHA* 8.9 (2007), 79-97.

Problemas textuales de Margarita

Esta edición

Rescatamos aquí el texto original del único ejemplar que hemos hallado de la obra, en la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Se respetan la puntuación y la ortografía originales con dos excepciones: se corrigen las erratas evidentes y se eliminan los guiones que resultan redundantes. En casos de confusión, se agregan o quitan los signos necesarios para esclarecer el sentido del texto y se anota dicha modificación en nota al pie. Se agregan notas aclaratorias de todos aquellos vocablos de época o extranjeros que puedan resultar extraños al lector contemporáneo. Se reconstruye el texto cuando es necesario por fallas tipográficas o deterioro.

Si bien por momentos la escritura adopta un tono coloquial y rememorativo propio de la oralidad (como es el caso, por ejemplo, de la mención de Juan, en el capítulo XX, nombre que no corresponde a un personaje de la obra, sino a un recuerdo personal de Pelliza), por lo general se trata de una novela cuidada y presumiblemente revisada por la autora más de una vez.

Singularidades del lenguaje

Plano gráfico-fónico

1. Uso de cursiva para dar énfasis: “los ojos de aquel hombre eran los ojos sangrientos del *chacal*”. Todas las marcas son originales.

Puntuación

“Señalamos en esta sección algunas singularidades ortotipográficas que hemos hallado a lo largo de la novela, sin perder de vista que, en la mayoría de los casos, es imposible determinar si dicha singularidad fue una elección de la novelista o una decisión u error del imprentero”.

1. Frecuente ausencia de signo de apertura para exclamaciones e interrogaciones: en los casos en los que faltaba el signo de apertura correspondiente, lo hemos agregado, de modo de homologar el uso de dichos signos a lo largo de toda la obra.
2. Uso inconsistente de las rayas de diálogo. La autora utiliza indistintamente la raya de diálogo (—) y las comillas (“...”) para introducir el discurso directo de algún personaje. Usamos rayas para todas aquellas intervenciones de personajes indicadas en línea separada y usamos comillas para marcar aquellas intervenciones incluidas en el interior de un párrafo.
3. Uso inconsistente de las rayas de diálogo y de las comas para marcar el fin de las intervenciones de los personajes y las aclaraciones del narrador. Hemos agregado los guiones necesarios para que el lector pueda claramente diferenciar las intervenciones de los personajes de las acotaciones del narrador.

Así, cuando en el original se lee:

—Ese no era un secreto para mí, exclamó Margarita, sé que amáis á Teresa, y siempre he dicho que habéis nacido vos para ella y ella para vos.

Lo hemos reemplazado por:

—Ese no era un secreto para mí —exclamó Margarita— sé que amáis á Teresa, y siempre he dicho que habéis nacido vos para ella y ella para vos.

4. Uso indiferenciado de raya de diálogo y guión intra-oracional: es un rasgo típico de la autora el uso de un solo guión intraoracional (o de cierre o de apertura), en casi todos los casos, luego de un punto y aparte, como si quisiera enfatizar el final de un párrafo. Hemos eliminado aquellos guiones que, por estar luego de un punto o de una coma, no cumplen ninguna función en la oración.
5. Uso inconsistente del punto y aparte y el punto seguido: La conformación de los párrafos no parece responder a un criterio claro. Hay capítulos en donde la autora marca una oración por párrafo y otros en los que la prosa fluye al parecer olvidada del punto y aparte y hallamos párrafos muy extensos que contienen información diversa. Hemos respetado este aspecto de la puntuación original.
6. Uso del punto y coma en lugar del punto seguido: son frecuentes las oraciones formadas por cuatro o más proposiciones bimembres breves. Por ejemplo: “Tú hacías labor sentada en una pequeña silla de baqueta; á tu lado estaba yo; hablábamos de muchas cosas; despues de literatura; me diste algunos versos que conservabas manuscritos; al leerlos me entusiasmé; eran de A.J.B.; volví á leerlos en voz alta y creció mi admiracion; tú me dijiste con esa dulzura que te distingue: ¿Eres afecta á la literatura?”. Hemos respetado esta particular puntuación, pues creemos que es parte del estilo de Pelliza.
7. Uso indiferenciado de rayas de diálogo, comas y dos puntos para diferenciar la voz narrativa de las intervenciones de los personajes. Por ejemplo: “—Todavía no está muerta; aun queda un soplo de vida en su cuerpo, y volviéndose á Simon, que permanecía profundamente conmovido, amigo mio, le dijo, la vida de esta infeliz señora puede extinguirse por momentos, corre y tráeme un poco de árnica, una esponja y algunas

vendas, y luego escribiendo algunas palabras en una hoja de su cartera: para la señorita Teresa, añadió, que venga pronto, no te demores, por Dios”.

8. Uso de la coma para separar sujeto y predicado o para marcar una pausa dentro de una oración larga: “En aquel momento la puerta del salon que daba a la galeria del primer pátio, se abrió”. En ambos casos, se ha respetado la versión original.

Ortografía

1. La ortografía de esta novela, así como la puntuación, son diferentes a las normas actuales y responden a la grafía de la época. Hemos conservado todo lo posible el original, incluso en los casos de vacilación en la ortografía de una misma palabra, como “Buenos Ayres” y “Buenos Aires” o “esclamó” y “exclamó”. Un caso interesante de vacilación ortográfica se observa en el adverbio “no”, el cual aparece sin acento la mayoría de las veces pero acentuado en casos en que se trata de una situación narrativa tensa o dramática, al parecer como modo de dar énfasis a la negación. Por ejemplo: “—¡Nó, jamás, yo no puedo amarle!”
2. Tilde claramente errónea de determinados vocablos: “intervalos”, “proposito”, “mió”. En estos casos, se ha quitado la tilde incorrecta (bajo el criterio de que, incluso para la época, se trataba de un error).
3. Vacilación ortográfica de algunas palabras: en el texto se usa tanto “mujer” como “muger”. Hemos optado por conservar esta ortografía inestable, como marca de época.

Plano morfosintáctico

1. Casos de laísmo y leísmo, frecuentes en la época: se hallaron pocos casos de laísmo, indicados en notas a pie de página.
2. Uso indiferenciado de “por qué” y “porque”: “no sé porque todos me dicen lo mismo”.

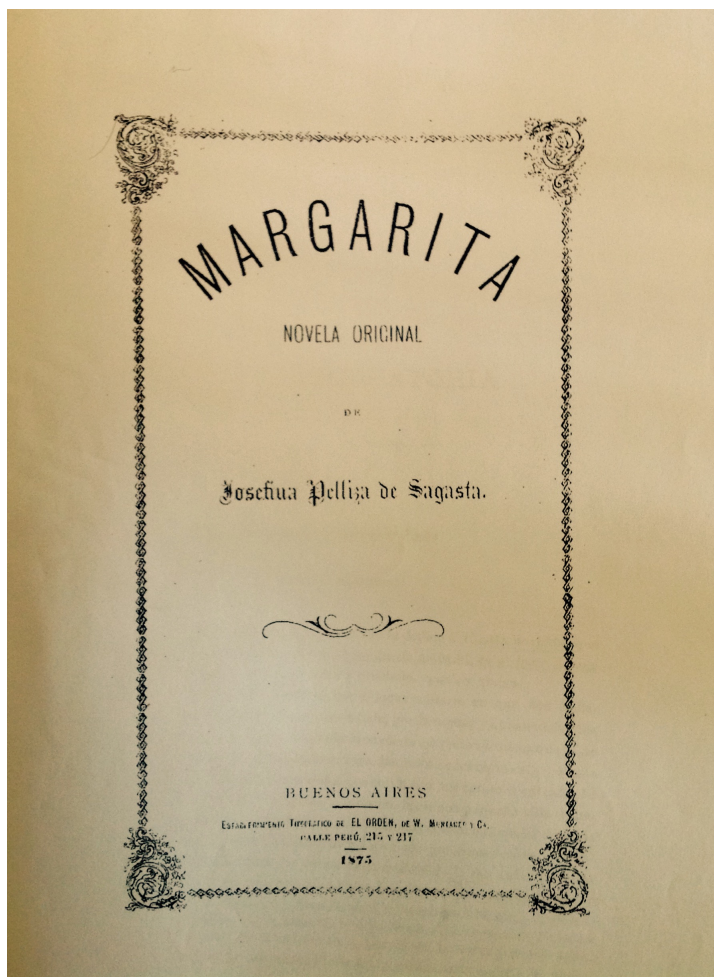
Peculiaridades verbales

En todos los casos, se ha conservado la versión original:

1. Uso del pretérito indefinido de segunda persona del singular con “s” final: “comprendistes”, “amastes”, etc.
2. Uso del gerundio con valor condicional: “¿Por qué no le obedeces siendo tu inclinacion noble y digna”. Se trata de un uso peculiar del gerundio porque la relación entre “tu inclinación noble y digna” y el acto de obedecer es de causalidad y no de simultaneidad (como marcan normalmente estos verboides). Traducido al español actual, la frase se leería: “¿Por qué no le obedeces **si** tu inclinacion es noble y digna?”.

Plano léxico-semántico

- Vocablos en lengua extranjera o galicismos, a veces escritos en itálicas en el texto: *robe de chambre*, ambigú, gipiur. En todos los casos, se han indicado la etimología y el significado de cada palabra en nota al pie de página.



MARGARITA

NOVELA ORIGINAL

DE

Josefina Pelliza de Sagasta

BUENOS AIRES
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE EL ORDEN,
DE W. MERCADER Y CA.
CALLE PERÚ 215 Y 217
1875

CAPITULO PRIMERO

Las dos amigas

Don Luis Saavedra era un viejo tan inmensamente rico como avaro. Vivía en compañía de su única y bellísima hija Margarita, en una quinta que poseía en los alrededores de Buenos Aires; en el momento de presentarlos á nuestros lectores, ambos sentados al calor de una confortable estufa, hablaban indiferentemente. Los grandes ojos de la jóven, fijos en las caprichosas oscilaciones de la luz, parecían arrasados de lágrimas y su pequeña y rosada boca, ligeramente entreabierta, respondía á Don Luis con la mas refinada indiferencia. Este, con la mejilla izquierda apoyada en la palma de la mano, fijaba sobre su hija una mirada extraña, casi diabólica; los ojos de aquel hombre eran los ojos sangrientos del *chacal*¹; su mirada recelosa y siempre velada por la espesa pestaña, le daba una expresion de indescriptible malignidad; de pronto el aspecto de su rostro varió por completo, pasó la mano por la enjuta frente y cual si pretendiera alejar una idea tenáz de su mente, sacudió la cabeza con fuera y dirigióse á su hija, le dijo:

—¿Qué tienes hija mia?

Margarita volvió su linda cabeza y contestó á su padre, sonriéndose dulcemente:

—Nada, padre mio.

—¿Cómo, Margarita mia, no tienes nada y tus ojos están humedecidos por el llanto?

¹ Esta y todas las itálicas del texto pertenecen al original.

—Es verdad, pero yo no sé explicar mi llanto; es tan sin razon, que á veces creo que sin pensarlo ni quererlo, lloro á mi perdida madre.

Don Luis se estremeció y luego repuso:

—Pues hija mia, tu tristeza raya en melancolía profunda; cuidado no vayas á enfermarte de veras; mira que tú eres mi único consuelo en la vida.

La jóven nada había contestado á la observacion de Don Luis, así que este prosiguió:

—Es preciso que me ábras tu corazon, hija mia; quizá mi experiencia encuentre un consuelo á tu dolencia.

—Nada os puedo decir, padre mio, murmuró Margarita con la voz temblorosa por la mentira que formulaban sus puros lábios, acaso por la vez primera, porque solo os volvería a repetir lo que antes os dijera; ignoro absolutamente la causa de mi extraño malestar, y, sin embargo, siento una necesidad en el alma que yo no acierto a comprender.

Don Luis se sonrió, pasó complacido la mano sobre la cabeza de su hija y luego la oprimió contra su pecho.

—¡Pobre, pobre angel mio! le dijo, mientras que gruesas y purísimas lágrimas cirstalizaban los ojos de Margarita. En aquel momento la puerta del salon que daba a la galeria del primer pátio, se abrió y la figura esbelta y graciosa de una jóven rubia como el oro y blanca como el nácar, adelantó hacia el padre y la hija, tendió su mano al primero y luego echó ambos brazos al cuello de la segunda. Margarita se puso de pié, besó a su amiga en la boca y luego le dijo:

—No te esperaba; ¡hace tanto frío, querida hermana!

—Es verdad, pero ¿qué quieres? cuando no te veo estoy inquieta; mi padre me dice que yo me parezco a un enamorado contigo, y esa es la verdad; figúrate ahora, estaba cansada de tanto trabajar anoche....

—¡Trabajar tú!

—¿Y qué, no sabes que copio las correspondencias privadas á mi padre, y que generalmente son en inglés o aleman?

—Ah! no recordaba....

—Pues bien, imagínate que anoche he ayudado á mi buen padre hasta las dos y media de la mañana, y así mismo, rendida, no he podido resistir el deseo de darte un beso, de verte, de abrazarte.

Margarita besó de nuevo á su amiga y una sonrisa tristísima rizó sus labios. Teresa, que así era el nombre de la jóven rúbia, sin ser dueña de sí misma, exclamó alarmada:

—¿Qué tienes, hermana mía?

—¿Yo? dijo Margarita sorprendida, yo no tengo nada.

—¡Oh! dime qué tienes, insistió la cariñosa jóven, ¿estás enferma?, ¿estás triste?

—Ni lo uno ni lo otro; no sé porque todos me dicen lo mismo, ¿acaso hay algo en mi semblante que indique un oculto pesar?

—Sí, Margarita, sí, hermana mia, hay algo en tu sonrisa, algo en toda tu persona que indica sufrimiento.

—Eso le decía yo —dijo Don Luis— pero me ha contestado lo mismo que á ti, no tengo nada.

Teresa miró á su amiga; y esta inclinó la cabeza suspirando; despues ambas guardaron el mas profundo silencio. La luz vaga y fantástica de la llama que se desprendía oscilando de la estufa, iluminada por intervalos el rostro cándido y noble de Teresa.

Era blanca, esbelta y elegante; su rostro puro y ovál tenía toda la celestial hermosura que sin duda poséen los ángeles de Dios; sus rasgados ojos pardos, de expresión lánguida y suave, tenían el reflejo de la nobleza y sencillez de su alma generosa; su boca era rosada, diminuta y ligeramente gruesa, su frente blanca y elevada estaba coronada por los dorados bucles de su rúbia cabellera, como de una diadema de oro; su nariz perfectamente recta y de forma primorosa completaba aquel rostro divino. Aquella mujer era lo ideal de lo bello, el ensueño rosado de un poeta.

Don Luis interrumpió el silencio.

—Cualquiera diria, dijo, que estais mudas ó que ambas me teneis miedo.

—Ni lo uno ni lo otro, padre mio, dijo Margarita, pero si me permites llevar á Teresa á mis habitaciones...

—Sal, mimosa, ¿desde cuándo pides licencia?

La jóven no oyó más, asíó á su amiga por un brazo y ambas salieron precipitadamente. Las habitaciones de Margarita se componían de dos preciosas piezas edificadas en el centro del jardin, de un gusto y forma enteramente nuevos. Estaban en alto y conducia á su interior una escalera de mármol jaspeado, sostenida en las estremidades y descanso por torneadas pilastras de bronce y alabastro. El saloncito de recibo era un retrete² encantador, con grandes balcones velados por naturales cortinas de madre-selva y jazmines del país, adornado en el antepecho³ de la balaustrada con riquísimos maceteros cubiertos de perfumado resedá⁴ y de flor de nieve. El mueblaje de aquel gabinete era rico, sencillo y elegante. Se componía de una alfombra de Bruselas, de fondo blanco con ramazon azul; de seis sillas indianas sombreadas con bronce y nácar, de un divan forrado en brocatela⁵ azul, con rollos y cordones del mismo color, de un piano aleman de elegante construccion, enchapado con ébano é incrustado en sándalo, de una pequeña mesa de consol⁶ que servía de pedestal á una lámpara veneciana con

² Retrete. m. *desus.* Cuarto pequeño en la casa o habitación destinado para retirarse. (DRAE).

³ Antepecho. (De *ante-* y *pecho*). m. Petril o baranda que se coloca en lugar alto para poder asomarse sin peligro de caer. (DRAE).

⁴ Reseda (Del lat. *reseda*.) F. Planta herbácea anual, de la familia de las resedáceas, con tallos ramosos de uno a dos decímetros de altura, hojas alternas, enteras o partidas en tres gajos, y flores amarillentas. Es originaria de Egipto, y por su olor agradable se cultiva en los jardines. (DRAE).

⁵ Brocatel. (Del cat. *brocatell*, de brocat. *brocado*). m. Tejido de cáñamo y seda, a modo de damasco, que se emplea en muebles y colgaduras. (DRAE).

⁶ Consola. (Del fr. *console*). f. Mesa hecha para estar arrimada a la pared, comúnmente sin cajones, y con un segundo tablero inmediato al suelo. (DRAE).

bomba⁷ color de rosa y que encendida en el momento de entrar las jóvenes, difundía en la solitaria alcoba una luz vaga y medrosa como el rayo furtivo de la luna.

Margarita y Teresa, sentadas ambas en el diván azul, conversaban despacio, cual si temieran ser escuchadas: decia Teresa:

—¿Por qué rechazas la voz de tu corazón, amiga querida? ¿Por qué no le obedeces siendo tu inclinación noble y digna?

—¡Nó, jamás, yo no puedo amarle!

—Piénsalo bien, replicó Teresa, no te engañes á ti misma, tú quieres alejar de ti ese amor porque crees que él es criminal, y, ¡ah! Margarita, yo te juro que solo es desgraciado.

—No me hables así, Teresa, mira que quizá llegaría á obedecer la voz de mi conciencia.

—¿Y crees que Dios te maldeciría por eso? al contrario, Dios te bendeciría porque salvas una alma, purificas una conciencia que sin una palabra tuya se arrojará quizá en brazos del crimen y de la infamia.

—¡Calla, Teresa, calla! ¿has olvidado que es el asesino de mi hermano?

—¡Asesino! nó, él mató a Fernando, pero fue en buena lid y leal duelo; tú lo sabes, Margarita; Plácido tenía una deuda de honor con tu hermano, que era un mal caballero, tú sabes que éste se negó a satisfacerla, insultando y apostrofando de un modo indigno á Santillana y que éste entonces, recurriendo al último extremo, escupió, abofeteando el rostro de Fernando; el desafío fue inevitable, y si Santillana tuvo la desgracia de herir de muerte á tu hermano, fue con integridad, sin violar en lo más mínimo las leyes del honor y el sentimiento de honradez y caballerosidad que lo hacen superior.

⁷ Bomba. f. Pieza hueva de cristal, abierta por la parte superior y la inferior, y generalmente esférica, que se pone en las lámparas y otros utensilios semejantes, con el fin de que alumbre mejor y la luz no ofenda la vista. (DRAE).

—Es verdad, es verdad —murmuró Margarita, con voz ahogada por los sollozos y ocultando la cabeza en el seno de su amiga.

En ese momento un ruido casi imperceptible llegó á los oídos de las dos amigas.

—¿Has oído? —dijo Teresa.

—Sí, contestó la otra, parece que hubiera alguien ahí.

—No lo dudes, tu padre nos espía.

—¡Dios mio! Teresa, ¿siempre ese hombre! —exclamó la pobre niña, pálida y aterrada.

—¿Quién, hermana mía?, ¿qué hombre?

—¡Ah! Teresa, yo nunca te lo he dicho, pero mira, yo creo que ese hombre no debe ser mi padre, tiene una expresion tan rara cuando fija sus ojos en mí, que muchas veces sin querer me estremezco. Y luego, Fernando se le parecía tanto y yo soy tan distinta...

—Muchas veces yo también he pensado lo que tú ahora me dices, pero cállate, tal vez nos escuchan.

CAPITULO II

Amor

En una de las mas apartadas calles y casi en los suburbios de Buenos Aires, se veía al fin de una solitaria cuadra, entre tápias y tunales, un viejo y ennegrecido edificio, cuyas paredes tristemente iluminadas por la luz de la luna, le daban un aspecto aún mas lúgubre y sombrío. Altos y seculares álamos y acacias asomaban el follaje de su negra copa sobre las altas tápias, proyectando con sus ramas en los rayos de la luna, mil sombras vagas y fantásticas; el profundo silencio era solo interrumpido de tiempo en tiempo por el fúnebre graznar de la lechuza, por ese grito indefinible que conmueve y aterra, que espanta y hace pensar en la muerte. El ave nocturna, infatigable rondadora de la noche, velaba quizá en el alto tejado de la vieja casa; esta parecia arruinada, pero si alguno de mis lectores es curioso, ó curiosa, acompáñeme, nos internaremos en el jardin y alli verá un mirador de pabellon oriental de caprichosa forma, que sin duda será reconocido en el acto, por ser la habitacion de nuestra heroína Margarita. Un balcon del mirador esta entreabierto y allí de pié se vé un hombre de elevada talla, envuelto en una larga capa azul, semejante á aquellas que usaban los antiguos trovadores españoles.

Aquel hombre, esbelto y de tan apuesto continente, es Plácido, el ensueño dorado de Margarita. Sus rasgados ojos, fieros y enérgicos, están fijos, dilatados con una mirada suprema, sobre la figura purísima de Margarita. La jóven está recostada en el diván del saloncito azul, vestida de blanco, y levemente iluminada por la luz voluptuosa de una lámpara medio extinguida. Puede tomársele por una

de esas misteriosas creaciones del poeta alemán Schiller¹. La joven velaba, como siempre, pensando en su destino y luchando con su amor.

Aquella mujer era la perfección más pura del idealismo; imposible es que la imaginación más exigente del poeta pudiera dar forma en sus ensueños a un ser más hermoso que aquella niña. Era alta, flexible y graciosa; su frente de una blancura nítida y suavísima, tenía la palidez perfumada de la azucena y parecía iluminada por un rayo de inteligencia superior, por un gran pensamiento oculto y tenaz; tenía el cabello negro, rizado y abundante, y envolvía la blancura de sus hombros con un ancho manto de luto. Sus ojos intensamente azules, casi turquí, eran rasgados, húmedos y ligeramente dormidos; había en la expresión de aquellos ojos sobrehumanos un rayo melancólico y tristísimo de fuego y de pasión indescriptible; su nariz fina y delicada parecía una copia de la de las vírgenes griegas modeladas por el cincel de *Fidias*² o creadas por el pincel de *Apeles*³. Su boca, sin ser pequeña, era de una forma primorosa y el suave y húmedo granate de sus labios contrastaba de un modo

-
- ¹ Se refiere al poeta y dramaturgo Friedrich von Schiller (Marbach, Alemania, 1759-Weimar, id., 1805). Según se lee en "Biografías y vidas. Enciclopedia biográfica en línea", "en 1871 Schiller estrenó su primera pieza teatral, *Los bandidos*, drama antiautoritario que le supuso la deposición del cargo de cirujano mayor y la prohibición de escribir obras que pudieran atentar contra el orden social. (...). Según la crítica, su obra más lograda es la trilogía en verso *Wallenstein* (1776-1799), un drama en el cual los acontecimientos históricos adquieren una dimensión ideológica en los personajes que los protagonizan".
 - ² *Fidias* (o *Pheidias*): (490-430 d.C.): escultor ateniense, director artístico en la construcción del *Paternón*, creador de sus imágenes religiosas más importantes y diseñador, probablemente, de toda su decoración escultural. Se dice de *Fidias* que ha visto las imágenes exactas de los dioses y se las ha revelado al resto de los humanos. Fue quien estableció las imágenes de *Zeus* y *Atenas*" (extraído de la *Enciclopedia Britannica* en línea). Tanto en ésta como en las siguientes extracciones de la *Enciclopedia Britannica*, la traducción es mía).
 - ³ *Apeles* (o *Apelles*): (400-301 a.C.): pintor del período helenístico temprano altamente estimado por los antiguos estudiosos del arte, a tal punto que, aunque no se conserva ni una sola de sus obras, se lo considera el principal pintor de la Antigüedad. (...) Fue reconocido pintor de corte de Felipe II de Macedonia y de su hijo Alejandro III el Grande. (...) No se conservan origi-

encantador con la blancura purísima de sus bien formados dientes. La jóven estaba lánguidamente reclinada; su pensativa frente parecía velada por un pensamiento dulcísimo; de pronto la expresion de su rostro varió por completo, una desesperacion infinita se dibujó en sus facciones y pasando la mano por su frente:

—Imposible, murmuró, no puedo, nó.

Y volvió a su inmovilidad.

Luego, con voz cansada y como si su alma se negara á obedecerle,

—No, no puedo rechazarte, no puedo alejar de mí el recuerdo fatal de tu hermosura, hay una fuerza magnética que lo aferra mas que nunca á mi corazon y á mi cabeza; quiero apartar tu imágen y la veo mas hermosa y seductora, do quiera que fijo los ojos. ¿Quién te puso en mi camino, Plácido? ¡Yo era tan feliz antes de conocerte!

Dos lágrimas puras como gotas de rocío corrieron suavemente por sus mejillas; después enjugó los ojos con el blanco dorso de su mano, e inclinándose sacudió la rizada melena y su cabeza, de una perfeccion admirable, se destacó mas gallarda y hermosa sobre el fondo azul que cubría el sofá; sus lindas formas, apenas cubiertas por un finísimo cambray⁴ batista⁵, se transparentaban insitantes y sonrosadas, como se vé el brillante nácar a través del agua en el fondo de los mares. Los rayos de la luna le daban de lleno y aquella mujer aérea y bellísima, como el suspiro de un angel, parecia una emanacion celeste descendida á la tierra en un rayo de la medrosa luna..... Transcurrió media hora; los ojos de Margarita se cerraron, su boca se entreabrió con una

nales de sus obras, solo copias de artistas posteriores que lo han emulado, especialmente durante el Renacimiento italiano". (extraído de la Enciclopedia Britannica en línea, s/p.).

⁴ Cambray. (De *Cambray*, ciudad de Francia). m. Especie de lienzo blanco y sutil. (DRAE).

⁵ Batista. (De Baptiste, Bautista, nombre del primer fabricante de esta tela, en Cambray). f. Lienzo fino muy delgado. (DRAE). Por la yuxtaposición de ambas palabras puede inferirse que, más que de una redundancia de la autora, se tratara del uso lingüístico de la época para referirse a esa tela.

respiracion igual y tranquila, uno de sus torneados brazos rodeó su cabeza y el otro cayó perezosamente á lo largo de su cuerpo. Estaba dormida.

Plácido, que atento á todos los mas mínimos movimientos de la jóven, vió á esta dormida, abandonó el balcón y adelantó de puntillas; su paso era tan leve que llegó á hacerse imperceptible al aproximarse á la dormida niña; hincó una rodilla en tierra y descubrió su varonil cabeza.

—¡Qué bella es, Dios mio! —murmuró extasiado, contemplando á Margarita con amorosa avidez, y luego, tomando una de sus manos, la llevó á los labios.

Margarita se estremeció; el contacto de aquella boca de fuego llegó á quemar su corazon; sus labios se entreabrieron con amoroso afan y el nombre Plácido se exhaló en un suspiro; luego, estendió los brazos y murmuró con infinita ternura:

—¡Plácido, yo te amo!

El hombre que estaba de rodillas se estremeció á su vez.

—¡Dios mio! —murmuró en el colmo de la dicha, ¡ella me ama!

Y luego, inclinándose sobre el rostro de la jóven, llegó casi á rozar con su boca la frente de esta.

—Margarita —murmuró suavemente con una voz leve como un suspiro; el cuerpo de la jóven tembló, sus ojos se abrieron con una expresion de indefinible espanto, arrojó un grito y quiso huir.

—¡Margarita! ¡Margarita! —repitió el desconocido con dolorido acento, quedando de rodillas á los piés de la jóven con las manos estendidas hácia ella, que, palida y conmovida, parecía mas blanca que la luna.

—Margarita, ¿por qué huyes de mí? ¿Acaso ha sido un sueño, acaso no me amas?

La jóven pasó la mano por su espaciosa frente.

—Yo no os conozco —dijo fijando en el desconocido una profunda mirada de mal disimulado asombro; —no sé quién sois.

—Sí, me conoces, sí, sabes quien soy, Margarita —dijo Plácido con desgarradora amargura.

El corazón de la joven luchaba; hizo un esfuerzo para arrojar a aquel hombre de su presencia y sus labios se abrieron para decir:

—¡Salid!

Pero su amor venció y exclamó con desesperación, ya sometida a su destino:

—Y bien, Plácido, sí, te conozco por mi desgracia, sé quien eres, pero tú sin duda has olvidado que entre ambos hay un lago de sangre, y que esa fatal barrera jamás la podrás salvar para llegar á mi.

—¡Perdon! ¡Dios mío! ¡perdon, Margarita! —murmuró Santillana arrastrándose casi demente á los pies de la joven.

—¡Que te perdone! —repitió esta, fijando sus ojos llenos de amor y piedad en el bello rostro de Plácido— ¿Que te perdone yo?, ¡pobre insensato!, ¿y has obtenido acaso el perdon de mi padre?

—Perdóname tú, adorada mía, perdóname y á fuerza de amor y respeto llegará a perdonarme tu padre también.

—Sí, Plácido, sí, te perdono, te amo —dijo Margarita levantando al cielo su frente iluminada por un rayo de purísima fe...

Plácido sabía que era amado, pero al escuchar aquella declaración, tembló ante su amada y midiendo la generosidad de aquella alma, sintió trastornarse su cabeza; vio realizada su única ambición, la única, la más grata aspiración de su vida; su boca, muda y ardiente por la emoción, no profirió ni una sílaba; inclinó la frente sobre las temblorosas manos y dos lágrimas gruesas, ardientes, brotaron de sus ojos. Margarita, olvidándolo todo, solo pensaba en él, solo vivía en él; muda y agitada y doblemente bella con su amor sublime, contemplaba á su amante. Santillana levantó la cabeza.

—¡Oh! Yo he soñado —dijo, pasando la mano por su frente— yo he soñado que ella, mi Margarita adorada, me amaba, me había perdonado; ¿no es verdad que es mentira, señora?

—No, no es mentira, te he perdonado, Santillana, y te he amado desde el instante en que te vieron mis ojos; desde entonces te he amado con un amor puro y sublime como el martirio; ha sido un secreto tremendo que ha abrasado mi corazon y que ya rebelde por su propia fuerza, era un crimen sofocarlo. ¡Te amo ahora mas que nunca y de hoy en adelante mi único placer será pensar en ti, mi única ambicion que tú me ames!

—¿Qué yo te ame? ¡Margarita, angel mio! ¿tu sabes como te amo yo?

—Oh, no, dímelo, tu voz es una música; yo he adivinado el éco dulcísimo de tu acento, yo creo que te amaba antes de conocerte, y tú ¡oh!, dime como me amas tú.

—Bien, escucha, pero recuéstate en mis brazos, pon la cabeza sobre mi corazon, voy á contarte todos mis pensamientos.

La inocente vírgen se estremeció, inclinó la frente cubierta de rubor sobre el pecho generoso de Santillana y una impresion nueva y dulcísima recorrió las fibra de su cuerpo; la luz de la luna dio de lleno sobre aquel grupo encantador, y Plácido, reteniendo a su amada en sus brazos, selló aquella frente pura con un casto beso.

Margarita nada dijo, ni un solo reproche salió de sus labios, ni la más mínima resistencia notó Plácido en su cuerpo ¿y para qué? ¿No era de Santillana su alma entera, no le amaba con toda la fuerza de lealtad y de pasion que cabia en su corazon? Entonces, ¿a qué un melindre de mal gusto?, ¿a qué una resistencia ridícula cuando se ama como ella amaba?

—Escúchame —le dijo Plácido— escúchame; vida mia, y sabrás todo lo que te amo: Yo era un hombre sin fé, sin creencias; vagaba á la ventura de un mar de dudas y dolores; algunas veces pensaba abrir mi corazon á las santas

impresiones de un amor lejítimo, pero cuando abismado en la orfandad de mi propia existencia buscaba con los ojos del alma a la mujer que había de embellecer mi vida, no la encontraba, y un tédio infinito, un desencanto sin nombre llenaba mi corazón y consumía mi alma en una soledad espantosa. En uno de mis mas tristes días salí de mi casa, como siempre hastiado y abatido; sin pensarlo ni quererlo, la casualidad encaminó mis pasos por la calle del Temple⁶.

Las tristes y solemnes vibraciones de las campanas de las Monjas Catalinas llegaron á mis oídos y mi corazón tembló bajo la influencia de respeto religioso, nueva para mí; maquinalmente entré en el templo, hincé una rodilla en tierra y tendí mis cansados ojos por los desiertos ámbitos. Todo era soledad, de tiempo en tiempo el canto triste y dulcísimo de las monjas y las notas suaves y armoniosas del órgano llegaban hasta mí y arrancaban lágrimas consoladoras a mis ojos: una sombra de mujer seria y graciosa pasó junto a mí; se detuvo, luego hincó sus rodillas y con las manos juntas comenzó su plegaria: aquella mujer eras tú, ángel mío; reclinada en la barandilla del altar vi tu cabeza, mas ideal y pura que la de los ángeles y querubines que rodean el trono del Señor; te contemplé mudo de admiración; temía verte desvanecer como una blanca sombra, como una ilusión; me acerqué temblando y me detuve á tu lado; sin duda tú comprendistes⁷ la proximidad de alguien, porque volviste tu linda cabeza y me miraste con un candor, con una pureza que aun hombre de mundo le petrifican; debiste comprender mi admiración, porque una dulce sonrisa iluminó tu rostro y pocos instantes después salistes del templo: yo te seguí, entráste en esta casa, y un

⁶ Actualmente, la calle Viamonte. Para más información sobre los primeros nombres de calles de Buenos Aires, ver: goo.gl/tvkmg7.

⁷ Por “comprendiste”, vacilaciones propias de la época y relacionadas tal vez con el uso indiferenciado de voseo y tuteo.

frio de muerte recorrió mi corazón; me volví y pregunté al portero quien eras tú, y el pobre hombre sin saber el daño que me hacía,

—Es la hija de Saavedra —me dijo. Debí ponerme muy pálido porque el buen gallego corrió solícito hacia mí, preguntándome:

—¿Está V. malo, caballero?

No le contesté, porque mi voz se anudó en la garganta, se crisparon mis manos y lancé una mirada de reto al cielo; luego me alejé de aquel sitio y levantando por última vez los ojos á tus balcones, allí, pegado á los cristales vi tu rostro divino y tus ojos que me seguían tenazmente. Transportado y delirante, traté de sustraerme á la influencia que ejercía tu mirada sobre mí y á pesar de huir desatinado de aquel sitio, te veía en todas partes.

Después, cuando me hallé solo con tu recuerdo adorado y un fantasma de sangre entre los dos, llegué a maldecirme y si no hubiera alimentado una débil esperanza para el porvenir, habría atentado contra mi vida. Te amaba con locura, y cuando pensaba en tu amor imposible, deliraba como un demente y llegaba hasta á orar. Tú me habías hecho creyente. Teresa, ese ángel de bondad, ha sido hasta hoy mismo mi único consuelo; con ella hablaba de mi amor sin esperanza; de tu ternura hacía mi, tan grande pero tan fuertemente combatida por tu propia conciencia, y ella, en fin, me decidió á presentarme ante ti; ella me condujo hasta ese balcón donde ha latido mas de una hora mi corazón, de una manera tan ansiosa que había momentos en que llevaba involuntariamente la mano al pecho, temiendo un derrame fulminante. Ahí he oído de tus labios un *¡yo te amo, Plácido mío!*, éco sublime, acento sagrado que vivirá resonando dentro de mi alma mientras yo viva.

Aquí te he visto dormida, soñando con tu amado, mas bella y pura que lo que mil veces mi mente soñó. Aquí te he visto, estendiendo los brazos buscando los míos llamarme entre un suspiro que ya tiene su santuario de fanática adoración en mi tierno pecho, y cariñosa como el ángel bueno

de mi vida, ahí te he visto, en fin, sin poder dar crédito á mis ojos y me he lanzado á ti, ébrio de felicidad sin pensar en el porvenir. ¡Quiero avismarme en tu amor y que seas eternamente mía!

Margarita gimio. Plácido cubrió de besos aquella cabeza querida y luego prosiguió:

—Hoy, Margarita adorada, se ha unido á mi amor una admiración sin límites producida por tu nobleza de alma, te has levantado sobre todas las preocupaciones sociales, sobre tu propia conciencia, has hecho a un lado el afecto de tu padre y me has amado. Has crecido á mis ojos y te veo superior a todo lo creado. ¡Bendita seas, amada mía! Yo viviré para ti, seré tu padre, tu hermano, tu amante y tu esposo; el cielo se abre para nosotros y el porvenir es nuestro.

La jóven, reclinada en el hombro de Santillana, escuchaba sus palabras suspensa de admiración y amor.

Plácido prosiguió:

—Me pediste que te dijera cuánto te amaba y yo te he contado la historia de mi corazón ¿ya sabes todo lo que te amo?

—Sí, Plácido, con un amor igual al mío.

—¿No habrá nada, Margarita querida, capaz de arrebatarme esa ternura?

—Nada, Plácido querido, hay una voz secreta que me dice que te ame sin remordimientos, y yo, olvidando todas las preocupaciones de la conciencia, te amaré como se ama a Dios y te miraré como el ángel bueno de mi vida.

—Díme, amada mía, y si la sombra ensangrentada de Fernando se presentara ante tus ojos y con voz doliente te demandara odio y venganza para el matador de tu hermano, ¿qué le dirías tú, amada mía?...

La jóven no titubeó; sus grandes ojos de un hermoso azul brillaron con un relámpago de infinita ternura y con voz dulce y resuelta contestó:

—Le diría maldíceme si quieres porque á ese que tú llamas matador de mi hermano, le he dado toda mi alma, me he hecho su esclava por mi libre voluntad y solo tengo para él amor y perdón.

Plácido, que suspenso y anhelante esperaba el fallo, por decirlo así, de su vida, puesto que al hacer esa pregunta arriesgaba quizá su felicidad naciente, tendió sus brazos á la jóven, desprendiéndose de sus ojos dos lágrimas de gratitud, y aquella grande alma, aquel amor sublime le arrancaron solo una palabra, pero íntima, profunda, con una entonacion suprema:

—¡Gracias!

Transcurrieron algunos minutos. Por fin Margarita, alargando su mano á Santillana:

—Adios, es preciso separarnos, es tarde y te espones permaneciendo aquí; mi padre vela mis pasos, creo que su ternura adivina por intuicion mi pensamiento; así es que no sería difícil que nos descubriera; pero vuelve todas las noches; salta las tapias por el lado de la noria, que allí te esperaré yo.

Y luego, sacando de su dedo un grueso anillo de oro con una piedra negra y cuadrada, rodeada en los bordes con un doble engarce de brillantes rosa:

—Toma —le dijo, poniéndoselo en la mano —esta sortija es un símbolo de eterno amor, de tu juramento inmortal entre los dos.

Plácido tomó el anillo que Margarita le alargaba, y con veneracion lo llevó á los labios; luego desprendió de su chaleco una delgada cadenita de oro; hizo á un lado el reloj y dejando pendiente un pequeño medallon de oro liso con su retrato dentro, lo pasó sobre la cabeza de la jóven y rodeó el cuello de ésta con una doble vuelta. Se oprimieron la mano en silencio, resonó el último adios y el balcon se cerró trás la sombra de Santillana.

CAPITULO III

Revelacion

Tres meses han transcurrido despues de la escena descrita en el capítulo anterior. Plácido y Margarita, olvidados del mundo, veían solo á través de su dicha y llegaron á persuadirse de que el universo estaba encerrado en su amor, y ambos, viviendo solo el uno para el otro, se lanzaron en brazos de la felicidad presente sin recordar el porvenir. Cuando el reloj del suntuoso comedor de Saavedra dejaba oír la última vibracion de las doce de la noche, un hombre saltaba las tápias, y Margarita, siempre enamorada, siempre bella, esperaba á su amante sentada bajo un árbol en lo mas oculto del jardín.

La noche se deslizaba rápidamente y cuando la luz crepuscular del un nuevo día teñía de ténue sonrosado el firmamento, los amantes se despedían tiernamente, renovando sus juramentos de constancia eterna. En una de estas noches en que la jóven volvía á sus habitaciones despues del paseo nocturno, al cruzar la galeria que conducía al cuarto de su padre, sintió la voz de éste que hablaba despacio; detúvose y oyó murmullo de voces sin comprender de lo que se trataba.

—Es en el cuarto de mi padre —se dijo— ¡cosa estraña!, ¡mi padre despierto y hablando á estas horas! quizá estará enfermo.

La jóven se dirigió á las habitaciones de Don Luis y al llegar á ellas su mano iba á oprimir el pestillo de la puerta, cuando llegó á su oído su nombre, pronunciado por una voz ronca y aguardentosa que no era la de su padre; se detuvo confusa y escuchó; aquella voz decia:

—¿Y acaso creéis que haya pensado yo por un momento que era vuestra hija?

—Pues bien, ella lo ignora, se créa hija mía y me quiere con ternura; cuando su amante haya desaparecido, yo le reemplazaré y á la fuerza, si se resiste, será mia; las mujeres todo lo olvidan, y al fin acabará por amarme.

La jóven conoció la voz del que creía su padre y la infeliz, aterrada, volvió los espantados ojos en derredor y creyó soñar; pero una fuerte carcajada lanzada por el primero que hablara, le hicieron ver la realidad con todo lo espantoso de su situacion.

—¡No es mi padre y me ama! murmuró. Y luego, mirando á través de la cerradura y conteniendo el aliento, observó lo que pasaba en el interior de la habitacion.

—Es preciso separarlos, si nos descubre es muy capaz de huir con él y yo quiero poseer á Margarita, ¿lo oyes, Jacobo? Jacobo, inclinado, parecia no escuchar; al fin alzó la cabeza y miró a Don Luis.

—¿Y para qué quereis hacer desgraciada á esa pobre niña?

—le dijo—¿qué necesidad teneis de hacerla vuestra víctima? Si tanto aborreceis al amante, matádlo en buena hora; pero á ella dejádla en libertad, arrojádla á la calle, si así os place; pero no la sacrifiqueis.

—¡Qué imbécil eres, Jacobo! ¿No te he dicho que quiero poseer á Margarita?, ¿qué es una venganza que satisfaré, aunque sea en su cuarta generacion?

El viejo hizo una pausa y repuso:

—Santillana, tú mataste á mi hijo, ¡ah! tú tambien morirás! Jacobo callaba.

Don Luis se quedó pensativo un momento y luego exclamó dirijiéndose á Jacobo:

—Y bien; ¿quieres encargarte del negocio, si ó no?

— ¿Y qué es lo que tengo que hacer?

—Primero despachar á Santillana y después entregarme á Margarita.

—En cuanto al mocito, está bien, pero lo que es la niña encargáros vos de ello. Con niños y mujeres no me gusta luchar.

—Acepto —dijo Don Luis— ella será mia, ya era tiempo. Y los ojos del infame viejo brillaron con un rayo de repugnante pasión. Los ojos de la desdichada jóven también brillaron en la oscuridad; pero con un destello de cólera suprema, como el juramento de una lucha de muerte, ante las sacrílegas palabras de aquel miserable.

Margarita, con la frente lívida de indignación y las mejillas rojas de vergüenza ante aquella horrible revelación, permanecía de pié, apoyadas sus manos en la pared, debilitada por la emoción, sin más acción ni fuerza que para sentir su propia desventura. Poco á poco su cabeza se serenó un tanto, alzó sus hermosos ojos á Dios y murmuró suavemente:

—Gracias, Dios mío, porque me concedéis amarle sin remordimientos. Ahora, á la faz del mundo, puedo enorgullecirme de mi amor, si engañada había de vivir, acariciando al monstruo que yo creía mi padre, para ser su víctima más tarde, gracias te doy, Señor, que habeis sido indulgente con esta desgraciada huérfana, recorriendo á sus ojos el velo que cubría su existencia.

La jóven volvió á su habitación; en vano llamaba el sueño, éste huía de ella y sus ojos se cerraban con un sopor misterioso, efecto de su calenturienta imaginación. Los confusos recuerdos de la infancia se agolpaban á su mente y recordaba con la vaguedad de un sueño, una forma de mujer tierna y cariñosa que creía haberla visto algún día, una época que no recordaba, que no podía fijar, pero que vivía adherida á sus recuerdos de niña. Luego, entre las sombras de mil escenas misteriosas, le parecía sentir frío y oprimida entre los brazos de un hombre más joven, pero de la misma fisonomía de D. Luis, llorar amargamente diciendo:

—Madre mía, padre mío, tengo frío, tengo hambre.

La imaginación de Margarita, entorpecida por tantas ideas encontradas y envueltas en una sombra de verdad y mentirosa duda, no podía conciliar el dulce y único descanso del cuerpo y aun del alma: el sueño.

Los primeros rayos de la aurora le sorprendieron levantada; dos horas después alisó sus cabellos y echando sobre sus vestidos un abrigo *robe de chambre*¹ de cachemira azul, salió de su gabinete y se encaminó á las habitaciones de Don Luis. Margarita estaba interesante, pálida y cambiada, pero se notaba en su frente agobiada por el peso de su desventura, un sello profundo de la más enérgica voluntad y entereza.

Tocó la puerta del bufete de Saavedra y cuando la vibración de la campanilla se hubo extinguido, un criado se presentó.

—¡La señorita! —murmuró, asombrado al ver allí á la jóven á tales horas.

Don Luis, que arrellanado² en una rica butaca leía un viejo manuscrito, al ver á su hija tan pálida y cambiada, se estremeció; mas luego, dominando la emoción que no había pasado desapercibida de la jóven, corrió á su encuentro y quiso estampar en la frente de ésta el beso de costumbre. Margarita se hizo atrás, rechazándolo con sus pequeñas manos.

—¿Estás enojada conmigo, hermosa mía? —murmuró Don Luis—vaya, será uno de tantos caprichos de niña mimada.

—Sentaos, señor —dijo la jóven con ademán imperativo—vengo no á que beseis mi frente, sino á pedir os explicación de cierto asunto que ignoraba tuviera pendiente Don Luis Saavedra.

Don Luis palideció ligeramente y luego, reponiéndose, murmuró riendo:

—He ahí lo que uno saca con criar á los hijos mimosos; ven acá, niña, y no vuelvas á hablar así á tu padre.

¹ "Robe de chambre": bata de alcoba, "salto de cama" en español rioplatense.

² A: "arrellanado".

—¡Mi padre! —gritó Margarita convulsa de indignación— no manchéis esa santa palabra, monstruo, ¡vos no sois³ mi padre!

—¿Qué no soy tu padre! —exclamó⁴ Don Luis, dando un paso hacia la joven.

—No, no sois mi padre, sois un infame, un miserable, un asesino, tal vez un...

—¡Cállate, víbora! —gritó Don Luis, pálido y convulso— ¡cállate ó te mato!

—No, no me callaré —exclamó Margarita— no me callaré jamás porque os odio, porque os aborrezco y os maldigo.

Don Luis comprendió su situación, comprendió que la joven lo sabía todo, pero intentando el último esfuerzo se acercó a ésta sonriendo:

—Mira, hija mía— la⁵ dijo con fingida dulzura, —yo te perdono, porque quizá te habrá informado mal algún enemigo mío; tú eres mi hija, no lo dudes nunca.

—Mejor que yo sabéis, Don Luis, que no soy vuestra hija; inútil es que queráis ocultarme lo que anoche he oído de vuestra propia boca; sé todos los planes que habeis forjado con Jacobo, vuestro amigo, respecto á Santillana y aun á mi persona, pero me atrevo á aseguraros que no saldréis bien en la empresa. ¡Sois demasiado infame para que dios pueda ayudaros!

Don Luis se oprimió la frente con ambas manos, y al extinguirse la voz solemne y acentuada de la joven, se puso de pie.

—Todo es cierto —dijo, con el rostro lívido y los ojos inyectados y vidriosos— no eres mi hija, pero serás mi amante, que tanto vale.

³ Nótese la conjugación verbal "sois" como forma que preanuncia el voseo.

⁴ En otras ocasiones se usa "esclamar". Esta es sólo una de las oscilaciones ortográficas del texto.

⁵ caso de laísmo: "la" en vez de "le".

Margarita midió á aquel miserable, que le era tan fácil adoptar el papel de padre como el de amante, con una mirada de indescriptible desprecio, en aquella mirada iba envuelta toda la repugnancia, toda la indignacion de su alma. El viejo no se intimidó; por el contrario, se acercó hácia la jóven y con la voz inflamada por la pasion:

—¡Te amo!—le dijo— ¡y tú llegarás á amarme tambien!

Margarita hizo un movimiento amenazador.

—Os aborrezco —gritó indignada— esas palabras son un sarcasmo irrisorio en vuestra boca, Don Luis, y creedme, si permanezco en esta casa, es solo porque antes quiero saber quién soy, á quiénes debo el sér y lo que habéis hecho de mis padres.

Don Luis, mas pálido y demudado que la vez anterior, respondió á la jóven esforzándose en aparecer sereno:

—¡Quiénes son tus padres!, ¿acaso yo lo sé?, ¿acaso sé yo quién eres tú? una espósita, una miserable huérfana, el fruto de un crimen, tal vez...

—¡Yo!, ¡mientes, asesino! —exclamó Margarita, con el rostro rojo de vergüenza ante tan sangriento ultraje—. ¡Mientes! tú sabes quién soy, quiénes son mis padres, víctimas quizá de tu cobardía y de tu maldad. ¡Oh! dímelo y te perdono todo el mal que me has hecho, dímelo y llegaré á olvidar tu infamia.

—Sí, Margarita, sí, te lo diré, pero será cuando hayas sido mia... cuando yo te haya poseído.

—Jamás, ¿lo oyes, miserable? ¡Jamás seré tuya! Tarde ó temprano te arrancaré ese secreto, sabré quién soy, y yo te juro que aunque sea á costa de tu vida, lograré mi objeto.

El acento de la jóven, al tutear á Don Luis, era amenazador y resuelto; el infame se sonreía. Margarita volvió la cabeza; aquel traje azul suelto y de gran cola le daba⁶ la apariencia de una reina. Estaba soberbia. Dio un paso hácia la puerta y luego se detuvo.

6 A: "daban".

—Sabe—le dijo, con una entonación de profundo desprecio— que si llegas a hacer la menor tentativa contra la vida de Plácido Santillana, en el acto serás delatado á la justicia, como ladron de niños, ladron de honras y por apéndice⁷, asesino cobarde y alevoso⁸.

Don Luis nada contestó, sus dientes rechinaron. Cuando alzó el rostro, contraído por la rábia y el despecho, ya no encontró á la jóven; ésta habia desaparecido.

Se puso de pié y tomando en sus manos el manuscrito que antes leyerá, sonrió diabólicamente y una mirada feroz dilató sus pequeños ojos.

—Andrea, murmuró sordamente, mi venganza se acerca; tu orgullo me provocó, vé ahí el fruto de ése desprecio, de ese encono tenáz y altanero con que respondiste siempre al enamorado Luis; tú lo has querido, sea en buena hora.

Y el infame lanzó una carcajada hueca y sonora como la risa de un condenado.

⁷ “por apéndice”: por añadidura.

⁸ Nótese la convivencia en la misma oración del tratamiento formal para la segunda persona (usted “sabe”) y del tratamiento informal (“llegas”, “serás”).

CAPITULO IV

Separacion

Margarita, al entrar en su habitacion, iba sin duda á llorar toda la enormidad de su desgracia; pero la figura dulce y risueña de Teresa la contuvo; se arrojó en los brazos de ésta y sin omitir ningun detalle le contó la entrevista que acababa de tener con el que hasta la noche anterior creia su padre.

Teresa, la inocente y candorosa vírgen, horrorizada ante tanta infamia y tanta maldad, no halló qué decir á su amiga, no pudo consolarla, porque la desgracia de Margarita era de un género que no admite consuelos; se limitó sólo á llorar con ella y acabó por hablarle de Plácido. Este nombre querido obró una súbita transformación en la amante. Enjugó los hermosos ojos y preguntó á Teresa:

—¿Le has visto?

—Sí, lo he visto, y está mas enamorado que nunca.¹

—¡Ah!, ¿te ha dicho que me ama?

—¿Qué te extraña? Siempre me lo dice.

—Es verdad, pero me hace tanto bien ahora saber que te lo ha repetido!

La joven se detuvo, luego pasó la mano por su frente y añadió con voz insegura:

—Él no me engañará y tú tampoco. ¿Es verdad, hermana mía?

¹ Nótese la vacilación en estas líneas entre el leísmo y el loísmo.

—Él te adora y al perder á tu padre y quedar sola en la tierra, Dios te ha dado en Plácido una alma capaz de resumir en sí sola todo el afecto y ternura de padre, de amante y de esposo.

—Y tú, Teresa mía, ¿cómo me amas tú?

—Yo siempre he sido tu hermana, pero desde hoy seré tu madre, ¿lo oyes? Te amo con esa abnegacion de las madres, con esa locura que sólo ellas poseen.

—¡Oh! gracias —murmuró Margarita estrechamente unida á su amiga— Dios es inmensamente bueno y créeme, Teresa querida, Él te recompensará en bien que hoy haces á esta desgraciada huérfana.

Una corta pausa se siguió á las últimas palabras de Margarita; después esta alzó la cabeza, fijó sus ojos en el rostro de Teresa y con las mejillas encendidas de rubor, dijo:

—Amiga mía, guardo un secreto en mi corazon, pero para una madre no debe haberlos nunca; voy, pues, á comunicártelo; no olvides al juzgar mi falta que el principal atributo de las madres es la indulgencia y el perdon.

La joven se detuvo, respiró con fuerza y luego prosiguió:

— Teresa, si yo hubiera cometido una falta, de cualquier género que ella fuere ¿me perdonarías tú?

Teresa no vaciló; miró con complacencia la redonda cintura de Margarita y estrechando entre sus manos las de esta, le dijo:

—Ya sé lo que vas á decirme.

— ¡Cómo! ¿tú sabes que ? ...

—Sí, Margarita, hace tiempo que me pareces mas bella, mas pálida y ojerosa que nunca; caminas con languidez y te desvaneces con frecuencia; al principio dudaba, pero ahora no. ¿Me miras asombrada, éh?, ¿me crees adivina? La pobre pecadora, feliz con su desgracia, no acertaba á levantar la noble frente teñida de rubor, ante su casta amiga; su labio, sellado por la vergüenza, estaba mudo.

—Vaya —prosiguió la hermosa niña alzando con sus manos la inclinada cabeza de Margarita— levanta esa frente querida que para Plácido y para mí siempre será pura y digna, levanta esa linda cabeza, mas linda ahora

que ya parece circundada por los rayos de la maternidad y no pienses en avergonzarte de una falta disculpable, puesto que el que hoy es tu amante, mañana será tu esposo. Vén, añadió en son de broma, ponte de rodillas y pídemelo perdón por haber guardado para tí sola un secreto que me pertenecía en parte. Margarita se puso de rodillas.

—Sí, perdóname —murmuró, oprimiendo entre las suyas la mano de la joven— perdóname, porque ante tí, tan pura, no me atreví á hacer la revelación de mi deshonra; ha habido momentos, créeme Teresa, en que me parecía un crimen mi falta y que manchaba tu castidad con mi contacto.

—Calla, Margarita, eres una loca, si alguien te oyera, juzgaría á la mas pura y digna de las mujeres como un ser despreciable y prostituido; no pronuncies jamás esas palabras.

—Tienes razón, Teresa, yo soy pura, soy digna, porque si no lo fuera así, Plácido, tan noble, tan caballero, no me amaría. ¿No es verdad, hermana mia?

—Sin duda, querida; él te ama y te venera como si fueras su propia esposa.

—¡Ah! yo no sé, Teresa, qué convicción, qué fé tan profunda y abnegada me inspiró Plácido desde el instante en que le vieron mis ojos, cuando en una noche inolvidable, por vez primera sentí su voz dulcísima que me decía ¡te amo! perdóname, nada pensé, no quise luchar ni un instante mas con mi conciencia, olvidé á quien yo creía mi padre, rechacé la sombra roja de Fernando y solo tuve sentimiento y palabras para decirle ¡te amo y te perdono! Luego, cuando él con su ternura digna, pero no menos ardiente, en sus inefables desvarios inició mi virgen corazón en todos los deleites del amor, pensé con dolor que jamás seria su esposa y al mismo tiempo una felicidad inmensa inundó mí corazón; ¡qué importa! dije, si no soy su esposa, seré su querida, y

así sacrificándolo todo por el hombre amado, todo, con una espontaneidad sublime, seré mil veces mas dichosa, y no vacilé, Teresa mia.

El rostro de Margarita, animado por un santo entusiasmo, tenia en aquel momento un tinte de fé y de pasión inconcebible; era la personificación de la nobleza y abnegación mas hermosa que pueda existir en el corazón de la mujer. Teresa la contemplaba con mudo respeto; Margarita era tan superior en su modo de sentir, que la pobre niña, candida y tímida, se sentía ante ella humillada, como la modesta violeta ante la reina de las flores. Margarita iba á proseguir, pero un ligero golpe dado con los nudillos de los dedos en el vidrio del balcón, detúvola voz en su garganta y corriendo hacia allí,

—Es él —exclamó.

En efecto, era Plácido, que se inclinó ante su amada y besando su mano tendió la diestra á Teresa.

—¿No me esperabas, amada mia? —la dijo² con toda la ternura de su alma.

—No, Plácido, á esta hora jamás has venido, cometes una imprudencia en ello, por la situación en que estamos colocados ambos. Pero tú estás triste, ¿qué tienes?, ¿sufres acaso?, ¡oh! dímelo para sufrir contigo.

—Si, vida mia; sí, estoy triste y como me amas tanto, tienes que sufrir con tu querido.

—¿Tú no has dejado de amarme?

—¿A qué esa pregunta, Margarita?

—¡Oh! dímelo, dímelo pronto!

—Para dejar de amarte, luz de mi vida, seria necesario que antes negara la existencia de Dios.

—Pues entonces no tengo miedo á nada, desafio todos los peligros, todos los dolores, por grandes que sean; teniendo tu amor me siento mas fuerte que un coloso. Ahora cuéntame porque sufres.

² Laísmo.

Plácido sacó de su paletó³ una cartera de cuero de Rusia granate⁴, y desdoblándola tomó de ella un sobre pequeño que dio á Margarita⁵. Esta abrió aquella carta temblando, y palideciendo intensamente leyó en voz bájalo que sigue:

Santiago de Chile, Octubre 25 de 18...

Sr. D. Plácido Santillana.

Hijo mio:

Los últimos acentos de tu padre moribundo, te llaman á su lado; vén á cerrar mis ojos y á recoger con tus labios mi última voluntad, mi última bendición. No me dejes morir solo. Te espera tu padre:

Federico Plácido Santillana.

Margarita nada dijo, alargó la carta á su amiga y fijando sus ojos arrasados de lágrimas en Plácido;

¿Cuándo partes? —articuló con voz temblorosa y con el rostro pálido por el dolor.

—Mañana —murmuró Santillana.

Y aquel hombre tan enérgico, tan valiente, llevó el pañuelo á los ojos y dejó caer la cabeza en las faldas de su amada.

Margarita trató en balde de consolar aquel dolor estremado, enlazó con sus delicados brazos el cuello de Santillana y con el afán de las últimas caricias le prodigó los nombres mas dulces y tiernos. Plácido se incorporó.

—Tú eres capaz de todo por mi, ¿no es verdad, ángel mio? la dijo.

— Sí —contestó la joven sin vacilar— si, soy capaz de todo por tí.

—Entonces parte conmigo, sé mi compañera en la desgracia, como lo has sido en la felicidad.

³ Paletó. (Del. fr. *paletot*). m. Gabán de paño grueso, largo y entallado, pero sin faldas como el levitón. (DRAE).

⁴ Granate: Color rojo oscuro. (DRAE). Este adjetivo debería estar, según el orden sintáctico convencional, inmediatamente después del sustantivo "cuero", al cual modifica.

—Imposible, tú no puedes presentarte con tu querida ante el lecho mortuario de tu padre.

—Te haré mi esposa esta misma noche, y si mi padre aún vive, bendecirá dos hijos en lugar de uno.

Los ojos de la joven brillaron con un destello de alegría, pero luego una expresión desesperada se pintó en su semblante.

—No puedo ser tu esposa —dijo— soy menor de edad y no habrá un solo sacerdote que quiera unirnos.

— ¡Ah! tú no me amas—repuso Plácido en el colmo de la desesperación.

—¿Que no te amo!! Pluguiera al cielo que no te amara tanto.

—Entonces, ¿qué te detiene? ¿No eres mia? ¿No me perteneces en cuerpo y alma? ¿temes acaso á tu padre?

—¡Mi padre! —gritó la joven mirando con ojos extraviados á su amante— no, Plácido, ese hombre no es mi padre.

Un rayo que hubiese caído á los pies de Santillana, no le habría causado mayor estupor que las palabras de Margarita. La joven contó á su amante en breves palabras la escena habida entre D. Luis y ella y cuando ésta hubo terminado, Plácido, con el rostro iluminado por inefable dicha:

—Ese miserable no es tu padre —dijo— creo que no llorarás la horfandad en que te deja el afecto de D. Luis, por el contrario, ahora somos realmente felices, somos libres, no tendrás escrúpulos y serás mia, eternamente mia; en mi hallarás al amante mas tierno y respetuoso.

—Gracias, amado mio, conozco toda la nobleza de tu alma, pero ahora menos que nunca puedo ser tu esposa.

—Díme porqué, dímelo, Margarita; tu extraña negativa me hace sufrir mucho.

—Bien, Plácido, voy á decírtelo, ¿dónde hallarás un sacerdote que nos quiera unir esta noche?

—¡Oh! ¿es ese el inconveniente?

—Contéstame.

—Yo le daré á un fraile cualquiera, con tal de que pueda archivar nuestra partida en una iglesia, yo le daré toda mi fortuna; tú profesas las mismas creencias y comprendes el

matrimonio como lo comprendo yo; haremos el contrato social para el mundo, y el contrato del alma lo haremos nosotros mismos.

Una sonrisa tristísima rizó los labios de la joven, alzó sus rasgados ojos al cielo, y luego dijo á Plácido:

—No puedo, cuando tenga un apellido lejítimo seré tu esposa; mientras me llame Margarita á secas, seré tu querida.

En la bella frente de la joven estaba impreso el sello de una voluntad suprema. Su acento noblemente altivo hacia traslucir el orgulloso timbre de una raza pura. Margarita, luchando con dos pasiones poderosas, el amor y el deber, no podia confundírsele con la vulgaridad de una plebeya.

¡Imposible! aquella mujer cuyo rostro deslumbrante de hermosura tenía un tinte de delicadeza y distinción indescriptible, debia ser uno de tantos seres alejados del seno de la madre ó de la dorada cuna en que se mecieron los primeros días de su infancia, por la mano del crimen ó la venganza. Margarita, mas hermosa con la negativa que pronunciaran sus labios, sintió inundarse sus ojos por el llanto; la ausencia de su amante iba á dejar un vacío amargo, profundo, iralienable en su triste existencia. ¿Qué haría sin él? Quedaba entregada á las inicuas maquinaciones de Don Luis. ¿Y su hijo? ¿Qué seria de su hijo?

La joven sollozaba amargamente. Plácido y Teresa escuchaban aquellos sollozos sin poderlos consolar, y ambos sufrían á la par de la joven, una angustia infinita desgarraba el corazón de Plácido.

—¡Oh! no, no quiero que llores así —esclamó atrayendo sobre su pecho á la desconsolada amante— no quiero que llores así, porque soy capaz de desobedecer la voz postrera de mi padre, por ahorrarte una sola de tus lágrimas.

—¡Eso jamás! —dijo Margarita enjugando sus hermosos ojos y conteniendo sus amargos sollozos— mañana parte; si faltaras á la voz de tu padre moribundo no serias digno de mí, por mas que sea, como dice D. Luis, una expósita, una

miserable huérfana, el fruto de un crimen tal vez; mañana partirás y si así no lo hicieras, olvídate, Plácido, porque no serás digno de Margarita.

—Está bien, mañana partiré, seré digno de tí, aunque para ello tuviera que sacrificar la vida. Seré digno de tí, generosa criatura, y en cerrando los ojos á mi virtuoso padre, volaré á tu lado para ser tu esposo y el padre lejítimo de nuestro hijo.

Si Teresa ó alguno de los amantes, menos preocupados, hubieran fijado sus ojos en aquel momento en la pintada tela que en forma de tapiz cubria la pared del salón de Margarita, habría notado una ligera oscilación en los bastidores, producida por el roce del vestido de una persona que sin duda se ocultaba allí; pero tanto la primera como los segundos estaban enteramente ajenos al espionaje de que eran objeto. Plácido se puso de pié.

—¿Estás absolutamente resuelta á dejarme partir sin ser mi esposa? —dijo.

—Sí —repuso la joven— estoy resuelta, porque no quiero que llegue un dia de arrepentimiento para tí, por haberte unido á un ser que ni siquiera sabe él mismo quién és, y de vergüenza y dolor eterno para mí, por haber accedido á una súplica, hija de la situación tirante y cruel de este momento.

A Santillana, en la lealtad de sus sentimientos, ni siquiera se le había ocurrido la idea que acababa de manifestar Margarita, así que entre asombrado y profundamente resentido, dio un paso y tendiendo su mano á esta;

—Adiós —dijo— yo debia⁶ exigirte, no suplicarte, que fueras ahora mismo mi esposa, pero no soy capaz de hacerte sufrir con una imposición que rechaza tu alma. Tal vez no me vuelvas á ver, mi travesía será larga; además, tengo enemigos que desean mi exterminio. Si muero, solo dejaré un

6 Por “debería”.

bastardo que si hereda el orgullo de su madre será un desgraciado, como esta por una mal entendida delicadeza. Margarita se puso de pié. Plácido prosiguió:

—Adiós, quizá para siempre, Margarita querida, no olvides que me has herido en mitad del corazón; de este corazón que es tuyo, tuyo eternamente.

Un sollozo alzó el pecho de la joven, dio un paso y cayó de rodillas á los pies de Plácido que se hallaba profundamente conmovido.

—Perdóname, amado mio, no seas cruel, no me juzgues así, tú me conoces, tú sabes cuánto te amo y que todo espontáneamente lo he sacrificado á tu amor.

—Vén —esclamó Plácido, alzándola en sus brazos— vén, ante un hombre no está de rodillas un ángel como tú. Yo nada te exijo—prosiguió Santillana— yo solo apelo á tu conciencia; olvida esas vanas preocupaciones y consultando la fuerza de tu cariño hacia mí, díme por última vez si serás mi esposa.

—No —dijo Margarita resueltamente— no seré ahora tu esposa, porque no puedo serlo; te repito lo que antes te he dicho, mientras no tenga un apellido, seré tu querida; si algún día descubro á mis padres, seré tu esposa.

—Está bien, no insisto, porque estoy convencido de que tu voluntad es superior á los impulsos tiernos y amantes de tu corazón; respeto, amada mía, esa extraña voluntad que me hace desgraciado, la respeto porque todo lo que emane de tí tengo que respetarlo y aceptarlo, aunque mi corazón y mis ideas lo rechacen.

—Si, Plácido, si, es preciso que la respetes y la aceptes aunque sea á pesar tuyo, entre ambos no cabe ofensa puesto que yo llevo la peor parte, dudar de mi amor, tampoco, porque te he dado mi corazón y mi honra, sin vacilar un momento, pues ni siquiera he pensado en que podía ser engañada; por el contrario, te he creído sin conocerte y he confiado en tí como se confía el niño en brazos de la tierna madre. Tú me amas mucho, Plácido mio, prosiguió la joven acariciando con sus dedos los negros cabellos de Santillana, tú me amas

mucho, pero mira, lo que el amor niño y ciego perdona y olvida, no lo perdona la ancianidad severa y reflexiva y lo que tú, amado mio, no ves en una pobre huérfana, lo verá tu padre; sí, estoy segura de ello.

—Tú ofendes á mi noble padre, Margarita, su alma noble y generosa es incapaz de la injusticia, él santificaría mi unión y estimaría á la pobre huérfana, como tú dices, como á la mujer digna y perfecta, y no preguntaría jamás si esa mujer tenía ó no un apellido ilustre ó plebeyo.

—Si tú has heredado el alma de ese anciano, no pongo en duda lo que me dices; pero ¿qué quieres? soy orgullosa y cuando renuncio á ser tu esposa, cuando rechazo con lágrimas en los ojos el ilustre apellido que quieres dar á mi desconocido nombre, es porque mi orgullo como lo llamas tú, y mi delicadeza, como le llamo yo, es superior á todas mis pasiones, y se rebela ahora con mas fuerza que nunca. Por otro lado, —prosiguió la joven— no comprendo tu empeño en una unión que ya nuestras almas la han efectuado; un sacerdote unirá nuestras manos, nos dirá algunas frases sin sentido para nuestros corazones ya eternamente unidos en la tierra y mas tarde en el cielo, y luego, muy satisfecho se retirará creyendo que con aquella estúpida forma social, que con aquella irrisoria imposición de los hombres, no de Dios, que ha unido nuestras almas por medio de dos palabras. No comprendo, te repito, qué empeño te guía al desear ardientemente esta unión que yo no creo tan necesaria como á tí te parece.

—Yo estoy del todo conforme con tus ideas y creo, como tú, que la forma nada vale, nada absolutamente, pero sí la creo necesaria, por ser el único medio de legitimar á nuestro hijo; la creo innecesaria para nuestros corazones indisolublemente unidos ante un testigo supremo ó infinito, pero también la creo indispensable como un requisito, sin valor para nuestras almas, pero imprescindible para obtener el aprecio social, y sostener el buen nombre que llevarán mas tarde nuestros hijos.

—Tienes razón, hasta cierto punto —dijo Margarita— pero estoy con el matrimonio civil; sentiría con mas respeto la bendición digna y pura de un padre ó una madre, que la bendición siempre retribuida de un sacerdote, por mas que éste sea muy digno. ¡Qué quieres! me repugna este acto por una intuición natural que no acierto á comprender.

—¿Qué no aciertas á comprender? —exclamó Santillana satisfecho con las ideas manifestadas por la joven— ¡Que no aciertas á comprender esa intuición, cuando su descifracion perfecta está en la elevación de tus sentimientos! Y rechazas con repugnancia esa institución porque la espontaneidad natural de tu alma no comprende que pueda imponerse á otra voluntad, á otra alma, un deber ú obligación que coarta las puras y naturales espansiones de los sentimientos espontáneos, mil veces mas hermosos y duraderos que aquellos que nos son obligatorios, haciendo siempre una víctima y un verdugo, ó cuando menos una esclava sumisa, y un amo que aunque sea tierno y condescendiente, al fin es amo. La joven miró á su amante entre asombrada y risueña y luego dijo:

—¡Oh! no, no te digo eso; porque yo soy tu esclava, y como tal me considero, y soy feliz con que tú seas mi amo.

—Si, pero eres esclava por tu libre voluntad, y esclava de un amo tan bueno, que á veces él se convierte en el esclavo verdadero y tú eres su reina adorada con fanatismo y veneración.

Una sonrisa de satisfacción dibujóse en los labios de Margarita, que agregó:

—Los delicados sentimientos que supones en mí, te agradan ¿no es verdad?

—¡Como no! ellos me muestran trasparente como un cristal tu alma entera, y amar á una mujer que piensa así en esta época de fanatismo religioso, á mas de ser una felicidad es un orgullo.

—Acepto todas tus lisonjas, porque como dice la Bogotana⁷: “Lo que venga de tí, bendito sea”, pero quiero saber si estás convencido respecto á lo innecesario de nuestro matrimonio por ahora.

—Sí, amada mia. Mañana parto, y en cerrando los ojos á mi buen padre, volveré inmediatamente para ser entonces tu esposo...

Plácido se puso de pié.

—Adiós, Teresa querida —dijo a la joven que hacia largo rato se habia apartado hacia un lado é inclinada sobre el antepecho de un balcón Ajaba melancólicamente sus ojos en el desierto jardín.

—Adiós, amigo mio —respondió esta, tendiendo su mano á Plácido, pero este rechazó aquella mano suavemente y le abrió sus brazos. Teresa se arrojó en ellos, diciendo á Santillana:

—Vuelve pronto, amigo querido, piensa que nuestra Margarita no tiene ó no le queda aquí mas que mi pobre apoyo.

—Cúidala mucho, Teresa, hermana mía —balbuceó Plácido. Y oprimiendo á Margarita contra su pecho, salió precipitadamente.

.....

⁷ Conjeturamos que se trata de una referencia a la escritora bogotana Josefa Acevedo Gómez, nacida en 1803 y cuya obra narrativa y poética se destaca por su fuerte contenido moral y su costumbrismo. Otros temas recurrentes en su obra son el amor filial, el amor matrimonial, la historia colombiana. Podría también tratarse de una referencia a Soledad Acosta de Samper, otra escritora colombiana del siglo XIX, autora de numerosas novelas, narraciones breves y cientos de artículos. Entre ellos: Cuadros de la vida de una mujer, La Monja, Un chistoso de aldea, Los piratas en Cartagena, El corazón de la mujer, Luz y sombra e Historias de dos familias.

CAPITULO V

Planes y delirios

Volvamos á D. Luis: sentado frente á su rica mesa de escribir estaba Saavedra intensamente pálido y con las pupilas irritadas por el exceso del odio y malignidad que rebosaba su alma. Tenía en una mano un pequeño medallón de oro con un retrato en miniatura, de una mujer joven y hermosa. Aquel retrato se parecía mucho á Margarita y don Luis lo contemplaba con una expresión feroz en el gesto y en la mirada. De pronto sus enjutas mejillas se encendieron, y con voz conmovida por la ira, murmuró en alta voz:

—¡Ella! ¡Ella también me desprecia! ¡Miserable de mí! pero no; esta no encontrará un atizador para arrojarlo sobre mi cabeza, como lo arrojaste tú; en esta me vengaré del oprobio de que cubrió mi nombre la abuela, y el odio y el insulto de la madre. Si, yo me vengaré, la haré mia, y luego, prostituida, envilecida, la arrojaré á tus pies. Y el infame, quizá respondiendo á la oculta voz de su negra conciencia, lanzó una carcajada. Luego, como si hablara con alguien, como si aquel retrato pudiera escucharle y comprenderle, prosiguió:

—Mira, á esta la amo, con mayor empeño del que me inspiraste tú, si, porque es mas bella, mas voluptuosa, y cuantas veces al despertar en mi corazón un sentimiento de ternura compasiva hacia ella, tan buena y pura, he tenido que llamar en auxilio de mi propia debilidad todo el odio, toda la hiél de los recuerdos pasados, para odiar también á esa pobre huérfana, como á un vastago aborrecido de tu maldita raza, y mira, si ella me amara, si correspondiera á mi ternura, lo olvidaría todo por su cariño y la haria mi esposa; pero no, ella me aborrece, me ha amenazado, ama al asesino de

mi hijo Fernando; ahora queda sola, va á ser madre y yo tengo que cumplir mi venganza y la cumpliré. Una galería secreta me llevará á sus habitaciones, está sola, aislada en medio del jardín, ¿quién puede defenderla? nadie, porque nadie oirá sus gritos y tendrá que sucumbir á mis deseos. ¡Oh! yo quisiera que tú presenciaras esa escena; pero es imposible; mi brazo no puede alcanzarte hoy, sin embargo te juro contártela con todos sus detalles. Y aquel miserable volvió á sonreírse complacido; luego guardó el retrato en un cajón de su *secreter*¹ y cambiando de tono dijo:

—¡Como favorece mis planes esa galería! Ayer la utilicé por vez primera, vi y oí desde mi escondite cuanto deseaba oír y saber. La negativa de Margarita para ser esposa de Santillana ha salvado mis planes de venganza, y ella misma, guiada por su orgullo hereditario, se entrega en mis brazos favoreciendo por completo mi única ambición, hacerla mia y satisfacer mi odio. Margarita va á ser madre, y ese hijo ó hija será el instrumento de que me valga para martirizar su alma y envenenar su existencia. Si se resiste y se obstina en rechazarme, ese hijo, que ella espera con ansia, pasará de la cuna á mis brazos y luego á la tumba. El malvado se sonrió satisfecho, y restregándose las manos comenzó á recorrer la desierta alcoba á grandes pasos. Aquel hombre de pasiones repugnantes y mezquinas, era el ser mas audaz y despreciable de todos los seres. Su rostro, de una expresión siniestra y fuertemente repelente, se hacia antipático y detestable á primera vista; tenía el color amarillento, ajado el cutis, pequeños los ojos y de mirada recelosa y torva, la frente angosta, chata y calzada, estaba adornada de una mata de cabellos ligeramente canos y gruesos; las cejas finas, arqueadas y juntas terminaban en el nacimiento de una nariz de forma aguileña, corva; las mejillas secas y enjutas, parecían los pómulos salientes de la chata fisonomía de un californiano. La expresión de aquel conjunto, era la

¹ Secreter. (Del fr. *secrétaire*). m. Mueble con tablero para escribir y con cajones para guardar papeles (*DRAE*).

expresión del crimen y del cinismo, de la avaricia, en una palabra, de todas las malas pasiones. La mirada que abri-llantaba aquellos ojos, tan pronto era la mirada de la hiena hambrienta é insaciable, tan pronto la recelosa expresión de los ojos de un *judío*, como el rayo mortecino del hipócrita consumado que trata en balde de velar sus ojos con expresión de santidad y beatismo² impenetrable. Sin embargo de todo esto³, don Luis era respetado; su nombre gozaba todo el aprecio y privilegio que goza el nombre del hombre honrado. El mundo se deslumbra fácilmente, basta para ello poseer algunos millones, un poco de astucia y gastar gran tren y boato⁴. Saavedra poseía todo esto, y sobre todas sus riquezas brillaba en su suntuosa casa una joya de gran valor y hermosura, su hija ó su víctima, mejor dicho, pero ignorado por todo el mundo, que veía en la bella joven, un ser inmensamente feliz y era envidiada en todos los círculos sociales, por su bienestar y lujo. La desaparición de esta en el gran mundo fué por algunos días el tema de todos los salones que frecuentaba, pero bien pronto todos olvidaron el nombre de Margarita; sus amigas se hastiaron de visitarla sin lograr jamás hallarla en casa y los jóvenes *dandys* que concurrían á los salones de Saavedra, hicieron exactamente lo mismo, inventando algunos mil cuentos y novelas mas ó menos creídas en los círculos sociales donde se contaban con profusión y se escuchaban con asombro.

Entre tanto la infeliz joven, objeto de las conversaciones del desocupado mundo y de los siniestros planes de Don Luis, yacia ignorándolo todo en un encierro voluntario, pero necesario á sus circunstancias; triste y llorosa veía transcurrir los días, después de la partida de su amante. Teresa la acompañaba durante el día; pero la noche la pasaba en la mas profunda soledad y aislamiento; su

² Por "beatitud".

³ Por "A pesar de todo esto...".

⁴ "Gastar gran tren y boato": vivir dispendiosamente.

sueño, violento é intranquilo, le producía con frecuencia el insomnio y un temor vago y cruel atormentaba sus sentidos tenazmente.

El cambio brusco é inesperado de su vida había convertido su carácter naturalmente jovial y risueño en melancólico y profundamente taciturno. Algunas veces se la veía bajar al jardín tan amado para ella, y buscando el sitio querido que encerraba todos sus recuerdos, sentarse bajo aquel mismo árbol que tantas veces fué testigo de sus juramentos, de sus tiernas promesas y otras tantas cobijó con sus ramas, la figura gallarda y gentil de su querido. Sus ojos, algo hundidos por la fuerza del pensamiento, habían adquirido una expresión inmensamente triste y dulce á la par; cuando aquellos grandes ojos miraban, todo el dolor de su alma se reflejaba en el rayo de su azulada retina; su palabra era ahora breve, y su andar lánguido y tardo, denotaba un cansancio del alma inexplicable á los diez y siete años. Margarita, doblemente bella con su languidez poética y el prestigio que emanaba de su propio martirio, interesaba mil veces mas al corazón, que antes con su fresca y espléndida hermosura. Teresa amaba á la infeliz huérfana cuál si fuera su hermana, proveía su bolsillo con toda la delicadeza de su elevado carácter y trataba inútilmente de hacer mas llevaderas las penas de esta.

Algunos meses después de la partida de Plácido, Margarita dio á luz un hermoso niño, al cual se le llamó Plácido, como su padre, y la pobre madre con el alma anegada en toda la purísima ternura de que es susceptible el corazón de una madre, se desprendió del fruto de su amor y lo entregó al cuidado de una nodriza, buena, pero al fin nodriza.

Era la hora del crepúsculo de la tarde; era quizá la hora mas poética que tiene la naturaleza en que el sol ya pálido y sin fuerza recoge la orla de su dorado manto, apenas alumbrando con sus postreros rayos las copas de los altos árboles. Margarita, vestida de luto, con el hermoso rostro velado por una gasa ó crespón negro la hallamos quince

meses después de la partida de Plácido⁵. Vá acompañada de Teresa y se detiene ante una casa pequeña, blanca y aseada, pero de pobrísima apariencia; la joven entró allí seguida de Teresa, se detuvo indecisa un momento y luego descubriendo lo que buscara con afán se fué en derechura hacia un corpulento sauce llorón, de cuyas ramas pendía una rústica cuna dentro la cual dormía su hijo. Una joven campesina de pura y fresca belleza se veía sentada al lado del niño, hacía cribo⁶ correntino, y de tiempo en tiempo mecía suavemente la hamaca con su mano.

—Buenas tardes, Isabel —dijo Margarita tendiendo su diestra á la nodriza, y luego, corriendo á la cuna sacó el niño y comenzó á acariciarle con vehemencia.

Este sin sorprenderse y cual si comprendiera á la autora de sus días abrió sus grandes ojos turquí y miró á su hermosa madre, alzando sus rosadas manecitas y enredando en ellas los largos rizos de Margarita.

—¡Mi hijo!, ¡mi hijo! —murmuró la pobre madre, feliz en medio de su desgracia, y estrechándolo contra su pecho le prodigaba esos tesoros de amor que solo el cariño maternal abriga. Luego se volvió hacia Teresa, y presentándole al pequeño Plácido;

—¿Verdad —dijo— que es muy hermoso? ¡Dios mio! ¡Qué lindo está! te aseguro que ni aún pintado he visto un ángel mas bello.

El niño miraba azorado tan pronto á Teresa, tan pronto á su madre como á la rolliza campesina. Teresa besó la rosada entreabierta boquita del pequeño Plácido, y devolviéndolo á Margarita;

—Es como todos los hijos del amor —dijo— el retrato perfecto del padre.

⁵ Hipérbaton o alteración del orden sintáctico convencional.

⁶ Criba (De *cribo*). Cuero ordenadamente agujereado y fijo en un aro de madera que sirve para cribar. También se hacen de plancha metálica con agujeros, o con red de malla de alambre (*DRAE*).

La joven madre recibió á su hijo y oprimiéndole sobre su enfermo corazón:

—Plácido, Plácido —murmuró sollozando sobre la frente del pequeño ángel.

Un momento después la joven se perdió entre las grandes avenidas de árboles que rodeaban la casita de Isabel.

—¡Pobre señorita! —murmuró la nodriza, cuando Margarita hubo desaparecido— ¡qué desgraciada debe ser!

Teresa inclinó la frente y una lágrima de dolor surcó su pura mejilla.

Isabel prosiguió:

—¿Que cree V., señorita Teresa? ¿Volverá el Sr. Santillana?

—Solo Dios lo sabe, hija mia; su silencio es un misterio para esa pobre mártir, y para mí una duda horrible á través de la cual no acierto á comprender la realidad....

Margarita apareció trayendo al niño dormido en sus brazos, y la joven calló por temor de que aquella escuchara sus palabras.

—Isabel —dijo con voz dulce, pero tristísima— ¿dónde acuesto á mi hijo?

—Aquí, señorita, aquí —contestó la nodriza entrando en su pobre habitación, seguida de Margarita.

Acostó al niño en la cuna, y besando su frente repetidas veces;

—Adiós, mi amor, mi ángel, hijo mio —repitió separándose, mientras de sus ojos corrían gruesas lágrimas.

—No llore V., señorita, no llore así —se atrevió á decir la buena nodriza profundamente conmovida— quizá llegue un día en que vuelva V. á ser feliz.

—¡Feliz! —repitió Margarita— ¡Ah!, pobre Isabel, ¿tú sabes que Margarita ya no puede ser feliz!

—¿Y por qué no, señorita? cuando uno menos piensa todo cambia en la vida, y nuestros males, por incurables que parezcan, se truecan en alegrías y volvemos á ser felices sin dar crédito al milagro.

—Tienes razón —dijo la joven— un milagro, tal vez un milagro, solo así; pero imposible; yo estoy olvidada de Dios, sola, enteramente sola con mi propia desventura; el amor de mi hijo me sostiene y él forma la única esperanza de mi vida. Y tendiendo su diestra á Isabel.

—Hasta mañana —la dijo⁷— cuida á mi Plácido. Ámalo, que quizá llegue un día en que puedas ser recompensada como mereces.

—Adiós, señorita, hasta mañana —contestó Isabel— yo cuido y amo al niño con la ternura de una madre, esté V. tranquila que hago sus veces como mejor puedo.

—Gracias, gracias, Dios te lo pague, estoy satisfecha —dijo Margarita— y solo tengo que agradecerte y admirarte.

—¡Oh! señorita, V. me avergüenza, ¡bueno estaría que sobre ser V. tan desgraciada⁸ teniendo que separarse de su único consuelo, no cuidara al angelito para hacer á V. mas infeliz! al contrario, le quiero, le cuido y me sacrificaré por él si es preciso.

Margarita abrió sus brazos á aquella noble joven y la estrechó en ellos, enjugó sus ojos en silencio y se alejó en compañía de Teresa.

⁷ Laísmo.

⁸ Estructura arcaica y coloquial. Hoy diríamos: “Lo único que faltaba es que, además de ser usted desgraciada por tener que separarse de su hijo, yo no cuidara bien del angelito”.

CAPITULO VI¹

Proposición y amenazas

Era un frío y lluvioso día de Agosto; Margarita, como siempre, sola con sus tristes pensamientos, hacia labor cerca de un pequeño costurero colocado frente al balcón principal del saloncito. Sus grandes ojos turquí², húmedos y tris-tísimos, contemplaban con amorosa expresión un pequeño medallón con el retrato de su amante que la joven llevaba pendiente de su cuello por una delgada cadenita de oro, la misma que Santillana pusiera en su garganta la noche de su primer encuentro. Margarita contemplaba el retrato y su temblorosa mano iba á llevarlo á sus labios, cuando la voz ronca y destemplada de Don Luis se dejó oír.

—Margarita, ¿estás sola?

La joven se estremeció.

—Podéis pasar —dijo, ocultando precipitadamente el retrato en su seno. La figura repugnante de Saavedra apareció ante Margarita y esta, alzando su altiva frente;

—¿Qué queréis? —le dijo enérgica y resuelta— ¿á qué venis?

—Vengo —dijo el viejo, sin desconcertarse ante aquella brusca interpelación— á decirte por última vez que te amo y que si no consientes en ser mia, mi venganza será espantosa.

—Véngaos en buena hora, Don Luis.

¹ Por un error que suponemos de imprenta, en el original este capítulo aparece bajo el número VII (aunque es el sexto) y, de aquí en más, todos los capítulos subsiguientes arrastran el error de numeración.

² Azul turquí: El más oscuro. Es el sexto color del espectro solar. (DRAE). En la novela, tanto la protagonista como Augusto Medina y sus ancestros tienen ojos "turquí".

—Mira que tú no puedes imaginar la extensión de mi venganza.

—¡Ah! yo os conozco demasiado bien, sé de todo lo que sois capaz, en vos nada me asombrará, Don Luis.

—Aun no me conoces bien, Margarita —dijo el viejo sonriendo diabólicamente, como si aquella sonrisa respondiera á la voz de su pérfida conciencia— todavía no conoces á Luis de Saavedra.

—Acabemos —exclamó la joven poniéndose de pié, trémula, pero resuelta— acabemos ¿creéis que me intimida vuestra amenaza?

—Por ahora nó, pero mas tarde, quizá.

—Luego, ¿pensáis hacerme sufrir mas?, ¿qué!, ¿no os parece bastante mi llanto constante y la amargura eterna con que habéis saturado todo el resto de mi vida?

—Aún es tiempo; todavía puedes ser feliz.

—¿De qué modo?

—Consintiendo en mi amor, y...

—¡Que consienta en tu amor! —gritó Margarita, pálida de indignación— ¡Miserable!, te detesto, me horrorizas como un leproso y á través del odio que me inspiras, te miro mas detestable que un monstruo infernal!

—Está bien, tiembla, vastago maldito de una raza orgullosa, tiembla, porque no tendré compasión.

—Sea, véngate en buena hora, en tanto solo hallarás desprecio á ese decrepito amor.

—Margarita, Margarita, no me hables con esa insolencia —rugió el viejo, rojo de ira y acercándose á la joven con un movimiento amenazador— no me hables así porque puede que tu altivez se sujete á mi decrepita voluntad.

Y Don Luis lanzó al rostro de la joven una carcajada irónica y soez. Margarita se irguió lívida, sus ojos azules lanzaron una mirada de coraje que tocaba en el delirio.

—¿Qué dijiste miserable? —dijo— ¿quién te dio derecho para insultarme así? di, miserable, ¿quién, cuando con solo delatarte á la justicia te arrancaría esa máscara hipócrita con que ocultas la podredumbre de tu alma envilecida y

amasada con el crimen, esa falsa careta de virtud que jamás conociste y por la que el mundo te respeta sin imaginar que le engañas con la mas repugnante de las farsas? ¿Quién te ha autorizado, —prosiguió la joven creciendo en indignación— quién te ha dado derecho para hablarme así, cuando con solo hablar una palabra puedes vivir el resto de tus días en un calabozo?

Don Luis miraba á Margarita y una expresión indefinible se pintaba en su rostro. La joven dio un paso retrocediendo y Don Luis le preguntó:

—¿Has concluido?

—Vete, respondió esta señalando al viejo la puerta.

—¡Oh! no, no me iré sin decirte antes algo que tú crees que yo ignoro y que sin embargo, estoy tan al corriente de ello como tú misma. Escucha ¿dices que puedes con una palabra tuya hacerme vivir mis últimos días en un calabozo? ¿que puedes delatarme á la justicia y arrancarme la máscara con que, según tú, engaño a la sociedad? y díme: ¿has pensado que si eso hicieras tu traición quedaría sin revancha?, ¿crees tú que yo no te arrancaría ese antifaz de falsa virtud con que engañas al mundo, esa atmósfera de pureza y castidad con que quieres rodearte, diciéndole á ese mundo que te venera —es una prostituta— mirad la prueba... ?

—¿Y qué probarías? —balbuceó Margarita, con la voz temblorosa y anhelante, á pesar suyo.

—Que has tenido un amante y que tienes un hijo...

La joven dio un paso, alzó el brazo con el ademan y la majestad de una reina y sin que su rostro sufriera la menor alteración.

—Vete —dijo con acento breve, pero fuertemente imperioso.

Saavedra, como impelido por una fuerza magnética, obedeció sin replicar á aquel acento supremo, á aquel mandato irresistible y lanzando á la joven una mirada implacable, una especie de promesa de odio y exterminio, salió precipitadamente.

Margarita se vio sola; la expresión de su rostro varió, llevóse la mano á los ojos y dos gruesas y ardientes lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas; un sollozo inmenso alzó la bóveda de su seno y con acento sublime exclamó:

—¿Qué me importa si la sociedad me desprecia, si ella me arroja de su corrompido seno? El recuerdo de Plácido, el amor de mi hijo y el afecto puro y desinteresado de Teresa, valen por un mundo entero y ellos me bastan para el resto de mi triste existencia.

Dos horas después de la escena anterior, Margarita, sin más equipaje que un lío de ropa, algunas alhajas, obsequios que le fueron hechos en el día de su natalicio y en los que no tenía absolutamente parte Don Luis, abandonaba para siempre el palacio de Saavedra.

La infeliz joven, al descender las escaleras de sus antiguas habitaciones, lloraba amargamente. Allí, en aquel pequeño nido, tan querido para su corazón, habia pasado parte de su infancia. Mas de una vez habia coronado su infantil cabeza con ramas de madre-selva y multi-flor³, cojidas de la cortina natural que velaba los balcones de la alcoba; todos sus sueños de inocencia y de pureza habían sido forjados bajo aquel mismo techo; luego, el primer latido de amor que despertó su corazón de virgen á las sensaciones de la mujer, fué allí también. Allí, sin darse cuenta ella misma, amó á Plácido; mas de una vez en su puro y blanco lecho, desvelada por la lucha cruel entre el deber y su amor escepcional, le pareció oír la voz de su amado y el calor tibio y perfumado de un ósculo en su frente; mas de una vez estendió sus brazos en medio de la oscuridad, creyendo percibir la sombra de su amado. Mas tarde, bajo aquel mismo techo, vio triunfante su amor, perdonó y fue inmensamente feliz; luego, cuando olvidándolo todo ante su amor inconcebible, la pobre joven fué madre, allí sintió por vez primera el latido primero del retoño feliz de sus

³ Multifloro, ra. (Del lat. *multiflorus*). adj. Bot. Que produce o encierra muchas flores. (DRAE).

amores, y allí, en fin, sufrió y gozó todo lo que se puede sufrir y gozar en el mundo, algo mas de lo que nos da el mundo quizá, porque aquel corazón tan extraño, tan distinto y aparte de todas las imperfecciones humanas, se entregó todo y por completo, amó sin término medio; en su pureza de sentimientos, ni siquiera comprendía el significado de esta palabra, símbolo siempre de la ruindad del alma; ella, en medio de la ignorancia purísima de su corazón, de la hermosa espontaneidad que reflejaba en todos sus pensamientos y acciones, creía que amar era dar su alma y su vida entera, sin recompensa y solo obedeciendo á un sentimiento noble y generoso, superior á todas sus facultades.

Su corazón solo sin afecciones, sin familia, enteramente huérfano, se aferró al alma, al espíritu de su amante, como se adhieren esas plantas parásitas en los fondos de los mares á la raíz imánica del coral.

Margarita, al descender para siempre aquellas escaleras tan queridas, lloraba uno á uno todos sus recuerdos de niña, de amante y de madre. Por fin salió de allí y sus pasos lentos y vacilantes se dirijieron á una miserable tienda de prenderos, ó como vulgarmente se dice á un *Monte-pío*⁴, y deteniéndose un instante á su puerta, echó el tupido velo de la mantilla sobre el rostro y entró resueltamente. Cruzado de brazos, con las verdes gafas caladas y casi echado sobre la barandilla del mostrador, estaba el usurero vejete de fisonomía enjuta, calva frente y ojos vivaces, que brillaban á través de los anteojos con toda la expresión avarienta del judío⁵.

4 Montepío. (De *monte pío*). m. Depósito de dinero, formado ordinariamente de los descuentos hechos a los individuos de un cuerpo, o de otras contribuciones de los mismos, para socorrer a sus viudas y huérfanos. 2. establecimiento público o particular formado por este objeto. 3. Pensión que se recibe de un montepío. (DRAE).

5 Son varias las veces en que Pelliza se refiere peyorativamente a los judíos, siempre asociados en la novela con la codicia y la mezquindad.

—¿Queréis comprarme ésto? —dijo la joven sin mas preámbulos, poniendo ante el usurero un estuche abierto conteniendo un riquísimo aderezo⁶ de brillantes rosas, esmaltados en el engarce con filigrana negra.

El prendero miró asombrado las maravillosas alhajas y luego restregándose los ojos, deslumbrado por el reflejo de las piedras preciosas;

—Comprarlo, no —dijo— pero puedo daros el dinero arreglado á tasación y con un interés módico.

—¡Oh! no, eso me repugna. ¡Compradlo! ¿si ó nó? responded y acabemos.

El miserable miraba el estuche y temblaba de codicia.

—¿Cuánto pedís, linda joven? —dijo por fin.

La jóven iba á contestar, cuando repuso él interrumpiéndola.

—¿Y si no fuera vuestro?

—¿Cómo creéis que yo pudiera vender una cosa ajena?

—¡Se venden tantas alhajas robadas! Luego las multas...

La jóven no escuchó mas, tomó el estuche y envolviendo al miserable en una mirada de profundo desprecio, se encaminó á la puerta.

—Yo no os he querido ofender —exclamó alarmado el prendero salvándola distancia que le separaba de la jóven y deteniéndola por la blonda de su mantilla.

—Os juro, señora, que no he querido ofenderos; le pasan á uno tantos chascos.... ¿qué queréis? hay que tomar precauciones para no ser engañado.

—Y bien —dijo Margarita visiblemente contrariada— acabemos ¿queréis darme por ello diez mil pesos?

—Imposible, os daré seis.

—Dadme ocho y concluyamos, y si no despachad, porque llevo prisa.

6 Por "engarce".

El avaro tomó el estuche y destapando un pequeño frasquito, aplicó sobre las piedras una dosis imperceptible del líquido que contenía la redomita⁷ y una vez desvanecida su duda de si eran ó no falsas las alhajas, se apresuró á contar los billetes que entregó á Margarita.

Los ojos del prendero brillaban avarientos y aún recelosos cual si temiera que la joven, desistiendo de la venta, quisiera deshacer arrepentida el negocio que acababa de terminar.

Esta, por su parte, guardó el dinero, volvió la espalda al miserable y se alejó sin cuidarse de él; á algunos pasos de allí se detuvo, entró en una mueblería ó bazar y compró en él todo lo mas imprescindible para su nueva vida é hizo conducir todo aquello á una pequeña, pero alegre

y ventilada habitación que habia alquilado aquel mismo dia, en una casa de inquilinato de la calle del *Temple*.

Aquella habitación no se parecía á su antigua vivienda, pero era limpia y con hermosos balcones; en otra época habia sido lujosa, estaba estucada y tenía una pequeña estufa. Margarita, feliz en su pobreza, distribuyó sus pobres muebles de tal manera, que si en verdad allí no habia lujo, en cambio se notaba á primera vista un gusto esquisito⁸ y un sentimiento de poesía y belleza que solo el alma tierna y poética de una mujer de su género sabe imprimir á todo lo que toca.

Una vez instalada, la joven pensó solo en su hijo. Tener á su hijo, mecerlo en sus brazos, recibir su primera sonrisa, su primera mirada, oir al despertar el tierno y encantador gorjeo de su infantil y balbuciente vocecita de ángel, todo lo pensó, todo lo acarició y le pareció un sueño.

⁷ Redomita: diminutivo de "redoma". Redoma: (del ár. *ruduma*, botella de cristal, frasco) f. Vasiya de vidrio ancha en su fondo que va estrechándose hacia la boca (*DRAE*).

⁸ Por "exquisito".

Nada tenía que ocultar ya. Don Luis, su enemigo implacable, conocía su falta, le temía, pero fuerte en medio de su debilidad, se proponía luchar protegiendo á su hijo.

La cuna del niño fué el primer objeto de que se ocupó la joven madre; con increíble gracia y elegancia plegó con sus propias manos la cortinilla de crespón celeste y blanco⁹; luego, sujetándola sobre las doradas alas de una águila de metal que descansaba sobre el pabellón del pequeño lecho, la aseguró por medio de un largo lazo de cinta rosa; el colchón de finísimas plumas y la diminuta almohada de blanco encaje, quedaron listas y Margarita, echando sobre sus hombros un pañolón de cachemir, salió á la calle y se encaminó á casa de Teresa. Llegó allí, preguntó por ella y le dijeron que no estaba; entonces pidiendo recado de escribir, dejó á su amiga escrito en una hoja de papel lo siguiente:

Hermana mía.

Vivo en la calle del Temple, número 18 y allí te espera
tu

Margarita.

Entregó la esquila á un sirviente y salió de allí precipitadamente, en dirección a la casita de Isabel.

⁹ Los colores, nada casuales, de la cuna del pequeño Plácido confirman aquella idea planteada por Beatriz Curia en torno a la voluntad argentinizadora de las novelas de la época.

CAPITULO VII

El Juramento

Teresa, habiendo vuelto de su paseo, recibió la esquila de Margarita y con una expresión de asombro y placer indefinible, leyó las señas de la nueva vivienda de aquella casa, sin dar crédito á lo que allí le decia; mil conjeturas hizo la joven y sus pensamientos se embrollaron tanto á fuerza de discurrir sin acertar con la verdad, qué se quedó dormida soñando intranquila con dramas tenebrosos y tragedias inverosímiles, en las que figuraba Don Luis ora iluminado fantásticamente por las llamas rojizas de una hoguera, ora destacándose en medio de la densa oscuridad, llevando en la diestra un puñal y en la izquierda la cabeza pálida y hermosa de Santillana.

La joven, fuertemente exaltada, pasó aquella noche, y cuando las primeras luces de la aurora penetraron en la estancia con toda la fuerza de nuestro hermoso sol, la joven saltó del lecho, envolvióse en un vestido, cubrió con un blanco chal sus hombros y con un sombrero de paja su linda cabeza y luego de visitar las habitaciones de su padre y dar á este el beso de costumbre, se encaminó presurosa é impaciente á la casa de su amiga. Teresa, esta interesante niña que tan dulce, tan suave aparece, aún no es bien conocida de nuestros lectores; vamos, pues, á decir algo relativo á su pasado y aun á su presente.

Don Víctor Figueroa era padre de Teresa; perdió su esposa al dar á luz aquella niña¹, fruto de un año de matrimonio. Figueroa, que adoraba á su esposa, viola con

¹ Por: "perdió a su esposa cuando ésta dio a luz a aquella niña".

indescriptible dolor bajar al sepulcro, y en medio de la espantosa soledad y abatimiento en que se halló sumido, amó á su hija hasta el delirio, reconcentrando en aquel tierno vastago todos los tesoros de ternura que guardaba su noble y sensible corazón.

Las amarguras que pasó aquel buen padre durante la época de lactancia, fueron tantas y tan crueles, que su carácter, naturalmente bondadoso, se sensibilizó de tal manera, que la niña, mas tarde mujer, no echó de menos jamás á su madre, porque Don Víctor siempre tierno, cuidadoso y solícito, era la viva encarnación del cariño maternal. Teresa creció y al cumplir doce años entró en calidad de pensionista en el colegio de la *Merced*, donde conoció á Margarita. Ambas se vieron y se amaron; una viva simpatía se despertó en sus corazones y al verse solas, huérfanas y aisladas, se interrogaron mutuamente, se hablaron, se comprendieron y un afecto imperecedero y puro germinó en sus almas infantiles. En la hora del recreo se unían, y apartándose de sus demás compañeras se perdían solas entre las grandes avenidas de naranjos que adornan las alamedas y huerta del colegio de Huérfanas. Cuando D. Víctor visitó á su hija por tercera vez, encontró á ésta, —antes triste y pesarosa con la ausencia del hogar y las caricias del autor de sus dias— casi dichosa. Saltó sobre las rodillas de su padre y echando sus brazos al cuello de aquel:

—Padre querido, le dijo, ¿sabes que tengo una hermana, una hermana muy linda y cariñosa? ¡Ah! si la vieras, padre mio, si la vieras la amarías.

—Sí, si, hija mía, hija de mi alma —murmuró Figueroa, mirando embelesado á su candida hija— sí, la amo; basta que tú la ames y la llames hermana.

Teresa suplicó á la sócia directora principal del establecimiento permitiera á la bella Margarita pasar al salón de recibo, donde esperaba su padre. La sócia accedió y Don Víctor admiró á la tierna niña, feliz y complacido ante la elección que habia hecho su hija.

Abrazó á la hija de Saavedra y la amó porque su hija la amaba y porque aquella hermosa criatura, con sus grandes ojos turquí, puros y diáfanos como el azul del éther, parecía implorar ternura, mendigar amor, revelando en el reflejo eme animaba y embellecía sus facciones un tinte de pureza y candidez indefinible. Teresa, gozosa con el beneplácito de su padre, se entregó enteramente al afecto eme le inspiraba su amiga y desde aquel dia se vincularon sus corazones de una manera indisoluble y que debía de ser eterna

Tres años después, Margarita y Teresa hacían unidas su entrada en el gran mundo. Los triunfos de la primera, halagaban á la segunda cual si fueran tributados á ella. La belleza de Margarita, enérgica² sin ser audaz, magestuosa, casi réjia sin ser impertinente, contrastaba con el candor suave y poético de la hija de Figueroa.

Las dos eran bellísimas, pero enteramente opuestas. Margarita, con su naturaleza ardiente y ávida de impresiones, á los quince años forjó su ideal y amó una ilusión que no tardó en realizarse. Plácido fué el amor de su alma, el único amor de su vida, pero la noble joven llevaba impreso en su frente el sello negro de una horrible fatalidad y fué la víctima, la mártir sublime del odio implacable de un malvado. La estrella que debia alumbrar el camino de Teresa, era por el contrario, benigna y clara como sus propias pasiones: á su corazón, virgen todavía, no le llegaba la hora; ella debia amar, pero amar sin deseo, sin ardor, con un amor purísimo, enteramente espiritual, con un afecto noble y divino como sin duda lo sienten los ángeles.

Teresa era bella; tenía esa dulce expresión que deben poseer los querubines; todo era celeste en aquella angélica criatura. Muchas veces su padre, al contemplarla, retenia extasiado hasta el aliento, temiendo que el mas leve soplo desvaneciera aquella emanación del cielo. Cuando los dias

² Se detecta una vacilación ortográfica en esta palabra, que luego aparece escrita con "j": "enérgica".

de fiesta, con su blanco vestido y su velo de nieve sobre el rostro, se dirigía al templo, manera indisoluble y que debía de ser eterna jóvenes y ancianos, mujeres y niños se detenían asombrados y juntando las manos la bendecían, maravillados de tanta gracia é inocente hermosura. Jamás llamaba en vano la miseria á la puerta de su casa, porque su noble corazón era el amparo del pobre, del desvalido, del huérfano, del menesteroso: siempre dispuesta al bien, se había conquistado el dulce nombre de *ángel de caridad*. Dejemos á Teresa para volverla á hallarla³ muy en breve y veamos á Margarita, un instante antes de la visita de su hermana.

De pié, al lado de la cuna de su pequeño Plácido, contemplaba arrobada el dormido rostro del niño y una lágrima gruesa y ardiente corria por su pálida mejilla, yendo á perderse entre los finos pliegues de su blanca camisola de encaje.

¿Por qué lloraba la joven?

Oigamos su dulce voz, cuya vibración suave y tristísima impresiona profundamente al que la escucha.

—Santillana, Santillana, ¿dónde estás? te busco, te llamo y tu voz no me responde nunca, ¿acaso estás en el cielo? Sí, si, has muerto, amado mío, porque el perjurio no cabía en tu gran corazón, en tu alma noble y elevada. La tierra falta bajo mis pies, mis ojos empapados en llanto, se niegan ya enardecidos á consolarme con el rocío bienhechor de las lágrimas. ¡Plácido, Plácido mío!, ¿por qué aliento, por qué vivo sin tí? ¡Oh! llámame hacia donde tú moras, y allí nuestras almas, unidas en el infinito, formarán un solo espíritu divinizado y eternamente purificado del torpe polvo de la vida ¡Lláname, llámame á tu seno y conmigo al hijo de tu amor!

Y la joven, con las manos estendidas, la mirada fija en el cielo y los labios entreabiertos, parecía próxima á exhalar en una emanación impalpable y vaga, para subir confundida con el aire hasta el amado de su corazón.

³ Duplicación del pronombre de objeto directo.

Un sollozo inmenso levantó de pronto la bóveda de su pecho, y con voz triste y quejumbrosa como un lamento, entonó, siempre de rodillas, las estrofas que siguen y que pertenecen á nuestro malogrado Cuenca⁴:

Yo sí que he apurado cuanto hay de precito,
de horrible en la pena del odio maldito
que acosan la vida que amor no endulzó;
yo sí que he tenido la bárbara suerte
de ver de una en otra la irónica muerte
que á todas mis dichas Satán preparó:
¡Más bien que no hubiera gozado un instante
fugaz de ilusiones, de amor delirante
y eléctrico arrobo que ansié con afán!
¡Más bien que no hubiera probado mi labio
la copa de néctar; lo dijo ya un sabio
Que en pos de las risas las lágrimas van.

—¡Margarita, hermana mía! —gritó Teresa que, sin ser sentida, se habia acercado á la joven madre— ¿A qué ese canto tan triste?, tu canto me hace daño.

Margarita, sacada bruscamente del doloroso éxtasis en que se hallaba, miró á su amiga casi aterrada.

—¡Teresa!! —dijo poniéndose de pié.

—Sí, Teresa, tu amiga, tu hermana; Teresa, que daría gustosa su vida por verte feliz.

⁴ Posible referencia al poeta y dramaturgo español Carlos Luis de Cuenca y Velasco (Madrid, 1849 – Ávila, 1927), autor contemporáneo de Pelliza que publicaba asiduamente en la prensa española y de piezas teatrales (zarzuelas, entre ellas) de gran difusión en los teatros de habla hispana del Siglo XIX. Se sabe que utilizó los seudónimos de “Luis de Charles”, “Fulano de Tal” y “Mefistófeles”. Colaboró en *Heraldo* de Madrid, *ABC*, *Blanco y Negro*, *El Domingo*, *Buen Humor* y *El Debate*, con artículos de temática variadísima, y en *El cuento semanal* y *La novela de hoy*. De sus obras teatrales, escritas a veces en colaboración con otros autores, destacan: el drama *La herencia de un rey* (1874), la comedia *Entregar la carta* (1877), las zarzuelas *Franceses y prusianos* (1872), *Fama inmortal* (1874), *La tarjeta de Canuto* (1876), *Un nudo morrocotudo* (1879), *La divina zarzuela* (1885), entre otras. (*Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana*, 412).

Las jóvenes se confundieron en un abrazo y sus corazones latieron unidos largo rato.

—¡Ah, Margarita! —dijo al fin Teresa— ¿por qué no has ido á casa de tu hermana?

—No me culpes, hermana querida —respondió la joven enjugando sus lágrimas—. Un sentimiento de natural delicadeza, me ha alejado de la casa de tu padre.

—¡Delicadeza! —dijo Teresa sonriéndose con amargura;— delicadeza, no; es orgullo, si, es orgullo, lo que te ha alejado de la puerta de nuestra casa.

—Interpretas mal mi pensamiento ó no me quieres comprender.

—Ni lo uno ni lo otro; te comprendo perfectamente.

—Pues mira, te equivocas, porque el orgullo que tu me supones, seria ridículo tratándose de dos hermanas.

—Pero entonces, yo no comprendo eso que tú llamas delicadeza, porque la creo inconcebible en nuestra confianza sin límites.

—¡Por Dios! —exclamó Margarita, realmente afligida.

—No me acuses, no me trates así, escúchame y créeme Teresa, porque yo jamás he mentado. Si hubiera estado enferma, si llego á estarlo, no tendré inconveniente en llamar á tu puerta, hoy única que puede abrirse para mí, diciéndote: “hermana mia, necesito tu apoyo, tu caridad y tu amor; socórrame, socorre al hijo de mis entrañas”; pero mientras Dios no me prive de mi buena salud, mientras mis manos puedan manejar la aguja, no esperes, no, que jamás vaya á implorar la limosna del día, porque me creería indigna de tu afecto, y hasta despreciable á mis propios ojos. Teresa estrechó en silencio la diminuta mano de la joven.

—Tienes razón —dijo— ese es el deber de una mujer digna. Yo no puedo, no debo reprenderte por un acto que yo habría cometido, si me hallara en el caso escepcional en que tú te encuentras; pero ahora, ven, y sobre la frente de tu hijo, júrame que cumplirás lo que me has dicho; júrame con la mano puesta sobre su inocente frente, que no pasarás una miseria, una sola necesidad; júrame, añadió haciendo

inclinarse á Margarita sobre el borde de la cuna, que á la menor tentativa de D. Luis, vendrás á mi casa y te pondrás bajo el amparo de mi buen padre.

—Te lo juro —dijo Margarita, haciendo sobre la rubia cabeza de su hijo la señal de la cruz.

—Ahora, estoy casi satisfecha —dijo Teresa— ven, que tienes que hacer.

—Voy á concluir un trabajo.

—¿Quieres que te ayude?

—No, hija mia, tú quizá te habrás olvidado de estos primos que nos enseñaron á entrambas⁵.

—Es verdad que no estoy muy ducha, pues hace buen tiempo que no bordo tan delicado.

—Entonces no lo toques, trae.

Y la lujosa señorita de Saavedra, la elegante dama, la niña mimada de los aristocráticos salones de Buenos Aires, comenzó su bordado con una prontitud y limpieza admirables.

Teresa la contemplaba extasiada; mientras que á veces una lágrima brotaba de sus lindos ojos, que presurosa enjugaba, por temor de que la hermosa bordadora la descubriera. Las dos amigas conversaron largo rato y Margarita contó detalladamente á Teresa la escena habida entre ella y D. Luis. La candida niña, lívida de espanto ante tanta perversidad, preguntó á Margarita.

—¿Y no le temes?

—¿Y cómo no temerle!

—Entonces, vén conmigo, vén á nuestra casa.

—Imposible, allí como aquí, me perderá si se le antoja; no insistas, pues; agradezco y comprendo todo el buen deseo que te anima, pero ya te he manifestado mi resolución y no la quebrantaré por nada.

⁵ Arcaísmo por “ambas”.

Teresa calló. Margarita siguió su labor y poco rato después se despidió la hija de Figueroa y se alejó de allí, pensativa y silenciosa, discurriendo quizá un medio salvador para alejar el peligro que entreveía para su amiga.

CAPITULO VIII

Contrato de un crimen

D. Luis se paseaba por su bufete. De tiempo en tiempo levantaba sus pequeños ojos á un monstruoso reloj que descansaba sobre un pedestal de bronce, en un ángulo de la habitación. El miserable se paseaba agitado, con las rugosas manos metidas en los bolsillos de su descolorido *gabán*; á veces deteniéndose en la puerta de escape, aplicaba el oído y luego una profunda contrariedad hacia más horribles sus facciones color de aceituna.

—¿Vendrá? —se preguntaba, y volvía á su interrumpido paseo.

El reloj dio las doce de la noche y D. Luis se dejó caer abatido en un sillón, pero en el mismo momento, la puerta giró y un hombre de andrajosa facha, embozado hasta los ojos en su raída capa, apareció ante Saavedra.

—¡Ah! ¡ya creía que no vendrías! exclamó poniéndose de pié.

—¿Por qué, D. Luis? apenas son las doce, hora en que se cierran cafetines y bodegones.

—Tienes razón, no habia pensado en ello; era tanta mi impaciencia...

—¿Luego me necesitáis mucho?

—Muchísimo, Jacobo.

—¿Habrá buena propina, eh?

—Si te portas á medida de mis deseos, habrá algo más que buena propina.

—Estoy impaciente, decidme de qué se trata.

—De robar un niño.

Jacobo se estremeció.

—¿Y qué debo hacer con ese niño?

—Simplemente matarle —y el asesino sonrió, saboreando una venganza que no habia obtenido aún.

—¿Y por qué queréis matar á ese niño? —dijo Jacobo.

—Para vengarme.

—Pero, permitidme D. Luis que os diga, que creo que esa criatura no os habrá ofendido, y...

—Pero me han ofendido sus padres.

—Luego vengaos de ellos.

—Precisamente es lo que quiero; matando á su hijo, sufrirán un infierno, como Andrea, como Augusto.

Saavedra lanzó una carcajada hueca y sonora como la risa de un condenado: luego, volviéndose á Jacobo;

—¿Quieres encargarte del negocio? sí ó no.

—Pues bien, sí; este negocio con niños no me gusta mucho, pero allá veremos como me las compongo.

D. Luis respiró.

—Me alegro —dijo— que te decidas, porque no quería dar á otro participación en el asunto; estamos, pues, arreglados.

—No del todo; aún no hemos arreglado la paga.

—¿Cuánto quieres?

—Poned precio arreglado á la empresa.

—Te daré ciento cincuenta onzas de oro y quedarás contento.

—Por esa friolera no me espongo yo.

—¿Y cuánto quieres?

—Sí no son quinientas, no os sirvo.

El avaro abrió espantado sus pequeños ojos.

—¿Quinientas onzas de oro! —dijo— ¿quinientas onzas de oro! ¿sabes tú lo que son?

—Tan bien como vos, D. Luis.

—¿Pero, desdichado! ¿ese es mucho dinero!

Jacobo, sin cuidarse del asombro que manifestaba el avariento viejo, murmuró por lo bajo levantándose:

—Pues señor, si no son quinientas, encargad á otro el negocio.

Púsose el sombrero y se encaminó hacia la puerta.

—¡Te daré trescientas cincuenta! —exclamó el viejo poniéndose de un salto al lado de Jacobo.

—Yo no soy mercachifle —dijo este con una gravedad que en otras circunstancias habría hecho reír á D. Luis.

Jacobo entreabrió la puerta y Saavedra le detuvo.

—Está bien —le dijo— te daré lo que pides, pero esta noche misma tienes que averiguar el paradero de mi supuesta hija, á quien tú conoces.

—Luego, ¿no está aquí?

—Eres un imbécil; ¿no te estoy diciendo que hay que indagar y saber dónde se oculta?

—Entiendo, ahora sí, proseguid, ¿y una vez hallada por, mí?...

—Espiarla, seguir todos sus pasos, hasta que des con el niño; con su hijo.

—¿Y después?

—Robarlo, aunque sea arrebatándolo de sus propios brazos; y después...

—Sí, sí —dijo Jacobo precipitadamente, sin dejar concluir al miserable infanticida la horrible frase que sonriendo complacido iban á pronunciar sus labios— Ya sé lo demás; ahora dadme un pagaré ó garantía cualquiera que asegure mi dinero.

—¡Oh! no tengas cuidado, te pagaré lealmente.

—Sin embargo, yo quisiera...

—Nada, nada, una vez terminado todo, te pago.

—Y si no me pagáis, ¿qué hago yo sin una garantía vuestra?

—Delatarme é ir ambos á la cárcel.

Jacobo calló.

—Adiós —dijo, alargando á su cómplice una mano negra y callosa, pero más digna todavía que las delicadas de Saavedra.

—Adiós —murmuró este, y cerró la puerta tras de Jacobo.

D. Luis, una vez solo, hundió su infame cabeza entre ambas manos, y un ruido hinchó su pecho.

—¡Oh! sí, sí, me vengaré —dijo, con los ojos chispeantes de odio y de maldad.

Y luego, oprimiendo con su dedo un imperceptible botón de metal, incrustado en un cajón del escritorio, abrió y sacó de él un sobre con sello negro, que contenía una carta que leyó con diabólica complacencia. Nosotros también, lector querido, podemos, inclinándonos un poco sobre el hombro de D. Luis, leer detenidamente lo que este lee, y conocer una vez más la negra perfidia de aquella alma de demonio. Decía la carta:

"Mi tierna amiga:

¿Qué será mi vida sin ella? ¿crees tú que haya algo capaz de alegrar mi enfermo corazón? no, Teresa, ya todo ha concluido para mí en el mundo. Tomaré los hábitos tal vez; estoy tan desesperado, que no sé ni lo que hago, ni lo que pienso, ni qué será de mí. Tu carta es tan lacónica, que casi no te reconozco en ella. Nada me dices de sus últimos momentos; si fueron para mí, si murió amando y creyendo á su querido; nada me dices de mi hijo; no sé si debo creer que vive ó si tornó con ella al cielo; por Dios, dímelo todo; mi corazón ya está deshecho, no temas hacerme sufrir. Dime también qué papel ha representado el infame Saavedra, porque en la tuya solo me dices que él, por una venganza premeditada de muchos años atrás, ha sacrificado á y tal vez á mi inocente hijo. Escribemelo todo sin omitir ningún detalle, por amargo y doloroso que sea; nada es tanto como haberla perdido. Adiós, estoy loco, no sé si la sobreviviré mucho tiempo.

Tuyo,

Plácido Santillana."

Don Luis concluyó. Una sonrisa de triunfo arqueó sus enjutos labios y luego doblando la carta, exclamó:

—¡Qué imbécil! no sabes que papel ha representado Saavedra en los sucesos de tu vida; has caído en la trampa como caen los chingólos bajo las pajareras que fabrican los niños en el campo.

Y el viejo, frotándose las manos, añadió cual si se dirigiera á una persona invisible:

—Todo está envuelto en el misterio. Margarita muerta para él; su hijo muerto ó desaparecido para siempre, él no volverá ¿qué haría aquí? Ya no tiene nada, porque se lo he quitado todo, y luego es muy claro que mis días serán tranquilos y habré satisfecho tres venganzas en una.

Pocos momentos después, D. Luis se había acostado y su sueño, agitado é intranquilo, denotaba perfectamente el estado tempestuoso de su espíritu.

CAPITULO IX

El Rapto

Margarita, en compañía de su hijo, se creía feliz. Sin embargo, la pobre madre estaba muy lejos de serlo; su rostro pálido y cambiado, demostraba bien claro la lucha constante y angustiosa de su enfermo corazón. Por otro lado, el trabajo penoso de cada día y las mil privaciones á que está sujeta la miseria, minaban lentamente aquella naturaleza antes fuerte y vigorosa y hoy debilitada por los sufrimientos del alma y del cuerpo.

La joven, en medio de su pobreza y tristísima condición, era orgullosa. Ocultaba á su generosa amiga el estado real de su posición y hacia creer á esta, valiéndose de mil medios ingeniosos y convincentes, la holgura y bienestar de su vida actual.

Tres meses hacia que Margarita, separada de D. Luis, vivía en compañía de su hermoso hijo. Su vida aislada y solitaria, se reducía á la única sociedad de Teresa y la buena Isabel, nodriza que fué del pequeño Plácido. Se levantaba al rayar la aurora; aseaba su hijo¹, arreglaba su lecho y su vivienda y luego de tomar un ligero desayuno, entreabría el balcón y allí sentada en una pequeña silla, comenzaba su labor teniendo el niño sentado á los pies y fijando á cada instante sus ojos impregnados de una ternura intensa en el infantil y rosado rostro de su pequeño ángel.

La pobre madre, ajena á su desgracia, miraba á aquel niño como enviado por la providencia, para aliviar en parte su miserable vida. Uno de los muchos días en que la joven

¹ Omisión de la preposición "a": "aseaba a su hijo".

trabajaba como de costumbre, un presentimiento horrible vino á estremecer su corazón, haciéndola temblar, sin darse cuenta de ello, por la vida de su hijo; tomó el niño en brazos y gruesas lágrimas corrieron de su ojos y con voz balbuciente comenzó á acariciarle, prodigándole mil nombres cariñosos y diciéndole: ¡pobre, pobre hijo mio! ¿Qué sería de mi vida sin tí? ¡Oh! tu eres el solo, el único consuelo en el desamparo horrible que rodea mi corazón. Luego, cambiando de voz y con acento sarcástico y entonación cruel y dolorosa, añadió:

—Pobre, si, pobre hijo mio; no tienes padre; tu madre infeliz, ¿qué puede darte? ni un apellido: ¿qué contestarás á la sociedad cuando te pida un nombre?, ¿inclinarás tu pura frente avergonzado? y el mundo sin compasión, la sociedad sin piedad, te apellidará hijo del oprobio; ¡pobre!, ¡pobre hijo de mis entrañas!

Y la desconsolada madre tornó á llorar, acariciando al niño. Este con sus grandes ojos turquí, fijos en el semblante de la joven, parecía comprender el dolor que la embargaba y estendiendo sus pequeñas manecitas, comenzó á acariciarla sonriendo dulcemente.

Margarita lo olvidaba todo ante la sonrisa infantil del niño y besando su entreabierta boquita, y luego pasando la mano por su frente, cual si quisiera arrancar de ella la última sombra de pesar que la velaba aún, pareció tranquilizarse y acabó por sonreírse casi feliz.

En la tarde de éste mismo día, Margarita se disponía á salir; llevaba un atado bajo del brazo, é inclinándose sobre la cuna, iba á depositar un beso en la frente del dormido niño, cuando un casi imperceptible ruido llegó á su oído; volvió la cabeza y nada vio; entonces, sin desecher un temor extraño y misterioso que abrigaba siempre en su corazón, tomó al niño en brazos y cubriéndolo con su pañuelo, dio un paso para salir; pero entonces un segundo ruido fué seguido de la presencia de un hombre, que entreabriendo la colgadura del lecho apareció ante la joven, haciendo lanzar á esta un grito de terror:

—¿Quién sois? ¿qué queréis? —balbuceó oprimiendo el niño en sus brazos.

El miserable se sonrió;

—¿Quién soy? no os importa, en cuanto á qué quiero, vais á verlo.

Y el infame ladrón se lanzó sobre ella y tapando con su nervuda y callosa mano la boca de Margarita, trató con la otra de arrancarle el niño, suspenso y aterrado ante aquella lucha horrible.

La infeliz madre, privada de la voz, habia enlazado á su hijo con ambos brazos cual si fuera en un anillo de acero y con el rostro pálido de dolor y la mas horrible desesperación pintada en él, luchaba heroicamente, aunque sintiendo agotarse sus fuerzas por momentos; el bandido también luchaba, pero ya cansado del poco éxito de sus esfuerzos, alzó el brazo con que cubría la boca de la víctima y teniendo con el otro al aterrado niño, dejólo caer brutalmente sobre la delicada cabeza de Margarita.

La desdichada madre arrojó un grito, abrió los brazos y lanzando un ¡ay! doloroso, cayó de bruces sobre el desnudo suelo.

Algunos dias habían transcurrido después de la dolorosa escena que tuvo lugar entre Jacobo y Margarita.

La infeliz madre no pudo resistir al peso de su desventura, cuando vuelta en sí por los cuidados de Teresa é Isabel, se incorporó sobre el lecho y preguntó por su hijo, las dos mujeres solo la contestaron con lágrimas y gemidos. Entonces, presa de una incertidumbre horrible, llevó las crispadas manos á la frente; se irguió pálida y convulsa sobre sus rodillas y lanzando un grito de frenético delirio, saltó del lecho, llamando entre sollozos á su hijo.

Isabel y Teresa trataron de detenerla.

Ambas ignoraban las causas de aquella situación, sin tener más dato que el estado en que hallaron á la joven, y después, las vagas palabras y horrible desesperación de la infeliz, luciéronlas comprender el origen de todo.

Margarita estaba de pié; sus ojos siempre dulces y tranquilos, brillaban con una expresión siniestra; su rostro estaba lívido y cambiado hasta el punto de ser imposible conocerla.

Los pómulos de las mejillas, horriblemente marcados, parecían desprenderse, sus ojos desmesuradamente abiertos, giraban á todos lados, cual si buscaran algún objeto.

De repente volvió la cabeza:

—Y mi hijo, ¿dónde está? —exclamó— tú lo tienes, dámelo; no me lo quites, es mio.

Teresa sollozaba en silencio.

Margarita se llevó la mano á la frente; alzando el dedo sobre el labio, añadió muy quedo, cambiando por completo la entonación de su voz:

—Nó, nó, está durmiendo; no le despertéis...

Y la infeliz madre se dirigió de puntillas hacia la desierta cuna; entreabrió el blanco mosquitero, y buscando con avidez al niño, revolvió almohadas y colchón.

Su hijo no estaba allí.

Se oprimio con ambas manos las sienes, y con un grito del alma;

—¡No está! —murmuró— ¡Me lo han robado! ¡me lo han robado!

Y al espirar la última palabra en sus labios, cayó de rodillas lanzando una carcajada seca y nerviosa como un preludio de demencia.

Desde aquel día Margarita, completamente loca, se encerró en un silencio absoluto. No hablaba á nadie, y solo de tiempo en tiempo, se la oía lanzar un grito desgarrador y luego quedar sumida en un marasmo de profundo indiferentismo².

² Por "indiferencia".

CAPITULO X

Demencia

Al volver á hallar á Margarita, no la encontramos ya como la vimos en la suntuosa casa de su supuesto padre, ni siquiera como la hallamos por segunda vez, en su pobre, pero aseada habitación de la calle del Temple. Sus delicadas formas, enflaquecidas y angulosas, habían perdido la redondez mórbida y graciosa de su primitiva belleza. Sus ojos, siempre hermosos, pero de mirada extraviada y recelosa, estaban desmesuradamente abiertos, con la expresión de la más profunda demencia.

Vestía una saya ó túnica corta de sarga¹ morada, y sobre su blanco pecho rodeado al cuello, llevaba un pañuelo de algodón oscuro.

Estaba sentada en el suelo, con los blancos pies desnudos y estendidos sobre el frío pavimento. Arrullaba en sus brazos un envoltorio y con voz triste, cantaba los versos de Maria Santísima.

De pié, por el lado de afuera de la verja que cerraba la puerta de la habitación que ocupaba la loca, se veían dos personas que contemplaban á esta con expresión de supremo dolor y abatimiento.

La una era Teresa, y el otro un joven médico del hospital, Fernando Benavidez, uno de esos tipos de especial dulzura, que basta verlos una vez, para inspirar veneración y simpatía.

¹ Sarga: (del lat. *serica*, de seda) f. Tela cuyo tejido forma unas líneas diagonales. (DRAE).

Fernando contemplaba á la joven loca, y en sus pardos ojos de infinita dulzura se reflejaba un rayo de compasión conmovedora y tierna.

Teresa habia revelado al joven médico los secretos de Margarita, y este, cuyo bello corazón simpatizaba con todo lo que se parece á la desgracia, cuidaba a la desventurada joven con la solicitud y ternura de un hermano cariñoso; todos los medios imaginables habia puesto en práctica para volverle la razón; pero la ciencia habia sido impotente ante la locura de la pobre madre; todas las creencias y esperanzas del generoso médico se habían estrellado ante la fria demencia de la loca.

Después de contemplarla largo rato, Fernando y Teresa entraron, y dirigiéndose á la joven:

—Buenos días, Margarita —dijo Teresa, besando su pálida frente.

—¿Cómo estáis², amiga mia? —murmuró Fernando, estrechando entre las suyas la mano yerta y transparente de la joven.

Esta alzó sus grandes ojos con una expresión vaga y tristísima y poniéndose de pié oprimio fuertemente el rollo que tenía en sus brazos.

—No —murmuró— no me lo quitéis; y retrocediendo huraña y recelosa, fué á refugiarse en un rincón de la habitación.

—Margarita, amiga mia —exclamó Teresa, hondamente conmovida —soy yo, Teresa, tu hermana querida, no huyas de mí, nosotros te amamos mucho, no te vamos á quitar á tu hermoso hijo, vén.

Margarita, al oír la voz de su amiga, se detuvo, escuchó arrobada un instante, y luego se pintó en sus ojos una expresión indefinible de asombro y duda y depositando el envoltorio en el suelo, corrió hacia la joven, se paró delante de ella y mirándola fijamente:

—Nó, no es ella —murmuró muy bajo.

Y luego, repitiendo las palabras de Teresa, prosiguió:

² Forma que preanuncia el voseo.

—Tu hermana Teresa, mi hermoso hijo, no, tú estás loca, yo no tengo hermana, Teresa murió, mi hi...

Y la loca, sin concluir la palabra, se volvió hacia Fernando y exclamó dirigiéndose á éste:

—¿Conoceis á mi hijo, señor?

—Sí, amiga; sí, conozco á vuestro hijo.

—¿Verdad, señor, que es muy hermoso?

—Sí, Margarita, sí, es bello como un ángel.

—¿Y en dónde está mi hijo? —exclamó de súbito, buscando con afán en derredor de la habitación y con la insensatez pintada en el semblante, la mirada extraviada y la voz hueca y sollozante.

—¡Me lo han robado! —gritó— ¡me lo han robado!

Y fué á caer de rodillas en un rincón, sollozando amargamente.

Teresa también lloraba, los ojos de Fernando estaban húmedos.

—No hay esperanza, Dios mio —murmuró Teresa— muerto su amante, robado su hijo y ella loca, ¡Margarita querida, Margarita!

Y la joven corrió donde estaba la infeliz demente, cubriéndola de lágrimas y besos.

El acceso fué debilitándose por momentos y la pobre loca quedó mas tranquila, mirando azorada cual si los viera por vez primera, á Teresa y Fernando.

Esta, que sufría horriblemente presenciando el doloroso estado de su amiga, volvió su noble cabeza hacia Fernando y reteniendo siempre entre las suyas una mano de Margarita:

—Decidme, Benavidez —dijo dirigiéndose al médico— ¿no os parece que la fria miseria en que yace mi infeliz amiga, contribuye en parte á hacer mas profunda su locura?

—En cuanto á eso, no me cabe la menor duda; el triste aislamiento en que vive, el cuadro de miseria que contempla á todas horas en esta húmeda habitación, el duro tratamiento de que es objeto por la grosera

gente que aquí sirve y sobre todo creo que su naturaleza no resista este género de vida y que su delicado organismo adquiriera, á fuerza de contrariedades, una dolencia incurable, mil veces peor que la locura tranquila que ahora la embarga.

—Entonces, ¿sois de opinión que salga de aquí de cualquier modo?

Y Teresa al concluir la última palabra fijó sus ojos con particular insistencia en los ojos de Fernando, cual si quisiera que este comprendiera todo su pensamiento. Fernando se estremeció.

—Sí, es preciso —contestó maquinalmente, trastornado por aquella mirada incomprensible para él.

—¡Oh! vos no me comprendéis —dijo Teresa— ¿ó acaso os pesa haber sido generoso con nuestra pobre enferma? ¿ó es indiferencia lo que os hace contestarme así?

—¿Indiferencia? señaladme un sacrificio cualquiera, por espantoso que sea, y me veréis ejecutarlo feliz si es mandado por vos.

Las mejillas de Teresa se encendieron y bajando los ojos, murmuró confusa:

—No, yo no os mandaré jamás nada que pudiera haceros sufrir; por el contrario, lo que deseo es que hagáis una obra de inmensa caridad que halagaría vuestra pura conciencia.

—¿Y qué es ello, amiga mía? Podéis pedir todo lo que deseis, que os juro desde luego hacer lo que me pidáis.

—Bien, por mucho que me cueste, voy á manifestaros con franqueza mi pensamiento.

Fernando se inclinó. Teresa prosiguió con su dulce voz, ligeramente conmovida:

—La dolencia de Margarita, me habéis dicho, será muy fácil se haga incurable atendiendo á las malas condiciones de todo lo que la rodea; ahora deseo que me digáis qué creéis que le haga falta para ayudar á predisponer su espíritu enfermo á una reacción favorable, aunque tardía, pero tal vez segura.

—Por lo pronto, sería necesaria una habitación alegre y ventilada que tuviera vistas á un panorama cualquiera, pero siempre bello y variado como el rio ó un jardín, por ejemplo; aquella habitación debería tener un rayo de sol, perfumes, armonías y sobre todo, vuestra ternura y especial delicadeza.

—¡Oh! en cuanto á mi cariño, creed que jamás le faltará.

—Pues bien; si eso fuera posible proporcionarle á nuestra interesante enferma, casi podría aseguraros su pronto restablecimiento; pero, ¿á qué hablar de esto, querida amiga? son sueños sin efecto, yo nada puedo hacer, soy pobre, y vos no sé si...

—Os engañáis, Fernando; vos podéis hacer mucho ó quizá lo principal, y yo, que tengo un padre inmensamente bueno y rico, puedo hacer lo demás.

—No os comprendo, explicáos.

—Vais á comprenderme; suponeos que Margarita se pone mala, en dos días muere de un ataque pronto; entonces vos pasáis un parte como médico del hospital de haber fallecido la loca tal ó cual, para todos

indiferente, y luego, poniéndoos de acuerdo con el ecónomo ó superiora del establecimiento, ya por amistad, ya por una gruesa suma de dinero que yo pondré á vuestra disposición, sacáis el supuesto cadáver y haciéndonos únicos dueños de él, lo trasladamos á un pequeño paraíso que yó habré dispuesto para ella y donde los dos la cuidaremos como á nuestra hermana; ¿qué os parece, Fernando?

—¿Qué queréis que me parezca?, que no sois un ser de la tierra, que sois un ángel.

—¡Oh! no digáis eso; vos mejor que nadie sabéis cuanto amo á esa infeliz, que soy su amiga, su hermana, quizá lo único que le resta en el mundo, que daría gustosa mi fortuna, mi vida, porque un rayo de inteligencia volviera á iluminar su hermoso rostro.

—Creed, Teresa, que con vuestra angélica ternura haréis mas que cuanto la medicina pueda hacer.

—¿Y creéis, amigo mio, que el campo le sería conveniente?

—Sin duda, una alma impresionable como la suya tendría á cada instante nuevos espectáculos que despertaran en ella el sentimiento y eso es lo que mas conviene para avivar su imaginación extraviada.

—Gracias, Fernando, es todo lo que deseaba saber.

Y la noble joven, llevando fijo un pensamiento en su mente, besó la frente de Margarita y echando el velo de su mantilla sobre el lindo rostro, tendió su mano á Fernando.

Benavidez estrechó con vehemencia aquella mano entre las suyas y reteniéndola suavemente;

—¿Cuándo os volveré á ver? —le dijo.

—Mañana —contestó Teresa, fijando en Fernando una mirada tímida y apasionada.

—¿Permitís que os acompañe hasta el carruaje?

—Me daréis un placer.

Y la candida virgen, sintiendo por vez primera su corazón inundado de un sentimiento dulcísimo, pero enteramente nuevo para ella, enlazó su brazo al de Fernando.

Cuando hubieron anclado un buen trecho, ambos callados y pensativos, Fernando volvió la cabeza y fijando sus ojos llenos de pasión en el rostro de la joven.

—Vos me dijistes, Teresa, que ibais á manifestarme francamente vuestro pensamiento.

—Y lo he hecho, Fernando.

—Nó, habéis reservado para vos una parte.

—Yo no tengo secretos para Fernando.

—Debo creerlo, porque á vos quiero creéroslo todo.

—Preguntadme y veréis como os contesto la verdad de algo que he reservado sin pensarlo y que ni siquiera lo recuerdo.

—A ver, ¿decidme qué es? Es una pregunta solamente la que deseo haceros.

—Estoy pronta á complaceros, aunque sean muchas.

—Sois muy buena, con razón inspiráis tanta ternura.

—Vaya, decidme lo que queréis.

—¿Estáis impaciente?

—Sí

—Bien, lo que deseo preguntaros es, ¿qué os proponéis, al hacer pasar por muerta á Margarita?

—¿Y no lo habéis comprendido?

—No.

—Voy á decíroslo entonces: lo que me propongo es que una vez asentada su partida de defunción, Don Luis crea en su muerte y que si Margarita, mas tarde restablecida, vive á mi lado, sea libre y tranquilice su espíritu, siempre sobresaltado por las negras maquinaciones de Don Luis, con la idea de que éste cree que murió loca.

—Tenéis razón, no había caído en ello, sois hábil y os doy la enhorabuena por vuestra combinación, que Dios quiera surta todo el efecto deseado.

Teresa se detuvo.

—Aquí está mi carruaje —dijo.

Y alargando otra vez su mano á Fernando, subió en él, perdiéndose bien pronto en las revueltas calles de Buenos Aires.

CAPITULO XI

Plan de un crimen

Don Luis, á quién hemos olvidado hace algún tiempo, y el que desempeña un papel tan importante en los sucesos de este drama, se halla en su bufete leyendo agitado y rabioso la carta siguiente:

“Don Luis

“Eres un infame, un miserable, pero no te desprecio, por el contrario, te odio, y tiembla, porque mi venganza se acerca. Vas á darme cuenta de ella y de mi hijo; de lo contrario morirás; te aborrezco Hasta el veintiuno de Junio.

Plácido Santillana.

Don Luis concluyó, se agitó en el sillón y luego alargando el brazo tiró con fuerza la borla de la campanilla; se presentó un criado.

—Toma —dijo Don Luis alargándole una tarjeta— vé donde indican estas señas, busca á Jacobo Retamares y dñle que Luis Saavedra le necesita¹. El criado se inclinó y saludando desapareció.

La tarde de aquel mismo día, Don Luis recibía en su despacho á un individuo, que nuestros lectores conocen ya; oigamos la conversación que ambos tenían. Don Luis se dirigía al bandido.

—El veintiuno de Junio, quizá por la mañana, debe pasar por las Tres Cruces.

—¿Estáis cierto, Don Luis?

¹ Leísmo.

—¡Vaya si lo estoy! y si dudas, mira.

Y Don Luis, sacando la carta de Santillana, la alargó á Jacobo. Cuando éste la hubo leído, se quedó pensativo.

—¿En qué piensas, Jacobo? —dijo Don Luis.

—En el medio de como debo componerme para dar con el pájaro.

—Eso no te preocupe.

—Por el contrario, es lo que mas me preocupa.

—Pero tienes un medio muy fácil.

—¿Cuál? decidlo vos.

—Irte algunos dias antes del fijado, y situarte anticipadamente en una posta cualquiera; por ejemplo, en la del Cóndor.

—Tenéis razón, no había caído en ello.

—Pues señor, no hay mas que hablar; despacharlo y buen viaje.

—¿Pero... ¿y la paga? no me habéis hablado nada.

—¿Cuánto quieres? eh, no vayas á pedir una barbaridad como la vez anterior.

—Lo justo, Don Luis, lo justo, el asuntillo es medio serio y creo que con cincuenta mil pesos no está bien pagado.

—¡Cincuenta mil pesos!!!... ¿estás loco?

—Ni uno menos; todo lo que me digáis será inútil; si no me dais lo que os pido, encargad á otro el negocio.

—¡Pero, Jacobo, ese es mucho dinero!

—No perdamos tiempo, Don Luis, vos no habéis sin duda reflexionado que tengo mujer é hijos y que corro mucho riesgo de vivir á la sombra por toda la vida, ó tal vez de ser ahorcado, como tres y dos son cinco.

—Y bien, dijo Don Luis, te daré lo que me pides.

—¿Cuándo?

—Cuando se haya consumado el hecho.

—Es decir, que si por una circunstancia imprevista se me escapa, me hiere ó me mata, vos os frotáis las manos libre de todo, y en tanto mi pobre viuda yace en la miseria y yo en Patagones ó en el otro mundo, que es algo peor.

—Y, ¿qué quieres?

—Muy poca cosa, por cierto.

—Habla.

—Pues bien, yo por ahora no quiero dinero, porque el pájaro pudiera escaparse y yo salir sin lesión alguna y entonces sería un robo lo que haría en lugar de un negocio.

¶El miserable tenía escrúpulos de robar á aquel infame, é iba, sin embargo, á cometer un asesinato por su orden!

Jacobo prosiguió:

—No os pido dinero, pues...

—Y entonces, ¿qué diablo quieres?

—Vuestra firma, una garantía para que con ella pueda hacerse pagar mi mujer, si yo muero, la suma convenida.

—¿Cómo! —exclamó Don Luis aterrado— ¿crees que yo te daré mi firma, miserable?

—No me insultéis, Don Luis; aquí vamos de igual á igual; sí ó no y asunto concluido.

—¿Y crees tú que después de haberte iniciado en mi secreto, te marcharías sin más ni más ?

—¿Y seríais vos, por acaso, el que intentaría detenerme?

—contestó Jacobo lanzando una carcajada de irónico desprecio.

Don Luis se puso lívido de coraje.

—Sí —dijo— yo te detendría con el canon de esta pistola

—y dio un paso hacia Jacobo.

—Hacéis mal en amenazarme; bien sabéis que os conozco y que no os temo; calmaos y pensad el negocio todo el tiempo que queráis.

Don Luis se dejó caer en una silla, comprendió que con aquel hombre no podía luchar y reflexionando largo rato sacó en limpio después de mil ideas y alucinaciones que era preciso librarse de Plácido de cualquier modo y por cualquier medio que fuese, y dirigiéndose á Jacobo que se paseaba á largos pasos:

—Te daré mi firma —le dijo resueltamente.

Jacobo se detuvo, un rayo de alegría brilló en sus ojos.

—Ya sabía yo —dijo— que acabaríais por ser razonable.

Don Luis se sentó delante de la mesa de escribir y mojado la pluma, dijo á Jacobo:

—Vamos.

Este, con voz tan tranquila cuanto insegura era la mano de Saavedra, dictó lo siguiente:

“Yo, Luis de Saavedra, declaro bajo mi firma haber comisionado á Jacobo Retamares para asesinar á Plácido Santularia, mediante la suma de 50,000\$, que me obligo á pagar á su mujer, si él fallece en la empresa ó es llevado á presidio, en cambio de este documento”.

Luis de Saavedra.

Jacobo leyó aquel papel dos veces, luego lo guardó en su roto paleta y tendiendo la mano á Don Luis:

—No tengáis cuidado, señor —dijo— estamos á diez y seis de Junio, el treinta, si Dios no dispone otra cosa, se habrá arreglado el negocio.

—Cuento con ello, ¡éh! no vayas á colgarme.

—De ningún modo, cuando Jacobo promete, cumple ó muere, así es que no debéis inquietaros por este asunto.

—Bien, anda con Dios y no olvides que en ese papel llevas mi honra y mi vida.

—No lo olvidaré.

Y diciendo esto, salió dejando á Don Luis sumido en profundas reflexiones, tan negras como su negra conciencia.

CAPITULO XII

Un rasgo noble

La tarde tocaba á su fin y la selva, muda en esa hora tristísima de profundo silencio, parecía dormida. El crepúsculo vespertino difundía sus oscuros tintes y la media luz, quebrando sus últimos reflejos en las vastas planicies, proyectaba mil sombras fantásticas y caprichosas.

El casco vigoroso de un caballo resonó a lo lejos y un jinete sudoroso y lleno de polvo apareció subiendo una pequeña ladera: las pisadas de aquel caballo poblaron la desierta selva y mil ecos misteriosos parecieron brotar del seno de cada espeso matorral; un perro; magnífico Bov-dog de respetables colmillos, seguía al caballero.

A medida que este avanzaba, la maleza crecida en el camino ocultaba por completo la senda haciendo imposible la marcha.

Nuestro hombre se detuvo, se irguió sobre los estribos y alzando con la punta del látigo la ancha ala de su sombrero Jipijapa¹, tendió su mirada sobre la desierta llanura, y luego hablando consigo mismo, murmuró:

—Aquí concluye la senda, ésta parece no haber sido jamás hollada por la planta humana.

En el mismo instante en que Santillana, á quien tal vez habrán conocido nuestros lectores, concluía su reflexión no sabiendo qué dirección tomar, el caballo, inquieto, aguzó las orejas y relinchando espantado dio una fuerte tendida.

¹ Jipijapa. (De Jipijapa, pueblo de la república del Ecuador). f. Tira fina, flexible y muy tenaz, que se saca de las hojas del bombonaje, y se emplea para tejer sombreros, petacas y diversos objetos muy apreciados. 2. m. Sombrero de jipijapa. (DRAE).

Santillana volvió la cabeza y el perro, deteniéndose, olfateó y luego mirando hacia un lado de la cubierta senda, lanzó un feroz ladrido. Plácido también se detuvo, su perro y su caballo le decían bien claro que allí había alguien, echó pié á tierra y después de ajustar la cincha á su montura volvió á subir sacando la baqueta á su rewólver con la mano derecha y sujetando con la izquierda la brida del espantado caballo.

El perro gruñía sordamente, de pronto un ligero ruido llegó al oído de Plácido, aquel ruido era semejante al que produce la serpiente al arrastrarse sobre la seca yerba; Plácido se detuvo de nuevo, miró en torno de sí recelando una emboscada, y no descubrió mas que pequeñas matas de duraznillo blanco y de yerba mora.

—¡Bah! —dijo— ahí no puede esconderse un hombre, te has engañado, Topacio, añadió dirigiéndose al perro.

Este miró á su amo y enseñándole sus agudos dientes gruñó amenazador, y olfateando entre la yerba en derredor de Santillana tomó la vanguardia, dispuesto sin duda á avisar á su amo del peligro, si lo descubría.

Plácido, una vez avisado, siguió á buen trote siempre precedido del perro y en dirección á una población de miserable apariencia, que se veía á corta distancia. Cuando llegó echó pié á tierra y desensillando con cuidado su caballo, se lo entregó á un mozo de caballeriza y seguido de Topacio entró en el comedor general. La posta del “Cóndor” era uno de tantos miserables albergues en que el viajero de esos caminos tiene que pasar la noche ya en una mala cama, ya acurrucado en un rincón. Plácido entró, se instaló en una mesa desocupada y pidió de cenar. El mozo trajo un mantel, algunos fiambres, una botella de vino Mendozino y una enorme cafetera llena de mal café, que á Plácido le pareció delicado en fuerza del frío y del cansancio. Luego que hubo comido y arrojado á su Topacio algunas gruesas tajadas de lengua y de ternera, limpió sus labios con un rico pañuelo de batista y encendiendo un aromático habano se acomodó en un rincón y trató de dormir.

Un individuo de extraña figura y misterioso aspecto que hacia largo rato observaba á Plácido, se embozó en la capa, agachó el ala de su mugriento sombrero y levantándose de allí fué á sentarse en el mismo banco en que fumaba Santillana. El perro, con ese instinto especial de su raza Bov-dog, alzó la cabeza y fijando sus ojos inyectados de sangre en el casi oculto rostro del desconocido, gruñó de una manera sorda y amenazadora, y luego, acercándose á los pies de su amo, se tendió cuan largo era Jacobo, pues era él, comprendió que tenia en Topacio un enemigo implacable. —¿Es bravo vuestro perro, caballero? —dijo dirigiéndose á Plácido.

Este alzó su varonil cabeza llena de magestad y dulzura y contestó al bandido:

—No os podéis figurar de que manera, estoy seguro, pues solo con que me tocarais la capa os saltaría al cuello de una manera feroz y con sus garras, mas fuertes que las de un tigre, os despedazarían antes que yo pudiera evitarlo.

Jacobo se estremeció. Acaso tuvo miedo ó mas bien el timbre triste y cariñoso de aquella voz llegó á su corazón despertando en su alma ennegrecida ya con la idea del crimen, algún sentimiento noble y generoso hacia su víctima.

Plácido cruzó una pierna sobre la otra y no se ocupó mas del sucio personaje que tenia á su lado; Jacobo, por el contrario, se puso de pié y comenzó á pasearse agitado; su conciencia luchaba de una manera desesperada.

—¿Qué me ha hecho este hombre? —se decia— yo voy á matarle, Don Luis me ha dado un puñado de billetes; pero, no, yo no puedo ser asesino, imposible; si ella lo supiera ¡oh! jamás me lo perdonaría, y nuestro ángel, no, no, jamás, jamás, imposible, yo no puedo matarle, no

puedo manchar mis manos con sangre inocente.

Y Jacobo, anhelante y casi vencido, tornaba á pasearse precipitadamente.

Plácido, enteramente ageno á todo aquello, tenía los grandes y rasgados ojos fijos en las oscilaciones del moribundo quinqué; aquella mirada tristísima y brillante con

que devoraba el espacio, era tal vez el recuerdo de mil esperanzas y emociones pasadas. Margarita, esa sombra adorada que iba siempre unida á su alma, y que giraba constantemente en torno de él, envolviéndole en un éxtasis delicioso de felicidad pasada, pero que vivía pura y eterna en su amante corazón.

De pronto se irguió, sus ojos vieron toda la realidad de su presente y apretando con ambas manos las sienes:

—¡Margarita! —gritó— ¡mi hijo! ¡Dios mio! Dios mio! y un sollozo de inmensa desesperación salió de su garganta.

Jacobo escuchó aquel grito, cesó la lucha de su conciencia y acercándose á Plácido:

—Señor Santillana —gritó con toda la fuerza de sus pulmones, quizá para ahogar el último eco de criminal avaricia que se alzaba dentro de su alma; —Señor Santillana, perdónadme todo lo que os voy á revelar.

Plácido se puso de pié, miró asombrado á Jacobo y trémulo de emoción;

—¿Qué dices, buen hombre? —exclamó.

Jacobo, por toda respuesta, introdujo la mano en su cinturón de cuero y sacando de él un papel doblado cuidadosamente, lo alargó á Plácido; éste, ya repuesto de su primera sorpresa, tomó el papel y al leer su contenido una expresión de fiereza y odio implacable se pintó en su rostro. Cuando hubo concluido miró fijamente de pies á cabeza al que tal vez debía ser su asesino y dijo sin dejar de observar los rasgos de aquella fisonomía vulgar, pero franca y simpática:

—¿Qué te ha inducido á ser generoso conmigo?

—Primero vuestra desgracia y después mi horror á la sangre, pues yo nunca he sido asesino.

—¿Y quién te ha dicho que yo soy desgraciado?

—¡Oh! señor, basta veros para decir; he ahí un hombre con mas magestad que un rey, pero que lleva pintado el dolor del alma en la cara.

Plácido miró á Jacobo con asombro.

Este prosiguió:

—Creédme, señor; yo nunca fui asesino, he aceptado la infame proposición de Don Luis para proporcionar á mi mujer un poco de descanso y bienestar, pero os he visto, he escuchado el timbre májico de vuestra voz y como si el dedo de Dios hubiera llamado á mi extraviada conciencia, he renunciado á todo por salvaros la vida.

Los grandes ojos de Plácido brillaron á través de una lágrima con una mirada de inmensa gratitud; dio por fin un paso y abriendo sus brazos:

—Vén —dijo á Jacobo, hondamente conmovido.

Pero Jacobo se hizo atrás.

—No —dijo— no somos iguales; vos sois un caballero y yo soy un picaro que he estado á punto de matar al mas noble de los hombres.

—Vén —repitió Plácido —tú tienes un corazón noble y el que es generoso es caballero.

Jacobo no esperó mas, se arrojó en los brazos de Plácido y este le estrechó en ellos; luego, sacando una cartera del bolsillo;

—Toma —le dijo— eso es para que proporciones algún descanso á tu mujer.

—¡Oh!, no —exclamó Jacobo conmovido y desinteresado ante la generosa actitud de Santillana— no quiero que me paguéis el servicio.

—Este servicio no se recompensa con dinero, amigo mio, toma y dime tu nombre; puede ser que algún día yo te sirva á tí.

Jacobo alargó su mano temblando y tomando el abultad rollo;

—Gracias, señor —dijo— mi nombre es Jacobo Retamares y mi oficio es el de changador de equipajes en el muelle de pasajeros.

—¿Y tu casa?, ¿dónde vives?

—Perdonad, señor, pero no puedo deciros mi casa.

—¿Y por qué?

—Porque tengo miedo de que sepa mi mujer que Jacobo ha estado á punto de ser asesino y yo me moriría de vergüenza.

—Está bien, no lo exijo, pero si alguna vez me necesitas, toma.

Y Plácido alargó á Jacobo una tarjeta con las señas de la habitación que iba á ocupar en Buenos Aires. Jacobo guardó aquella tarjeta con supersticioso respeto y saludando á Plácido, salió, despidiéndose hasta el día siguiente.

Cuando hubo desaparecido, la expresión del rostro de Santillana varió por completo, sus mejillas palidieron intensamente y sus ojos, todavía húmedos, brillaron con un rayo de inmenso coraje.

—¡Asesino!, ¡cobarde! —murmuró con voz airada— yo sabré aplastar tu infame cabeza como se aplasta un reptil venenoso, sí, yo te mataré con mi mano y vengaré á todas tus víctimas.

Y Plácido, dominado por completo por el recuerdo odiado de Don Luis, comenzó á pasearse á grandes pasos sin que sus ojos pudieran cerrarse con la agitación de su espíritu, aún receloso de las maquinaciones de su enemigo.

CAPITULO XIII

Vida ó muerte

Margarita, contra toda su costumbre, se habia levantado del oscuro rincón en que constantemente se veía y apoyada ligeramente en los gruesos barrotes de la puerta de hierro de su habitación, contemplaba con avidez un pequeño niño, hijo del llavero del hospicio, el cual jugaba sobre las rodillas de su joven madre. Los ojos de la interesante loca lanzaban una mirada lúcida, profunda; esa expresión vaga é incierta de la demencia había desaparecido casi por completo; la transparente y nítida blancura de su rostro se habia coloreado ligeramente y un rayo de su antigua belleza hermozeaba su descarnado rostro. Cuando la madre, feliz con su pequeño ángel, sonreía, Margarita quería imitarla, pero sus labios solo hacían una mueca de indefinible expresión. De pronto Margarita se estremeció, abrió desmesuradamente los ojos, luego los cerró como si quisiera concentrar sus extraviadas ideas en algún recuerdo de su pasado y acabó por abrirlos fijándolos tenazmente en el niño.

En esta actitud se hallaba la loca, cuando de pronto, como brotado de la tierra, apareció en el patio uno de tantos locos como pululan¹ por aquel recinto y acercándose á la joven madre y al niño, suspenso y aterrado, le dijo con voz de trueno:

—Dame ese muchacho, yo me quiero vengar, ayer me hiciste enchalecar² y hoy me he escapado para matar á tu hijo.

¹ A: "polulan".

² Referencia al chaleco de fuerza que, hasta entrado el siglo XXI, se ha usado en algunos hospicios de Buenos Aires para controlar los ataques de violencia de los pacientes.

Adelaida, que así se llamaba la joven, dio un grito de suprema angustia, estrechó el niño entre sus brazos y quiso correr, pero el loco, mas veloz que ella, la detuvo.

—No grites —le dijo— tienes que darme tu hijo, y con voz huraña y amenazante, repitió:

—Ayer me hiciste castigar y ahora me la vas á pagar bien.

Adelaida vio en el loco un enemigo implacable y comenzó á pedir á gritos socorro.

En tanto Margarita, cadavérica, con la mas horrible desesperación pintada en el semblante, con las manos crispadas, trataba en vano de romper los hierros para lanzarse fuera; el grito desesperado de aquella madre llegó á su corazón, despertando en su imaginacion, de una manera confusa, una escena terrible de su pasado.

Él llanto de aquel niño acabó de disipar su extraviada mente y lanzando un grito pidió socorro con una voz inmensamente vigorosa; aquel grito fué oído por el esposo de Adelaida, llavero del hospicio que, con el látigo en alto, corrió hacia el loco.

Margarita no vio el final de aquella escena; solo se presentó á sus ojos un cuadro igual al que hacia cuatro años se habia representado ante ella.

La pobre joven, en medio de su demencia, habia olvidado casi por completo la causa de su estado, pero en el fondo de su alma vivía dormido, aunque vivo y terrible como su desventura.

Como dijimos, Margarita no vio el fin de aquella escena, cerró los ojos y dando un grito sofocado dentro del pecho, cayó de espaldas en el suelo.

Aquella misma tarde Fernando, como de costumbre, al entrar en el hospicio se dirigió al cuarto de la joven y empujó la puerta; ésta cedió ligeramente y volvió á cerrarse con pesadez, cual si fuera impelida por una fuerza extraña.

—Margarita —dijo Fernando figurándose á la loca acurrucada tras de la puerta— quitaos de ahí, os voy á lastimar.

Nadie contestó.

—Margarita —insistió Fernando— es vuestro médico, vuestro amigo el que os viene á ver.

El mismo silencio respondió á Fernando, un silencio de muerte que llegó á aterrarle.

—Margarita —volvió á gritar con toda la fuerza de sus pulmones; pero solo los desiertos ámbitos del oscuro calabozo repitieron el eco, prolongándose este tristemente.

Entonces una duda horrible se apoderó de Fernando; intentó de nuevo abrir la puerta, quiso con sus delicadas manos torcer los barrotes de la ventanilla, pero todo fué inútil; ni la puerta ni los barrotes cedieron.

Fernando volvió la cabeza y gritó al llavero que cruzaba en aquel momento el gran patio del hospicio:

—¿Dónde está la loca que habita esta celda?

—¿Dónde quiere que esté, sino ahí, señor doctor?

—Aquí no está, la he llamado y no me ha respondido, he intentado entrar, pero la puerta, impelida por una fuerza estraña, vuelve á cerrarse.

—Ahora verá vd. como á mi me responde —dijo el llavero, avanzando hasta la puerta.

—¡Margarita! —borbotó³ con voz amenazante.

Nadie respondió.

—Es la loca mas caprichosa que he visto —dijo Simón— si está con la manía no ha de contestar —y diciendo esto empujó la puerta brutalmente.

Fernando arrojó un grito y se lanzó á detenerlo, pero ya era tarde; la puerta, obedeciendo á la fuerza prodigiosa de Simón, giró precipitadamente y ambos pudieron penetrar en la habitación, aunque con algún trabajo.

Un cuadro horroroso se presentó á vista, Margarita, fria y ríjida como la muerte, yacía de espaldas sobre el duro pavimento, pálida y cadavérica, su cabeza estaba entre un

³ Borbotear: Nacer o hervir el agua impetuosamente o haciendo ruido (*DRAE*). Existe la expresión “hablar a borbotones” que indica, en sentido familiar y figurado, hablar a gran velocidad (*DRAE*). No existe, sin embargo, el uso figurado del verbo “borbotear” tal y como lo emplea aquí Pelliza.

lago de sangre, las manos crispadas vueltas atrás y los ojos fijos y sin expresión, parecían empañados por la muerte. Una espuma sanguinolenta cubría sus labios, y los dientes fuertemente unidos, denotaban la presión de las mandíbulas.

Fernando se puso de rodillas, aplicó el oído al corazón, éste no latía, el pulso también estaba paralizado; alzó suavemente con la yema de los dedos los párpados hundidos de la enferma, y una débil esperanza iluminó su rostro.

—Todavía no está muerta; aun queda un soplo de vida en su cuerpo, y volviéndose á Simón, que permanecía profundamente conmovido,

—Amigo mio —le dijo— la vida de esta infeliz señora puede extinguirse por momentos, corre y tráeme un poco de árnica, una esponja y algunas vendas.

Y luego escribiendo algunas palabras en una hoja de su cartera, “para la señorita Teresa”, añadió.

—Que venga pronto, no te demores, por Dios.

Simón salió y dos minutos después Fernando, siempre arrodillado ante el miserable lecho de Margarita, aplicaba la esponja empapada en árnica sobre una honda herida que ésta tenía en la cabeza muy cerca de la nuca.

Cuando hubo restañado la sangre, Fernando, rasgando su pañuelo de hilo vendó con él la cabeza de la loca, luego enjugóle con agua fresca la cara amoratada y se puso de pié pulsándola á cada instante, solícito

y cariñoso.

Seis minutos después, en una camilla conducida por dos hombres precedidos por Fernando y acompañado de Teresa, que lloraba en silencio, cruzaba lentamente frente la puerta del “Hotel de”.

Plácido, desde un balcón de aquel mismo hotel donde se había instalado aquella mañana, vio la camilla é instintivamente le siguió con la vista, sin parar la atención en las personas que la acompañaban, cuando el triste cortejo hubo desaparecido, Plácido se volvió, fijó sus

grandes ojos en el cielo y murmuró con indecible angustia: ■■■Margarita mia!!!

Margarita, conducida á casa de Teresa, fué puesta en un blanco y cómodo lecho. Teresa, con esa delicadeza y suavidad que solo poseen ciertas mujeres, enjugó con agua y vinagre el pálido rostro de la moribunda, humedeció aquellos apretados labios con una gota de azahar y cubrió su seno descarnado con una rica camisola de encajes y batista blanca que prestaba á la loca un tinte de belleza espiritual, casi sublime; un médico joven y otro anciano, de grandes ojos y venerable

frente, se acercaron al lecho donde yacía Margarita. Teresa, llorando amargamente, pasó á la otra pieza inmediata.

Fernando, de pié al lado del mas anciano de los médicos, miraba á la enferma ansioso y esperaba un fallo terrible que él no se habia atrevido á formular. Margarita, siempre fria y ríjida, fué examinada prolijamente; aquel examen se hacía largo y horrible para Fernando.

El mas joven de los médicos aplicó el oído al corazón, de la enferma, luego la pulsó.

—Es una masa inerte —dijo— quizá vuelva á la vida, pero será para morir muy en breve en toda su razón.

El anciano movió la cabeza negativamente.

—Si muere —dijo— no volverá de su marasmo, y si vuelve vivirá.

Fernando se acercó.

—Dios mio —dijo asiendo con sus manos la rugosa mano del anciano— salvádmela maestro.

Este alzó su noble frente y, mirando á su discípulo, murmuró con dulce y cristiano acento.

—Hijo mio, tú sabes como yo, que Dios en sus impenetrables designios, puso valla á la ciencia, y dijo al hombre: tú serás sabio, pero no pasarás de ahí, y con su mano divina le señaló un término á su ciencia y su saber: yo no podria, pues, prometerle salvar á esta infeliz señora, pero puedo

darte una esperanza, tal vez incierta, pero que yo no dejo de abrirla, a pesar de la opinión enteramente contraria de nuestro compañero.

Fernando inclinó la cabeza con desaliento.

—¿Acaso tú no la has observado, hijo mío?

—No maestro, solo he curado su herida.

—¿Te ha faltado el valor para saber la verdad?

—Tal vez.

—¿Te pertenece?

—Sí, por un lazo muy fuerte y simpático, que une á todos los corazones buenos en el mundo, la desgracia.

—Oh! ¿era desgraciada?

—Mucho. Los órganos de su corazón deben estar enfermos por el sufrimiento.

El joven médico miró sorprendido á Fernando.

—Es verdad —dijo— están estraordinariamente dilatados y pueden desbordarse produciendo la muerte.

—¡Pobre Margarita! —y Fernando enjugóse una lágrima que surcó su mejilla, luego se aproximó al lecho y haciendo un esfuerzo, comenzó á examinar á la moribunda.

—En efecto —dijo— hay una gran dilatación en la parte superior del corazón, y en el cenil hay tendencia á un reblandecimiento, por efecto de la enagenacion que ha sufrido, pero, casi puedo aseguraros que espero una reacción favorable en la crisis que vá á presentarse.

—¿Lo creéis así? ¡Ojalá no os engañéis!

—Todo es posible, amigo mío, pero creo no engañarme.

—Entonces, ¿es mas posible que viva según vuestra opinión, Dr. Jazon?

—Sí, y creo que si esto sucede, sin embargo, que tan posible es que muera como que salve, volverá á la razón porque este parasismo debe haber sido producido por algo que ha herido vivamente su imaginación, quizá alguna escena que le recordó el pasado, ¿no sabéis cual fué la causa de su locura?

—¡Oh! sí.

Y Fernando contó al anciano doctor el rapto del hijo de Margarita.

Jazzon escuchó profundamente, y luego dijo:

—No tengáis duda, algún niño del hospicio de dementes le ha recordado á su hijo, y le habrá producido este aletargamiento, que a veces en su fin es fatal y otras favorables según la naturaleza; ¿es joven?

—Creo que solo tiene veinticuatro años.

—¿Qué os parece Doctor Soulet? —dijo Jazzon, dirijiéndose al otro joven médico.

—Que la edad le es favorable aunque su naturaleza está muy empobrecida por los sufrimientos morales y su cerebro muy débil, casi sin resistencia para esta lucha de vida ó muerte que sostiene.

Los médicos se apartaron á una distancia del lecho y después de otra larga consulta, Fernando llamó á Don Víctor, y dejándolo con los médicos, se fué en busca de Teresa. Esta, en una pieza apartada, tendida en un sofá, lloraba sin reserva y retorció sus blancas manos desesperadamente.

—¡Oh!, no me engañéis —dijo, viendo entrar á Fernando— no me engañéis por Dios.

—No —murmuró Fernando, sufriendo doble con el sufrimiento de Teresa— no os engañaré, jamás, pero es preciso estar preparado para todo, sin embargo, de haber algunas esperanzas.

Teresa se detuvo.

—¿De veras? —dijo acercándose á Fernando— ¿de veras, hay alguna esperanza?

—Si, mi noble amiga, si hay, pero no puedo deciros nada si no os tranquilizáis algo.

Y Fernando, atreviéndose por vez primera, se acercó á la desolada niña, y tomándola de la mano la arrastró suavemente hacia el sofá y la sentó á su lado. Ella no opuso resistencia, por el contrario, como si aquel fuera su hermano, dobló el talle en sus brazos y aquella linda cabeza la atrajo Fernando sobre su noble pecho, y la frente de Teresa se rozó un instante con la sedosa barba negra de su amado; aquella frente purísima estaba separada por muy corta distancia de la encendida boca de Fernando, pero el respeto lo contuvo;

una lijera inclinación hubiera bastado para unirse aquellas dos bocas, pero Teresa ni siquiera lo pensó, y Fernando inmensamente dichoso reteniendo en sus brazos á Teresa, no se atrevió á pedirlo tampoco. Fernando oprimio varias veces aquella cabeza contra su pecho diciéndole:

—No lloréis asi querida niña, no creáis que sea un caso perdido, hay esperanzas y si vive volverá á la razón.

—¡Oh! Dios mio —esclamó la inocente virgen— ¿que sacrificio no haría yo con tal de darle la vida?

—Vos sabéis Teresa, que eso solo Dios puede concedérselo, tened fé en él y tal vez podremos abrazar á nuestra amiga muy pronto fuera del mayor peligro.

—¡Oh! que él os oiga á vos Fernando, y si creéis que la fé puede influir en este caso, os juro que mi alma siempre está henchida de ese santo sentimiento, y que espera llena de fé sublime un milagro de Dios como el único que puede devolverme á Margarita.

La joven enteramente ocupada de su propio dolor y llena del recuerdo de su infeliz amiga, ni siquiera había participado de las emociones que en aquel momento hacian feliz á Fernando; así que un tanto calmada, se desprendió de los brazos de éste con la mayor naturalidad, y solo entonces cuando éste retenéndola suavemente le hizo alzar los hermosos ojos, húmedos y tristísimos, se estremeció, y bajándolos ante la mirada de inmensa pasión que le devoraba murmuró confusa.

—¡Oh! Fernando escusad mi dolor.

—¿Y ni una mirada me dais Teresa?

—Salvadme á Margarita y...

—¿Después seremos felices Teresa?

—¡Oh! sí, muy felices.

—¿Es una promesa?

—Tomadla como tal y no preguntéis mas.

—Os he comprendido —y variando de tono se puso de pié— esta noche quiero que descanséis, añadió, yo velaré con D. Victor.

Teresa se sonrió con dulzura.

—Idos á ver á Margarita y después veré si debo haceros caso.

Fernando apretó aquella mano querida y salió diciendo:

—Gracias, ángel mio.

CAPITULO XIV

El niño de las violetas

Era una hermosa tarde de uno de los primeros días del mes de las violetas y junquillos, Julio. Un carruaje de elegante apariencia, tirado por dos magníficos caballos oscuros de raza y manejados por un bizarro moreno criollo, de abotonado abrigo de cochero, guantes de gamuza y gran escarapela en la izquierda del sombrero alto, cruzó la calle de Juncal, y dobló por la de Esmeralda, haciendo trotar los caballos de una manera poderosa. Los asientos de aquel carruaje forrados en brocatela de seda española, color caña, estaban ocupados por dos personas de distinto sexo. El uno era un caballero quizá en el estío de la vida, y decimos quizá, porque su rostro era fresco todavía, aunque de un fuerte pálido; en aquel rostro no había ni una grieta que demostrara vejez, y sin embargo su lengua barba casi blanca, y su brillante cabello de nieve contrastaban admirablemente, y prestaban á su semblante un tinte de belleza augusta y simpática, sus ojos grandes ó intensamente azules tenían un reflejo especial de tristeza y melancolía indefinibles, la nariz era fina y aristocrática, la frente ancha y despejada parecía velada por una sombra de dolor perenne, era alto, esbelto y vigoroso sin ser grueso, contaría á lo sumo cuarenta y dos años. Su compañera era un tipo enteramente opuesto, tenía el rostro moreno, con grandes y rasgados ojos negros, boca pequeña de labios gruesos y sonrojados; el cabello también negro y brillante, descendía de las sienes en rizadas ondulaciones hasta el nacimiento de su redondo seno; aquellos rizos prestaban una espresion de admirable belleza á la tristeza pensativa de aquel rostro tan simpático

y lleno de bondad; tenía la nariz recta y la frente elevada y de una forma perfecta, parecía cruzada por una línea ó surco que solo lo marca el cansancio del alma; debía ser joven, pero era imposible determinar su edad, por efecto de esa mezcla extraordinaria de juventud y de sufrimiento que se notaba esparcido en su semblante.

Ambos profundamente abatidos parecían sumidos en idénticos y dolorosos pensamientos. De pronto el caballero alzó la cabeza y murmuró dirigiéndose á su esposa.

—Ya veis mi pobre Andrea, creíamos distraernos, y solo hemos agregado un dolor más á nuestro despedazado corazón.

—Sin embargo, Augusto —dijo Andrea, volviendo el rostro a su esposo— yo no sé, pero te aseguro que a pesar de la impresión dolorosa que he sufrido, una especie de consuelo ha llenado mi corazón; si yo pudiera encontrar otra vez ese niño de las violetas, si oyera su vocecita de ángel, si pudiera siempre acariciar su rubia y blonda¹ cabecita, creo que seria menos desgraciada, dime ¿no es verdad que á tí te consolaría?

—Quien sabe, pobre compañera mía, yo no sé si seria menos desdichado, pero el recuerdo de mi pequeña Andrea jamás se apartará de mí, por mas que ese niño se le parezca tanto.

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de Augusto, Andrea también enjugó los suyos.

—Hija mia —murmuró, y un sollozo que hinchaba su pecho fué sofocado por un alarido tremendo, unísono y prolongado que arrojó la multitud y por la brusca detención del vigoroso trote de los caballos de su carruaje.

El carruaje una vez detenido fué suspendido por una ola inmensa de gente y un lloro infantil y lastimero vino á desgarrar el corazón de ambos esposos. Augusto, inclinado hacia afuera, no comprendió por el momento cual fuera el oríjen de aquel tumulto, pero un grito angustioso de:

¹ Esta adjetivación es un caso de redundancia, dado que ambos adjetivos en este contexto significan lo mismo.

“Socorro! al niño lo han muerto los caballos”, los hicieron palidecer y saltando con Andrea del carruaje, apartaron a la gente con sus brazos y se arrojaron los dos sin temor de sí mismos, entre ruedas y carruajes. Augusto, con una fuerza prodigiosa y una destreza admirable, sacó milagrosamente en sus brazos, el cuerpo ensangrentado del niño de las violetas.

—¿Es él!!! ¡Augusto! —gritó Andrea.

—¡Dios mío!—murmuró Augusto, alzando los ojos al cielo, y con el niño, que parecía dormido en sus brazos, corrió seguido de su esposa, hasta la botica inmediata: allí fué hecha la primera curación y una vez examinado por el médico, y luego después de haberles asegurado este que no era grave, el niño fué llevado en brazos de Augusto.

El magnífico lecho de los esposos fué el lecho del niño; allí su rubia cabecita todavía aletargada por la falta de sangre, descansaba sobre finísimos encajes y una de sus manecitas blancas como la leche de la almendra estaba sacada de su lugar y se apoyaba en una pequeña almohadita de algodón, improvisada por Andrea. La herida hecha en la cabeza del niño, no era en sí tan grave, pero estaba espuesto, según el facultativo á una congestión. Andrea y Augusto, rodeados del mayor silencio estaban á la cabecera y solo ellos administraban los medicamentos por su propia mano.

Aquel niño les inspiraba á ambos una ternura que, sin poder darse cuenta de su origen, era inmensa. Era tan lindo y angelical aquel rostro infantil, que hasta los criados se interesaban por él. Nadie al mirar aquella cabeza encantadora, apoyada en la almohada con toda la magestad con que debió apoyarse la cabeza del Mesías en las pajas del pesebre de Belén, creería que su traje era de andrajosa sarga y que su lecho habitual era tal vez un miserable catre de baqueta. Dormido, con su tranquila respiración pura é igual, parecía un ángel celestial descendido del cielo y detenido allí por una voluntad divina para consuelo de aquellos padres desgraciados.

Al día siguiente, en cuya noche anterior apenas habían cerrado sus ojos algunos momentos, fueron avisados por un criado de que una mujer de aspecto pobre, pero aseada, lloraba y quería ver al niño, el que decia ser su hijo. Una contrariedad inmensa se pintó en los ojos de Andrea.

—Tenia que suceder, amiga querida —dijo Augusto— yo mismo he hecho poner el aviso en un diario de la mañana.

—Has hecho muy bien —dijo Andrea, avergonzada de su egoísmo, que éra la vez primera se despertaba en su alma— has hecho bien, era nuestro deber —y luego, reponiéndose por completo, añadió, volviéndose al criado:

—Dile á esa infeliz señora que pase.

El criado salió y dos minutos después entraba aquella madre desolada.

—Oh! Señora —fué lo primero que acertó á decir— ¿se muere el nene?

—No se aflija V. —dijo Andrea, verdaderamente afectada— el niño —y no se atrevió á decir su hijo porque era imposible que aquella mujer de tan vulgar apariencia fuera madre de aquel ser tan delicado y distinguido— no tiene hoy peligro, está completamente salvo; por el momento, lo creímos grave, pero hoy estamos casi tranquilos. Andrea al espresarse así parecia ser algo allegado al niño.

—Vos no me engañáis Señora ¿no es verdad? no querriais hacerme sufrir mas.

—¡Oh! no, de ningún modo, ahora lo veréis.

Y Andrea, poniéndose de pié, invitó á aquella mujer á pasar á la pieza inmediata.

El niño casi aliviado por completo de los dolores que hasta entonces lo atormentaron habia abierto mas tranquilo los ojos y miraba azorado á todos lados. Cuando vio á entrar á Catalina volvió la cabeza con indiferencia y luego mirándola con empeño.

—¿Dónde me has traído Catalina? —le dijo interrogando con toda la autoridad de un príncipe.

La buena mujer volvió á besar sus manecitas y respondió complaciente.

—Esta Señora tan bella como caritativa te ha traído aquí á su casa porque te halló enfermo y sólito en la calle, ¿no lo recuerdas?

—A esta Señora sí, á ella sí, yo le vendí violetas —y como si no pudiera espresar algún pensamiento, el niño se incorporó en el lecho y tomando la mano á Andrea:

—¿Quieres ser vos también mi madre Señora? —le dijo.

—¡Oh! si precioso niño —esclamó esta profundamente conmovida, yo soy tu madre desde ayer, ¿me querrás tú como si fueras mi hijo?

—Yo os adoraré como adoro á la virgen Maria.

Y el niño sin acordarse de su verdadera madre llenó de besos y monadas el rostro radiante de dicha de su nueva madre. Catalina miró con envidia aquella escena y recordó con estrañeza el despego de su hijo para con ella, recordó que este jamás le habia hecho una caricia y que por el contrario solo habia sabido desde que su media lengua le permitió, reconvenirla y mandarla con superioridad y aspereza.

Andrea enteramente ocupada del niño preguntó sin notar la distracción de Catalina.

—¿Y cómo te llamas hijo mio?

—Me llamo —dijo este sonriendo mientras que en su redondo y rosado carrillo se formaba un oyito encantador— me llamo Edgardo Retamares, ¿y vos como os llamáis, madre mia? —añadió en seguida.

—Yo me llamo Andrea.

—No, ¡vuestro apellido! —replicó impaciente.

—¡Ah! mi apellido ¿para qué quieres saberlo?

—No queréis decírmelo —dijo Edgardo tristemente.

—¡Oh! no llores, me llamo Andrea Bremot de Medina.

—Ahora sí —esclamó gozoso oyendo el nombre de su nueva madre— yo no quiero ser ya Retamares, quiero ser Edgardo Bremot de Medina.

Y el niño batió las manos en señal de contento. Andrea quiso hablarlo pero él prosiguió.

—Yo no soy Retamares porque no quiero ser changador como Jacobo, yo quiero ser rico.

Andrea y Catalina animadas de distintos sentimientos miraron asombradas al niño y la última dijo medio amostazada.

—¿Con que no quiere ser changador el caballero? Entonces que será de tí, porque tu padre es muy pobre.

— ¡Ah! no tengas cuidado —añadió el niño con una locuacidad admirable— yo seré rico y á vos y á Jacobo os daré mucho dinero, pero me dejareis vivir esta otra mamá ¿eh? ¡contéstame!— y el niño alzó con sus manecitas la inclinada cabeza de Catalina.

—Sí —dijo esta con desaliento— si, yo haré todo lo que tu quieras, niño querido.

Y una escena larga y semejante se sucedió durante la visita de la madre de Edgardo.

CAPITULO XV

Un muerto que resucita

El rico reloj de pared colocado en el frente del comedor de la suntuosa morada de don Luis, acababa de dar las once de un hermosísimo día del helado Agosto. El miserable asesino casi persuadido de la solidez de su fortuna y con la seguridad de la muerte de Santillana y Margarita, almorzaba alegremente en compañía de una joven hermosa si se quiere, pero de facciones un tanto ajadas y repugnantes. Aquella mujer era de pequeña estatura, mas bien gruesa, rostro ligeramente moreno pálido; con cabellos negros, boca rosada, juguetona y provocativa, dientes blanquísimos: tenia grandes ojos de un negro intenso adornados por cejas del mismo color, espesas y unidas sobre el nacimiento de una nariz pequeña, graciosa y ligeramente respingada. Llevaba un traje de casa, de color lila abierto sobre el seno dejando descubierta con malicia la turjente forma de su pecho. Tenia el cabello recogido con una cinta granate anudada á un lado y que en forma de moño caía por detrás de su cabeza.

Don Luis apuraba una copa de Oporto, saboreándose decía:

—¿No es verdad que me amas?

—¡Oh! sí, ¡te amo como nunca he amado!

—Ahora vamos á ser felices, ya no hay obstáculos, toda mi fortuna es tuya, tendrás criados á tu disposición, ricos carruajes y... D. Luis fué interrumpido por un criado.

—Señor —dijo— un caballero os busca.

—¿Que hombre tan importuno¹! —esclamó don Luis —dile que pase á mi despacho.

El criado salió y don Luis tornó á acariciar con sus labios el rostro de Inés. En tanto un hombre entraba á su despacho. Aquel hombre joven, pero cuyo rostro estaba ya cruzado por una que otra prematura arruga, en cuyo negro y ensortijado cabello brillaban algunas hebras de nieve, aquel hombre era ni mas ni menos que Plácido Santillana. Entró resueltamente y aproximando una silla al bufete de don Luis, comenzó á revisar los papeles de éste que estaban esparcidos; sus ojos ansiosos se fijaron en un libro ó cuaderno manuscrito en cuya tapa se leía: “Diario de Andrea”. Plácido tomó aquel manuscrito y lo guardó en su gabán, sin darse cuenta de su acción; aquello le interesaba, creía descubrir una nueva infamia de don Luis, esperó cinco minutos y ya impaciente se disponía á ajitar el cordon de la campanilla, cuando apareció don Luis.

Al ver á Plácido, lanzó un ruido mas bien que grito humano, tembló su miserable cuerpo, sus manos vacilantes se apoyaron en el marco de la puerta y murmuró con acento bronco por la ira:

—¡Infame, me ha vendido!

El rostro de Plácido no sufrió la menor alteración, irguió su elegante talla y dando un paso dijo con un acento marcado, imponente y cuya entonación suprema acabó de helar á don Luis.

—Miserable, tú me has despedazado el corazón, te has complacido en arrebatarme una por una todas mis afec-ciones, te has cebado en los dolores, en las lágrimas de mi pobre Margarita, has hecho desaparecer á mi hijo, ¿quizá le has quitado su inocente vida! ¡bárbaro! todavía no te parecía bastante y has añadido un asesinato mas al catálogo de tus crímenes, ya te creías feliz saboreando tu infame obra, pero la Providencia que siempre vela

¹ Por “inoportuno”.

por el inocente, detuvo el brazo del crimen y hoy me envía ante tí para ser tu juez, tu verdugo implacable para aplastarte con mi brazo como á un reptil ponzoñoso.

Don Luis, convulso de rabia y de impotencia, reunió sus fuerzas y dominando su profunda emoción dio un paso hacia Plácido.

—Vos me probareis todo eso —dijo— vos me lo repetiréis ante un Tribunal donde seréis delatado por mí como asesino de mi hijo. Plácido se sonrió con desprecio.

—No temo tus amenazas, antes que tú puedas urdir una nueva infamia yo sabré hacerte enmudecer para siempre.

Don Luis se puso pálido, miró en derredor buscando un medio con qué esterminar á su enemigo pero Plácido, que espiaba todos sus movimientos, comprendió la intención de aquel malvado y lanzándose á la puerta la cerró guardándose la llave, luego sacó un revólver de ocho tiros y mirando á don Luis que temblaba lívido de espanto persuadido de que era llegada su última hora, dijo:

—Yo te podia esterminar, bastaba apoyar sobre tu sien el canon de mi rewólver, pero esa seria una muerte demasiado tranquila, para tí te reservo un género de muerte mas a propósito, tengo sed de tu sangre ¿lo oyes? mi venganza no tiene límite, todos los tesoros del mundo no bastaría para hacerme desistir de mi intento y á mas estoy harto de mi vida y cuando haya concluido contigo iré á reunirme con Margarita; pero sin embargo, á pesar de esto te queda un medio, todavía puedes vivir y aún yo te puedo perdonar en parte el mal que me has hecho. Don Luis respiró.

—¡Ah! sí, os daré toda mi fortuna y dejadme la vida.

—No te he dicho que no quiero dinero, miserable, mi perdón no lo has de comprar con tus talegas robadas, pero en cambio una sola palabra tuya bastará para darme algún apego á la vida y para mas tarde perdonarte.

—Hablad —esclamó don Luis— estoy pronto á deciros todo lo que queráis.

—Está bien, si me dices la verdad mejor, si me engañas peor para tí, no te tendré compasión y cumpliré lo prometido.

Don Luis ansioso de curiosidad esperaba anhelante.

La voz de Plácido grave y sonora, volvió á resonar, pero mas dulce si se quiere, con la modulación casi mágica que le era peculiar.

—Don Luis, dijo, si tú me dices que mi hijo ó hija vive, si me lo devuelves, aún puedo ser feliz y olvidar mi venganza.

Don Luis de pálido se tornó lívido.

—Vuestro hijo —balbuceó— ¿qué sé yo de vuestro hijo?

—¡Ah!, ¿con que no sabes de mi hijo?

—No, siempre he creído que murió al nacer.

—Mientes infame, tú sabes lo que fué de él y de mi Margarita.

—¿Y cómo queréis que yo lo sepa? ella nunca me lo dijo, me aborrecía, luego se enloqueció y poco después murió maldiciendo vuestro abandono.

—¡Infame!, ¡infame! —murmuró Plácido ocultando el rostro entre ambas manos y luego poniéndose de pié rodeó con sus dedos como con un anillo de acero el brazo de don Luis y sacudiéndolo con fuerza:

—Si no me dices qué hiciste de mi hijo —esclamó fuera de sí— te mato ahora mismo, y apoyaba el cañón del rewólver en la frente de don Luis. Este creyendo que iba á disparar.

—Perdón —gritó— yo os daré á vuestro hijo.

El infame, en medio del espanto que le causó el furor del desdichado padre, concibió una idea diabólica, se dijo; engañándolo me salvo y al fin y al cabo cualquier muchacho de buenas condiciones puede hacer el papel del hijo de Margarita. Plácido al oír el grito de don Luis, bajó el arma lentamente y le dijo agitado todavía por tantas emociones.

—¡No mientas! ¿es verdad que vive?, ¿qué no le has muerto?

—No, no miento, vive y es hermoso como Margarita.

—Gracias Dios mio! —esclamó Plácido— si este hombre no me engaña habréis oído mi eterna súplica, mas sí me hace concebir esta bella esperanza para después hacerme aún mas infeliz, tenedlo en cuenta Señor, para el día de la espiacion. Plácido estaba profundamente conmovido, la idea de ver á su hijo, de sentir sus inocentes caricias, le tenia trastornado.

Don Luis comprendió el efecto que habían hecho sus palabras.

—No me digáis mas nada —dijo á Plácido— yo os daré á vuestro hijo y vos ¿qué garantía me daréis de mi vida?

—Mi palabra de caballero, de respetarte siempre y olvidarme de tí ante el mundo tal cual si no te hubiera conocido, aunque interiormente te maldiga como al asesino de mi amada.

—Eso no es bastante.

—¿Qué mas quieres?

—Vos debéis tener en vuestro poder algo que pruebe mi crimen.

—Una sola prueba tengo, pero esa es suficiente para perderte; figúrate que es una firma tuya al pié de una declaración de asesinato que debía de perpetrarse en la persona de Plácido Santillana.

Don Luis se agitó; si Jacobo hubiera estado allí se hallaria arrojado sobre él como un tigre.

Luego serenándose un tanto, exclamó dirijiéndose á Plácido:

—¿Y le traéis ahora?

—No soy tan tonto, al venir aquí he dejado esa prueba en manos seguras, para que si yo no volvía á la hora fijada fueras ser delatado como asesino dos veces en mi persona.

Don Luis estaba perdido, él lo comprendía así: este hombre tiene que morir se decia á sí mismo, pero yo no encargaré el golpe a nadie, yo mismo lo daré.

—¿Qué piensas don Luis? —dijo Santillana viendo la inmovilidad de éste.

Don Luis pasó la palma de la mano por la frente y luego murmuró:

—Pensaba que solo os entregaré á vuestro hijo si vos me dais esa firma que tiene mi cabeza suspendida del hacha del verdugo.

—No tengo inconveniente, te la daré cuando esté persuadido de que el niño que me presentes es mi hijo.

—¿Y cómo os vais á asegurar no habiéndolo conocido antes?

—El corazón de un padre no engaña jamás.

—Luego vos solo contaís con el sentimiento de vuestro corazón.

—Nada más.

—Está bien —dijo don Luis— pasado mañana es dos de Agosto, ese día os espero yo con el niño, y á vos con la garantía que di á Jacobo, en el paseo de Marte hacia la izquierda de la estatua, á la orilla del río.

—¿A qué hora?

—A las ocho de la noche.

—Te prevengo que tomaré mis medidas por si me tienes alguna emboscada.

—Perded cuidado, señor Santillana, sois mas fuerte que yo y no trataré de luchar mas; solo os advierto que irá conmigo la buena muger que ha criado al niño.

—Piénsalo Saavedra, si me devuelves á mi hijo creo que hasta me olvidaré de veras de tus crímenes.

Y Plácido abriendo la puerta salió murmurando: “¡Hasta el dos de Agosto!”

Plácido, al llegar á su habitación y al sacarse el paleta, sintió el manuscrito que sustrajera del bufete de don Luis y sentándose miró la esfera del reloj:

—Las dos —dijo— tengo tiempo de buscar á Teresa.

Y comenzó su lectura.

DIARIO DE ANDREA.
LÁGRIMAS DE UNA MADRE.

Aquí había arrancado algunas hojas y empezaba en la página 18.

Vivimos en el campo. Augusto se levanta temprano, se despierta de mi con un beso y parte á la ciudad donde ejerce su profesión de abogado: el día para mí es interminable sin mi amable y querido compañero, me visto con aquellos trajes que mas le gustan á él, luego limpio las jaulas de mis canarios, arreglo mi linda casita, riego las flores de mi jardín y corto las mas preciosas y fragantes para adornar mi nido de amor, esto es, mi gabinete.

Después leo á Lamartine el poeta favorito de Augusto, otras veces escribo un rato sino tengo que hacer labor ó apuntar la ropa.

¡Ah! que placer indescriptible es el de zurcir y componer la ropa del hombre querido, del esposo tierno y enamorado. Soy tan feliz, mi vida es tan tranquila que no se que escribir en este diario. ¡Mi diario! este el amigo querido de mi corazón. Llegó la hora en que él vendrá, siento el trote de nuestro noble Rubí. ¡Ah! voy á ponerme esta flor del aire, escondido su tronco en el cabello á ver si me dice que le parezco bien.

Augusto es rico, ha recibido una grande herencia de un tío que ha muerto en Chile y quiere irse á vivir á la ciudad yo me he negado con dulzura... hasta he llorado por no abandonar mi casita de S. El persiste: dice que este es un sentimiento pasajero, que luego me agradará mas la Capital, que soy bella, que es Un egoísmo de parte de obtenerme desterrada en este desierto. ¡Ah! pero nó, es imposible, yo no puedo dejar mi casa, mis flores, mi alegre jardincito puesto por mi misma, mis limoneros cubiertos de azahares, mis gallinas con sus pollitos que comen en el hueco de mi mano, los jilgueros y cardenales, las torcacitas y las viudas que vienen á buscar el alpiste que yo esparro; imposible yo no quiero salir de mi retiro donde solo he respirado felicidad.

Augusto cree complacerme trocando mi sencillo y poético albergue por la suntuosa morada de un príncipe: — iremos á la Capital, me dice, tu eres bella y con una fortuna á tu disposición ¿qué mas se necesita para lucir y ser la reina de la moda? las mujeres mas hermosas se inclinarán ante tí deslumbradas por tanto brillo y hermosura.

¡Pobre Augusto! al hablarme así cree alhagar mi vanidad, despertando en mi sencillo corazón el deseo del lujo y la molición, pero Augusto se engaña; yo jamás seria dichosa en esos grandes círculos

donde solo se aprende el fingimiento y la mentira, donde se vicia la pureza del sentimiento y hasta las santas afecciones de la esposa suelen ser una farsa infamante, no. ¡Mi corazón, mi carácter, mis costumbres, se resisten á ese género de vida,—allí en esos centros del gran mundo se necesita egoísmo, vanidad é hipocresía en todo y yo enteramente ajená á ese juego social no me prestaría jamás á desempeñar un papel indigno de la mujer honrada. Mi deseo es amar y ser amada, formar la familia y cuidar del hogar; mis aspiraciones agradar á mi esposo hacer dulce y alegre su vida personificando nuestras dos almas en una sola. El lujo es una frase hueca sin sentido para mí, es un monstruo de colosales dimensiones pero que huye espantado cuando la sencillez y la filosofía le rechazan del hogar doméstico. Mi atavío es de poco costo y no trocaría mi blanco vestido de cambrá ajustado solo á mi talle con una cinta escocés ó azul, por el pesado y espléndido vestido de terciopelo y blondas que ni siquiera lo sabré llevar. Mi cabello dividido en trenzas ó en largos rizos tampoco podría cambiarlo en piramidal peinado de forma artística y elegante si se quiere, pero para nada pesado y enojoso; mis hábitos é inclinaciones son otras y en lo que Augusto cree darme la vida de los placeres, sería para mí un martirio insoportable, mejor dicho la muerte del corazón. Me parece oír una carcajada satírica y burlesca lanzada por una bella dama del gran mundo exclamando “que tonta y ridícula es esta mujer, tiene los gustos de una ignorante campesina.”

Y yo mi á vez dirijo una sonrisa de desprecio diciendo: no me dirijo á vosotras, no podéis comprenderme, ¿á que hablaros de la vida del corazón si la desconocéis por completo!

¡Que feliz soy! Augusto me ha dicho rodeando con su brazo mi cintura: “tú eres mi reina y señora, si tanto te empeñas en que nos quedemos, sea ángel mio, yo aquí soy mas feliz que en otra parte ...

Ahora soy mas dichosa: ya no saldré de mi pequeño edén: no puedo explicarme el miedo que me sobrecoje al concebir solo la idea de vivir en la ciudad, será quizá el recuerdo siempre fijo de ese hombre, de ese maldito italiano, que como una nube ele luto lo veo siempre en el cielo de mi felicidad. Augusto se rie de mis temores, me dice fatalista, pero lo cierto es que, los pequeños ojos de ese hombre están fijos en mi imaginacion, y los veo hasta entre las hojas de la cortina de madreSelva que cubre mi ventana. . .

No estoy buena, me siento lánguida, tengo pesadez, se me desvanece la cabeza con frecuencia y ni siquiera riego mis pobres florecillas. Estoy profundamente triste, mi fiel Elisa se aflije y me

ruega le diga á Augusto mi estado. No me atrevo, me encuentro avergonzada en su presencia no sé porqué, me parece que él tiene la culpa de lo que me pasa...

Voy á ser madre, que felicidad! Augusto no sabe que hacer de gozo: cuando llega la noche Augusto lee, y yo alegre y feliz, como no lo he sido nunca, confecciono prolijamente las gorritas de mi hija, sí, mi hija, porque yo quiero que sea niña, y allí al rededor de la mesa de labor alumbrados por la suave luz de una rústica lámpara de aceite, dobladillo sus pañalitos, y á todos les pongo una letra A. Soy rica, pero prefiero hacer por mis propias manos el canastillo de mi hija.

Ojalá que Dios al hacerme madre me conceda también la lactancia de mi hijo. Qué encanto indefinible es éste para una madre cariñosa! Dicen que las madres del gran mundo no crían á sus hijos, que encomiendan el cuidado de éstos á una nodriza cualquiera, porque dicen ellas que se pierde la belleza del rostro y la hermosura del cabello; yo, en mi rústica ignorancia, creo al contrario de lo que creen esas ilustradas damas: nunca me parece mas bella, mas interesante la mujer que dando el pecho á su hijo, prescindiendo por completo de la sociedad, y entregándose de lleno á la inefable dicha de ser madre. Sí, yo criaré á mi hija; cuando se despierte, su primer sonrisa será para mí; no me robará una nodriza sin corazón, los tesoros de inocencia y de candor que solo pertenecen á la maternidad. Y luego si me pongo fea ¿qué importa? teniendo á mi hija sana, fuerte y hermosa.

Ya no me acuerdo del italiano, tenia razón Augusto, era solo una superstición mia: no debo pensar en él, ya hace año y medio que no le veo, ¿se habrá olvidado dj mí? Imposible, él me juró no olvidarme, seguirme siempre y ¡Dios mio! qué horror! me dijo que me haría suya. Nunca le he dicho á Augusto esto, él se reiría, pero quizá llegaría á odiarle y entonces seria peor; mejor será que me calle y olvide.

Ayer fué dia de fiesta, Augusto y yo salimos á dar un paseo, cuando volvimos hallamos en nuestra casa un enfermo; un caballero extranjero ha sido mal herido en la cabeza y fracturada una pierna por su propio caballo, frente á la puerta de nuestra quinta: Octavio y Elisa nuestros- criados de confianza, lo habian socorrido ya, curando sus heridas, y llamando en el acto al médico inmediato. Desde el momento en que llegamos Augusto se ha constituido á la cabecera del enfermo, cuidando de él con una constancia admirable.

Yo no conozco al extranjero, Augusto no me permite entrar, dice, que me haria mal efecto, pues delira y grita desesperado: mi hijo! mi hijo!—pobre hombre, nada podemos hacer por él mas que cuidarlo.

Un mes hace que no tomo este pobre diario depositario de mi felicidad; mi pulso está débil, tengo la cabeza desvanecida, pero es preciso que yo cuente á mi diario todo lo feliz que soy.

Tengo un ángel, es decir, una niña preciosa, blanca, rubia como el oro, con ojitos celestes y la carita como un botón de flor del aire.

Como me ha cuidado Augusto! de rodillas á la cabecera de mi lecho ha pasado tres dias, yo debo haber estado muy mala, he pasado como un letargo.

Solo recuerdo una visión, que dice Augusto que habrá sido delirio: he visto al maldito italiano sentado á la cabecera de mi lecho, con sus pequeños ojos fijos en mi hija, luego se inclinó sobre mí y he sentido oprimir con su boca mi boca, yo creo haber lanzado un grito, que dice Augusto es verdad haberlo oído, y que ha volado á mi lado, y me ha encontrado desmayada, pero que nadie habia: le he preguntado si alguien habia entrado á mi habitación: dice que él solo, que ni Elisa, ni Octavio, ni el extranjero, han entrado á pesar de haberle suplicado que le permitiera velarme para que descasara.

A propósito del extranjero, hace un mes y medio que está en mi casa y yo no lo conozco; dice Augusto que es el hombre mas agradecido que puede existir, no ha querido irse hasta que yo no estuviera enteramente buena; ha pasado noche á noche en la puerta contigua á mi habitación sin querer acostarse, suplicándole á Augusto que se fuera á acostar, que él deseaba ser útil; efectivamente, que yo pienso como mi esposo, este hombre es una escepcion y es digno del afecto que le profesa Augusto, y de todo el que le dispensaré yo, así que lo conozca

Dios mio! que sufrimiento tan atroz es el que deshace mi corazón, ayer tan tranquilo y lleno de gozo! no era, nó, una alucinación de mis sentidos. Era sí una fatal realidad de mi destino.

El italiano ó sea Luis Rizzio está en mi casa, él se ha introducido miserablemente, haciendo farsa hasta de la evangélica caridad, con que mi Augusto le ha cuidado. Ha urdido una trama digna de él, y hoy el extranjero como le dicen todos, es casi el amo de casa, porque es el amigo de mi esposo. Ayer al levantarme teniendo á mi inocente hija en los brazos, entró Augusto, y dándome un beso me dijo.

—Querida amiga, deseo que te conozca mi buen amigo Luis.

—Voy á sentarme en aquel sillón y puedes hacerle pasar, le contesté.

En efecto, Augusto salió y dos minutos después apareció dando el brazo á Luis Rizzio. Al verle lancé un grito.

—¿Qué tienes? —esclamó Augusto asustado.

—No es nada —murmuré, haciendo un esfuerzo supremo.

—¿Has tenido algún dolor? —insistió mi pobre esposo.

—Sí, un dolor —le contesté— pero ya pasó, preséntame á tu amigo y huésped.

Augusto me lo presentó y el infame oprimió mi mano entre sus infames manos. Su mirada de águila cayó sobre mi hija, aterrada cubrí con el pañuelo la carita inocente de mi Andrea, entonces alzó los ojos y los fijó en mi con una espresion provocativa y ardiente. Yo estaba confusa, en mi ofuscada imaginación preveía el funesto desenlace de aquella situación desesperada para mí. En aquel hombre siniestro debia de haber un plan horrendo, oprimí á mi hijita en los brazos, comprendiendo sin saber porque, un peligro para ella. Augusto feliz y gozoso conversaba alegremente, y ni siquiera puso atención en mi agitacion. El italiano por el contrario, saboreaba miserablemente su obra infame, y me miraba con una complacencia inicua. Por fin aquella visita terminó y Luis alargándome su impura mano, me comprometió á darle la mia; un billete pequeño como una hoja de almendro quedó entre mis dedos. Augusto estaba delante, yo no tuve resolución para descubrir la nueva infamia del que creía su mejor amigo. Cuando hubieron salido ambos, convulsa y sollozando abrí aquel billete, solo decia esto: “He cumplido: si no queréis perder á vuestra hija, no digáis nada á vuestro esposo. Mi amor y mi empeño por haceros mia, es mas fuerte que nunca. Ya no sois tan pura, la huella de mi boca está en vuestro orgulloso labio. Luis Rizzio”. Cuando hube leído no tenia miedo á aquel miserable: una súbita energía llenó mi corazón, y sin duda mas que mi honra y la felicidad de mi pobre Augusto, la vida de mi hija, me dio un coraje supremo y me propuse luchar ó morir. Luchar ó morir! hé ahí la última palabra que he escrito en ese diario; sin embargo, soy muy débil, ya flaquea mi pobre espíritu, hay momentos en que recobro mi energía, pero luego el infame cinismo de ese malvado acaba por anonadarme. Muchas veces pensé en revelar todo á mi pobre Augusto, pero luego la amenaza de ese miserable me hace temblar y sello mi labio.

Ayer Augusto se fué temprano y como yo manifestara mi deseo de abandonar este sitio, donde tan feliz he sido, se sorprendió, pero accedió gustoso á que nos trasladáramos á la ciudad. Rizzio le acompañó. Mas tranquila por verme sola, di vuelta al jardín, luego

volví á mi habitación é inclinándome sobre el rostro puro é infantil de mi pequeña Andrea, deposité un beso en su boquita. En aquel instante dos brazos vigorosos rodearon mi cintura y el miserable Rizzio, atrayéndome sobre su infame pecho, trató de oprimir con su boca mi labio, un grito de inaudita desesperación salió de mi pecho, hice un esfuerzo violento y logré desasirme; busqué con la mirada un arma y me lancé hacia la estufa, coji el atizador entre mis manos y blandiéndolo de nuevo en el aire:

—Tócame de nuevo, grité fuera de mí, tócame y te mato.

Rizzio se rió con una risa satánica, dio un paso y mirando siempre á mi hija avanzó hasta ponerse á corta distancia de mí.

Es inútil, me dijo es inútil que quieras huir, estas en mi poder y voy á cumplir mi promesa, voy á vengarme de ti. Yo estaba perdida, aquel miserable no me tendría, compasión.

Una fuerza misteriosa sin dúdame prestó resolución, alzé el atizador y desafiando al infame con una mirada esperé dispuesta el golpe. Rizzio no tardó, midió con la mirada con que mide el tigre la distancia que lo separa de su víctima y luego arrojándose violentamente sobre mí, trató de asirme las manos, murmurando: No te resistas, eres mia. Yo que esperaba aquel golpe, me hice atrás y agitando el atizador lo dejé caer sobre su cabeza. Dos chorros de sangre saltaron instantáneamente de la nariz y boca de Rizzio y abriendo los brazos arrojó un grito inarticulado cayendo de espaldas en el suelo. Espantada, me creí por un momento asesina de aquel miserable y tomando mi hija en los brazos, huí de allí aterrada.

Plácido profundamente conmovido é interesado suspendió su lectura y murmuró por lo bajo. ¿Si será Don Luis? Luego tornó á leer, algunos renglones escritos con mano insegura: estaban borrados aunque ligeramente, quizá por las lágrimas de la víctima.

Augusto ha llegado, todo se lo he revelado, todavía no es tarde, ha murmurado, yo sabré esterminar esa vibora.

La sangre fria de mi esposo me aterra, no sé hasta donde llevará su venganza. Me ha abrazado en silencio y dando un beso á su hija, ha salido.

Augusto ha vuelto: Andrea mia, me ha dicho con un acento casi siniestro que ha helado la sangre en mis venas, voy á matar á ese miserable. El infame ha hollado todo lo mas sagrado que existe para

un hombre de honor y no me ha hecho tan desgraciado gracias al valor heroico que te presto á ti la virtud, pobre ángel mío, pero en cambio solo con su sangre podremos lavar la afrenta y restituirla felicidad á nuestro hogar ayer tan risueño y alegre. No temas por mi, ha añadido, estoy seguro que lo mataré, adiós, si no vuelvo mas huye de este país Andrea mia y busca un refugio seguro para tí y para nuestra desdichada hija.

Algo mas me ha hablado Augusto pero yo no lo he escuchado ya; recuerdo solo que al abrir los ojos después de un sueño pesado y fatigoso me he encontrado tendida en el suelo, sola y en silencio profundo, he vuelto hacia mi hija y he visto á Elisa, á mi noble Elisa que sollozaba de rodillas con mi Andreita en sus brazos. ¡Augusto Augusto, de mi alma!, ¿donde estás?

¡Dios mio! ocho dias hacen hoy y no he tenido fuerza para escribir una sola palabra en este diario. Augusto ha vuelto después de dos dias de tormento superior para mi corazón. Pálido y sinies-tro como la venganza no me ha hablado ni una silaba; duerme intranquilo y á veces en medio de' su agitación murmura con voz opaca y reconcentrada: —El Pacífico, el mar, los tiburones, si... ya estoy vengado.—Luego se despierta sobresaltado y me pregunta si ha soñado fuerte: no, le respondo, pero dime ¿donde está ese miserable, que has hecho de él?

—¿Donde está? no me lo preguntes, ¿que ha sido de él? solo te puedo decir que ores como cristiana porque su alma perversa necesita de la oración de un ángel como tú; la venganza de los hombres es sin límite Andrea mia y tú llegarías á espantarte si supieras hasta donde he llevado la mia; no me preguntes mas á este respecto y volvamos á ser felices con nuestra amada hija. Si alguna vez descubres en mi frente alguna sombra de pesar sella tu labio Andrea y no me preguntes nada.

Al hablarme así Augusto todo lo he comprendido aunque confusamente, he obedecido á mi pobre esposo y he respetado su secreto.

Ya mi Andrea tiene un año. ¡Que linda es Dios mio! Su rosada boquita se sonríe con un candor é inocencia que nos encanta, se detiene algunos minutos sola haciendo pininos y luego abre sus redonditos brazos y los estiende pidiendo apoyo como si temiese caer; luego llama á su padre y hace mil monadas que satisfacen mi orgullo y vanidad de madre.

Augusto vive casi tranquilo, hay momentos en que lo creo otra vez realmente feliz: ama á su hija con una especie de adoración, satisfaciendo gozoso el mas insignificante de sus caprichos.

¡Pobre esposo mio! después de tanto luchar con una idea fija y tenaz, quizá con la extraña desaparición de Rizzio ha vuelto á su antiguo estado, es decir á la dulzura de su carácter y de sus hábitos; ha vuelto á animar su rostro la sonrisa bondadosa que tan simpático é interesante le hace. Sus palabras no ha mucho breves y escasas, hoy son de nuevo tiernas y cariñosas, repercutiendo en mi enamorado corazón de una manera vaga y deliciosa como en los primeros días de nuestro amor.

¡El y nuestra hija! he ahí los amores que llenan mi corazón y mi alma. Nada tengo que escribir, soy tan feliz! Hace algún tiempo que mi existencia antes tan borrascosa ha cambiado rápidamente y hoy resbala mi vida con una igualdad llena de dulzura, soy dichosa y creo firmemente que ha cambiado la faz de lo que antes creía mi destino... ¡Mi hija! mi hija de mis entrañas ¿dónde está? ¿que ha sido de ella? Dios mio! mis ojos en llaga no pueden llorar mas. He perdido mi hija! me han robado mi ¿hija! ¿Qué vá á ser de ella pobre ángel mio, sin el seno de su madre, sin las caricias de su infeliz padre? ¡Andrea, Andrea de mi corazón ¿dónde estás? ¡Augusto mio, ya no tenemos hija!

Plácido suspendió la lectura y enjugó con el dorso de su blanca mano una lágrima bija de la impresión dolorosa que el grito desesperado é impotente de aquella madre infeliz le arrancaba. Volvió la hoja, allí estaba escrito pero cambiada la letra. Era una carta pegada sobre el papel del manuscrito y concebida en estos términos:

A Andrea y Augusto.

En medio de las olas del Pacífico y casi moribundo, mi único pensamiento fué la venganza. Dos años he cruzado á vuestro lado, día á día, mas de una vez he estrechado la mano de mi asesino y con el nombre de Guillermo Preen, he entrado á vuestros salones y he acariciado á la pequeña Andrea como al instrumento de mi venganza. He llenado mis deseos en América y me vuelvo á Rusia donde dejaré á vuestra hija p a r a presa de los hambrientos lobos. Ah! vosotros no sabéis el manjar que es la carne humana para un lobo, les gusta tanto como á los tiburones del Pacífico, já... Já... já... já... já... como van á rechinar los tiernos huesos de la niña bajo las mandíbulas de un lobo! Cómo vá á espantarse la pequeña Andrea al sentir el frío de la nieve y al oír el ahullido de las fieras! al sentir el

fuego de sus pupilas como faroles rojos! Va á llamaros, y yo como el genio de la venganza y el esterinio le contestaré con una carcajada y azuzaré á los lobos para que la devoren pronto. En los desiertos de Rusia no hay quien oiga el ¡ay! del moribundo, y en las costas del Pacífico suele haber navegantes. Adiós—hasta el infierno.

Rizzio.

Plácido concluyó aquella carta horrenda y lanzando un grito de indignación.

—Es él —esclamó pálido como la muerte— es él, no me cabe duda, es su letra, habrá variado el nombre nada mas. ¡Oh!—añadió poniéndose de pié y haciendo una cruz con la mano derecha, levantó los ojos al cielo y exclamó con una entonación firme y resuelta:

—Margarita, mi hijo, Andrea, Augusto y vuestra hija: yo os juro por las cenizas de mi progenitor vengaros á todos, no arrojarlo en las olas del Pacífico, pero si ahogarlo en su propia sangre.

CAPITULO XVI

Celos

En una linda habitación de la casa ocupada por don Victor y su virtuosa hija, se veia en uno de los balcones bajos que daban al jardín, a una joven de un aspecto lánguido y enfermizo, blanca y pálida como el pálido lirio americano; de una hermosura maravillosa pero triste y llena de encantadora melancolía; llevaba un traje de alpaca negra sin otro adorno que un cordon blanco que cenía flojamente su delgado talle, el cabello naturalmente ondeado caia descuidado sobre sus hombros y blanca garganta y el bello rostro enflaquecido, pero admirable por la pureza de sus facciones griegas, parecía velado por una espresion de sufrimiento y resignación pasmosa.

Aquella joven era Margarita. Margarita milagrosamente restablecida y recuperada por entero su perdida razón, estaba sentada en un cómodo sillón de la India y fijaba vagamente sus ojos en el espacio, cual si engolfada en un dulce pensamiento, mirara dibujada con luz en el éter, la imájen de su amor primero.

Un lijero ruido producido por el pestillo de la puerta al abrirla Fernando hizo volver la cabeza á Margarita.

—¿Cómo vá mi querida enferma? —preguntó este entrando.

—Bien —contestó Margarita con el timbre dulce y cansado de su acento— ¿y vos os sentís mejor mi querido doctor?

—¡Ah! yo estoy bueno, enteramente bueno del cuerpo.

—Pero no del alma, ¿no es verdad?

—Tal vez tengáis razón, amiga mia.

—¡Amiga vuestra! si yo fuera vuestra amiga Fernando, no sufriríais ya porque me habríais abierto ese noble corazón y vuestra amiga ó vuestra hermana, como vos queráis, hubiera volado al fin del mundo á buscaros la felicidad.

—Yo os conozco bien hermana mia, sé de todo lo que es susceptible vuestro hermoso corazón, pero creedme, de nada os serviría que yo os descubriera la llaga que hay en mi alma porque vos solo podríais llorar conmigo y eso os haría sufrir mas de lo que habéis sufrido.

—¡Oh! no Fernando, el corazón me dice que yo os serviré de mucho.

—Bien Margarita, si tanto os empeñáis os lo diré todo, pero jurad no revelarlo á nadie y bajo ningún pretesto.

—Os lo juro.

Fernando estaba visiblemente conmovido, sus facciones enérgicas y hermosas estaban abatidas y un tanto melancólicas.

—Vaya hermano mio, decidme vuestro secreto —insistió Margarita tomando con cariño una mano de Fernando y aproximando su silla á la de éste.

—Sí, por mas que me cueste voy á decíroslo todo, escuchadme amiga mía, y Fernando comenzó así:

—Margarita, hace mucho tiempo que mi vida es un tormento, amo á Teresa, á vuestra hermana del corazón y ella me aborrece.

—Ese no era un secreto para mí —esclamó Margarita— sé que amáis á Teresa, y siempre he dicho que habéis nacido vos para ella y ella para vos.

—En cuanto á lo segundo creo que es una alucinación de vuestros sentidos.

—¿Por qué? Teresa, cuyo gran corazón es pura sensibilidad y ternura, ¿no ha de amar con pasión á un hombre como vos? ¿Conoce ella vuestro amor?

—¡Ah! sí, Margarita, mil veces se lo he jurado con las lágrimas en los ojos.

—¿Y qué os ha respondido?

—Al principio, por vez primera pareció conmoverse, luego se sonrió con amargura y me dijo: que farsa tan de mal gusto es ésta mi querido Doctor; no creáis que soy tan niña, os aprecio suficiente, no me habléis pues de amor porque os perdería el aprecio; ¿qué queríais que hiciera? me levanté, ahogué mi dolor y no vine en muchos días. Cuando volví pregunté por ella, entré con la confianza de siempre y la encontré en el salón bajo, estaba sola y tenía los ojos rojos y húmedos de llorar, ¿qué tenéis?, exclamé alarmado y sin saber lo que hacia me puse de rodillas á sus pies: entonces se alzó con la mayor frialdad,

—Pasad —me dijo, con tono seco y breve— á Margarita la hallareis en su habitación, y desapareció.

—¿Y habéis insistido?

—Mil veces después le he hablado de mi amor y siempre se ha sonreído con incredulidad y se ha alejado de mi lado.

—Es extraño, muy extraño —murmuró Margarita, profundamente pensativa— aquí debe haber un misterio que es preciso aclarar; yo no me esplico la conducta de Teresa, jamás me ha dicho una palabra de lo que me habéis contado; ella antes no tenía secretos para mí y muchas veces durante mi enfermedad, en medio de las veladas, me hablaba con entusiasmo de vos, casi os puedo decir con adoración, y yo la escuchaba con complacencia porque creia que ambos debíais amaros.

—¡Ah! Margarita, no podéis imaginaros lo feliz que yo me figuraba amado por Teresa, cuando sus ojos divinos se fijaban lánguidos y llenos de pasión en los míos; cuantas veces en esas noches que os velábamos he sorprendido un rayo de amor en sus pupilas ó la he visto temblar conmovida solo al roce de mis dedos que oprimían su blanca mano al darle un remedio ó poción que ella debía suministraros; una de esas veces fué tanta su turbación, que la cuchara se escapó de sus manos y fue al suelo, entonces su frente se tiñó de rubor y con voz insegura y conmovida: "vos tenéis la culpa", me dijo muy quedo y ¡ah! Margarita, yo pobre insensato creia que me amaba.

—¡Pero Dios mío! ¡Este es un enigma que es necesario que Teresa nos dé su solución! —esclamó Margarita, y luego prosiguió:

—Ella no es coqueta, es tan pura y digna como un ángel, si ha sembrado ilusiones en vuestro corazón y hoy se complace en arrancarlas, no creáis amigo mío que sea un sentimiento de monstruoso coquetismo lo que la impele á obrar así, creed y no dudéis que debe tener un origen ó motivo poderoso, ó quizá estará resentida por algo de vos, y ser su frialdad aparente, ¿queréis que le hable algo, que interceda?

—No, Margarita, os doy las gracias, no tengo duda respecto á los sentimientos que abrigáis hacia mí. Teresa me aborrece y callaré aunque mi vida sea un tormento....

Margarita inclinó la cabeza. Aquel cambio, aquel proceder de su amiga ó mejor dicho de su hermana, la tenia trastornada y confusa. A su revuelta mente vinieron mil ideas en tropel, recordó haber notado alguna tibieza en su amiga, luego haberla sorprendido llorando algunas veces, haberla visto sola paseando á deshoras en el jardín, su falta de apetencia, las reprensiones de don Víctor por el extraño cambio que se habia efectuado en ella y otras mil cosas que si bien antes habian llamado su atención no las habia creído de trascendencia, ahora todo lo coordinaba y sacaba en limpio que algo de extraordinario pasaba por el alma candida é inocente de aquella niña que jamás habia amado y que nunca tuvo otro pesar que el sufrimiento de Margarita.

La enferma alzó su blanca frente.

—Es preciso —dijo— que yo sepa lo que tiene mi pobre Teresa, yo haré lo que humanamente se puede hacer, me sacrificaré gustosa y le volveré la paz del alma si la ha perdido, y á vos mi noble amigo, mi generoso bienhechor, os juro que haré por vuestra felicidad todo lo que esté en mi mano hacer. Fernando tendió sus brazos á Margarita y ambos lloraron como podian hacerlo dos hermanos cariñosos.

La cortina que cubria la puerta del centro, del gabinete de Margarita, se ajitó de una manera imperceptible y el rostro casi lívido de Teresa apareció entre el azul de la pesada tela.

—Infames —murmuró— se aman.

Luego se alejó vacilante llevó ambas manos al pecho y un sollozo inmenso sin respiración, alzó su inocente seno. Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas y sus labios pálidos y balbucientes se oprimieron convulsivos; llegó al jardín y allí apoyada la cabeza en el tronco de un corpulento granado:

—Se aman, repitió entre sollozos, y no me lo han dicho. Ahora ya no es una ilusión, es una verdad amarga, sí, no me cabe duda, los he visto el uno en brazos del otro; pero ¡Dios mio! ¡ella! ¡Margarita! tan noble, tan

virtuosa, tan amante, ¿ha podido olvidar su amor, su locura y todo lo que debe á su decoro hasta el extremo de aceptar un nuevo amor y corresponder á él de un modo tan espresivo? ¡yo la he visto llorar y á él también! ¿porqué esas lágrimas si son felices? ¡Ah! pero no, yo no puedo estar al lado de ellos ni un minuto mas, su felicidad me hace daño, pero ¡Dios mio! yo estoy loca, Margarita no puede amar á nadie, ella ha sido una santa, virtuosa hasta el heroísmo, ¿cómo es posible que ame á Fernando? y él, Fernando a quien amo mas que todo en el mundo, él que mil veces de rodillas me ha dicho que me ama y que me ha jurado un amor eterno a pesar de mi desdén aparente, él me ha engañado como yo presumía y es el amante de Margarita, sí, yo me iré al fin del mundo y no los veré mas Teresa que resuelta y visiblemente conmovida habia pronunciado en voz alta las últimas palabras, volvió su linda cabeza hacia atrás y su rostro pálido se tiñó de rojo.

—¡Margarita! —murmuró balbuceante y quiso alejarse. La pobre enferma que habia oido la última palabra de la joven exclamó con asombro mirando fijamente el puro semblante de Teresa, embellecido por el dolor.

—¿A dónde te vas hermana mia?

Teresa nada contestó.

—¿No me has oído? —insistió Margarita.

—Sí, te he oído Margarita —murmuró Teresa por lo bajo, pero nada te puedo decir.

—Cómo, ¿qué tienes tú secretos para mí?

—Solo he deseado imitarte, Margarita.

—¿Imitarme á mí?, ¿acaso yo los tuve para tí jamás?

—¡Ah! ¡Margarita! hermana mia, júrame que no los tienes ahora y te pediré perdón de rodillas.

—¡De rodillas! ¿y pedirme perdón á mí? ¿y de qué? mi querida niña, si tú jamás me has ofendido, ¿quieres que yo te jure que no tengo secretos para tí? Sea en buena hora, pero tú sabes que mis secretos están en mi corazón como en el tuyo, mas, si lo deseas, poniendo á Dios por Juez de mis acciones y por el recuerdo de Plácido, que tú sabes lo sagrado que es para mí, te juro que no tengo secretos ni los tendré jamás para tí. Si una acción indigna cometiera en mi triste vida, no tendría inconveniente

en que lo supieras y tú siempre indulgente me perdonarías ¿no es verdad?

—¡Oh! sí Margarita, no sabes el bien que me has hecho con tus palabras.

—¿De veras? y qué ¿dudabas de mí?

—Quizá.

—¡Cómo! —esclamó Margarita cubriéndose su semblante de un palidez mortal, quizá descubriendo con su perspicacia de muger, lo que pasaba en el corazón de Teresa, cómo ¿dudabas de tu hermana?

—Sí, amiga mia.

—¿Y no puedes decirme qué género de dudas eran esas?

Teresa vaciló, llevó el pañuelo á sus ojos y comenzó á llorar.

—¡Pobre niña! —murmuró Margarita, fijando sus hermosos ojos azules en la frente de Teresa.

Luego tomando aquella rubia cabeza entre sus manos, le dio mil besos, aplicó su rosada boca al oído de la celosa niña, diciéndole muy quedo:

—Tenias celos de mí, creíste que amaba á Fernando, ¿no es verdad?

—¡Perdón! ¡perdón! —gritó Teresa, sollozando avergonzada Margarita tornó á acariciarla con toda la ternura de una madre.

—¡Perdóname! perdóname —insistió Teresa, rodeando con sus nacarados brazos el cuello delicado de Margarita.

—¡Qué te perdone! —dijo ésta sonriendo dulcemente, si, si te perdonaré, pero con una condición.

—¡Oh! todo, todo cuanto tu quieras.

—Bien, dime la verdad, ¿amas á Fernando?

—¿Si le amo? ¡Dios mio! sin él mi vida será insoportable.

—Y si tanto le amas, ¿porqué lo has rechazado con tanta frialdad?, ¿porqué te has gozado en sus lágrimas, tú, tan noble, tan generosa?, ¿porqué has hecho eso?

—Yo creía todo ficticio en él, creía, perdóname, que te amaba á tí.

—¿Y que te ha hecho creer ese absurdo?

—La solicitud y ternura que ha demostrado siempre por tí.

—¿Y no sabes que todo ese cariño que demuestra hacia mi, es hijo del afecto que tú me profesas?, ¿y tú no sabes, prosiguió aquella noble criatura, que tú eres su vida, su única ambición en la tierra, que eres mas todavía, que eres su felicidad, su gloria, en fin; tú no sabes que hace media hora se ha arrojado en mis brazos, llorando tu frialdad, y diciéndome que tú le odiabas, que era muy desgraciado, que aborrecía la vida sin tu amor?

—¿Seria verdad? —esclamó Teresa, quitanda el pañuelo empapado en lágrimas de sus ojos.

— ¿Quieres que el mismo te lo repita?

—¡Oh! si Margarita, ojalá ahora mismo estuviera aquí para pedirle como á ti perdón de...

Teresa no concluyó. Fernando pálido de amor, con los ojos arrasados de llanto, y el labio tembloroso de emoción, cayó de rodillas á los pies de la joven.

—Perdóname tú ángel mio —dijo contemplando arrobado el rosado tinte de rubor, que coloreaba el rostro cándido de Teresa.

—Perdóname tú, alma mía, porque te he hecho sufrir involuntariamente.

—Perdóname tú y luego recompénsame con celestial ternura tú pasada indiferencia.

Margarita había desaparecido, la felicidad de los dos amantes le hacía sufrir; los recuerdos de su dicha pasada volvían á su corazón vivos y desgarradores...

Dos días después Fernando entraba alegremente en el salón bajo: allí estaban las dos amigas. Tendió una mano á la enferma y tomando la que le alargaba su amada, imprimió en ella un beso:

—Dentro de quince días —esclamó— serás tú mi eterna y adorada compañera, y vos Margarita, seréis nuestra hermana inseparable.

—Fernando —murmuró ésta con la voz entrecortada por emoción— el día que seáis esposo de mi querida Teresa, ella será feliz y yo muy desgraciada siempre, buscaré refugio en un asilo religioso donde pasaré el resto de mis tristes días.

El rostro de Teresa cambió de color, y sus ojos llorosos y asombrados se fijaron en su hermana. Fernando sin ser dueño de si mismo exclamó:

—Cómo, ¿queréis entrar en un convento?

—No precisamente á un convento, eso sería un egoísmo y ni siquiera estaría con mis creencias; entraré á un asilo de caridad, donde á fuerza de sacrificios enjugaré las lágrimas del que sufre, aliviando en parte á la humanidad doliente.

—¿Y ese propósito es inquebrantable? —se atrevió á preguntar la afligida niña.

—Si, Teresa mía, es la única misión que puedo llenar en esta vida; yo no puedo ser madre, tampoco puedo ser esposa, ¿qué quieres, pues, que sea sino hermana de Caridad? Si un día me necesitas me tendrás á vuestro lado, no exijas otra cosa de esta pobre mujer; después de perder á mi hijo y á mi amante, ¿cómo quieres que viva en el mundo Teresa?

—Al lado de tus hermanos como has vivido hasta ahora.

—No, ahora es distinto, antes quería cuidarte, ahora él velará por tí, y Margarita designando á Fernando salió cegada por el llanto.

CAPITULO XVII

Inés

Volvamos á Plácido, nuestro interesante amigo. Santillana persuadido de la maldad de Don Luis, temia una emboscada, y aunque una débil esperanza alimentaba su corazón de padre, no por eso se hacia ilusiones comprendiendo la perversidad de su enemigo. Aquel malvado no se saciaba con nada. Cuando Plácido hubo salido de su despacho, el miserable buscó con avidez el manuscrito que el amante de Margarita le sustrajera, y al no hallarlo una desesperación inaudita se apoderó de él.

—Me ha robado, gritó convulso, estoy perdido, completamente perdido, maldito, maldito sea, y una baba asquerosa é hidrofóbica¹ cubrió su repugnante boca.

Inés, su querida que no hacia mucho acariciaba con fingida ternura su escuálido rostro, todo lo habia escuchado oculta tras la barandilla del escritorio. Inés horrorizada de tanta infamia, miró con repugnancia á aquel miserable asesino, y el único sentimiento, quizá, noble que había en su corazón, se despertó de repente ante la inmensa desgracia de Santillana, y mas perspicaz que el infame crápula:

—No importa —se dijo— lo engañaré por mas que esto sea un tormento y quien sabe, tal vez pueda ser útil á ese pobre padre.

¹ Desconcierta el uso de este adjetivo aquí. Creemos que podría interpretarse como un elemento más en la demonización del villano, indicando que ni siquiera su baba era humana (y, por tanto, de consistencia acuosa).

Inés, una vez tomada esta resolución, cuando ya iba á marcharse, volvió sus pasos atrás y entró resueltamente en el bufete de Don Luis, rodeó con sus brazos el cuello de éste y con voz insinuante:

—¿Qué tienes, le dijo, sufres y no partes con tu querida los pesares?

—Déjame mujer, déjame en paz —gritó fuera de sí, enseñándole á Inés su rostro cadavérico y mil veces mas feo que de costumbre.

—¿Cómo —esclamó con la entonación humilde del que representa el papel de víctima— que ya no te puedo ayudar en nada?, ¿no me necesitas Luis? entonces me marcharé —y dio un paso.

Saavedra se volvió.

—Vén, dijo cayendo en la red, perdóname si soy duro contigo ¿que quieres? todos me venden, de todos desconfío.

—¿Y de mí también?

—De tí no, tú no eres capaz ¿es verdad?

—Dime que quieres y me sacrificaré por tí.

—¿Tu tienes un hijo Inés?

—Si, Luis.

—¿Qué edad tiene?

—Tres años cumplidos y es hermoso como un querubín.

— ¿Poco mas ó menos las facciones?

—Es blanco, rosado con ojos azules, con largos tirabuzones como el oro, es delicado como una niña y con una vocecita de verdadero ángel.

—Bien, bravo —borbotó el viejo malvado, dulcificando su aspecto.

—¿Y por cuánto me cederás á tu lujo?

Inés tembló, su corazón de madre dio un vuelco en su pecho, pero repuso con serenidad:

—Dame trescientos mil pesos, y esta noche estará mi hijo á tu disposición.

—Corriente —dijo éste sin vacilar.

Inés no tuvo ya fuerza para acariciar á aquel hombre amasado con el crimen y salió apresuradamente en busca de su hijo...

Eran las ocho de la noche designada por Saavedra para entregar el hijo de Plácido. Una mujer de pequeña estatura, aunque de andar elegante y gracioso, caminaba apresuradamente por una acera de la calle de Rivadavia: llevaba el rostro cubierto por un espeso gipiur², y sus ojos negros y ardientes despedían rayos de inquietud á través del tupido velo. Aquella mujer cruzó con rapidez la calle de Reconquista, y se detuvo frente á la entrada principal del Hotel de...

El salon primero estaba desierto, jiró su cabeza á todos lados y se encontró sola, entonces unió sus pequeñas manos y una fuerte palmada hizo asomar la soñolienta cabeza de un gallego dormilón, que á falta de parroquianos á quien servir se entregaba en los brazos del Dios del sueño.

—¿Qué se os ofrece señora? —dijo restregándose los ojos pesadamente.

—¿Tenéis un huésped —dijo Inés, pues era ella —que se llama Plácido Santillana?

—Oh! sí, sí, un guapo mozo por cierto y generoso a no haber otro, ¿queréis que le pase algún recado?

—Si tenéis la bondad —dijo Inés— me haríais un gran servicio.

—Bien, decid linda niña, en que os puedo servir.

—Entregando esta tarjeta á esa misma persona y volviendo pronto, porque estoy impaciente.

—Perded cuidado señorita, voy y vuelvo como el telégrafo, y salió rápidamente.

Inés en tanto se paseaba inquieta. Las pisadas del mozo volvieron á resonar en la escalera, y luego la voz de éste que gritaba desde el primer descanso:

² "Gipiur" por "guipur" (Del fr. *gipure*). Dibujo bordado sobre un tejido basamento muy fino que luego se elimina, obteniéndose así una puntilla bordada. Se emplea para vestidos de noche, de boda y también para accesorios. (<http://www.aitpa.es/glosario.html#p8>).

—Subid Señorita, el señor Santillana os espera arriba.

Inés no se hizo repetir, subió de dos en dos los escalones y pronto se halló frente á Plácido que, pálido y contraído por la indignación apenas saludó á Inés. Esta se inclinó lijamente, y alzando su pesado velo dijo, mirando á Plácido fijamente.

—¿Habéis leído la tarjeta que os hé enviado, señor Santillana?

—Dispensad —murmuró éste volviendo en sí del anonadamiento en que estaba sumido— dispensadme señorita, ni siquiera sé lo que me habéis dicho.

—¿Cómo, que no habéis leído la tarjeta?

—¿La tarjeta...? ¡ah! ¿luego es vuestra?

—Sí, señor, es mía.

—Y decís que no es mi hijo el niño que debe presentarme ese miserable de Saavedra.

—Nó; no es vuestro hijo.

—Y decidme señora, ¿que nueva infamia se propone ese malvado, con hacerme juguete de sus inicuas maquinaciones?

—Y qué, ¿acaso no comprendéis que quiere por cualquier medio librarse de vuestra venganza?

—Tenéis razón, presentándome á ese niño y cayendo yo en la red, como hubiera caído si no fuerais vos señora, habria ahogado mi odio y mi venganza, y habría vivido engañado acariciando mi supuesto hijo, y Plácido lívido de rabia se paseaba á grandes pasos.

De pronto se detuvo.

—Y decidme señora —dijo dirijiéndose á Inés— ¿vos sabéis quién es Don Luis de Saavedra, sabéis sus crímenes sus infamias, sus delitos sin fin?

—Nó. Solo sé lo que he oído de vuestro labio y del suyo el día que os presentasteis en su despacho, donde la curiosidad me hizo sin saber porqué, ocultarme tras la barandilla del escritorio. Sé que os habia robado á vuestra amante, que habia hecho desaparecer á vuestro hijo, y creí descubrir en su repugnante rostro el pensamiento de una nueva maldad;

entonces sin pensar me interesé por vos y me dije: yo haré el papel de su querida, y poseyendo su confianza quizá pueda ser útil á ese buen señor tan desgraciado como generoso y noble con este malvado, y desde entonces me di tanta maña, que me creyó tan adicta que no tuvo inconveniente el miserable en proponerme una venta infame de mi hijo, comunicándome su plan; yo acepté; pronta á velar por mi hijo y á daros aviso de la trama que urdía para engañaros, y aquí me teneis señor Santillana, dispuesta á servirlos en todo, porque vuestra desgracia me interesa de veras.

Santillana tendió la mano á Inés profundamente conmovido.

—Yo sabré recompensaros —le dijo— desde hoy en adelante vuestro hijo tendrá un padre en mí, y vos volvereis á ser honrada y tendréis un hermano en Plácido Santillana.

Inés se puso de rodillas y sollozando de gozo:

—Gracias señor —esclamó dando mil besos á la mano de Plácido y luego levantando los ojos hacia éste añadió de pronto profundamente impresionada:

—Yo no sé señor que timbre mágico tiene vuestra voz; parece que hubiera salido de repente de la vida de vicio y lodo en que he vivido hasta aquí y que vuestro acento semejante á la voz de Cristo al convertir á Magdalena hubiera purificado mi alma y la voz del deber llamado á mí extraviada conciencia, ah! gracias señor —repitió la pobre pecadora impresionada como jamás lo habia estado y enjugando sus lágrimas se puso de pié.

Plácido miraba á aquella muger con asombro. Pobre joven, se dijo, así son la mayor parte de estos seres prostituidos. Casi todos á pesar dé la corrupción de su cuerpo y sus costumbres conservan innata la pureza de sus sentimientos y cuando su conciencia llega á despertarse son susceptibles de todo lo noble y generoso.

En efecto, Inés en aquel momento se habría estrellado contra todo por salvar á Plácido, se habría sacrificado por ahorrarle uno solo de sus sufrimientos; había en su rostro una espresion tan noble que Plácido la contempló estasiado algunos segundos, luego pasó la mano por su ancha frente.

—Es necesario —le dijo— que vayáis en busca de vuestro hijo.

—¿Es decir —esclamó Inés un tanto calmada— que ya no acudiréis á la cita?

—No, ¿para qué? si voy quizá tendría que manchar mis manos con la sangre de ese miserable que no sé como destruirlo.

—¡Ah!, señor no le tengáis compasión, si no lo aplastáis con vuestro brazo, creed que mas tarde semejante á una víbora ponzoñosa ha de recompensar vuestra jenerosidad con una mordedura de su maldita lengua.

—Tal vez tengáis razón Inés, yo debo destruirlo sin compasión y vengar á todas sus víctimas.

—Sí, yo tampoco se la tendré —dijo Inés alzándose— él ha querido sacrificar á mi inocente Adolfo en aras de un nuevo crimen— Y alargando su pequeña mano á Plácido:

—Adiós señor, exclamó, me habéis hecho mucho bien con vuestras palabras, me habéis dicho que sea honrada y lo seré, vos seréis el protector de mi hijo y yo seré vuestra esclava.

—Andad tranquila Inés —dijo Plácido— yo soy fuerte para luchar con ese malvado y pronto seréis enteramente libre.

Inés salió y echándose el velo sobre el rostro se encaminó á casa de Don Luis.

CAPITULO XVIII

El enlace y la hermana de la Caridad

Eran las doce de la noche. Los magníficos salones de Figueroa estaban profundamente alumbrados, el rico alfombrado de Bruselas y el menaje¹ forrado en carmesí de forma á lo Luis XIV ofrecían una perspectiva de extraordinario efecto que chocaba con la soledad que allí reinaba. La mesa del ambigú² cubierta aún de delicados manjares también estaba desierta. Sin embargo el desorden que se notaba en las copas esparcidas por uno y otro lado de la suntuosa mesa con restos aún de añejos y deliciosos vinos, demostraban á primera vista que allí habia terminado un festín. En aquella noche Teresa acompañada de sus numerosas relaciones á inmensamente feliz habia sido desposada con el amado de su corazón.

A mis lectores no les ha sido posible asistir á esa boda, pero yo en cambio y á fuer de complaciente voy á hacerlos testigos oculares de otra escena aún mas interesante y al efecto cruzaremos todos aquellos inmensos recibos y salvando el arco nupcial de blancas flores nos detendremos en la entre abierta puerta de la cámara cielos desposados.

¡Que linda está Teresa! Blanca y sonrosada como una hoja de azucena, con las puras y virginales galas de novia, con la gasa blanquecina todavia prendida entre los dorados bucles de su linda cabeza, se ve ya convertida en señora, sentada en

¹ Menaje. (Del fr. *ménage*).m. Muebles y accesorios de una casa. (DRAE).

² Ambigú. m. (Del fr. *ambigu*): Bufé. (DRAE).

un pequeño canapé y Fernando de rodillas á sus pies contemplando con adoración el tinte de rubor que embellecía el puro semblante de la candida niña.

—¿Me amas mucho? —murmuró de pronto el feliz esposo oprimiendo tiernamente la mano temblorosa de la joven desposada.

—¡Si te amo! ¿y me lo preguntas Fernando mio?

—¡Oh! perdona alma de mi alma, pero soy tan feliz cuando me repites tú amor que me hago fastidioso tal vez.

Teresa nada contestó; atrajo sobre su seno la cabeza perfumada de Fernando y la oprimio dulcemente contra su pecho: luego la apartó con sus propias manos y con un movimiento de pasión inmensa lo atrajo otra vez y lo besó en la frente. Fernando se sintió desfallecer de gozo. Aquel transporte de ternura inesperada fué un rayo de fuego que inoculó en sus venas una chispa de electrización dulcísima: rodeó con sus brazos el talle flexible de la joven é irguiendo la cabeza la contempló un momento estasiado y con inmensa ternura y pasión la atrajo sobre su noble pecho y la retuvo en sus brazos dulcemente. Teresa ajena á aquel transporte quiso desasirse, pero una fuerza estraña para ella, nueva é incomprensible, la hizo languidecer dulcemente é inclinándose sometida sobre el hombro de su amado, murmuró suavemente en su oído las palabras de Michelet³:

—Soy tuya, soy tu esclava...

Algunos dias después del enlace de Teresa, Margarita vestida de sarga negra, con su grande y blanquísima gorra de Hermana de Caridad se despedía tranquila, en apariencia, de aquella familia que también era la suya.

³ Probable referencia al escritor e historiador francés Jules Michelet (París, 1798- Hyères, 1874), autor de una prolífica obra narrativa, entre la cual se cuentan los títulos *La femme* (1858), *L'amour* (1859), *La mer* (1861). Como historiador nacionalista, su principal trabajo ha sido la monumental *Histoire de France* (1833-67). Se considera que su obra tiene gran poder dramático y capacidad de síntesis histórica. (Extraído de la Enciclopedia Britannica en línea, s/p.).

Don Víctor feliz como no lo había sido nunca ante la felicidad inmensa de su amada hija, sintió un pesar real al efectuarse la separación de la huérfana á quien miraba poco menos que á su propia hija. Sus ojos al abrazar á la desdichada joven se llenaron de lágrimas y reteniéndola en sus brazos sollozaron ambos amargamente.

—Todavía es tiempo —murmuró en el oído de Margarita, no nos abandones hija mia.

—Imposible —contestó esta con firmeza— cuando tengo fuerzas para dejaros á vos mi noble bienhechor y á mis queridos hermanos es porque una voluntad firme inquebrantable me guía en este propósito, no me hagáis flaquear en él, por Dios, es el único lenitivo á mis inmensos dolores.

Margarita se desprendió de los brazos de su padre adoptivo y se arrojó sucesivamente en los de Teresa y Fernando: aquello fué una escena demasiado patética para hacer su descripción sin robarle su mas tierno colorido.

Margarita salió al fin, trasladándose al Corazón de Jesús, donde pasó cuatro meses en calidad de novicia, pasando después al Hospital como enfermera y á pedido de ella.

Algún tiempo después Margarita, ó mejor dicho, la hermana Providencia, bella doblemente con su vestido negro su toca ó gorra de percal blanquísima como la nieve y con la espresion evangélica de Caridad y santa resignación que la hacían superior, inspiraba á los enfermos y aún á sus mismas compañeras un respeto que rayaba en veneración.

La volvemos á hallar ejerciendo casi feliz la santa misión de su destino. Margarita, ya hermana de caridad, se veía sentada á la cabecera del miserable lecho de un pobre joven, amarillento y demacrado por el dolor de dos grandes úlceras que se veían en su brazo izquierdo y que la hermana Providencia curaba en aquel momento con una delicadeza pasmosa.

Una joven de tímido aspecto, vestida con el hábito de las hermanas del huerto se le acercó con marcado respeto.

—El enfermo de la cama nº 6 que vos cuidáis os llama hermana Providencia —dijo la joven novicia.

—¿Qué?, ¿se ha empeorado, hija mia?

La religiosa bajó los ojos ante aquella mirada de suprema dulzura.

—No —murmuró después de un breve tiempo —desea veros para pedir os un favor.

—¿Y no sabéis vos lo que ello es?

—Ya sabéis hermana que solo á vos habla.

—Está bien hija mia, dile que allá voy en concluyendo esta curación.

La joven se alejó. La hermana Providencia se sonrió, el enfermo también se sonrió.

—¿Veis hermana —dijo débilmente— veis como esa joven se ha turbado ante vuestra mirada?

—Nó hijo mio, es muy tímida.

—No lo creáis hermana, yo soy hombre, he sido soldado y nunca las balas del enemigo me han hecho temblar y ante vuestra mirada no solo he temblado sino que me he hallado confuso.

—Bueno —dijo Margarita con su sonrisa de ángel— me alegro que os inspire tanto respeto puesto que así no haréis ningún desarreglo y os restableceréis muy pronto.

El enfermo tornó á sonreírse pero con una sonrisa amarga tristísima.

—Gracias hermana mía —murmuró enjugando una lágrima, porque aún que esto sea una esperanza engañadora, dicha por vos creo que puede hacer el milagro de Cristo levantando á Lázaro de la tumba.

—Vaya —dijo Margarita profundamente conmovida, tened juicio y esperad en Dios que él es justo para todos los buenos como vos— y alargándole la mano que llevó á sus labios con vehemencia se dirigió en dirección al segundo salón, se aproximó al número 6 y entreabrió las cortinas del lecho.

—Buen dia hermano —dijo tendiéndole la mano al enfermo que yacía postrado y tuberculoso.

—¡Ah! nuestro ángel —esclamó éste cubriendo de besos la diminuta mano— nuestra Providencia, Dios os bendiga hermana.

—¿Como habéis pasado la noche?

—Bien, muy mejor, por eso os he hecho llamar.

—¿Que deseáis?

—Que me hagáis un favor.

—Todos los que queráis amigo mio, á mis enfermos solo deseo complacerlos.

—Si es asi tomad.

Y el enfermo, á quien llamaremos Octavio, entregó á Margarita una hoja de papel en la que leyó lo siguiente: “Calle de San Juan número 36 112. Octavio Gutiérrez desea ver á la Señora Andrea Bremot ó á su esposo Don Augusto Medina en el Hospital de hombres salón segundo cama número 6.”

—En el momento, amigo mio —dijo la hermana, y salió á cumplir el deseo de su enfermo.

Octavio así que se alejó la joven contempló siguiendo con su vista hasta la última ondulación del tosco vestido de Providencia y cuando sus ojos cansados por efecto de la debilidad y calentura la perdieron de vista cruzó las manos sobre el pecho y murmuró muy quedo:

—¡Oh! cuando mi pobre señora la vea ó mi querido amo; ¡que sorpresa tan agradable! es tan parecida... ¿si fuera ella? pero no, imposible, y sin embargo hay momentos en que la veo inclinada preparando un remedio cualquiera y todo hasta el mas mínimo de sus movimientos son de mi noble y desgraciada señorita, y basta su edad veinte y dos años, esa misma edad tendría nuestra Andreita.

Octavio al concluir estas palabras lanzó un suspiro engolfándose en una serie de reflexiones que suprimimos por creerlas sin interés para el lector.

CAPITULO XIX

La traición

Eran las diez de la noche pero de una noche horrible, oscura y tormentosa. Un fuerte pampero agitaba con fuerza las altas copas de los árboles y hacia crujir amenazante las derruidas paredes de una vieja casucha de negro aspecto y antiquísima fachada, único edificio que se veía á esa altura en la calle larga de la Recoleta.

Dos individuos de andrajosa facha y receloso aspecto hablaban en voz baja parados ambos en el ángulo que formaba una de las altas ventanas del edificio abandonado. Aquellos dos hombres de siniestra apariencia rondando cautelosos aquel lugar solitario y ya entrada la noche, indicaban alguna intriga misteriosa ó un crimen oculto que era preciso fuera cubierto por las sombras de una noche horrible; los dos individuos se detuvieron.

—¡Cuanto tarda! —dijo uno hablando muy bajo

—¿Y estás seguro que esta es la calle indicada?

—Si, Don Luis me ha dicho debes estar apostado en la esquina de la calle cortada que vá hacia el cementerio, allí esperarás un silvido que debe indicarte el momento oportuno para el golpe.

—¿Y no te señaló hora?

—Mas ó menos las diez, me dijo.

—¿Las oyes dar en la Recoleta?

—¡Voto al Diablo! el maldito viento no deja oír nada.

—Silencio, escucha.

—Alguien se acerca.

El oído atento, el puñal en guardia.

En efecto, el paso de dos hombres se sintió y la voz de uno que decía:

—Vives lejos, ¿éh?

—Ya vamos á llegar señor, ¿no veis aquella casita de la esquina?

—¿Que diablos quieres que vea si ni á una vara alcanza la vista!, es una noche sin ejem...

Plácido no concluyó. Sonó un silvido y dos bultos avanzaron hacia él.

Santillana los percibió, sacó la baqueta á su riquísimo reвольver y se detuvo.

—Si no queréis ser muertos deteneos cualquiera que seáis —dijo.

Una carcajada diabólica se confundió entre el silvido del viento y el murmullo de las hojas. Plácido se estremeció, pero en el mismo instante los dos brazos del supuesto mendigo, enlazaron su cuello queriendo dar fin.

Plácido era valiente y con una musculatura prodijiosa. Alzó los brazos y, volviendo lijeraente el cuerpo, oprimio hasta triturar los dedos del bandido con su mano.

El miserable se apartó lanzando un grito de dolor mientras que Santillana acosado por otros dos guardaba las espaldas contra la pared.

Santillana se defendía economizando las balas de su reвольver, de pronto un relámpago iluminó la escena y á su reflejo pudo ver á Don Luis, de pié, á corta distancia de él. Tenia en la diestra un estoque y en la otra un bolsillo sin duda de dinero.

Un grito de coraje salió de su pecho, y loco, frenético casi ebrio por el odio, olvidó el peligro, despreció á los asesinos y de un salto se puso aliado de Saavedra, arrojóse sobre él y haciendo fuego:

—¡Asesino!, ¡cobarde!, ¡muere! —dijo con una voz que dominó á la tempestad.

Dos balas una tras otra fueron á enterrarse en el corazón de Don Luis.

Una blasfemia horrible salió de sus labios, flaquearon sus rodillas y fué á caer espirante repitiendo y azuzando con su acento:

—Matadlo, no lo dejéis vivo, el puñal, el puñal entero en su corazón; —y ya jadeante de dolor y con la vista nublada— Mi estoque, —añadió— está envenenado, con él últi...mad... lo... no...quie...ro... que... .vi...va... mal...di...to... se...a y un silencio de muerte se siguió.

Plácido se inclinó, arrebató de las manos de su enemigo el acero que este ofrecía á sus cómplices, y blandiéndolo en el aire comenzó á batirse de nuevo. En la otra mano sostenía el revolver ya descargado defendiéndose también con el acerado cabo de éste.

La lucha se prolongaba y Plácido rendido de fatiga y de pequeñas heridas, sentía que las fuerzas le abandonaban por momentos.

Sus asesinos también rendidos y heridos ambos por Santillana se arrojaron de pronto sobre él. Una puñalada feroz cruzó el costado izquierdo de Santillana.

Ni un ¡ay! exhaló su boca, solo un nombre querido murmuró suavemente cayendo medio incado. Todavía su mano firme empuñaba el estoque de Saavedra y con el se defendía heroicamente.

La sangre manaba á torrentes de la ancha herida, su cabeza desvanecía por momentos y el acero temblaba en su diestra; su vista se nubló, un estremecimiento helado recorrió su cuerpo, se escapó de entre sus manos el arma y cayó inerte lanzando un jemido. Los asesinos lanzaron un grito de júbilo y ambos arrojándose sobre él alzaron sus puñales sobre el indefenso pecho de su víctima, pero en aquel mismo instante y sin que los criminales tuvieran tiempo de dar el golpe mortal, apareció la patrulla que atraída por los tiros de revolver se dirigía al sitio de la lucha. Los dos asesinos quisieron huir pero estaban cercados y ambos maldiciendo á Saavedra fueron tomados.

En tanto seis hombres echaron pié á tierra.

—Aquí hay un muerto —dijo uno.

—Y aquí hay otro medio vivo —dijo el Oficial de la ronda, dando con el pie al cuerpo de Don Luis.

—¿Como, medio vivo?

—Sí, ¿no ves que se queja débilmente?

—Es preciso auxiliarlo —dijo el oficial— porque éste nos podrá quizá aclarar el hecho, é inclinándose puso la mano sobre el corazón de Don Luis.

—Ay! —gimio queriendo en vano incorporarse— ¡ay! no me toquéis.

—¿Estáis herido? —le dijo el oficial.

—Sí.

Volvió á jimir haciendo un esfuerzo supremo para hablar. Don Luis estaba moribundo, casi agonizando, pero aún alentaba, aún su cabeza discurría pensando en la venganza; quiso darse cuenta del final de aquella horrible escena y nada comprendió, ignoraba el estado de espantosa mutilación en que se hallaba su víctima; pensó que quizá vivía y un pensamiento diabólico germinó en su cabeza. Nada le importó comparecer ante el augusto tribunal eterno, nada agregar una culpa mas negra y repugnante al largo catálogo de sus innumerables crímenes, nada un fin la demolida de Dios y la salvación de su perversa alma. Se incorporó trabajosamente sobre un brazo y con voz reconcentrada:

—¿Quien sois? —dijo al oficial.

—Soy el oficial de la patrulla y deseamos socorreros.

—No —articuló— no quiero que me socorráis *porque de todos modos sé que voy á morir*, el miserable se ha vengado o matándome.

—¿Como, conocéis á vuestro asesino?

—Sí, me ha traído engañado diciéndome que...era...un...men...di...go.

Don Luis gimio. La vida se le escapaba, tomó aliento y luego prosiguió débilmente:

—Creí aliviar su miseria y vine en su compañía. Al llegar á la casucha de la calle cortada, cuatro hombres se arrojaron sobre mi atravesándome el corazón con dos balas de su rewolver que puso él á mi pecho.

—¿Pero quien es él?, ¿decid su nombre!

—Plácido San...ti...lla...na.

Don Luis se desplomó, una sonrisa indefinible vagó en sus cárdenos labios y luego, ríjido como la muerte, se estiró cuan largo era.

El Oficial apunto rápidamente el nombre del asesino y la falsa declaración de Don Luis.

Después por orden suya ambos heridos fueron llevado en brazos hasta el cuartel inmediato para de alli ser llevados al día siguiente al *Hospital* ó á su domicilio si alguno lo tenía.

Los dos miserables pagados por Saavedra desde alli fueron conducidos á la cárcel donde quedaron en seguros calabozos.

CAPITULO XX

Dudas y Esperanzas

El lujoso carruaje de Medina se detuvo frente á la puerta de entrada principal del Hospital General de Hombres. Los esposos bajaron de él, ambos entraron presentando al portero una tarjeta que este paso al Ecónomo, los esposos esperaban, el portero volvió.

—Todavía no es la hora —dijo— pero si tenéis prisa podéis pasar.

—Está bien —contestó Augusto, penetrando en la primera sala seguido de Andrea.

¿Habéis entrado una vez siquiera en el Hospital? Si conocéis esa triste mansión del dolor y la miseria, si habéis cruzado sus largas salas, sus silenciosas y tétricas galerías, sus húmedos patios, comprendereis el dolor que se experimenta al pisar, solo al pisar sus umbrales. Yo recuerdo aún con profunda amargura, mis visitas al Hospital, sufro á su recuerdo, porque ellas dejaron en mi corazón un surco imborrable de profunda compasión y abatimiento.

¡Pobre Juan! ¡Pobre negro!, fiel y noble, mártir sublime de un afecto sin retribución. Tú eras un paria en la vida, nadie te amaba, á nadie estabas ligado, has muerto ignorado y ni siquiera han comprendido tu generoso sacrificio.

¡Pobre Juan! yo me interesé por ti, yo cuidé tus dolores y hasta satisfacé tus caprichos de enfermo ¿porque no?, eras negro, pero eras un hombre con alma y corazón, yo te tuve lástima; fuiste tan leal, tan bueno; querías y cuidaste tanto á mis hijas.

Aún creo en medio de la noche escuchar la tos seca v tenaz que desgarraba tus pulmones. Me parece aún oiría voz que grita fatigosa con una entonación indefinible de profunda y suprema gratitud; “¡Señora, señora!”, dos veces me llamaste casi agonizante, y dos veces vacilante y luego enérgica corrí á tu lado. ¡Pobre Juan!. Después fui al hospital, mi corazón temblaba al pisar el dintel del salón 1º. Retrocedí y avancé sin poder entrar.

—Haz un esfuerzo digno de ti —me dijo mi esposo.

Él también sufría, ambos te estimábamos é íbamos á consolarte. La voz de mi compañero me dio fuerza, entré seguida de él. La tos, los gemidos, la fatiga y hasta el estertor del agonizante llegó á mis oídos. Crucé aquellas inmensas salas cubiertas de dobles hileras de camas de enfermos lívidos, vacilantes, casi espectros, muchos ciegos, tísicos, ulcerados, todos tristes y espantados fijando en mi sus hundidos y amarillos ojos. ¡Oh! ¡Dios mio cuanto sufrir!! Me detuve junto al lecho de mi pobre negro, y me acerqué temblando, ¡Juan! le dije suavemente, abrió los ojos espantado, los cerró, volviélos á abrir y alzando apenas una mano monstruosa de hinchazón, me reconociste y murmuraste como asombrado:

—¡Señora!!

Luego cerraste los ojos y dos gruesas lágrimas humedecieron tu africana piel; yo no se si lloré, pero desde ese dia algunas hebras de nieve matizaron mi cabello.

¡Pobre Juan! Perdona á tu verdugo y á mi aliéntame siempre para no desmayar jamás en la santa tarea de ejercer la caridad, pero de ignorada caridad que tanto complace mi alma y satisface mi conciencia.

Andrea siguió á Medina y ambos llegando ante el lecho de Octavio se detuvieron. El enfermo corrió las cortinas.

—¡Mi Señor, mi noble Señora! —dijo estrechando la mano de uno y otro.

—¡Que es esto, amigo mio!—esclamó Medina.

—¡Tú aquí! —agregó Andrea en tono de amarga reconvencción.

—No debéis culparme, mis queridos protectores —murmuró Octavio— he sido trasladado al hospital, tal vez desde la calle porque ni siquiera recuerdo que pasó por mí, un ataque al corazón, quizá algo que no puedo explicarme, por que hace apenas dos días que mi cerebro se ha despejado del extraño entorpecimiento que lo embargaba; después no he creído aflijiros y creyendo convalecer en algunos días mas preferí guardar silencio.

Los esposos hicieron con tierno interés algunas preguntas mas.

—Y bien —dijo después Andrea —¿que deseas ahora, porque nos has hecho llamar?

—Os he hecho llamar por que creo que la divina providencia me ha conducido aquí.

—¿Cómo?, ¿por qué? —preguntaron á un mismo tiempo ambos esposos.

—¿Porqué? Voy á decíroslo. Es solo una duda, pero es tal la influencia que ha ejercido sobre mi corazón, que he llegado á bendecir la hora en que la desgracia me condujo á este recinto.

—Explícate por Dios —esclamó Augusto— dinos si esa duda tiene relación con nuestro destino.

—Tal vez —dijo Octavio— si esa duda pudiera realizarse, ambos dejaríais de sufrir, llegando á ser felices.

—Habla, habla —articuló Augusto temblando.

—¡Por Dios! —esclamó Andrea —por Dios explícate— nuestra hija..acá...

—Sí, de ella se trata —dijo Octavio sin dejar concluir á la conmovida madre— de ella se trata y de una joven Hermana de Caridad, bella igual á vos, en sus facciones, en su andar, casi gemelas si no fuera la diferencia en edades.

—¿Y su edad? ¿Sabéis su edad?

—Sí, veintidós años.

—¿Y dices que se le parece á Andrea?

—Como una gota de agua á otra gota, ni mas ni menos que como lo fué mi desgraciada señora á esa edad.

Medina profundamente dominado:

—Veintidós años —repitió— veinte y dos años... esa seria la edad de nuestra perdida hija, pero tú deliras amigo mio, nuestra hija no puede vivir, lloverla es lo único que nos resta.

—¿Quien sabe!, señor, vuestros ojos misinos juzgarán del extraño parecido ele la hermana Providencia á vuestra esposa, y entonces quizá una esperanza os alimentará á ambos.

—¿Se llama Providencia? —dijo Andrea.

—Así es como la llamamos todos.

—¿Es buena?

—¡Oh! es un ángel, figuraos que vela incesantemente y sin embargo jamás se ven sus ojos lánguidos por el sueño y cuando con su dulce voz viene á preguntarme como he pasado la noche, me estremezco sin comprender la causa, es tanta la dulzura, el brillo mágico y suavísimo de sus ojos que fascinan, y no creáis señora que esto solo á mí me pasa, no, es á todos los enfermos y hasta los médicos y practican-tes se detienen ante ella subyugados por tanta juventud y hermosura. Mas de uno —prosiguió Octavio— ha intentado decirla alguna chanza ó requiebro como acostumbran con las otras hermanas, pero un respeto indefinible que inspira esa muger ó ángel, los ha hecho enmudecer, exclamando en mi presencia:

—Esta criatura no pertenece á la tierra, es demasiado pura y hermosa, tiene la tranquilidad de los ángeles é inspira un respeto sobrehumano. Octavio calló fatigado.

Andrea y Augusto, suspensos y abismados en una dulce esperanza, quedaron inclinados pareciéndoles que aún resonaba el acento de Octavio en sus oídos y en sus corazones. Después, Medina alzó la frente:

—Imposible —dijo— es una ilusión que no debe concebirse, ella debió morir.

Y como si una especie de enagenacion turbara su cabeza, exclamó oprimiendo con fuerza la pequeña mano de Andrea:

—¿No te acuerdas que aquel monstruo la llevó, para siempre? —y anonadado se dejó caer en una silla.

Andrea llevó el pañuelo á los ojos.

—Mi hija, mi hija —murmuró sollozando.

Augusto también lloró, sus grandes ojos se enrojecieron y su mirada dulce, casi melancólica, se tornó dilatada, feroz con el brillo fosforescente de la venganza.

Octavio inclinado, también sufría con el dolor de sus protectores, tan nobles como desdichados. La hermana Providencia, como siempre bella y triste adelantó hacia el lecho de Octavio.

—¿Cómo os halláis hermano? —dijo á éste, mientras sus grandes ojos se fijaban asombrados en los esposos Medina.

—¿Como me hallo? —repitió el enfermo sonriendo —¡Oh! estoy enteramente bueno.

Augusto se habia puesto de pié y miraba á la joven como un idiota. Andrea también de pié, se acercó pálida como la muerte y examinando el rostro de la hermana, confusa y emocionada ante el examen de que era objeto:

—¿Como os llamáis? —dijo con una entonación indefinible.

—Providencia me llaman los enfermos —contestó dulcemente la joven.

—¿Y vuestros amigos os llaman de otro modo?

—¡Amigos! —repitió— sí, es verdad, ellos me llaman Margarita.

—¿Y vuestro apellido?

La frente pálida de la hermana se tiñó de vergüenza, el recuerdo odiado de Don Luis pasó por su imaginacion y con la voz conmovida y llena de pesar:

—Yo no tengo apellido, Señora —murmuró— me llamo Margarita á secas.

—¿Y nunca lo habéis tenido?, ¿no lo habéis olvidado por una promesa?

—Os juro Señora que no lo he tenido jamás, mas os diré supuesto que tanto os interesáis, ni siquiera se quien soy.

—¿Luego, no tenéis padres?

Providencia se estremeció.

—No —contestó.

—¿Los habéis perdido?

—No los he conocido nunca é ignoro quienes fueron.

Andrea y Augusto profundamente interesados se miraron.

—¿Y quien os crió? —dijo Medina— ¿alguna persona habréis conocido por madre ó padre?

—Oh! si señor, conocí hasta cierta edad á un hombre á quién llamé padre; ese hombre fué mi verdugo y se complació en desgarrar mi corazón arrancándome mis mas dulces afecciones.

—¿Y ese hombre vive? —dijo Andrea.

—No lo sé, pero si ha muerto que Dios le perdone como lo perdono yo.

Los ojos de Margarita brillaron con una lágrima de desesperación, luego los alzó y su mirada de dulcísima espresion cayó sobre Medina. Augusto confuso, miró aquellos hermosos ojos turquí, aquella boca purísima, aquella frente, aquella delicada nariz y todo en fin, aquel conjunto perfecto parecióle el retrato vivo ó mejor dicho el original perfecto aunque mas hermoso de su virgen esposa al recibirla en sus brazos después de la ceremonia nupcial.

Un destello de esperanza, el primero que iluminó su alma durante veinte años, hizo latir su corazón con una fuerza desconocida.

—¡Oh!, ¡si fuera nuestra hija!, pensó, y luego agitado por este presentimiento que ya creía ver realizado:

—¿Que edad tenéis? —dijo á Providencia.

Esta, sorprendida ante aquel extraño interrogatorio, se encontró algo contrariada, pero siempre bondadosa y poseída de un respeto y simpatía indefinible hacia Medina y Andrea:

—Veinte y dos años —dijo fijando sus ojos de uno á otro, asombrándose de la rara semejanza que notaba entre ella y los esposos Medina.

Margarita examinando en silencio, pensó con profunda amargura.

—¡Que feliz seria yo si tuviera padres como éstos!

Conmovida por aquel recuerdo:

—Adiós Señores —dijo estendiendo su blanca mano á los esposos.

—Ah! ¿porque os vais? —esclamó Andrea dolorosamente sorprendida —no podéis imaginaros el bien que hace vuestra presencia al alma nuestra siempre triste.

—Si tanto lo deseáis me quedo, pero desearía haceros una pregunta.

—Hacedla hija mia, hacedla sin reserva.

—Es solo ¿porque me hallo asombrada ante el afecto ó simpatía que sin conocerme queréis dispensarme, porque no comprendo el interés que puedo despertar en vuestras almas, yo, pobre desamparada huérfana, cuya vida, cuyo pasado, ni siquiera conocéis, ni sabéis si es digno de vuestra admiración ó reprobación?; eso es lo que deseo preguntaros señora, ¿porque os intereso?

—Nos interesáis —dijo Andrea con voz conmovida— nos interesáis por muchas razones: la juventud, la belleza, la espresion de inconcebible y profunda tristeza que hay esparcida en vuestro rostro, el traje que lleváis, el desamparo y horfandad de que estáis rodeada, serian suficientes títulos para que inspiraseis simpatía á cualquiera que os contemple una vez, pero para nosotros no teneis solo esos títulos, nuestro interés, es producido por la estraña analogía que reunís en vuestra persona, y el recuerdo imborrable de una hija querida, cuya pérdida hemos llorado veinte años y lloraremos todo el resto de nuestra existencia.

Andrea calló. Providencia enjugando una lágrima que arrancara el recuerdo evocado por Andrea:

—Ah! Señora —murmuró— vos lloráis a una hija y yó lloro á un hijo, un hijo de mi amor, un ángel pequeño que formaba el encanto de mi triste vida.

—¿Cómo, Providencia? —esclamó la de Medina— asombrada ante la confesión de la hermana, ¿teníais un hijo?

—Sí, un hijo, un hijo que adoraba, que endulzaba las horas de mi existir, mis dolores, pero era demasiada felicidad, y yo no debia gozarla, el monstruo, el miserable asesino me lo robó, me lo arrancó de los brazos.

—¿Quién? —preguntaron ambos.

—Don Luis.

—¡Don Luis Rizzio! —gritaron Medina y Andrea, pálidos y sin aliento.

—No, Luis Saavedra, el verdugo de que antes os hablé, el infame á quien llamé padre muchos años.

—¿Y de vuestro hijo no supiste nunca?

—Jamás, me enloquecí, viví demente tres años. Dos ángeles, dos seres á quienes llamo hermanos, me cuidaron, me restituyeron á fuerza de abnegación y cuidados, la perdida razón, y aquí me tenéis, soy Hermana de Caridad, porque no puedo ser ya esposa, ni madre, soy feliz á mi modo, el consuelo que presto al desamparado, al enfermo, sin familia, sin afectos, templa en parte mi propio desamparo, hace llevadero mi cruel infortunio, y casi me siento dichosa practicando el bien y la caridad.

—Y decidme Margarita —dijo la de Medina— ¿no dejareis nunca ese traje?, ¿seréis siempre hermana de caridad?

—¡Siempre!, ¿quién lo sabe señora? —contestó Margarita alzando sus divinos ojos al cielo, cual si en aquella mirada fuera envuelto el postrer rayo de esperanza que alumbraba su alma; —quien lo sabe señora, mi destino es tan vario, tan incierto y mi corazón aunque cruelmente desgarrado, por la sombría mano de la fatalidad, abriga al calor de sus mas recónditos pliegues, alguna ilusión, no de felicidad completa, pero sí de un algo indefinible de nuevo y milagroso, que yo misma no acierto á comprender.

—Hermana —dijo una joven interrumpiendo á Margarita —en el salón numero uno hay un enfermo grave que requiere vuestra asistencia.

—Ya lo veis —dijo Margarita volviéndose hacia los esposos— no puedo permanecer con vosotros, no puedo detenerme. Adiós señora —agregó alargando su mano á Andrea. Esta abrió sus brazos, atrajo á Providencia sobre su corazón y la retuvo blandamente.

—Yo seré tu hermana, tu madre, la dijo en el oído, júrame que en otra ocasión me contarás tu historia.

—Gracias —balbuceó Margarita, profundamente conmovida— gracias señora, sí, os contaré mi triste historia, adiós caballero —dijo dirigiéndose á Medina, mientras que fijaba tenazmente sus ojos en el rostro triste y lindo de Andrea, como si quisiera retener en su memoria y en su corazón, aquellas facciones, que sin comprender el oríjen de su afecto, la impelía hacía ambos interesándola vivamente. Margarita se alejó en compañía de la joven novicia.

Los esposos se miraron.

—¿Si fuera nuestra hija? —murmuró Andrea.

—¿Cómo se te parece? —dijo Augusto— es tu retrato, yo no sé, no sé que loca esperanza me ha hecho concebir esa desgraciada niña.

—Ah! yo también siento en mi corazón, siempre marchito y desconsolado, algo que lo hace revivir y que lo produce la estraña semejanza que hay entre esa niña y yó y aun contigo Augusto mio, su mirada intensa y apasionada, es la viva espresion de tus ojos, luego su frente, el eco de su voz es el timbre de tu acento.

—Todo lo he notado, y encuentro un parecido que solo siendo nuestra hija se esplica.

—Octavio tenia razón, pero no sé si soy mas desgraciada, sin embargo, de cualquier modo, bendigo á la Providencia y la hora en que ella sin duda puso en nuestro camino á Edgardo, el nene como lo llama Jacobo y á esta santa criatura Margarita.

—Es necesario retirarnos —dijo Medina— llega la hora de cerrar el establecimiento.

—Adiós amigo mio —dijeron ambos, poniéndose de pié, mientras que estrechaban la enflaquecida mano del enfermo.

—Dios oiga mis súplicas —dijo este, y con los ojos oscurecidos por el llanto vio alejarse á sus nobles protectores

CAPITULO XXI

El herido

Sigamos á Margarita.

La joven se dirigió al salón primero. Buscó ávidamente el lecho del herido indicado y no hallándole allí, se volvió á la joven novicia que con muestras del mayor respeto estaba aun de pié á corta distancia:

—¿Dónde está hija mia? —dijo.

—Está aparte, hermana, en el salón primero.

—¿Luego está muy grave?

—¡Oh!, sí, muy grave.

—Vamos, vamos allá.

Providencia cruzó los grandes salones, luego un patio espacioso, donde á porfía los enfermos convalecientes ya se disputaban los consoladores rayos del sol que llenaba con su benéfica luz el frio patio. Llegó á una última sala que era sin embargo la primera en su jénero, pues ella es solo destinada para hacer operaciones difíciles y casi siempre de muerte. La joven entró y acercándose al enfermo se inclinó:

—Infeliz —dijo— casi es un cadáver.

En el mismo instante un médico ya anciano, entró seguido de dos jóvenes practicante. Se acercó al herido, pusólo, y su cabeza y su labio hicieron un movimiento que bien podría traducirse por indiferencia ó descontento. Luego descubriendo el costado del enfermo reconoció la herida que era profunda y hecha sin duda con cuchillo de tres filos.

La hermana Providencia, en tanto, lavaba con una pequeña esponja empapada en vinagre una boca sangrienta hecha bajo la mandíbula izquierda y producida sin duda por la bala pequeña de un revolver.

Cuando el médico hubo terminado la operación de desangrar la herida y vendarla, Providencia con esa expresión resignada y tranquila que también saben dar á su rostro esas criaturas especiales, preguntó muy quedo al anciano médico:

—¿Creéis que se muera, hermano?

—Quién sabe, es un caso casi perdido, la hoja de la daga damasquina semejante á una lanza de tres filos ha hecho sangrientas labores en el costado de este infeliz, y casi me atrevo á asegurar que está interesado el hígado.

—¿Vais á sondearlo?

—Lo mismo será mañana —dijo el médico con esa indiferencia criminal con que se mira generalmente á los desamparados enfermos del hospital.

—Pero... observó la hermana, este hombre se vá á morir, tal vez si lo atendéis Dios haga un milagro.

—Perded cuidado hermana: hacedle dar los auxilios de la religiosa y encomendad su alma á Dios.

El médico salió y Providencia sola, cayó de rodillas á la cabecera del lecho: sus labios se movieron suavemente y su alma piadosa comenzó una plegaria que no debía concluirse. En tanto el enfermo ajitado por una horrible calentura hizo un esfuerzo y alzando las toscas sábanas sacó fuera dejándola caer pesadamente una blanca y delicada mano.

Providencia fijó sus ojos en aquella aristocrática mano y un grito inarticulado se escapó de sus trémulos labios, sus rodillas vacilantes apenas la sostuvieron para ponerse de pié, pálido el rostro y la boca entreabierta como si su alma fuera á exhalarse en una emoción infinita, se aproximó al lecho y tomando aquella mano comenzó á examinar una sortija que el herido llevaba puesta en el dedo meñique, y que era de gran precio. Margarita lívida de esperanza y de duda tomó la sortija con los dedos, pero al resbalarla con violencia, por la inquietud de su corazón, el moribundo hizo un movimiento y oprimiendo con su otra mano el anillo, murmuró débilmente con la voz desfallecida por la falta de sangre:

—Nó, de...jad...me...la.... Con ella... á la...tumba... nó, nó... por... Dios...

Providencia se detuvo.

—Esa voz... —dijo, yo la he oído, pero nó, no es la suya, esperaré, pero ¿y si se muere? ¡Oh! quien sabe que relación tiene este hombre con mi destino, quizá es una profanación, ¿pero qué hacer? después se llevarán el cadáver y...

La joven volvió á detenerse ante la lucha de su corazón y de su conciencia, luego haciendo una última resolución volvió á tomar con energía la mano del herido, y á pesar de la mucha resistencia de éste, sacó la sortija de sus crispados dedos y se lanzó á un rayo de luz que entraba por una claraboya inmediata; como si aquella sortija fuera un objeto conocido por ella, le dio vuelta en sus dedos con una destreza admirable, oprimió con la uña del índice un resorte casi invisible, y trémula, apoyando la frente cubierta de sudor y mortal palidez en la inmediata pared, descubrió lo que su corazón buscaba, esta era una pequeña cinta blanca con dos letras M y P grabadas con tinta punzó ó sangre y luego, mas abajo, con menuda letra de mujer, el letrero siguiente: *amor eterno*.

Margarita quedó un segundo como dormida, luego vuelta en sí, se lanzó frenética al lecho del moribundo, con sus manos apartó del rostro de aquel el cabello ensangrentado que lo cubría en parte, y aquella soberbia y noble frente, tan espaciosa como pálida le recordó á un solo hombre. Después con la pequeña esponja conque antes lavara la herida, volvió á enjugarlo con ansiosa solicitud y aquel rostro pálido y cadavérico volvió á ser hermoso, con la hermosura del sufrimiento y del dolor. Margarita lanzó un agudo grito. —¡Plácido! —dijo, y cayó de rodillas, doblando sobre el cuello la cabeza.

Transcurrió un breve espacio, después se alzó precipitadamente, inclinóse sobre el cuerpo inanimado de Santillana

—Sí, si, es él, mi Plácido adorado, murmuró intensa y dolorosamente. Y oprimiendo contra su seno la pálida cabeza del herido, acercó su boca al oído de éste y comenzó á hablarle así:

—Plácido, Plácido mio, soy yo tu esposa, tu infeliz querida, ¿no me oyes amado mio, no conoces la voz de tu adorada Margarita?

El cuerpo de Santillana sufrió un lijero estremecimiento, y un gemido doloroso contestó al angustiado acento de su querida.

—No, no morirás —gritó la pobre amante, casi demente golpeando con su frente el borde del lecho, mientras que con sus lágrimas bañara el rostro del moribundo:

—No morirás, porque yo no quiero que *mueras*, porque seria horrible perderte para siempre, cuando la divina Providencia te trae á mis brazos, nó, no morirás Plácido mio, porque yo te daré la sangre de mis venas, el aliento de mi corazón para que vivas tú.

Y con el talle inclinado sobre el cuerpo ríjido de Santillana, oprimía la boca de éste con su boca, cual si en aquel beso supremo quisiera transmitir todo el fuego vital de su alma, al corazón agonizante de su querido. Plácido ajeno á todo, solo respiraba por las anchas heridas de su cuerpo, su cerebro paralizado por la conjestion no tenía ni siquiera la acción de sentir sus propios dolores, y solo en aquella parálisis del cuerpo y del alma (si se le permite,) habia sentido que alguien le robaba el anillo y habia hecho un esfuerzo sobrehumano.

Luego sus fuerzas agotadas por completo lo habían postrado, produciéndole una especie de parasismo de muerte que llegó á aterrar á Margarita.

Cuando volvió en sí de la indecible emoción que la dominaba, pensó un solo instante en el peligro que corría su amado, la vida de éste se extinguía y ella insuficiente para retenerla se mesaba los cabellos, é implorando la clemencia divina no acertaba en el extravío de su imaginacion á coordinar una idea salvadora.

Mas de pronto el recuerdo de Fernando como la sombra de un ángel, hízola lanzar un grito de júbilo, si júbilo podia sentir aquella alma horriblemente dolorida y cubriendo de ardientes y desesperados besos la cabeza inanimada de Plácido, se lanzó hacia fuera, cruzó con increíble rapidez el gran patio y llegando á la portada principal salió á la calle, y mas rápida que una fatua exhalación se dirigió á casa de Teresa.

Teresa, la casta y bella esposa, ajena enteramente á los últimos acontecimientos que se producían en la vida de Margarita, arreglaba tranquilamente su tocado, de pie frente á un magnífico espejo de cuerpo entero colocado en su gabinete de vestir...

La inesperada presencia de Fernando la hizo arrojar un ¡ay! de sorpresa, y corriendo á su encuentro llena de gozo:

—No te esperaba —le dijo— presentándole su pura frente en la que el feliz esposo selló sus labios con su ósculo castísimo.

—Es verdad —dijo Fernando, atrayendo á su esposa hacía un sofá inmediato— no debia venir hasta la noche, pero una fuerza mayor me ha traído á tu lado cuando menos me esperabas.

—¿Y que es ello Fernando mio?

—Vas á saberlo, pero el caso es que no sé como decírtelo.

—¿Qué quieres decir? espícate.

Y Teresa, fijando sus lindos ojos en el cambiado semblante de Fernando:

—Pero tú tienes algo extraño —dijo— algo nuevo pasa por tí, en nombre del cielo dime lo que tienes.

—Lo que tengo es una gran noticia que darte.

—¿El hijo de Margarita acaso? —articuló la joven temblando.

—No, Teresa mia, no es su hijo de quien se trata pero quizá es de su amante.

—¡Plácido, cielo santo!! —esclamó la joven alentando apenas pálida y profundamente conmovida.

—Si, Plácido —le dijo Fernando sacando de su paleta una hoja doble de un diario matinal en cuyas noticias se registraba el párrafo siguiente y que Fernando leyó á su esposa:

“El distinguido ciudadano Don Luis Saavedra respetable y digna persona á quien todos conocen, ha sido anoche víctima de un crimen horrible-ha sido asaltado y acribillado de balas, una de ellas ha penetrado en el corazón haciendo víctima á Saavedra de una muerte que no tardará en producirse pues el estado de este señor es gravísimo. El asesino principal se llama, según declaración de Saavedra, Plácido Santillana y criminal y premeditadamente parece que ha satisfecho en el asesinato perpetrado por él una venganza jurada á la víctima, de mucho tiempo atrás. Santillana, así como sus cómplices han sido capturados por la autoridad, encontrándose el primero bastante mal herido...”

Fernando no concluyó. Teresa lanzó un grito y Margarita sin alientos, el rostro mortalmente desfigurado y sin hablar por el horrible cansancio de la carrera, se precipitó en el gabinete de Teresa y corriendo hacia Fernando asíolo de una mano, diciéndole balbuciente:

—Se muere, salvádmelo hermano mio, y cayó de rodillas lanzando un gemido inarticulado, una especie de grito supremo y doloroso.

Fernando todo lo comprendió.

—¿En el Hospital? —dijo.

Margarita movió la cabeza afirmativamente, y Fernando salió corriendo en dirección al Hospital General de Hom-bres.

Teresa en el transcurso de algún tiempo se había visto sujeta á tan amargas pruebas que su corazón sin perder la natural sensibilidad, habia adquirido un grado de energía tan superior que en aquel trance tan duro no sintió la menor pusilanimidad y rociando con agua fresca el rostro amoratado de su amiga, se puso de rodillas y sosteniendo con un brazo la cabeza desmayada de Margarita, desató suavemente la gorra de percal que cubría la cabeza de esta

y Teresa quedó asombrada; las largas trenzas de la joven habian sido cortadas y un pelo corto finísimo y rizado casi al cuello prestaba doble belleza al triste y bello rostro de la hermana.

Margarita abrió los ojos y fijándolos vagamente en derredor dijo:

—¿Donde estoy? Teresa, ¿que es esto?

La joven la retenia sobre su corazón.

—Es un sueño —volvió á decir— Dios mío, yo he soñado, y restregándose los ojos miró á su hermana.

—No —dijo esta— no es sueño amiga querida, es a un mismo tiempo una dulce y amarga realidad.

—¡Ah! ¡ya me acuerdo! —grito la infeliz amante y luego, variando el tono de su voz y poniéndose de pié— ¿No es verdad que soy feliz? —le dijo besándola en la frente.

—¿Adonde vas? —le preguntó la joven deteniéndola cuando Margarita ya daba un paso.

—Al Hospital —contestó.

—Pero estás enferma....

—¿Que importa? no vés que quiero morir.

—¡Morir tú!

—¿Que te estraña esto?

—Si, ahora mas que antes, porque hoy la vida la necesitas, puesto que de tu ternura y cuidado quiza se sostiene el hilo que alienta aún la existencia de tu amado en este mundo.

—Tienes razón —dijo Margarita— á pié, tardaría, hazme traer un carruaje.

Teresa salia y una lágrima resbaló de sus ojos, -la incoherencia de las palabras de su amiga le asustaban.....

Volvamos cerca del lecho de Plácido. Margarita ó Providencia estaba á su lado, a corta distancia de ella un sacerdote la contemplaba atónito y Fernando también de pié fijaba en la joven una mirada de terror. Margarita alzó la cabeza, estaba despojada de la gorra y el cabello corto y rizado daba á sus griegas facciones un tinte de energía varonil que Fernando y el sacerdote calificaron de demencia.

La joven alzó la cabeza y fijando en el último sus grandes y azulados ojos.

—No —le dijo— no quiero que le pongáis la santa unción; ésta alma noble, cristiana y pura como la de un ángel no necesita las farsas del mundo, idos, idos no le despertéis.

El fraile palideció, dio un paso y mirando á la hermana con rabiosa espresion.

—Profana —esclamó— en nombre de Dios dad paso á la religión.

La joven se sonrió.

—No le toquéis —dijo sin inmutarse— yo soy su esposa y nadie después de Dios en el cielo, tiene derecho acá en la tierra sobre ese helado cuerpo.

El sacerdote miró atónito á Fernando, este hízole una seña y el fraile, lanzando una mirada del mas profundo encono á Margarita salió de allí.

—Perdonadla padre —dijo Fernando una vez afuera— perdonadla su razón está estraviada.

—No lo creáis —repuso el fraile con furiosa entonación— es una profana, una judia, una hereje, os juro, añadió, que si aún existiera la santa Inquisición, hoy mismo esa falsa sacerdotisa de la benéfica caridad iría á la hoguera.

El fraile se despidió, y Fernando reflexionando en las últimas palabras de éste se dijo.

—Quizá Margarita tiene razón.

Luego volvió al lado del herido y á su cabecera de rodillas ante el crucificado, vio á Providencia orando con sublime fervor mientras que de sus ojos corrían abundantes lágrimas.

CAPITULO XXII

¿Eres su sombra?

Plácido acusado por D. Luis habíasele formado causa é instruido el sumario. Se tomó declaración á los dos reos que se suponían cómplices de Santillana resultando de ella ser este inocente, y víctima de Saavedra por quien dijeron los dos haber sido pagados espléndidamente con el objeto de sacrificar á Plácido, declararon también las últimas palabras de Don Luis cuando espirante les arrojaba su estoque, envenenado en cuyo puño se leía grabado sobre su propio nombre. Luego la esposicion del facultativo examinador declarando ser cierto el envenenamiento de la hoja del estoque de Saavedra, y por último el careo de ambos presos con Don Luis á quien anonadaron con solo su presencia seguidos de la autoridad. La causa se instruyó en horas y Plácido resultando inocente fué trasladado de Fernando siguiéndole Margarita en clase de enfermera.

En un pequeño gabinete pobremente alhajado aunque con un gusto esquisito se veía un lecho sobre cuyas suaves almohadas y blanquísimas sábanas descansaba su cabeza y su cuerpo dolorido nuestro interesante amigo Plácido Santillana.

A su lado, tenuemente iluminada por el rayo mortecino de una lámpara á media luz se veía á Providencia, sentada é inmóvil como una estatua de alabastro con los grandes é inteligentes ojos, fijos sobre el rostro pálido de su amante. La joven velaba.

La gran gorra y escapulario de Caridad, estaban sobre un mueble inmediato, y su cabeza descubierta parecía transfigurada con un tinte de belleza nueva y mas fuerte si se quiere.

El estado del herido era grave pero ofrecía á Fernando grandes esperanzas. Una postración completa, mas que del cuerpo, del alma, habíanlo sumido en un letargo de cuyo fin esperaba el facultativo la benéfica reacción. Aquel corazón fuerte y vigoroso, aquella naturaleza de fierro habia sucumbido ya debilitada por el sufrimiento, por lucha tenaz y desesperada, por un combate desigual en que las violentas emociones del espíritu tenían que superar á la materia.

Plácido solo, sin afecciones, llorando á su querida, á su hijo, con el corazón deshecho por su primer amor, era casi huérfano sobre la tierra; su alma noble y generosa hasta lo inverosímil no podia concebir, solo concebir la idea de dar forma y vida á otro sentimiento nuevo y amoroso donde habia vivido y latido con infinita pureza y lealtad el amor á su perdida Margarita; examinó su alma y la encontró seca, pequeño en medio de su propia grandeza, solo tuvo un pensamiento, morir y encerrar en la tumba sus recuerdos de pasada felicidad y sus aspiraciones tronchadas por la mano de Don Luis.

Plácido pensando en la muerte, esta le salió al encuentro pero no de un solo golpe como él lo habia saboreado, sino traidora y alevosamente en medio las tinieblas, en momentos que su alma piadosa se disponía á hacer el bien, llevando un consuelo al seno de una familia cuya miseria y difícil situación habíasela narrado el día anterior un mendigo cojo y haraposo que hallara en el atrio de *San Miguel*...

Santillana se quejaba fatigosamente entreabriendo los secos labios lívidos y calenturientos. De tiempo en tiempo alzaba las manos y como si algo quisiera apartar ajitábalas un instante y luego dejábalas caer inertes, murmurando frases incoherentes efecto del desvario. Margarita dobló aba-

tida la cabeza sobre las almohadas. Plácido se estremeció, y como si la proximidad de aquella cabeza querida hubiera comunicado á su corazón un rayo de vitalidad magnética:

—¡Margarita! —murmuró con voz leve pero suavemente modulada— vén te amo... ¿y nuestro hijo?... recuerdas la noche veinte y nueve de Mayo...—que bella estabas, tenias el cabello suelto y destrenzado, bañado por los rayos de la luna, ¡oh! ¡que hermosa eres amada mia.

Margarita había caído de rodillas á la cabecera del lecho y escuchaba el tierno acento del enfermo, pálida de amor.

Plácido alzó las manos, hizo á un lado las sábanas precipitadamente y levantando la voz, entera aunque algo fatigosa.

—Aparta —murmuró— no la toques, no me la robes, es mia, es mi esposa Don Luis mi venganza es aun mayor de lo que tu crees, en la lista de tus víctimas también figuran otros padres desgraciados. ¡Oh! yo no soy Augusto —en las costas del Pacífico suelen salvarse los criminales, pero en las llamas de una estrecha hoguera no te salvarás tú— y luego haciendo un esfuerzo supremo añadió con tono casi suplicante:

—Dame á mi hijo, dame á mi hijo y te perdonaré.

La voz se ahogó en su garganta, se incorporó lijamente, y luego se desplomó dando un ¡ay! doloroso. Margarita se levantó, se inclinó sobre el rostro de Santillana, y tomando una de sus manos la llevó á sus labios con adoración. Plácido abrió ios ojos, miró á Margarita un instante, y sonriendo dulcemente, murmuró muy quedo:

—Sombra querida, ¿vienes á buscarme?

—Plácido mio —dijo la joven— amado de mi corazón, ¿no me conoces ya?

—¿Que si te conozco? ¡Ah! ¿no ves aquí? —y el enfermo señaló la herida en el pecho— ¿no ves tu imájen dibujada con lágrimas sobre mi corazón? no lees en mi alma el tesoro de fanático amor con que adoro tu sombra purísima é impalpable?

—¡Oh! tú, que superior a todas las miserias de la humana vida, habitas el infinito, implórale al criador deje descansar este miserable cuerpo en un solitario sepulcro, y que mi espíritu purificado á fuerza de tanto amar y sufrir, se una á tu espíritu confundándose en una sola emanación, y así inmortalizadas nuestras almas, llegarán á divinizarse con el amor de los alíjeles. ¡Oh! llévame contigo, por Dios sombra querida, no te desvanezcas, no te alejes, ¡me haces tan feliz!

Plácido delirando por efecto de la calentura, asió los pliegues de la negra túnica de Margarita, y cerrando los ojos murmuró.

—Amada mia, vela mi sueño y cuando raye la aurora, huye en el primer rayo de sol que descienda á la tierra, pero que nadie sepa que viniste á arrullar el sueño triste y doloroso de tu querido.

Fatigado por el desvario de su calenturienta imaginación, quedó en silencio y pareció dormir.

Margarita aun de pié, permanecía llorando en silencio, y cuando la respiración de Plácido dormido, aunque inquieto llegó á sus oídos, la joven besó repetidas veces su frente y su varonil y hermosa cabeza, sentóse después á la cabecera del lecho, velando el resto de la noche.

En esta misma noche en que Plácido deliraba con la sombra de su amada, otra escena parecida, aunque de distinta especie por el jénero de los personajes, tenía lugar en la estancia de D. Luis. Este, mortalmente herido, como lo dejamos en el capítulo XXI, veía ante sus ojos la puerta de fuego del infierno entreabrirse para él y retorciéndose desesperado en el lecho maldecía como un condenado y renegaba hasta del sagrado nombre de Dios. Inés estaba á su cabecera.

En la estancia inmediata velaban algunos amigos de D. Luis.

La joven temiendo el delirio, tenía buen cuidado de no permitir la entrada en la alcoba del enfermo, por temor de que fueran escuchadas sus horribles declaraciones, y bajo

el pretexto de que el médico había ordenado el absoluto despejo y silencio en aquella habitación, velaba sola, sin otra compañía que un viejo y antiguo servidor de la casa.

Oigamos el delirio de D. Luis.

—¿Leonor —decía con voz cansada— Leonor porqué me has engañado? Venganza, venganza, hé ahí el lema que voy á imprimir en mi frente, escritos sus caracteres con tu sangre. Sí, yo te mataré, á tí y al hijo de tu amante, y luego con el corazón desgarrado por tu pérfida mano, emprenderé solo y empapada el alma en odio al camino sabroso de la venganza; semejante al judío maldito llevaré como llevaba aquel el azote de las pestes á los pueblos, yo llevaré la desolación al seno de cada familia, y la perfidia de una mujer, me la pagará la humanidad entera. Y luego variando de tono gritó:

—Me quemó, agua, trae agua.

La joven se levantó, vació de una pequeña redoma algunas gotas de licor en un vaso y aproximándolo á los labios de D. Luis, éste lo apuró jadeante, luego cayó su cabeza sobre la almohada, y una respiración ó extraño ronquido levantó la bóveda de su pecho.

Las heridas de D. Luis eran de muerte, pero los médicos aseguraban que aun viviría algunos días, aunque siempre martirizado por el proyectil que era imposible extraer, por haberse internado en las túnicas del estómago. Inés era el único ser que por un rasgo noble de su corazón, no se atrevió á abandonarlo.

CAPITULO XXIII

La voz de la conciencia

En una de las estraviadas calles de las orillas de la ciudad casi en las quintas, se veía al final de una cuadra cortada una pequeña casita de limpia aunque pobrísima apariencia, y á su puerta sentados bajo la sombra de la recién retoñada parra, un hombre y una mujer de aspecto vulgar, pero simpático.

Ambos son conocidos de nuestros lectores, el uno es Jacobo y la otra es Catalina, su mujer. Los ojos de la última estaban rojos, y Jacobo muy agitado, parecía próximo á llorar también.

—Yo te lo dije —decía la pobre mujer, con angustiada voz— ese niño á pesar de no haber conocido otros padres que nosotros, jamás nos tuvo cariño, era siempre orgulloso y nunca me trató de madre, solo me dijo Catalina.

—¿Y que quieres que le haga? —dijo Jacobo— ¿crees que yo no sufro, cuando entro vuelto del trabajo y no lo veo sobre mis rodillas? tengo impulsos de correr á casa de D. Augusto, y quieran ó no quieran, llore ó no llore el nene traérmelo.

—¿Y que te detiene Jacobo?, ¿crees tú que yo puedo vivir sin él? al fin somos padres, y nadie tiene mas derechos que nosotros.

Jacobo miró á su mujer.

—¿Y tendrías valor—dijo— para hacer sufrir á ese ánjel? si no nos quiere, si busca otros padres, si se aleja de nosotros casi con repugnancia, tal vez tiene razón, y piénsalo bien Catalina, ese niño, mejor que yó, bien lo sabes tú, y bajando la voz continuó, no es nuestro hijo, y si por una intuición natural el niño se aparta de nosotros comprende

quizá cual fué el brazo infame que lo alejó del cariño maternal, y créeme, si Edgardo encontrara a á sus padres nos amaría mas de lo que nos ama ahora.

—¡Ah! —esclamó Catalina sollozando amargamente— ¿porque aquella noche tan feliz para mí en que en medio de la furiosa lluvia viniste con un envoltorio en los brazos y presentándome el niño entumecido por el frío, no me dijiste la verdad, ¿porqué me engañaste Jacobo? me hiciste creer que al cruzar una estraviada calle el lloro lastimero de un niño te detuvo, y que volviendo los pasos te encaminaste hacia donde se escuchaba el llanto, me dijiste que allí envuelto en la delicada ropita que aun conservo, llorando y chorreando agua encontrastes el pobrecito ánjel y envolviéndolo en tu capa te dijiste “éste será nuestro hijo”.

—¡Ah!, Jacobo —añadió la pobre mujer— ¿porque no me dijiste “lo he robado”, “lo he arrancado de los brazos á una madre desgraciada”?, yo entonces no habria amado tanto á ese que yo creia huérfano, no me habria esclavizado á su voluntad, y al menor de sus caprichos, no me habria hecho en fin la ilusión de creerme su verdadera madre y renunciando á sus infantiles caricias, ya que Dios no me concedió el encanto de la maternidad, sin un átomo de egoísmo, y solo pensando en el horrible dolor de esa madre infeliz, habríala buscado y le habria devuelto á su hijo.

Catalina calló, y Jacobo ocultando el rostro entre ambas manos, exclamó con voz angustiada:

—¡Miserable de mí! tuve miedo entonces y engañándote creí hacerte feliz, dándote en aquel niño una dicha inesperada, te engañé porque comprendí tu desprecio si te decia la verdad: pero mas tarde Catalina mia, cuando me despierto en la noche y fijo mis ojos en la impalpable oscuridad veo una sombra de mujer joven y hermosa que se me acerca y con voz llorosa y angustiada me demanda al hijo de sus entrañas, luego aquella sombra se inclina, y encorvando su pálida cabeza me muestra sobre su cráneo la cicatriz sangrienta del puño dé un hombre impresa allí, ésta

es tu mano me dice y desaparece, entonces grito, horribles dolores ajitan mi conciencia, la voz del remordimiento llama á mi corazón, haciéndome llorar lágrimas de sangre.

Catalina suspensa escuchaba á Jacobo con admiración. Este calló y Catalina mirando á su esposo.

—Es preciso tomar una resolución —dijo— yo sabré enjugar mis lágrimas, haré callar la voz de mi corazón, hablaré francamente á Don Augusto y á la Señora Andrea, les diré quien es el niño, ó mejor dicho, lo que de él sabemos y les rogaré que indaguen el paradero, si es que existen sus padres: entonces dormirás tranquilo Jacobo y yo á pesar de faltarme la alegría de mi hijo, consolaré mis horas con el recuerdo de su felicidad y bienestar que nosotros no le podemos dar jamás.

Catalina calló y Jacobo echándole los brazos al cuello:

—Gracias Catalina —le dijo— gracias porque has sido tan buena conmigo.

En tanto Andrea y Augusto felices con su nuevo hijo, se entregaban por completo á aquella mágica ilusión. Sentados ambos en un pequeño diván de uno de sus suntuosos salones, fijaban una mirada de infinita ternura en el niño Edgardo, que á corta distancia de ellos sobre la mullida alfombra, jugaba rodeado de una inmensa cantidad de valiosos juguetes.

De súbito se puso en pié, y acercándose á los dos esposos:

—¿No me quieres comprar un reló papá? —dijo con su vocecita de ángel, subiéndose sobre las rodillas de D. Augusto.

—¿Porqué nó, hijo mio?, hoy mismo te lo compraré.

El niño reflexionó un momento.

—¿En qué piensas? —le preguntó Andrea.

—Pienso en mi reló —murmuró pensativo.

—¿En el que te vá á traer papá?

—Nó, en el mio, pero Catalina no me lo quiere dar.

—¿Cómo! ¿tú tienes reló?

—Sí, muy chiquitito; pero Catalina me decia que era de mi padre, que cuando fuera grande me lo daría.

Augusto miró á su esposa, y sentando al niño sobre sus rodillas le dijo.

—Y ese reló hijo mio, ¿tú nunca lo abriste?

—Nó, mamá Catalina no quería, y no quería tampoco que Jacobo supiera que ella lo tenia.

—¿Cómo, pues no dices que era de tu padre?

—Pero de Jacobo no, él es pobre no puede tener un relojito tan rico.

—¿Y tu tienes otro padre, hijo mio?

El intelijente niño bajó la cabeza y luego escondiéndola en el seno perfumado de Andrea comenzó á llorar amargamente.

Los esposos se miraron sorprendidos.

—¿Porqué lloras, niño mio? —dijo la dulce madre adoptiva.

—¿Porqué lloras mi vida? —agregó Augusto.

—¡Ay! —balbuceó el niño sin alzar la rubia cabecita y sin que cesara su llanto—yo lloro porqué no quiero ser hijo de Jacobo, yo quiero otra madre y si no me quieres tú, yo me voy á morir.

Una lágrima humedeció los ojos de los esposos y tomando Augusto el resentido niño hablóle con voz dulce; pero austera y llena de rectitud.

—Edgardo, tu tienes cuatro años, sabes que Jacobo y Catalina son tus padres, ámalos y respétalos como á tales. Andrea y yo somos tus segundos padres, tus protectores, eres nuestro hijo querido, no te apartarás nunca de nuestro lado, pero en cambio tienes que amar también á tus padres ¿no es verdad hijo querido?

El niño se sonrió.

—Si papa mio, si, voy amarlos á Jacobo y á Catalina.

Y luego acercando su boquita al oído de Andrea murmuró muy quedo con una espresion de indefinible travesura.

—Lo he engañado, mamá no creas que le he dicho la verdad, y tornó á reírse saltando de las rodillas de Andrea.

Esta, feliz con el amor purísimo de aquel ángel, era mas egoísta que Augusto y a pesar de reconocer el justo modo de pensar de este, se complacía en el genero de afecto que el niño les profesaba, asi es que dirijiéndose á su esposo mientras que Edgardo se puso á jugar distraido, le dijo.

—¿Porque te empeñas en torcer los sentimientos de su inocente corazón, Augusto mio?

—¡Ah! Andrea, no puedes figurarte de que manera me violento, pero ¿que es esto? ¡tu tan justa, tan noble me haces esa pregunta!

—Que quieres, me he vuelto egoísta, casi mezquina por el amor de ese niño.

—Yo también —dijo Augusto— pero es preciso no olvidar que tiene padres.

—Quien sabe Augusto, fíjate un momento en la belleza noble y altiva de Edgardo, mira sus azulados ojos tan puros y dulces, su piececito tan mono, todas sus delicadas formas y dime sí no es posible creer que esa cabeza encantadora, esté coronada por una sombra misteriosa, que, quizá nos sea dado romper á nosotros.

—Tienes razón —dijo Augusto pensativo ante la duda manifestada por su esposa— es preciso averiguarlo.

Los esposos enteramente ocupados de su hijo adoptivo siguieron hablando largo rato.

Al dia siguiente la mujer de Jacobo se presentó en casa de Medina. Catalina visiblemente conmovida hablaba muy bajo en presencia de Andrea.

—Voy á decir á V., señora Andrea, un secreto muy querido para mi —le dijo— no he hallado mejor depositaria que Vd. y vengo á confesárselo con toda franqueza.

—Has hecho bien hija mia —dijole Andrea sin alcanzar la idea de la mujer de Jacobo— has hecho bien porque yo sabré guardar tu secreto y protejerte si lo necesitas. Habla y no tengas recelo.

—Gracias señora, no en balde me he dirigido á V.: mi secreto es de aquellos, señora, que queman el corazón cuando se guardan mucho tiempo, y el mio que lo habia enmudecido

la mano de la esquivéz, hoy se desborda y me señala el buen camino diciéndome: vuélvele á ese ángel la felicidad que le robaste sin querer y vé corriendo á casa de los protectores de Edgardo á decirles la verdad.

—¿Como?, ¿se trata de vuestro hijo? —esclamó Andrea pálida y alentando apenas.

—Edgardo no es mi hijo señora —murmuró Catalina.

Aquella revelación casi imposible para ella y que le quemaba los labios, subió deshecha en llanto á los ojos.

—¡Oh! ¡Providencia divina! —dijo Andrea alzando los ojos al cielo mientras decia á la desolada jóven— ¿luego Jacobo tampoco es su padre?

—Nó, la mano del crimen, sin duda arrojó á ese niño casi moribundo á la puerta de mi humilde casa, yo le crié con esmero y el desamparo de su inocente vida me hizo amarlo como lo amaría su propia madre.

Catalina mentía en parte pero era preciso salvar á su marido sin titubear ante una mentira que casi se parecía á la verdad, pues que ella habia sido engañada lo mismo por Jacobo al entregarle el niño.

—Yo no tenia hijos —prosiguió la joven— Edgardo fué el hijo de mi corazón: aquella noche inolvidable, triste y solitaria como siempre durante gran parte de la noche, velaba esperando á Jacobo: llovía á cantaros y los relámpagos en grandes listas de fuego cruzaban el firmamento y hacíanme estremecer de terror con el estampido del trueno, yo rezaba en el momento en que mi alma concluyendo su oración mental, mi labio repetí a padre nuestro que estas en los cielos, ten clemencia para el desamparado, la puerta se abrió y Jacobo chorreando agua se precipitó en mi habitación dejando en mis brazos un envoltorio dentro del cual percibí la respiración casi estinguida de un niño. “¿Que es esto?” pregunté á Jacobo trémula de encontrados sentimientos, entonces me refirió el milagroso hallazgo que habia tenido. Llena de gozo, me figuré que sin duda el Todo-poderoso me enviaba aquella celestial criatura para consolar mi soledad. Comencé por calentarle, quitándole las ricas ropitas en que

estaba envuelto, heladas y llenas de agua, y luego como me fué posible lo cubrí con franelas calientes é introduje en su contraída boquita algunas cucharadas de vino caliente.

—¿Y no encontraste en su cuerpo alguna señal ú objeto por medio del cual pudiera ser reconocido mas tarde por sus padres? —preguntó Andrea profundamente interesada en el relato de la mujer de Jacobo.

—Si —dijo ésta— pero es una alhaja de valor que no tiene seña particular alguna.

—¿La conservas?

—¡Oh! si, está guardada con el mayor cuidado y esmero, asi como la ropita que entonces llevaba.

—Eso es bastante, tal vez ese objeto tenga algún resorte ó señal invisible. ¿No lo has visto nunca?

—No señora, no se me ha ocurrido, pero puede Vd. misma verlo.

Y Catalina sacando de su seno una pequeña cajita de cartón con un objeto envuelto en un papel de seda lo alargó á Andrea.

Esta lo tomó ansiosa y desdoblando el papel sacó una joya de gran valor, era una almendra de filigrana granate, la misma á que se referia el niño llamándole reloj— con una lluvia de brillantes rosa, por el lado superior, y por el otro una corona imperial formada con esmeraldas sobre un fondo de filigrana.

Lo dio vueltas en sus manos, buscó algo que le indicara el medio de abrirle, pero no lo consiguió, parecía de una pieza y sin resorte. Sin embargo Andrea no se creyó vencida, tiró con fuerza el cordón de la campanilla y un criado se presentó.

—Dile á Augusto —dijo— que pase aquí inmediatamente.

El criado salió y cinco minutos después, Augusto se presentaba en el salón. Andrea en breves palabras contó á su esposo los sucesos narrados por la joven Catalina y dándole la alhaja al asombrado Medina le dijo:

—Es preciso abrirlo, debe tener algún resorte oculto.

Augusto dio vuelta el relicario y advirtió que la capa de filigrana superior se movía. Hizo fuerza con la uña del pulgar y la tapa cedió. Bajo de esta apareció un pequeño botoncito que apretado por el centro dejó descubierto un retrato, preciosa miniatura de una mujer hechicera.

Andrea lanzó un grito.

—¡La hermana Providencia! —esclamó cayendo de rodillas.

—Su hijo —murmuró Augusto temblando de alegría.

Catalina petrificada por la sorpresa fijaba sus asombrados ojos en aquel patético cuadro.

CAPITULO XXIV

Presentimientos del alma

Plácido convaleciente ya, estaba estaba sentado en el lecho. A su lado se veía á Teresa y Fernando. El desgraciado ignoraba la existencia de aquella que lloraba muerta, sus ojos fijos en el espacio, tenían una espresion pensativa y estraña. Volvióse á los esposos que lo contemplaban mudos y complacidos y tomando entre las suyas las manos de ambos:

—¡Ah! —dijo con lágrimas en los ojos —¡vosotros no sabéis cuanto la amaba!

—Si —dijo Fernando— si sabemos cuanto la habéis amado, pero me atrevo á aseguraros que ahora vais á amarla mas. Plácido miró con estrañeza á su amiga, luego á Teresa. Este se sonrió.

—¡Mas!! ¡Imposible! —murmuró Plácido tembloroso, sin alcanzar el sentido de aquellas palabras estremas— no puede el corazón humano sentir un grado de ternura mayor que el que alienta y sostiene mi corazón.

—Sin embargo yo creo que vais á amarla mas.

—¡Explicaos en nombre del cielo!

—¿Y si Margarita no hubiese muerto?

—¡Ah! vosotros queréis hacerme vivir por medio de esa ilusión.

—No, no es ilusión amigo mio, es una realidad que si sentís con suficientes fuerzas pod...

Fernando no concluyó.

La cortina de la puerta del centro de la alcoba se alzó y Margarita pálida y trasparente como un espíritu, con los ojos húmedos de emoción, la boca entreabierta de ansiedad adelantó sosteniéndose vacilante hasta el lecho.

Plácido no resistió, fijó un instante sus ojos en el rostro de su querida y doblándose su cuello dejó caer la cabeza sobre el pecho. Margarita abrió los brazos y con ellos rodeando su cuerpo lo retuvo suavemente cubriendo de besos aquella frente y murmurando en sus oídos mil frases apasionadas.

El final de esta escena no es posible describirla; hay cuadros muy patéticos y de tan fuerte colorido que necesitan el pincel inspirado de un gran pintor y huyen de la pálida descripción del novelista. El ínteligente lector concluirá á su antojo lo que nosotros no nos atrevemos á concluir por temor ó desconfianza en las fuerzas de nuestra pobre pluma...

Quince dias después, Plácido se habia levantado envuelto en un abrigado rob-de-cbambre, y sentado en un sillón á la Crimea frente al mismo balcón y en el mismo lugar en que vimos á Margarita convaleciente.

Tenia la cabeza descubierta, é iluminada por un rayo de sol, parecía transfigurada por la inmensa felicidad que inundaba su alma y que revelábala de una manera inequívoca su pálido pero risueño rostro. Sus ojos habían perdido su natural dureza y enérgica espresion y ahora húmedos de ternura se fijaban sin dar entero crédito, en su amada. Sus blancas y enflaquecidas manos enlazaban las de ésta y sonriente de felicidad le decia:

—Todo me parece un sueño, me creo á mucha distancia de la tierra, en una región infinita, donde te he hallado á ti, ángel mío, donde te he encontrado al fin; otras veces creo haber nacido de nuevo, que toda nuestra negra historia de separación y llanto la he soñado y que luego despertando, me he hallado siempre feliz contigo. ¡Como has transformado mi existencia de insoportable que era, en adorable ahora! Yo que odiaba todo lo creado, y pensaba con fastidio en la vida, hoy por tu amor vuelvo á amar todo, deseo vivir y bendigo hasta mi pasado martirio, te tengo á ti alma mía y vivir, sentir tu voz, tu aliento, tus labios, es el cielo para mí. Aún me pareces mas bella, Margarita, es tan triste, tan

apasionado el rayo de esos ojos que creo han adquirido mayor dulzura, tu sonrisa melancólica y dulcísima, todo, hasta la diáfana transparencia de tus mejillas me parecen mas bellas, a veces al contemplarte tan aérea y vaporosa, creo que tu alma se ha escapado del cielo y ha descendido á la tierra en forma de muger, para consolar á tu huérfano querido. ¡Oh! no me mires así, y fuertemente impresionado rodeó con su débil brazo el cuello de Margarita. Esta descendió suavemente, y poniéndose de rodillas, murmuró, fijando sus ojos húmedos en los ojos de su amado:

—Yo también odiaba la vida, habíá perdido á mi primero y último amor en la tierra, luego al hijo de ese santo amor, no tenia mas afección que me ligara al mundo, que la amistad de mis dos hermanos. Muerta para todos, hasta para Don Luis que creyó mi falsa partida de defunción, borrado mi nombre del libro de los vivos, era un ser escepcional en el mundo, tendí una mirada al porvenir y solo divisé un abismo de densa oscuridad donde á fuerza de fijar mis cansados ojos, descubrí un rayo de luz consoladora, aquella era la única luz que podia guiar mi dolorida planta, y aquella luz difundíendose en torno mio, me mostró envuelta en blancos cendales la sombra de la Santa Caridad. Y entonces amado mio, prosiguió la joven con la frente levantada y la voz inspirada por la fé, no fui tan desgraciada, los hombres me arrebataron á mi amante y á mi hijo y Dios compadecido de mi horfandad, me dijo desde lo alto: “Sed madre de la humanidad entera”, y yo oyendo de rodillas aquella voz sagrada, juré por tu recuerdo santo ser Hermana de Caridad y profesar dos años después de mi noviciado. Dios no ha querido que mi sacrificio se consumara y antes de nuestra separación eterna te ha traído á mis brazos. Bendita sea mil veces, esa justicia divina, y que así como te ha devuelto á mi amor me devuelva al hijo de mis entrañas.

La jóven calló y Plácido cubriéndose el rostro con ambas manos lloró largo rato: la pobre madre también lloraba.

—Hijo mio, hijo de mi alma —murmuró Plácido y tornó á ocultar su rostro.

Margarita se puso de pié.

—Basta —dijo, apartando con sus manos las de su amante— basta, no llores mas, ahora no soy sola, recíprocamente ayudados buscaremos á nuestro hijo, y si vive, cree Plácido mio que lo hallaremos y si ha muerto, siquiera encontraremos su tumba para llorar sobre ella el fruto dorado de nuestro primer amor, ¿quién sabe! los arcanos del porvenir son inmensos, mira, no sé que eco extraño y misterioso me dice con una voz que creo haberla oído no sé dónde ni en qué época, tu hijo vive, confía y espera.

—¡Oh! yo también, dijo Plácido alzando la cabeza y fijando en su querida una mirada de asombro —yo también siento dentro de mi corazón una voz misteriosa que se le parece á la tuya, que me dice á todas horas: Tu hijo vive y es hermoso como su madre, espera y confía. Margarita palideció.

—¿Y cuando sientes esa voz, dijo, no ves una sombra de una mujer joven todavía que jira en torno tuyo y que tendiéndote los brazos, murmura sollozando palabras entrecortadas?

—No —dijo Plácido— alarmado ante la extraña exaltación de la joven.

—Yo sí —repuso ésta— anoche he visto despierta esa visión y luego al separarse me ha dicho: Confía y espera, tu hijo vive, y dejando un ósculo en mi frente se ha desvanecido diciéndome, adiós hija mía, adiós.

—Eres soñadora como una alemana —dijo Plácido sonriéndose, y atrayendo á ésta sobre sus rodillas, añadió casi feliz— visionaria, tú has soñado porque yo anoche acaricié tu frente dormida.

La joven se sonrió y replicó pensativa:

—Luego tú no crees en esos fenómenos por medio de la atracción magnética que tan bien nos esplica Julio Verne, y nos lo demuestra en su obra maestra “Los hijos del Capitán Grant” ¿No recuerdas tú, Plácido mio, agregó la joven creyendo en superstición, cuando solos y llorosos velan sobre el alcázar de popa, los huérfanos de Grant, el grito unísono

y espontáneo que ellos lanzan diciendo: ¡Mi padre!, ¡la voz de mi padre! y que ambos por una revelación misteriosa de sus inocentes almas, señalan á la vez el centro de las olas y piden con voz suplicante un bote para salvar á su padre, cuyo acento juran haber oído en el silencio de la noche? ¿no lo recuerdas amado mío?

—¡Oh! sí, es una escena sublime —contestó Plácido— recuerdo mas, que una vez satisfecho el deseo de los niños es hallado el Capitán Grant en la margen de una isla desierta, y que desesperando éste de ser visto, había gritado varias veces sin esperanzas de ser oído por la inmensa distancia que le separaba del buque, aquella voz es inverosímil que haya sido escuchada por sus hijos y solo un fenómeno de proximidad magnética ha podido hacer repercutir en sus corazones el acento paternal.

—Luego —dijo la joven— ¿porqué me dices visionaria?, ¿no crees que esa voz que ambos escuchamos y esa sombra que yo veo, tenga relación con mi destino?

—¡Porque no, ángel mio! esa es una ilusión ó una esperanza muy bella que yo jamás marchitaría y que alimentaremos mutuamente hasta que se realice ó se desvanezca.

CAPITULO XXV

El moribundo

Todo yace en el mas profundo silencio, solo el acompasado ruido de un reloj interrumpe la quietud sepulcral que reina en la alcoba de Don Luis. Este tendido en el lecho, con los ojos vidriosos y enturbiados gemía, retorciéndose presa de atroces dolores.

A su lado, de pié, estaba un joven sacerdote, quien con suave y cristiano acento se dirijia al agonizante.

—Hijo mio —decíale— levanta tu espíritu á otro mundo mejor, prepara tu alma y piensa en Dios.

—¡Oh!, no puedo —murmuró Don Luis ajitándose vivamente— no puedo, padre mio —y luego, con voz desfallecida prosiguió:

—¿No veis su sombra? Ella está aquí á mi cabecera, maldiciéndome, ¡ah! no, no puedo. ¿De qué me serviría vuestra absolución, padre?, aquí en la tierra, si allá arriba, no me la concederán mis víctimas?, ¿de qué me servirá?, decidme padre.

—Tú hablas como un réprobo, como un judío, no tienes fé en Dios, porque tu alma ennegrecida por el crimen, se cree incapaz de arrepentimiento. Tú hablas así porque nunca has conocido los consuelos de la religion; reflexiona un instante, piensa que vas á comparecer ante el augusto Tribunal, luego mira al fondo de tu estraviada conciencia, y si aún hallas en ella un rayo de fé, vuelve tu alma entera hacia el Creador, alivia tu espíritu por medio de la confesión, descarga tus enormes pecados y comprenderás entonces la misión del Ministro de Dios en la tierra, entonces tu alma purificada

por el arrepentimiento, llegará en la hora suprema y última de tu vida hasta las plantas del Señor y allí los espíritus impalpables de tus víctimas, te perdonarán también.

El joven sacerdote se detuvo, luego fijando el rayo ténisimo de sus ojos negros, sobre la amarillenta frente del moribundo, prosiguió, señalando con la diestra el cielo.

—Allá hijo, acaban todas las miserias de la humana vida, piensa que por grande, por inconcebible que sea tu crimen, Dios es mas inmensamente bueno y justo, y que los mayores pecadores de la tierra llegaron á morir sonriendo y se salvaron, purificadas sus almas por el mas puro arrepentimiento, piensa todos los consuelos que te ofrece la religión, aún eres inmensamente rico y puedes hacer muchos beneficios en la tierra que vas á abandonar.

Don Luis lanzó un gemido y estendiendo la mano buscó con afán la del sacerdote.

—Padre, mis crímenes son muy grandes —articuló con la voz debilitada por completo.

El sacerdote alargó el brazo y tomando de sobre la mesa de luz, á corta distancia del lecho, una pequeña redomita conteniendo un licor verdoso, del que vació algunas gotas en un vaso de agua pura, lo acercó á los labios de don Luis. Este apuró sediento la balsámica poción, y cual si aquella devolviera el vigor á sus entumecidos miembros, habló con voz clara é intelijible.

—Mis crímenes son muchos, padre mio, no hay perdon para mi alma.

—Mayor es la misericordia de Dios, miserable pecador —contestó el sacerdote con dulzura— por grandes que sean tus delitos, si un sincero arrepentimiento descende á tu corazón, sentirás una tranquilidad inmediata, y tu alma absuelta por Dios no sufrirá las torturas que la esperan si mueres sin los auxilios de la religión que pide todo cristiano al emprender el camino de la Eternidad.

Don Luis ajitó la cabeza sobre las almohadas, luego sus labios se movieron.

—Sí padre, sí —dijo— estoy dispuesto á confesaros la negra historia de mi pasado, pero antes desearía pedir os un favor.

—Habla hijo mío, indícame tu deseo, y estaré satisfecho si te puedo ser útil.

—Existe un ser, padre mio —balbuceó Don Luis deteniéndose anhelante— á quien deseo ver y sin cuyo perdón no podrá gozar descanso mi alma.

Don Luis volvió á hacer una pausa y luego prosiguió:

—Ese hombre debe hallarse en el Hospital de Hombres y su nombre es Plácido Santillana.

Calló Don Luis, y el padre Miguel tomando su sombrero iba á salir, cuando volvió á llamarlo.

—Oid padre —le dijo— quiero que le digáis que no se niegue, que sea una vez mas, generoso con su asesino, que piense que en la hora de la muerte no se miente

—Piensa en Dios, hijo mio —dijo el padre— pronto yo estaré á tu lado otra vez, y salió.

CAPITULO XXVI

El perdón

Una hora mas tarde el padre Miguel entraba en la casa de Don Luis y dos minutos después un carruaje se detenía en aquella misma puerta. Plácido y Margarita bajaron de él y penetraron en la portada, guiados por el sacerdote, entraron á la alcoba del enfermo, y deteniéndose frente al lecho, Plácida adelantó: estaba pálido, y una conmoción nueva agitaba las fibras de su corazón.

—Saavedra, me has llamado, ¿qué quieres de tu víctima?

Don Luis dio un grito, luego se incorporó y asiendo una mano de Plácido.

—Perdón —balbuceó.

—Miserable —dijo éste desviando su mano, me pides perdón, ¿y tú que me das en cambio de todo lo que me has arrebatado?

—¡Oh! mátame, ¡mátame mas bien si no has de ser jeneroso con este arrepentido moribundo!

—¿Y que derechos tienes tú, para esperar jenerosidad de un padre á quien has robado al hijo de su amor, de un amante que le has muerto á la querida de su corazón, de un hombre á quien has intentado quitar la vida, y por último, de un inocente que has delatado á la justicia como asesino alevoso de un crimen y horrenda maquinación que urdió para mí tú maligna cabeza?, díme que derecho tienes de esperar jenerosidad, ó creer que yo pueda perdonarte, infame cuando te has complacido en la horfandad de mi alma: díme, contéstame.

Y Plácido sacudía con fuerza el brazo de Saavedra.

—Lo vais á matar —dijo el sacerdote, aproximándose al lecho— si sois cristiano, sed jeneroso, que Dios sufrió por toda la humanidad y perdonó á sus verdugos.

—Retiraos padre, retiraos y orad por su alma que es vuestro deber, pero no os mezcléis con las cuentas que yo tengo que arreglar con este miserable. Dios era un santo y yo soy un hombre cuyo bello destino y ancho porvenir ha trocado este malvado en un erial de abrojos.

—No volveré á interrumpiros —dijo el padre— pero no olvidéis que á este infeliz le ha llegado su hora suprema y que su alma tan negra antes, ahora está llena de crueles remordimientos, y que necesita el perdón de los buenos.

— No lo olvidaré, pero dejadme.

El padre se puso de rodillas. En tanto Don Luis espantado, ocultaba la cabeza entre las sábanas.

Plácido se volvió.

—Acércate, Margarita —dijo— y preguntale que ha hecho de nuestro hijo.

Margarita dio un paso, levantó el velo que ocultaba su rostro é inclinándose sobre el lecho:

—Don Luis —murmuró— dame á mi hijo y te perdono.

El moribundo miró aquel rostro, sintió aquella voz, y un sudor frío inundó su frente, estendiólas manos y rechazando á Margarita.

—¡Padre! ¡Padre! —gritó es el espectro— Margarita, ¡piedad!, ¡perdón!.

—No —dijo Margarita, casi con dulzura, porque su alma noble y pura no comprendía el sabor de la venganza, no soy su sombra, soy Margarita viva, y dichosa si tu le dieras el hijo de sus entrañas.

—Mientes —gritó Don Luis creciendo en desvarío— ella murió, yo la enterré, el carro de los pobres llevó su cadáver desde el hospital de locos, hasta el cementerio del Norte, mientes, tú eres su espectro que te levantas de la tumba, como la estatua del comendador ante Don Juan Tenorio, tú como aquel vienes á maldecirme, á gozarte en mi agonía.

Y Don Luis delirante:

—Padre, padre mio —gritó— protejedme.

El padre Miguel se puso de pié, se aproximó al lecho y mirando á Plácido y á Margarita:

—Este hombre vá á morirse —dijo, si no quieren tener en vuestra conciencia un punto oscuro que llegaría á quitaros el sueño, perdonadlo, y puesto que vuestro mal no tiene remedio, compadeceos de su alma apartándola del padecimiento eterno.

Margarita asió á Plácido de una mano.

—Perdonémoslo, Plácido mio —dijo con la espresion de la mas santa caridad impresa en el rostro, ven, perdonémoslo en nombre de nuestro inocente hijo.

Plácido se resistió un instante.

—Imposible —murmuró— no puedo, no puedo.

—Sí —esclamó Margarita arrastrando á su amante ante el lecho de Saavedra— perdonémosle.

Plácido vacilaba, fijó sus ojos en los ojos humedecidos de la joven y ésta venció.

—Sí, pobre madre —dijo— perdonémosle —é inclinándose sobre el oido de Don Luis:

—Luis de Saavedra —murmuró— yo te perdono.

Margarita se acercó, miró á Don Luis fijamente.

—Yo te perdono —le dijo— pero dime en cambio que has hecho de mi hijo.

Un silencio sepulcral siguió á las palabras de Margarita, y solo, un sollozo hondo y doloroso levantó la bóveda del pecho de Don Luis, en tanto el sacerdote le decia:

—Descansa en paz, pobre alma, ya estás perdonado.

Don Luis se ajitó.

—¡Oh! gracias, articuló con voz entrecortada, gracias —y luego dirijiéndose al sacerdote:

—Padre —le dijo— ¿es verdad, que no es su sombra, que Margarita vive, que me ha perdonado?

—Es verdad, hijo mio, vive; noble y cristiana, te ha perdonado y te ha hecho perdonar, ahora, tal vez, tu puedas borrar en parte el mal que antes le hiciste.

—¡Oh! padre, cómo, decídmelo!, yo sueño, Margarita no puede vivir, ella murió loca, y Don Luis asíó de una mano á la joven y la atrajo para fijar sus enturbiados ojos en el bello rostro de su antigua hija adoptiva.

—Margarita —le dijo con voz temblorosa— eres tú, no es mentira, vives, Dios te ha conservado la vida para que perdones mis horribles crímenes.

—Sí, Don Luis, si vivo, os he perdonado y en cambio os pido mi hijo ó lo que de él hiciste.

Saavedra no tuvo duda, era ella viva y palpable.

—Tú hijo, Dios mio, tú hijo, yo no se de él, yo se lo entregué á Jacobo. Margarita dio un grito y se cubrió el rostro con las manos. El sacerdote se estremeció y sostuvo en sus brazos el cuerpo vacilante de la pobre madre.

—¿Jacobo Retamares? —esclamó Plácido acercándose á Don Luis.

—Sí —dijo éste— eso es, Retamares.

Plácido prosiguió cual si hablara consigo mismo:

—Jacobo me dijo que tenia á su hijo enfermo, en casa de Don Augusto Medina. ¡Dios mio, si mi hijo viviera...!

Santillana sin darse cuenta de éste presentimiento:

—Margarita, querida Margarita —esclamó— vén, busquemos á Jacobo, y si ese miserable no ha muerto á nuestro hijo tal vez lo encontraremos.

—Augusto Medina —gritó Don Luis que habia oido las últimas palabras de Santillana— escuchadme.

Plácido se volvió, la mas viva contrariedad se pinto en sus facciones.

—¿Qué quieres? —esclamó— acaba porque me repugnas.

—¿Augusto Medina, dijiste? —articuló con trabajo.

—Sí, —dijo Plácido golpeando con la palma de la mano su ancha frente. —¿acaso es el Augusto que figura en el manuscrito? —esclamó.

—Sí, sí, es él —repuso Saavedra— decidle que venga que quiero devolverle á su hija —y Don Luis juntando las manos, murmuró, alzando los ojos á Dios— hay una Provi...den...cia —y desplomóse presa de una agitacion febril.

CAPITULO XXVII

Santularia y Medina

El portero del Hospital de Hombres, se paseaba en la puerta de entrada principal de dicho establecimiento, y á corta distancia de él, demacrado y convaleciente se veía á Octavio, casi curado de sus dolencias.

Aquel dia había sido dado de alta y enseñaba al portero su correspondiente licencia.

—Pues has tenido suerte hijo mio —decía el buen gallego, dirigiéndose á Octavio— has tenido suerte.

—Suerte, para tí ó para el diablo, que lo que es yo ruego á Dios no me la vuelva á dar.

—Suerte, sí, y grande que las tenidu, porque tu sabes mal nacidu, que el que aqui entra casi siempre sale al campo santu¹.

—Pues sábetete que no he estado muy lejos, pero gracias al cuidado de la hermana Providencia, aquí me tienes sanó y salvo por si me necesita.

—Gracias, gracias, amigo mui, pero ¿sabes tu que dicen que la tal hermana Providencia es una santa milagrusa?

—Es un ángel, amigo Antonio, es un ángel de hermosura y de bondad.

—¿Cómo la sentirán los enfermos del huspital!

—Hay algunos que dicen que se van á dejar morir, puesto que ella no les cuidará mas.

—Y tienen razón á fé, ¿si era tan buena!

¹ Esta representación satírica del habla del gallego es quizás el único rasgo humorístico de la novela.

En aquel momento un carruaje se detuvo y Andrea llevando al pequeño Edgardo de la mano, bajó de él y entró en el portal donde se hallaba Octavio.

—¡Ola! —esclamó gozosa dirigiéndose á su antiguo servidor —cuanto me alegro qué te halles mejorado, hijo mio.

—Mil gracias mi señora, hoy me he levantado y dado de alta por el médico, iba á ver á mis queridos bienhechores.

—Pues me alegro doblemente, porque te ahorraré la caminata, llevándote en mi carruaje.

Octavio no contestó, estaba acostumbrado á las bondades características de su bella señora, así que inclinando la cabeza esperó que aquella hablara.

La presencia de aquel niño le habia estrañado, pero contenido por el respeto, no se habia atrevido á preguntar nada á Andrea.

—Pues amigo mio —dijo Andrea— á mas que deseaba verte, otro objeto me trae aqui.

—¡Mi señora puede mandar! —repuso Octavio, inclinándose lijéramente.

—Deseo ver á la hermana Providencia.

Octavio alzó azorado los ojos, y el buen gallego miró á Andrea con aire estúpido y alelado.

—¿De que te sorprendes? —replicó la señora con marcada ajitacion, ¿acaso no está aquí?

Octavio eludiendo la pregunta, dijo sorprendido:

—¿Cómo que vos no sabéis señora Andrea lo que ha pasado á la hermana Providencia?

—No, ¿le ha sucedido alguna desgracia?

—Al contrario, una gran felicidad.

Andrea cada vez mas confusa oyó con júbilo el milagroso suceso del encuentro de Providencia con su amante y una vez impuesta pidió permiso para hablar con la hermana Superiora y esta narrando á Andrea todos los pormenores de aquella estraña historia indicóle las señas de la nueva habitación de Margarita.

La joven habiendo concluido su noviciado y libre de votos habíase traslado á casa de Teresa donde le hemos visto ya en compañía de su amante. En tanto que Andrea salió del hospital en busca de las señas indicadas, Augusto recibía una tarjeta con el nombre de Plácido Santillana. Aquel nombre no le fue desconocido, se volvió y dijo al criado que esperaba:

—Díle á ese caballero que puede pasar.

El criado salió y Santillana vestido de rigurosa moda, con su noble y apuesto continente se presentó ante Medina.

—Caballero —dijo este— á vuestras órdenes.

Plácido llevó la mano al sombrero y se inclinó con esa finura y elegancia que también poseen los hombres cultos y habituados al contacto frecuente del gran mundo.

—Os he incomodado tal vez —dijo Plácido tomando asiento— pero debéis perdonarme porque os traigo un recado de gran interés y que creo valdrá para vos mas que todos los tesoros del universo.

Medina se sonrió tristemente.

—Estáis en un error caballero —díjole— para mi no hay nada que pueda despertar el interés y menos que pueda volverme la felicidad, no necesito oro porque sin buscar fortuna sin desearla, ella ha descendido á mi profusamente, afecciones sola una me ha quedado y esa la constituye mi esposa que es el solo vínculo que une mi corazón al mundo; ella como yo es muy desgraciada y os aseguro que estáis en un error al suponerme halagado con la noticia que traéis. Sin embargo amigo mio y a pesar de vuestra equivocación —continuó Medina— os doy las mas cumplidas gracias por la molestia que os habéis tomado y el buen deseo que os anima.

—No os he hablado de oro, Medina porque sé que para almas del temple de la vuestra, ese vil metal no significa nada, no os he hablado de vuestra esposa tampoco porque lo que acabáis de manifestarme, lo sé de antemano, solo os he dicho que era portador de un recado de gran interés para

vos, y ahora os lo vuelvo á repetir rogándoos recorráis la memoria y me digáis poniendo la mano sobre el corazón si no tenéis nada que os interese en esta vida.

—Nada —contestó Augusto sin titubear mirando á Plácido con marcada curiosidad— nada me interesa en esta vida.

—Tenéis razón —dijo Plácido— sin duda no os inspiro bastante confianza y...

—Estáis equivocado —le interrumpió Medina— me sois simpático y a pesar de no tener el honor de conoceros no tendria inconveniente en manifestarme á vos.

—Sin embargo no habéis sido franco y creedme soy un caballero y un padre desgraciado como vos.

—¿Cómo yo!

—Si, como vos.

—¿Y acaso conocéis el género de desgracia que yo llovo?

—Habéis perdido á vuestra hija, y yo he perdido á mi hijo.

Augusto miró á Plácido sorprendido ante aquella estraña analogia y luego dijo:

—Es verdad, no alcanzo que os proponéis al demostrarme estar iniciado en el secreto doloroso de mi vida, pero sea ello lo que sea os pido me lo digáis sin tardanza.

—¿Luego hay algo que os interesa?

—Tal vez.

—Ahora sois mas franco.

—Acabad, os suplico.

Plácido se inclinó y murmuró en el oído de Augusto.

—¿Conocéis á Luis Rizzio?

Augusto como levantado por un resorte se puso de pié y pálido de odio y de sorpresa:

—Veinte años ha que le busco —esclamó— veinte años ha que le busco y no lo he hallado jamás, ¿sabéis donde está?, decidmelo, me habréis hecho un servicio que con nada podría recompensaros.

—Calmaos Medina, si se donde estay él me envía á buscaros.

—¿Que decis?

—Rizzio está moribundo, mi mano os ha vengado, le he atravesado el corazón con una bala de mi revólver y hoy agonizante le he perdonado todo el mal que me ha hecho y ahora os llama á vos para pedir os perdón.

—¡Perdón! —gritó Medina— ¡perdón para Luis Rizzio! ahogarlo, beber su sangre y luego mutilarlo, despedazarlo, un miembro por cada lágrima que nos ha hecho verter durante veinte años, arrojarle en el infierno y con la sonrisa de venganza ver extinguirse su miserable cuerpo; ¡perdón para Luis Rizzio!, desdichado, ¿vos sabéis lo que es llorar hora por hora momento por momento á la hija de su amor, al ángel inocente y delicado que el brazo criminal de un asesino lo alejó de vuestro lado, lo dejó solo y hambriento quizá en medio de un desierto para festín de los animales salvajes? ¿Vos no sabéis lo que es esto?, no comprendéis el horrible dolor que ha destrozado el corazón de los padres al hallar desierta la cuna de su hija adorada, vos no lo sabéis por eso queréis que le perdone, vos no lo habéis sentido por eso le habéis tenido compasión; yo, yo no le perdonaré, iré ante su lecho de muerte, iré, para maldecirlo, para enrostrarle todos sus delitos hasta que retorciéndose como un condenado entregue su alma al demonio.

Augusto fuertemente exaltado ante la idea de la venganza se acercó á Santillana. Este con el rostro hundido entre ambas manos sentía transmitirse á su alma toda la hiél que embargaba el alma de Medina; su dolor igual al de aquel volvía vivo y brotando, odio, ante las vehementes palabras de aquel padre infeliz.

—Si, si —dijo— tenéis razón he sido insensato, no he debido perdonarlo, como vos he debido demandarle lágrima por lágrima, dolor por dolor, tortura por tortura, si he sido un insensato, no he tenido fuerza para cumplir mi juramento de exterminio, pero aún es tiempo.

Y Plácido poniéndose de pié:

—Medina —dijo— ese miserable me ha hecho mas desgraciado que á vos, le he pedido á mi hijo y me ha dicho “le he muerto”, mientras que á vos os llama y me ha encargado os diga que quiere devolveros á la hija que lloráis.

Augusto arrojó un grito y lívido alentando apenas:

—¿Eso os ha dicho? —balbuceó.

—Si, y no perdáis tiempo, porque pocos instantes le restan ya.

—¿Será cierto, Dios mio? —murmuró Medina— ¡oh! si me volviera á mi Andrea, le perdonaría de veras. Y el pobre padre trastornado ante aquella promesa que creía irrealizable sintió desvanecer hasta la última sombra de odio contra Rizzio.

Plácido alargó su mano:

—¿Que debo contestar á ese hombre? —dijo.

—A la una de este mismo dia estaré allí —y Augusto oprimiendo la diestra á Plácido —soy vuestro amigo —agregó— ¿queréis vos serlo mio?

—Con toda mi alma, un mismo lazo nos une á entrambos, la desgracia y este es indisoluble.

Plácido y Augusto se oprimieron la mano en silencio, apartándose después.

CAPITULO XXVIII

El encuentro

La hora fijada por Medina había sonado y este, en compañía de Andrea y Edgardo, se presentó en casa de Saavedra.

El rostro de Medina estaba mortalmente pálido y una ansiedad inmensa agitaba el corazón de ambos esposos.

Plácido y Margarita, también llamados por don Luis, debían concurrir á la cita. Margarita llevaba el rostro cubierto por un espeso velo que la ocultaba casi por completo, pero ésta que al través del calado antifaz habia reconocido á los bienhechores de Octavio, guardábase en cubierta por efecto de las circunstancias especiales de aquel momento.

Sin embargo, si Andrea menos preocupada hubiera fijado un instante su mirada en aquella figura esbelta y enlutada, de seguro que habria reconocido á la hermana Providencia, en quien sin darse cuenta ella misma fijaba en aquel instante su pensamiento.

Margarita abismada dulcemente en la contemplación de los esposos, se preguntaba asombrada el objeto que podría traerlos á aquella casa maldita, y descubría en el aspecto extraño y doloroso de ambos alguna obra de Saavedra.

La puerta contigua á la habitación de Don Luis se abrió y el padre Miguel presentándose ante nuestros personajes, murmuró.

—Señores, podéis pasar.

Augusto se puso de pié, dio la mano á Andrea, esta quiso levantarse, pero sus piernas vacilaron y dando un paso se dejó caer sin fuerzas sobre un sillón.

—Vén—dijo Medina— apóyate en mi brazo.

—No puedo —murmuró Andrea con voz devil— no puedo déjame.

—Imposible haz un esfuerzo supremo, piensa que ese miserable puede morir llevándose nuestro secreto á la tumba.

Aquellas palabras obraron una súbita transformación en el abatido espíritu de la pobre madre, probó á pararse y poniéndose de pié se apoyó en el hombro de Augusto.

Plácido y Margarita les precedían.

Don Luis en tanto mas postrado que el dia anterior, esperaba con una ansiedad desesperada, que sonara la hora en que debía apurar toda la hiél que antes el vertiera en el corazón de sus inocentes víctimas.

Aquella hora habia llegado: Andrea y Augusto de pié frente al lecho de Saavedra, lo miraban asombrados dudando fuera aquel cadáver inmundado, el audaz, el atrevido aventurero Luis Rizzio. La mirada de los esposos caía sobre Don Luis como un rayo de la justicia divina.

Ríjido, cadavérico, ante aquel examen, hasta el latido de su corazón se había paralizado, revolvía sus enturbiados ojos y luego los cerraba lanzando un gemido.

Augusto pasó su mano por la ancha frente, inundada de helado sudor.

—Luis Rizzio —murmuró con acento entero y casi tranquilo— Luis Rizzio, vuélveme á mi hija y morirás en paz.

—Si —articuló el moribundo— si, te la volveré y vos Medina, vos Andrea ¿me perdonareis después?

—¡Oh! si, danos á nuestra hija, á esa hija adorada —esclamó Andrea, adelantándose hacia Rizzio— á esa hija inocente que arrebataste de mis brazos, llevándome con ella el alma y la felicidad, ¡oh! yo note habia hecho nada Rizzio, yo ni mi pobre Augusto te ofendimos jamás, ¿porqué te gozaste en nuestras lágrimas?, ¿porqué nos quitaste nuestro tesoro, á nuestra Andrea?, ¿porqué me privaste de sus infantiles caricias, del encanto de su dulce media lengua? ¡Oh! Rizzio —prosiguió Andrea con los ojos inundados por el llanto— Veinte años ha, que el lloro mas amargo llaga diariamente

nuestros ojos, veinte años ha que con la máscara de la mas retinada maldad, te cobijó el techo hospitalario de nuestro hogar, invocaste el título de amigo y el noble Medina te dio su mano, creyéndote caballero. No lo has olvidado Rizzio, tu violaste todo lo que el hombre de honor respeta, hiciste mas, nos arrancaste el corazón, ¡llevándonos a la hija de nuestro casto amor! ¿porque no nos mataste?, ¿porque no despedazaste nuestro cuerpo con tus propias manos, antes de quitarnos la luz de nuestra vida, la felicidad ele nuestro hogar?

La voz de Andrea cesó un instante y los sollozos de Plácido y Margarita se mezclaron con los jemicos de Rizzio.

Augusto, pálido y convulso, escuchaba estático la voz de Andrea, hasta el sacerdote pasmado ante la digna y dolorosa actitud de aquella madre infeliz, parecía sumido en un dulce arrobamiento.

La voz de Andrea volvió á resonar mas grave aún, pero fuerte y sonora, aunque algunas veces balbuciente por el dolor.

—Ha llegado tu última hora, Rizzio, tal vez un arrepentimiento sincero te vuelva la tranquilidad del justo, devuélveme mi hija y oirás mi acento pedir á Dios por ti.

Don Luis se incorporó, buscó con avidez en la habitación y luego haciendo un esfuerzo sobre humano:

—¡Margarita! —balbuceó.

La joven estremeciéndose adelantó.

—Aquí me tenéis Don Luis —dijo.

—Sa...ca...os...el...ve... lo —volvió á decir con la voz muy débil.

Margarita alzó el tul que ocultaba su cara, y Andrea juntando las manos:

—¡La hermana Providencia! —esclamó.

—No, tu hija, esa es vuestra hija, Andrea, Augusto.

Los esposos lanzaron un agudo grito.

—¡Mi hija!, ¡nuestra hija! —murmuraron— y Andrea apenas corrió á la atónita joven, descubrió el pecho de ésta, y allí en la nivea blancura de su seno encontró la señal que buscaba, que consistía en un pequeño lunar azul de forma triangular y que la joven llevaba como herencia de su padre.

Andrea dio un grito y rodeando con sus brazos el cuello de Margarita.

—¡Mi hija!, ¡mi hija de mis entrañas! —gritó.

—¡Mi hija!, ¡nuestra hija! —repitió Augusto.

Y Margarita recibiendo en sus brazos el cuerpo desfallecido de sus padres:

—¡Padre mio!, ¡madre mía! —murmuró, y sollozando de gozo mientras que apretaba contra su corazón la cabeza desmayada de Andrea enlazaba con el otro brazo el cuello de Medina.

Plácido á corta distancia, también lloraba, aquello era un sueño, sin saber porqué le pareció por un momento que la felicidad de su esposa ante Dios, debía robarle en parte la suya puesto que el corazón de la joven, antes todo de él, ahora se ligaba por un afecto lejítimo é inmenso al corazón de los autores de su vida, una amargura sin nombre inundó su alma y enjugando sus ojos dio un paso, pero en aquel mismo instante un grito de angustia indefinible llegó á sus oídos y aquel grito era de su amada. Se volvió á ella y vio á ésta que de rodillas á los pies de su madre alzaba apretando en sus manos un objeto, y que procurando levantarse se negaban sus rodillas á sostenerla.

Plácido se lanzó á ella, la alzó en sus brazos y sosteniéndola por el talle, percibió en la mano de la joven un cordón negro del cuál pendía una almendra de oro, la misma que Catalina entregara á Andrea y que esta llevaba anudada á su cuello, con la esperanza de hallar por ese medio á la madre de Edgardo.

Andrea, al desmayarse en los brazos de su hija, fue arrastrada por ésta y Medina hacia un sofá inmediato, allí la joven desprendió solícita el oprimido vestido de su madre y al aflojar el corsé, saltó el medallón que fué reconocido en el

acto, por la hija de Medina. Las manos trémulas de la joven no acertaban á abrir el secreto y Plácido comprendiendo por la espresion desesperada de ésta, que algo estraordinario pasaba por su alma, trató de ayudarla.

Tomó el medallón y abriéndolo como objeto conocido, se quedó asombrado ante el retrato de su amada.

—¡Oh!, madre, madre de mi alma, padre mío —gritó la joven casi demente de esperanza— no me ocultéis la verdad, algún dia os contaré mi triste historia, pero decidme ¿quien os ha dado este medallón? Augusto no escuchaba á su hija, todo lo habia comprendido.

—Es su hijo, es mi nieto —se dijo, y corrió á la pieza inmediata en busca del niño.

Andrea repuesta un tanto de su desmayo, cubrió de besos la frente de su hija, y ésta con la razón casi estraviada ante su felicidad y esperanzas repetia:

—Mi hijo, mi hijo, ¿donde está madre mia?, vos debéis saberlo, porque vos tenéis un medallón que yo con mi propia mano anudé en su gargantita. Oh! decidme madre querida ¿vive mi hijo?

—Sí, sí, mi hija, mi querida Andrea, ¡si vive y vas á verlo en tus brazos!

Margarita arrojó un grito inarticulado y ambos amantes como impelidos por una misma fuerza, se arrojaron el uno en brazos del otro.

En tanto el padre de Margarita corría con Edgardo en los brazos y penetrando en la alcoba de Don Luis, lo presentó á los amantes diciéndoles:

—He ahí á mi nieto.

Margarita oyó la voz conmovida del autor de sus dias y se precipitó con los brazos abiertos hacia Edgardo, pero Plácido mas dueño de si mismo, que la dichosa madre la detuvo.

—¡Detente! —le dijo— ¿no ves, pobre madre, que un desencanto nos mataría? ¿Qué justificativo tienes para creer que ese niño sea nuestro hijo?

La puerta del centro del gabinete de Don Luis se abrió y antes que el timbre sonoro del acento de Santillana se hubiera apagado, Jacobo dando la mano á Catalina seguidos de Fernando y de Teresa, se precipitaron en él. Margarita fijó sus ojos en el primero de los cuatro nuevos personajes.

Jacobo pálido y convulso cayó de rodillas á los pies de la joven y esta reconociendo al ladrón de su pequeño Plácido lanzó un grito, sus ojos lanzaron una mirada estraviada y sus labios pálidos y helados se contrajeron por una sonrisa extraña y dolorosa.

—Mi hijo, ¿donde está mi hijo? —murmuró balbuciente la desgraciada madre, ¿donde está mi hijo, miserable? ¡Oh! devuélvemelo y te perdono.

Teresa de rodillas sollozaba, orando en su rincón.

—¡Dios mío, Dios mío, conservadle su razón! —decía.

Y en efecto, la joven parecía perderla á cada minuto por la rápida variación de su semblante.

Plácido sacudió el brazo de Jacobo y con la voz llena de resolución y fiereza:

—Devuélvenos á nuestro hijo —gritó— ó te mato ahora mismo, miserable.

—Perdón, perdón —artículo Jacobo— yo solo fui un instrumento de Don Luis, yo robé el niño por su orden y mediante una suma de dinero, que ese asesino puso en mis manos, despertando en mi un sentimiento de codicia que no lo habia sentido jamás; yo debí asesinar a ese niño, pero no habia sido nunca asesino, su llanto, su hermosura, su inocencia me conmovieron y olvidando la promesa hecha á Don Luis, juré salvarlo, aun á costa de mi vida; desde esa noche vuestro hijo se crió á nuestro lado, mi pobre muger creyó cuanto yo le dije, pero la voz de la conciencia no me dejó dormir tranquilo, ahora voy á devolveros el hijo que os robé, después si queréis sea en buena hora, aquí estoy pero sabed antes que no me daréis mayor tormento que separarme de Edgardo.

Jacobo alargó su brazo y cojiendo al niño por la mano:

—¡Mirad á vuestro hijo! —esclamó.

Margarita anhelante de felicidad se arrojó con los brazos abiertos hacia su hijo, pero las fuerzas la abandonaron, un segundo vértigo, mas fuerte que el primero, embargó su débil cabeza y cayó desmayada oprimiendo contra su seno á Edgardo y repitiendo entre sollozos

—¡Hijo mío!, ¡Plácido mío!

La escena mas conmovedora y patética se sucedió al encuentro de la hija de Medina y del hijo de Margarita.

Andrea y Augusto felices, después de veinte años de incesante llanto, prodigaban á su hija cuantas tiernas palabras inventa la ternura suprema de una madre. Los nombres mas dulces y cariñosos no eran suficientes para espresar á su hija todo el tesoro de amor purísimo que se habia encerrado en sus corazones durante tantos años de privaciones y de dolor.

Miraban á la joven, la palpaban y luego que se convencían de que todo era realidad, que no era engañadora pesadilla, tornaban á acariciarla y á contarla uno por uno desde el día que fué arrebatada de sus brazos, sus tormentos, sus lágrimas sin fin.

Margarita ó sea Andrea, escuchaba á sus nobles padres, y su corazón rebosando ternura, se ligaba á ellos con una confianza íntima y profunda, cual si desde su infancia hubiera sido guiado por aquellos, en los primeros pasos de su vida.

Cuando la joven, repuesta un tanto, volvió en si de tan fuertes é inesperadas emociones, se halló feliz, con su hijo en brazos, con sus padres milagrosamente encontrados, con su amante, con sus hermanos, en fin.

Teresa llena de gozo ante la increíble dicha de su amiga, no osaba mas que mirar tan pronto á ella, tan pronto á Plácido, como á los esposos Medina ó al suspenso Edgardo que aturdido ante aquellos transportes de ternura parecía de piedra por lo quieto que estaba.

Entre tanto Don Luis, agravado por tan violentos sacudimientos, siendo testigo ocular del desenlace de todos sus criminales planes, se sintió verdaderamente arrepentido, y sus ojos por vez primera, después de largos años de existencia, se enrojecieron por el llanto, su alma de demonio llegó á conmoverse profundamente y en la reaparición del hijo de Santillana, creyó ver el brazo divino de la justicia eterna.

Un ronquido seco y gutural como el estertor de la agonía, levantaba su pecho, haciendo entreabrir sus labios ardientes por la calentura, y con los ojos fijos en la imagen del crucificado que le presentaba el padre Miguel, parecía próximo á abandonar este mundo, inspirado por una dulce promesa, para el otro.

De repente un ligero temblor ajitó su cuerpo, alzó una mano y con voz hueca y debilitada:

—Padre —dijo— a... cer... ca... os.

El padre Miguel se aproximó.

—¿Que dices hijo mio? —le dijo.

—No puedo —repitió el moribundo— mas... cer... ca... pa... dre...

El sacerdote se acercó hasta rozar su oído con la boca del enfermo.

—Bajo mi al... mo... ha... da... ha... hay... un... ma... nus... crito... padre... pa... ra... pa... ra... An... dre... a... de... cid... les... que... me... per... do...nen... mi... tes... ta... men... to... to... da... mi... for... tu... na... pa... ra... Margarita... pa... ra... su..., hi... jo... padre... en... en... men... dad... mi... al... ma... á... Di...os.

Y Rizzio lanzando un leve suspiro, espiró, solo, sin mas afecto que la conmiseracion del piadoso sacerdote.

Allí todo habia concluido, y después de un breve espacio, aquella alcoba, donde acaba de representarse una escena de novela, estaba casi desierta. El cadáver aun permanecía en el lecho, y á su pié, puestos de rodillas, se veía á Inés de un lado y al padre Miguel del otro, ambos oraban implorando al Criador, perdón para aquella alma arrepentida.

CAPITULO XXIX

Un capitulo que puede servir de Epilogo

La primavera fresca, templada y risueña, siempre en la bellísima infancia de su vida, se me figura una niña inmortal que huye aérea y seductora cuando con mayor vehemencia la llamamos, dejándonos el tibio y perfumado ambiente de su rápido reinado...

Estamos en Octubre y en la época mas hermosa del año, los rayos del padre del dia, diáfanos como el cambiante precioso de un topacio, brillaban con toda la fuerza de nuestro hermoso sol; los pajarillos gorjeaban alborozados y con sus tiernas modulaciones, saludaban gozosos el naciente verdor de los prados y á la espléndida vejetacion que cubriase á porfía de todas las galas que concedió el divino arquitecto á la naturaleza.

¡Que bella es la naturaleza en el campo! ¡Oh! yo estasiada en su esplendente hermosura, mil veces la he admirado, aislada del ruido mundanal, fastidioso, cuando mi alma susceptible y apasionada de lo bello y poético, se predispone á la grandiosa contemplación de lo infinito, ¡de lo sublime! Mirad sino, el ardiente estío con su sol de fuego que abraza durante el dia con sus rayos mas encendidos que el sol de los trópicos; ved mas tarde ese mismo sol, replegarse, lanzar moribundo sus últimos reflejos ya pálidos, vacilantes por intervalos; y luego sin fuerza finalizando su espléndida carrera, hundirse lentamente entre azulados velos iluminando al horizonte de fuerte sonrosado ó amarillento subido, ved luego como llega la tarde, fresca, deliciosa, precediendo al crepúsculo vespertino, esa hora sublime de misterio y fantástica ilusión, en que el alma adormecida en el

perfume de sus aspiraciones melancólicas, sueña, delira con lo desconocido, con lo incomprensible; después la noche, la noche, reina de la creación, con su azulado techo tachonado de lívidos soles con su hermoso fanal, mas blanco y puro que un cristal, con su silencio, su poesía, sus sombras y sus secretos siempre bellos y tiernos.

¡Oh! ¡noche, bendita seas! Tu eres grande, como la mas grande y perfecta de las obras del creador, la menor de tus pálidas estrellas, vale mas que el mas hermoso de los reflejos del astro del dia. Recuerda siempre que á tu sombra oscura el hombre-dios apareció en Belén. Dice Romea y tiene razón: la noche es sin rival.

Nos hemos desviado involuntariamente de nuestro propósito haciendo reflexiones sugeridas quizá por los dulces recuerdos del pasado, pero sin trabajo nos desviaremos de las divagaciones del pensamiento, y sin apartarnos de la primavera de aquel dia esplendente, llegaremos á un terreno feraz y bellissimo, poblado de vastas plantaciones productivas, de amenos prados y sobre todo, de una hermosísima casa ó palacete de campo, una especie de chalet suizo de forma nueva y bellissima, sin duda una quinta, un retiro de grandes y opulentos señores. Vamos á saberlo. Penetremos, y á fuer de novelistas, recorreremos todo, lo veremos todo de un modo invisible á guisa de hechiceros.

Una calle recta y de frondosos ligustros da forma la entrada, adornada á cortos trechos de pequeños bancos de mimbre y silletas de la misma clase. Aquella calle en sus estremidades se torcía artísticamente en opuestas direcciones, ambas sin embargo, conducian al gran jardin, pequeño paraíso, encantado edén, de aquellos alrededores. Figuraos largas avenidas de limoneros, cubiertos ya de perfumados azahares, entremezclados con olorosos cedros, con rosados laureles y piramidales casuarinas.

Luego, prados cubiertos de vistosas y aromáticas flores, de montañas, de cascadas, de grutas artísticamente figuradas, con piedras y enredaderas, de estatuas, torreones,

lagos, glorietas, laberintos y cuanto la imaginación pudiera concebir de bello y alegre, sombrío y á la par dulcemente melancólico.

Las golondrinas, esas aves tan pequeñas y tan lindas, con su azulado manto y su blanco escapulario de finísima pluma, gorjeaban alborozadas después de su rezo matinal, ajitando sus lustrosas alas, casi al nivel de los blancos caminos. Las torcaces, enamoradas siempre, con sus endechas quejumbrosas, jemían detenidas en las ramas cenicientas de las lánguidas glaucas, ora entre el oscuro ramaje de los mirtos, ora en las lacias guedejas del aroma. Las abejas zumbadoras, revoloteaban sobre el copo verdoso de los nísperos y libando la rica ambrosía de sus amarillentas florecillas, aéreas se remontaban, perdiéndose entre el ramaje en busca quizá de su elaborado panal.

¿Pero que es aquello que hay allí? Es un grupo de camelias en flor, todas son blancas, forman un recinto bellísimo de aterciopelado verdor y de nivea blancura, es la entrada de un pórtico ó peristilo de mármol que conduce á una torrecilla rodeada de columnatas y que sin duda es un oratorio. Un pequeño altar se ve á la entrada del frente y sobre él, rodeada de grandes jarrones de frescas flores y solo alumbrada por la luz del claro sol, la imájen santa del crucificado redentor.

De rodillas, con la frente alta y los hermosos ojos arrasados de llanto, están Margarita y Plácido. La joven lleva un riquísimo traje de terciopelo negro, brilla sujetando la negra gasa que descende de su cabeza hasta la orla de un réjio vestido, una piocha¹ cuajada de riquísimos brillantes, y en su seno cae después de cruzarse una vez alrededor de

¹ Piocha: (Del it. *pioggia*). f. Joya de varias figuras que usaban las mujeres para adorno de la cabeza. (DRAE).

su alba garganta, un magnífico collar de diamantes con una gruesa cruz de azabache. Una blonda² blanquísima en forma de gola³ adorna su cuello y sus puños. Está hermosísima.

De pié á su derecha se vé á Andrea, y á la izquierda de Plácido, también vestido de rigurosa moda, está Medina. Teresa y Fernando, están á espaldas de los desposados y tienen de la mano al hijo de éstos.

El niño mira azorado á sus padres y á sus abuelos, incomprendiendo la ceremonia.

Sin embargo allí no hay sacerdote. Medina alza el brazo, pone sus manos sobre la cabeza de entrambos jóvenes y con acento solemne y acentuado:

—En nombre de Dios —les dice— por Él y ante Él, Plácido Santillana, te doy por esposa lejítima, por eterna compañera de tus días á mi hija Andrea.

Las manos de los contrayentes se enlazaron.

—Jura —volvió á decir Augusto— jura amarla, respetarla y ser su fiel amigo, su leal esposo, júralo ante ésta imagen santa.

—Padre —dijo Plácido y doblando una rodilla con la voz firme y resuelta— ante Él juro á nombre de caballero, amarla, respetarla, serle fiel y leal toda la vida, lo juro en nombre de tu sagrada voluntad, de tu sagrada palabra y en nombre de Dios.

—Andrea, hija mia —dijo el feliz padre visiblemente conmovido— recibe por esposo al amado de tu corazón, al padre de tu hijo, al padre de mi nieto, y alzando su mano sobre la frente de su hija:

—Benditos seáis —les dijo.

Andrea dio un paso.

² Blonda: (Del fr. *blonde*). f. Encaje de seda de que se hacen y guarnecen vestidos de mujer y otras ropas. (DRAE).

³ Gola: Adorno del cuello hecho de lienzo plegado y alechugado, o de tul y encajes. (DRAE).

—Que Dios bendiga esta unión —balbuceó ahogada por el llanto— como la bendice vuestra madre —y alzó á los esposos, oprimiendo contra su corazón, dos hijos en lugar de uno.

Margarita y Plácido sucesivamente se arrojaron después en los brazos de su padre, y luego en los de Teresa y Fernando. Después ambos enlazando al niño con sus brazos formaron un solo grupo largo rato.

Todos eran felices. La infeliz amante, la desgraciada madre, era tan venturosa, tan inmensamente feliz, que ni siquiera recordaba su horrible pasado. Una alegría sin límites, indescriptible alumbraba sus acciones, y hacía la mas hermosa que nunca: sus riquezas no le importaban, no la preocupaban, ni siquiera sabia si sus padres eran ricos, si lo era su esposo, ¿para qué?, ella seria tan dichosa allí en el suntuoso palacio como en la miserable choza del pescador, lo mismo en la opulencia que en la mas lamentable miseria. Tenía á su hijo, á Plácido, á sus nobles y tiernos padres y á sus hermanos. Era demasiado para ella, tan sola, tan desgraciada antes, huérfana, sin afecciones íntimas, llagados por el llanto sus ojos, desangrando horriblemente mutilado su corazón, desamparada, sin el hijo de su amor, sin el amado de su alma.

Margarita pues, como su amante, sabian valorar su felicidad inesperada, y eran avaros de ella, como de un tesoro, cuyo alcance ha costado el sacrificio y el martirio mayor que puede concebir en el corazón humano.

Margarita y Plácido ya esposos, salieron de la capilla seguidos de sus padres y de sus dos amigos.

Santillana llevaba en un brazo á su hijo, y con el otro enlazaba el de la joven y hermosa esposa. Un himno de amor parecia levantarse entre las hojas y entre las flores y los árboles, los inocentes moradores de los prados, gorjeaban dulcemente, y al pasar los felices cónyuges parecían saludarlos con una armonía tiernísima, una endecha⁴ de amor interminable.

4 Endecha: (Del lat. *indicta*, anunciada). Canción triste o de lamento. (DRAE).

Las flores mas ricas y fragantes enviábanles sus perfumes, y todo á su paso parecia renacer con una exuberancia de vida asombrosa y nueva.

Cruzaron el gran parque, y una nueva é inesperada visita sorprendióles no poco á su llegada á la casa. Allí bajo una deliciosa bóveda de verdes “glicinas” de amarillentas campanillas, y retoñadas parras, estaba de pié, con el caballo de la rienda, un sacerdote, á quien nuestros lectores conocen yá, miraba al jardín, y su rostro se iluminó dulcemente cuando vio llegar hacia él, el grupo feliz de la familia de Medina.

—¡Padre Miguel! —esclamó Margarita, tendiendo su diestra al sacerdote, y luego todos estrecharon su mano satisfechos.

—¿Que feliz casualidad os trae hoy? —preguntó Augusto.

—Señor Medina —dijo el padre Miguel— no es feliz casualidad, lo que me trae á esta dichosa casa, es un deber sagrado, un mandato postrero, pero imprescindible que un dia en su última hora, hizo un arrepentido criminal.

—¿Cómo? —articuló Andrea sin concluir su pensamiento.

—¿Es acaso de Don Luis? —agregó Plácido.

—Sí, es Don Luis —murmuró el sacerdote— el infeliz me rogó que os entregara ésto, á vos, señora, —dijo alargando á Andrea un rollo de poco volumen y que debian ser papeles— me encargó os dijera que después de leer esas pajinas le perdonarais de veras, alejándolo del padecimiento á que sin vuestra indulgencia estaba condenado.

—¡Oh! padre —esclamó Andrea, yo le perdoné de veras, con todo mi corazón, desde el instante que me devolvió á mi hija; después, si alguna vez he evocado su recuerdo no ha sido jamás con rencor, por el contrario, he orado á Dios por él, implorando clemencia para ese desdichado.

—Dios os premiará señora —dijo el sacerdote, Dios os hará á vos, piadosa y noble, tan feliz, como desgraciada fuisteis antes.

Después se volvió hacia Margarita y el atavio de la joven le causó una estrañeza, que se manifestó en sus bellos ojos.

Plácido le comprendió.

—Hoy ha sido mi esposa —dijo— acababa de terminar la ceremonia.

—Que Dios os bendiga, noble criatura —murmuró el sacerdote, inclinando su cabeza descubierta ante la bella esposa, radiante de júbilo, y luego buscando alrededor:

—Pero yo no veo al sacerdote —dijo— ¿quién ha podido uniros?

—Nosotros —dijeron á una voz los padres de Margarita— un sacerdote estaba demás en esta unión, sus almas están bien templadas en el infortunio, y su amor lleno de fé y sublime abnegación, está probado hasta el martirio, hasta lo infinito.

El padre Miguel nada contestó. Aquel era un caso especial y casi le pareció bien la unión solemne de dos corazones como aquellos, por medio de la bendición paternal.

Luego abriendo sus hábitos, sacó un cartapacio con sobre y lo alargó á Margarita.

—Este encargo también tenía para vos —le dijo— es un testamento, en él creo os instituye por su única y universal heredera.

La joven tomó el sobre y rompiendo el sello, abrió el testamento, allí era en efecto, instituida única heredera de la fortuna de Saavedra.

La joven hizo un jesto de visible repugnancia, y luego reponiéndose, añadió:

—Con este dinero yo haré el bien en beneficio suyo —y dobló el pliego.

El padre Miguel, se retiró un rato después y se alejó bendiciendo á los desposados.

Diremos algo de algunos personajes que figuran en esta historia, los que sin embargo de su baja alcurnia, tienen que tener un fin, como todo cristiano y aunque ello, á la verdad, no me place mucho, me hallo en el caso de dar al César lo que es del César.

Empezaremos por Jacobo, quien á pesar de ser un grandísimo bribón, tenía sus rasgos nobles, á los cuales, debió Margarita su felicidad, pues si en otras manos hubiera caído

el niño, de seguro que la infeliz madre no hubiera sido jamás dichosa. Jacobo, pues, vivió muchos años en compañía de su Catalina á quien amaba de veras, y quien fué favorecida por Margarita, donándole en nombre de su hijo, una buena parte de la fortuna que le dejara Don Luis.

Inés, apartada del vicio y el fango en que vivía, desde el instante en que oyera la noble promesa de Plácido, fue así mismo protegida por éste y por su esposa, legando al niño Adolfo, un tanto igual á lo que diera á Catalina.

A Octavio también le tocó una fuerte suma de dinero, con la que se casó, emprendiendo espléndidos negocios, enseñando á sus hijos y á su muger á bendecir amando el nombre de Providencia, á quien no pudo jamás decir de otro modo.

En tanto, la joven feliz recordaba con veneración su año de noviciado y guardaba encerrado en un cincelado marco de oro, sus largas y brillantes trenzas cortadas el día que cubrió su linda cabeza con la gorra de Hermana de la Caridad. Aquellas trenzas tan amadas de su corazón, habian sido cortadas sin que ella las echara de menos, con la mas fría indiferencia, desilusionada de los goces de la vida, sin derramar una lágrima y ahora ¡cosa estraña! solo al fijar sus ojos en ellas, siempre á la cabecera de su lecho, una lágrima humedece su pupila, recordándole el pasado martirio.

Fernando y Teresa, siempre dichosos, no conocieron jamás la desgracia, sino por la que antes persiguiera á su amiga. No tuvieron hijos y fueron suyos los hijos de Plácido y Margarita.

Figueroa á quien todo aquel cambio habia complacido, murió transcurrido algún tiempo, bendiciendo á sus hijos.....

Ocho meses después del enlace de Plácido con Margarita y en una fria noche de Junio, se veia sentado al frente de una pequeña mesa de luz, á Medina, que con espresion indefinible de asombro y contrariedad fijaba sus ojos en las amarillentas hojas de un cuaderno manuscrito, que no

era otro que el mismo que enviara Don Luis á Andrea y el que Medina robara á su esposa, proponiéndose privarla de un mal rato quizá...

Medina leía y nosotros leeremos también y conoceremos á Luis Rizzio en todas sus faces.

Historia de Don Luis

Mi padre era florentino y mi madre genovesa, ambos eran prestamistas y residían en Nápoles.

Mi cuna es naturalmente humilde y solo en fuerza de los muchos millones que aquellos acumularon para mí, su único heredero, he podido llegar á adquirir todas las consideraciones sociales y rango de que hoy gozo.

A los veintiséis años quedé sin padres y dueño de una considerable fortuna. Era joven, rico, con una instrucción mas que regular, me propuse viajar, compré un lijero y gallardo brik⁵ de elegante construcción, macizo y de gran resistencia, y luego de proveerlo de un excelente cuerpo de tripulación, me hice á la vela y zarpé del bello puerto de Nápoles el 22 de Setiembre de 18.....

Habíale dicho al Capitán, quiero viajar, quiero conocer hasta donde se puede navegar, no me preguntéis dónde quiero ir, á qué punto debéis encaminaros, porque no os contestaré otra cosa que, llevadme donde os plazca querido Capitán, porque á todas partes donde vayáis estaré bien.

Sentado sobre la hermosa y limpia cubierta del "San Luis" pasé la primer noche de navegación, gozando de una manera dulcísima en la contemplación de todo lo que me rodeaba: allí en medio de mi dulce aislamiento veía la elevación suave y brillante del blanco fanal de la noche, que rizando dulcemente las aguas del golfo, iluminaba con su resplandor vago y fantástico el puerto de la gran ciudad, que ofrecia al viajero observador que se aleja de la costa

⁵ Suponemos que se trata de una deformación de la palabra inglesa "brig", tipo de barco con dos mástiles.

napolitana, un espectáculo de encantadora apariencia. Yo iba á realizar mi dorado sueño, conocer el mundo, esto era soberbio, ver América, sobre todo aquella virgen y hermosa América del Sud, que tantas veces exaltó mi imaginacion de niño, ante las brillantes descripciones de sus ríos de túrjido cristal, de sus floridas barrancas de sus perfumados buques y de sus hermosas mugeres, en fin, ¡oh! yo deliraba iba á visitar á la vieja Europa, iba á pensar sobre las ruinas de sus soberbios monumentos, iba á admirar la grandiosidad de sus monumentos modernos, de sus grandes descubrimientos; iba á aburrirme quizá en sus inquietas ciudades con su gran ruido y constante movimiento, pero luego iba á América, al suave, al dulce clima de la joven América, allí iba á gozar, á encantar mi alma con imágenes frescas y llenas de poesía.

Muchos ratos durante mi viaje, bajaba á mi linda cámara de estudio, y allí con algunos excelentes libros ó en su defecto el juego de ajedrez ó dominó, matábamos los ratos de fastidio inherentes á una larga navegación larga y monótona como se hace siempre en alta mar. El segundo era mi compañero de ajedrez y por cierto que recuerdo con placer los tremendos jaque-mate que le solía dar, por lo que el buen inglés se desesperaba sin poder tomar jamás la revancha.

Desde nuestra salida del puerto de Nápoles, los días tranquilos y serena la mar no nos ofrecía ningún inconveniente, pero el quinto día una atmósfera pesada y el color plomizo del cielo nos hizo temer una tempestad que no se hizo esperar.

Por la tarde un vientecillo seco y ardiente puso en movimiento

la tripulación del *San Luis*, el cielo comenzó á cubrirse de pardos y rojos nubarrones, el huracán semejante al aliento de un coloso, sopló con inaudita rapidez y pocos instantes después, rompióse el gallardete y los mástiles crujían de una manera poderosa.

El Capitán permanecía sereno y de pié, imponente, sobre el alcázar de popa, mandaba con voz sonora y tranquila la difícil maniobra, los valientes tripulantes encaramados, los unos en el palo mayor, asegurando el faro de color punzó que avisa á los navegantes la proximidad de un buque, los otros, listos y avisados en todas direcciones, ejecutaban la orden breve y acabada del Capitán, en tanto que, solo, aislado del movimiento el timonel, de pié en su puesto, impasible y sereno, interrogaba con la profunda mirada, ya al cielo cubierto de negros nubarrones, ora la aguja de marear, cuya esfera al aire llevaba en la mano.

Yo era feliz, gozaba y la tempestad me parecía hermosa; mi naturaleza impresionable estaba ávida de espectáculos grandiosos, y aquello me complacía como un cuadro bello de la obra de Dios.

El viento cada vez mas recio no permitía oír las voces de los marineros que trasmitían la palabra de uno á otro; las grandes oleadas de agua rodaban en la superficie como una gran mole de blanca cristalización y rugiendo poderosas y tremendas, venían á estrellarse sobre el acerado casco del *San Luis* llenando de agua la cubierta y empapando nuestros pies; la luz azufrada é imponente del relámpago hacia mas fuerte el espectáculo, presentándonos á cada ráfaga rodeados de grandes crestas de blanquísima espuma que á mí se me figuraban monstruosos Ice-Berges⁶ de los mares boreales.

De súbito la voz del avisador se dejó oír á penas y como de una gran distancia.

—Un buque á babor, piden auxilio —dijo.

Y en efecto una detonación que podia confundirse con el trueno, pero que era imposible por la luz que producía el fogonazo, llegó á nuestros oídos y á la luz de una tremenda ráfaga seguida de un segundo cañonazo, distinguimos tanto el capitán como yo un buque deshecho, sin arboladura, sumerjiéndose en dirección á nosotros y casi

6 Por "icebergs".

al habla. Un tercer cañonazo del *San Luis* cruzó con su enérgico estampido la distancia y fué á contestar á la voz de auxilio de la goleta perdida; nuestra tripulación noble y jenerosa maniobraba luchando heroicamente contra el empuje furioso de las olas.

El timonel práctico y audaz hizo virar trabajosamente y airoso, triunfante burlando á los elementos se puso el brik á la par de los náufragos.

Un grito unísono y conmovedor dominó por completo el fragor de la tempestad, el ruido de las cadenas, el izar y recoger de las velas, el grito de ¡Botavara! á estribor, á babor, mezclado de llanto de socorro, de plegarias y de elementos, era un conjunto de sin igual descripción.

En aquel momento habia yo dejado de gozar y mi alma estaba toda suspendida de la vida de los infelices náufragos, tenía el cuerpo inclinado sobre la borda á babor y sostenía un cable donde aferraban los marineros un bote de salvación.

Hubo un momento en que casi no tuve resistencia, perdí el pié y una terrible, oleada vino á conmoverme y hacerme luchar basta vencer, pero medio ahogado. Dos marineros vinieron en mi ayuda y entonces lanzándome hacia el bote me arrojé en él a pesar de la oposición del

capitán que me gritaba.

—Rizzio, Rizzio, va V. á perecer.

—Sí— recuerdo que le contesté— lo mismo le sucedería á V. si no fuera necesario ahí, déjeme voy á hacer mi deber —y en dos minutos me hallé á merced de las encrespadas aguas, ora sumerjidos entre montañas flotantes, ora en la cumbre de aquellas: llegamos al buque que se hundía, yo trepé por un cable á bordo, recorrí el buque en un segundo buscando niños ó mujeres que salvar, nada hallé, el temor de perder la embarcación si no tornaba pronto al embarque me hizo temer por un momento y dando vuelta di un grito de ¡Allá voy!

Mi voz la sofocó la tempestad, no llegó á la tripulación que habiendo salvado á todos los náufragos se alejaba de la goleta, mi voz no fué oída por aquellos, pero en cambio fué escuchada por alguien, sin duda, porque un jemido llegó á mi oído y una voz angustiada que pedia socorro. Escuché un instante y la voz volvió á repetirse mas cerca, me lancé hacia donde venia el eco y á pocos pasos encontré de rodillas con el cabello suelto y casi exánime á una joven sola, abandonada quizá por el egoísmo, en un oscuro camarote, tomé en mis brazos á aquella mujer y subí sobre cubierta; el agua me impedía caminar y temia caer á cada paso por estar el buque sumerjido: un pensamiento espantoso heló de pronto la sangre en mis venas, y si nos hubieran abandonado, oh! que horrible seria, pensé, no por mi, por esta infeliz que quizá se cree salvada. Hice un esfuerzo supremo y con todo el vigor de mis pulmones ¡á mí, socorro! grité.

Todavía no se habia estinguido la voz cuando sonó á mi espalda la del capitán que decia:

—Aquí está, pronto, no hay tiempo que perder os buscábamos, la goleta se hunde, á la lancha.

Un cuarto de hora después estábamos á bordo del *San Luis* con todos los pasajeros de la goleta perdida así como la tripulación de aquella. La tempestad habia pasado y solo quedaba de ella los estragos de su corto reinado. Los náufragos ocupados con el horrible recuerdo de esa noche, y cada cual repuesto un tanto se habian acomodado donde mejor habian podido, sus ropas habian sido secadas y sus fuerzas restablecidas en parte con algunos tragos de riquísimo Jamaica.

Yo ni siquiera habia hasta entonces tenido tiempo de observar detenidamente á nuestros huéspedes; rendido el cuerpo y aún el espíritu por la lucha moral de tan amargo momento, cuando hube llegado a bordo del *San Luis* deposité la joven naufraga en un camarote de mi salón de estudio y recomendando su asistencia al Capitán pensé solo en descansar, y volviéndome á mi cámara, me tendí en el lecho y traté de conciliar el sueño; pero era imposible, un algo

extraño y misterioso embargaba mis sentidos, la frente me ardía pesadamente y un calor sofocante abrasaba mi cuerpo. Recuerdo haber despertado á la mañana siguiente como de un letargo, encontrándome en el caso de tener que oír narrar el suceso de la noche anterior para coordinar mis embrolladas ideas.

Subí sobre cubierta y después de saludar cordialmente á los náufragos, todavía ateridos del frío, con el rostro pálido y azorado aún, llamó mi atención un anciano de distinguida presencia y respetable aspecto que sentado cerca de la escotilla de proa ocultaba el rostro entre ambas manos y gruesas lágrimas corrían por su mal unidos dedos, me dirijí hacia él y tocando su hombro:

—¿Porque lloráis? —le dije, acaso no os consideráis feliz con haberos salvado de una muerte segura?

Alzó la cabeza y dejando correr libremente su llanto:

—¡Oh! gracias, —balbuceó con voz entrecortada, pero de timbre varonil y simpático— Habéis salvado muchas vidas pero mi desgraciada hija ha perecido; ¡pluguiera al cielo que yo hubiera podido morir con ella también!

—¿Cómo?, ¿teníais una hija en la goleta perdida?

—Sí, y todo mi anhelo por hallarla ha sido ¡mi ominoso, la he llamado á grandes voces, he recorrido el buque; pero sin duda la infeliz niña, temiendo el encierro de la escolilla se ha arrojado al agua!

Y el desesperado anciano tornó á llorar desconsoladamente.

—No os aflijáis, yo he salvado una mujer de la goleta náufraga, tal vez sea vuestra hija.

—¡Oh!, por Dios caballero —gritó poniéndose de pié— vos que habéis sido tan generoso con los demás no seáis cruel con este desgraciado padre, no me hagáis concebir una esperanza que será doblemente dolorosa sino se realiza.

—No tenéis razón —le dije— para tratarme así: el dolor os estravia, yo no os digo que es la hija que lloráis, os pre-vengo solo que he salvado una joven que puede ser vuestra hija, venid.

Y tomándola mano del anciano lo arrastré hasta el camarote en que la noche anterior depositara á la náufraga. La luz pálida y ténueamente verdosa de una claraboya, iluminaba el rostro hermosísimo de la joven, y el anciano descubriéndola dio un agudo grito, cayó trémulo de rodillas y tomando la mano de ésta cubrióla de apasionados y anhelantes besos.

—¡Mi hija!, ¡mi hija de mi alma! —repitió estrechando con su brazo la rubia y encantadora cabeza de su hija.

Luego corrió á mi y enlazándome con sus brazos el cuello:

—Es ella —me dijo— ¡vive y vos sois su salvador! ¡Ah!, ¡que deuda de eterna é impagable gratitud tengo con vos, caballero!

Yó no le oía, estaba absorto; jamás habia contemplado tanta belleza, juventud y gracia.

El anciano me atrajo y enseñándome su hija:

—Mirad —me dijo— si no tenia razón de llorarla.

Yo me incliné, no podia hablar, tenía la lengua pegada al paladar y los ojos fijos en aquella muger ó arcángel singular.

Ella por su parte fijaba en mi sus tristes y dulcísimos ojos azules, su boca purísima me sonreía y yo loco, fascinado y sin acción la contemplaba de una manera ansiosa y apasionada. Parecía estar ajena á su estraña situación, porque su mirada con espresion dudosa, posábase sobre su padre, que enteramente feliz me colmaba de bendiciones y luego tornándola hacia mi parecía interrogarme ó suplicarme aclarara su entorpecimiento.

De pronto lanzó un grito, tendió los blancos brazos y estrechándolo con desesperada efusión:

—Padre, padre —balbuceó— ¿quien te ha salvado, quien ha salvado á tu hija?

—He ahí nuestra providencia —dijo el viejo señalándome con la mano—él te ha salvado de una muerte segura y te ha devuelto á mis brazos, cuando te creía perdida, él te ha arrancado de la tumba, devolviéndome con tu vida, mi propia vida.

La joven me tendió una mano mórbida, blanquísima, pequeña.

—Os debo mucho —dijo con una voz que jamás he olvidado, que hoy mismo, después del transcurso de treinta años con sus horribles recuerdos me parece escucharla como lo oí en ese instante imborrable— sois mi salvador, gracias: puede ser que un día os pueda recompensar en parte el bien que me habéis hecho, conservándome una vida preciosa, porque de ella pende la existencia de este anciano— y designó á su padre.

Este, habíase puesto de rodillas á pocos pasos y, vuelto el rostro á la pared, oraba.

La mano de la joven estaba entre mis manos y yo la oprimía apasionadamente sin que ella opusiera resistencia. —¿Como es vuestro nombre? —le dije por fin, pudiendo hablar.

—Leonor Celline —me contestó, envolviéndome en una mirada lánguida, tiernísima, casi estinguida en sus azules y entornados ojos.

Luego se incorporó, miróme al rostro fijamente y apoyando la cabeza en su almohada, murmuró débilmente:

—Sí, es él —y cerró los ojos, atrayéndome hacia si con una fuerza nerviosa é irresistible.

—¡Ah!, ¿tú me conoces? —esclamé— ¿tú me conoces Leonor?

—Sí, sí, te conozco —respondió volviéndome á mirar arrobada— Si, te he visto muchas veces en un sueño y desde niña, tu imájen la he llevado en mi corazón.

Caí de rodillas y ambos con los ojos fijos en los ojos del otro, en una mirada infinita, suprema, permanecemos mudos, hasta que poniéndome de pié, apreté contra mí pecho su mano y me alejé en silencio.

Los días siguientes de nuestro encuentro a bordo del *San Luis*, fueron para mi un soplo de felicidad que se desvaneció mas tarde, como se desvanecía la blanca estela de plata

que dejaba en su marcha nuestro Brik. El dominó, el ajedrez y hasta el segundo, fueron olvidados por mi y apenas tenía un instante lejos de Leonor.

Muchas veces después de un día de perfumado de amor y de dicha celestial, para mi alma, tan noble y leal entonces, después que ella me daba su última mirada y su última caricia, todavía ávido de su proximidad, me sentaba sobre cubierta, á la puerta de su cámara, que antes yo ocupara y allí me sorprendía el lucero, feliz porque podía percibir su dulce respiración, ó el roce de su cuerpo en el lecho.

Una noche, que jamás he podido borrar de mis recuerdos á pesar de haberlo deseado mucho, porque su recuerdo me hace daño, una noche pues, hermosísima y tranquila, nos habíamos dado las buenas noches y como de costumbre, luego que ella cerró la ventanilla del camarote, me senté á su puerta y me creí dichoso. Media hora después, un ruido imperceptible llegó á mi oído y una mano blanca y fresca como una azucena, se posó sobre mi hombro, era ella. Descorrió suavemente la escotilla y subiendo la escalera se puso de hinojos á mis pies.

—Luis —me dijo— Luis, te he sentido y vengo á hacerte compañía.

—¡Oh!, gracias —esclamé— besando frenético su mano —gracias ángel mio, y levantándola, estendí sobre el tablado mi pañuelo y la hice sentar allí.

—¿Es la primera vez que me sientes? —le dije.

—No, pero no me ha atrevido antes por temor de ser sentida por mi padre.

—¿Y eso que importaría —le repliqué— mi respeto es; igual á mi amor, y por otro lado, ¿crees que nuestra ternura sea un secreto para él?

—De ningún modo, pero no quisiera dar margen por una imprudencia, quizá á que me apartara algo de tu lado.

—No lo creas, tu buen padre se cree obligado conmigo y á más sabe que soy un caballero y no haria eso jamás.

Yo callé y ella mas bella por el reflejo de la luna, alzó sus hermosos ojos azules con una espresion de indescriptible felicidad y gracia, luego los volvió á mi y me fascinó por completo.

—¿Mé amas mucho? —me dijo con encantadora coquetería.

—¿Y me lo preguntas tú? —le contesté, ¿no sabes el cambio que tu sola presencia ha operado en mi vida?, figúrate que mi sueño era viajar, recorrer toda la Europa y luego visitar la hermosa América, te he encontrado á ti y se ha cambiado la faz de mi destino. Hoy arribaré á la primer capital que se halle al paso y allí serás mi esposa y luego nos instalaremos donde á ti te plazca, porque pienso ser tu esclavo y satisfacer todos tus caprichos, como órdenes.

Leonor me envolvía en una mirada enloquecedora, é inclinando su rubia cabeza sobre mi pecho, puso su frente, al alcance de mi boca, por vez primera besé su cabeza, temblando de emoción mientras ella me decia:

—Cuando sea tuya, iremos á América, yo también deseo conocer ese hermoso pais, nos instalaremos en Buenos Aires, ¿que te parece?, dime, ¿estás contento con la residencia que he elegido?

Ella soñaba con América y yo soñaba con su amor. Incliné la cabeza en señal de asentimiento en tanto que la apretaba suavemente contra mi corazón. Leonor prosiguió sin cuidarse de mis caricias y como si hablara de un pensamiento ya saboreado de tiempo atrás.

—Alli —decia— a la orilla del rio, rodeada de árboles y de flores, me comprarás una poética morada llena de poesía y de encanto, doble porque mi vida será embellecida con tu amor y tus caricias ¿no es verdad Luis?, ¡eh! contéstame, añadió alzando mi cabeza con sus dos manos

—¿En que piensas?

—En nada, mi vida —le dije— pero si te he de decirla verdad, soy un niño, pero, ¿que quieres? tengo celos de todo lo que tu quieres con entusiasmo, y me hace daño tu interés por otra cosa que no emane de mí.

Leonor hizo un ligero gesto de contrariedad, pero luego dulce y cariñosa, no pensó mas en América y se despidió de mí prometiéndome un cielo color de rosa.

Quince días después, Leonor, con el consentimiento de su padre, era mi esposa y toda mi felicidad.

Los transportes de aquel amor inmenso, se producían soberbios y admirables en aquel espíritu de fuego, en aquel temperamento singular, para una mujer tan joven y de aspecto cándido y angelical. Muchas veces me hacían pensar profundamente, sus estrañas ideas, sus pensamientos oscuros, indescifrables para mí, por la colosal tendencia que en ellos demostraba á todo lo romántico y sobrenatural. Era afecta á la lectura y gustaba con preferencia del género de las fantásticas creaciones de Hoffman⁷ y de Goethe⁸.

⁷ E.T.A. Hoffmann (Ernst Theodor Amadeus Hoffmann, o Ernst Theodor Wilhelm Hoffmann (1776, Königsberg, Prussia---1822, Berlin, Alemania), fue un escritor, compositor y pintor alemán conocido por sus historias en las que personajes sobrenaturales y siniestros circulan por las vidas de los hombres comunes, revelando así el costado grotesco y trágico de la naturaleza humana. Nacido en el seno de una familia quebrada, Hoffmann fue criado por un tío. Estudio Leyes, fue director teatral y musical. En 1813 cambió su segundo nombre (Wilhelm) por el de Amadeus en homenaje al famoso compositor Wolfgang Amadeus Mozart. [...]. Escribió dos novelas: *Die Elixiere des Teufels*, (1815–16; El elixir del diablo, publicada en dos volúmenes), y *Lebens-Ansichten des Katers Murr nebst fragmentarischer Biographie des Kapellmeisters Johannes Kreisler*, (1820–22; *La vida y las opiniones de Kater Murr, con una Biografía Fragmentada del Conductor Johannes Kreisler*, también en dos volúmenes). Escribió más de cincuenta cuentos. Sus últimas colecciones de relatos, *Nachtstücke*, escrita en dos partes (1817; *Los cuentos extraños*), y *Die Serapionsbrüder*, 4 volúmenes (1819–21; *Serapion Brethren*), fueron muy leídas en Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Murió de una parálisis progresiva. (*Encyclopedia Britannica* en línea).

⁸ Johann Wolfgang von Goethe (1749, Frankfurt am Main, Alemania-1832, Weimar, Saxe-Weimar), poeta, dramaturgo, novelista, director de teatro, científico y estadista alemán, Goethe es considerado la gran figura literaria alemana de la Era Moderna. [...]. Desde el siglo XVIII, es considerado un autor clásico de las literaturas germanas. Desde una perspectiva europea, es el representante del Movimiento Romántico, entendido en sentido amplio. es, para la Era Moderna (desde el Renacimiento hasta hoy), de una importancia análoga a la de Shakespeare para la cultura del Renacimiento y Dante para la Alta Edad Media. Su obra *Faust* es considerada el gran poema europeo desde el *Paradise Lost*, de John Milton. Quizás la más conocida de sus obras, *Die Leiden des jungen Werthers* (1774), [Las penas del joven

Tenía toda la superstición fantástica de una alemana, todo el ardiente arrebatado de una italiana, toda su sagacidad y atrevimiento, toda la hipocresía, toda la finura y coquetería de una francesa.

Leonor era veneciana y pertenecía á la nobleza italiana, era hija natural de la condesa de Salviari y su padre, con quien ella viajaba, era noble también y gozaba de un título. El anciano me reveló que habia decaído notablemente su fortuna á causa de algunos malos negocios, y la salud de Leonor, sufriendo de un extraño malestar, le habían decidido á viajar por mejorar á su hija y distraer al mismo tiempo su espíritu abatido. El buen viejo vivia en nuestra compañía y yo era inmensamente feliz. ¡Que dicha mayor podia ambicionar!, tenía el corazón satisfecho, con la compañera, noble, hermosa y enamorada, que el cielo habia sin duda puesto en mi camino de un modo tan extraño y singular.

Yo era joven, amaba como un demente y era inmensamente rico para colmar las aspiraciones de Leonor. Nos habíamos detenido en un bonito puerto de Austria. Y allí, una vez unidos, manifestó deseos de volver á Venecia.

Algún tiempo después estábamos en la hermosa Sirena de Italia. Yo no conocía Venecia, su aspecto nuevo y encantador me sorprendió agradablemente: aquellos mil palacios de formas bellísimas y caprichosas, semejantes á una bandada de blanquísimas palomas á flor de agua dormidas, luego la multitud de vistosas góndolas que recorren en todas direcciones las calles de la ciudad, el ruido de los remos y el canto lánguido y dulce de los gondoleros, forman un contraste nuevo y lleno de poético encanto para el viajero.

Leonor eligió un magnífico palacio, cuyos dueños viajaban por placer y allí rodeados de todo el lujo y molición de que era susceptible su naturaleza, pasamos algunos meses.

Werther], da cuenta de la subjetividad y de los conflictos internos del protagonista de un modo que deviene clave para la estética del Romanticismo. (*Encyclopedia Britannica* en línea).

El padre de Leonor, Felónico, que así era su nombre, comenzó á sentirse débil y decaer notablemente su salud. Al principio no creíamos de cuidado su malestar, pero mas tarde se agravó, y después de una prolija asistencia de dos meses, murió, encargando á su hija la fidelidad y constancia en el matrimonio y mucho amor hacia el esposo que tanto la amaba. Yo lloré á aquel anciano como si hubiera sido mi padre; mi esposa por el contrario, no demostraba su dolor, y siéndole enojoso el tiempo de duelo en Venecia, por el encierro natural, me indicó su deseo de visitar á América: yo siempre dispuesto á complacerla accedí y algunos días después, nos pusimos en viaje.

¡Cuántas veces después he maldecido aquel viaje!, ¡cuántas veces he llorado mi condescendencia. ¡Oh! América ¡oh! hermosa Buenos Aires, ¡cuanto lloro!, ¡cuanto gemido!, ¡cuanta hiél me diste!, ¡como recompensaste en mi alma, el santo entusiasmo, que me inspiró tu gala y tu frescura...! Yo pisé tus playas feliz, como el mas feliz de los hijos de tu suelo, yo adoré las aguas del gran Plata, desde el instante que mi Leonor reflejó en sus ondas el rostro, ¡pobre insensato! ¡pobre loco!...ya no me resta sino sufrir lejos de los hombres y vengar en todos el agravio de uno

.....

Llegamos á Buenos Aires el 21 de Setiembre de 18... y nos alojamos en un cómodo hotel. Allí pasamos algunos dias, hasta que habiendo hallado una linda casa de recreo, distante por pedido de Leonor, algunas cuadras dé la plaza de la Victoria y á orillas del rio, nos trasladamos á ella, y seguimos siendo dichosos algún tiempo mas.

Un año se habia cumplido de nuestro matrimonio y Leonor me hizo padre al cabo de dos meses de residencia en Buenos Aires. Tuve el complemento de la felicidad.

Recien entonces, pensé en el porvenir, pues á pesar de ser bastante rico, no era posible que aquella fortuna pudiera ser eterna, si no le agregaba las utilidades de su propio

beneficio. Empecé pues á trabajar dedicándome al comercio y haciendo viajes al extranjero con mucha frecuencia, porque así convenia á mi especulación.

Las primeras separaciones de Leonor, sufría mucho pero luego la costumbre y por otro lado que ella misma me daba fuerza con su entereza que yo entonces ciego todavía, calificaba de sacrificio, me daba valor, digo, y demostraba con esa habilidad y astucia que solo poseen las mujeres, la necesidad de acumular oro para nuestro hijo.

¿Que importa, me decia una tarde de primavera, en que yo recién llegaba á mi casa y de la que tenía forzosa necesidad de salir al amanecer, que importa que te separes de mi, ahora, por muy poco tiempo quizá, si luego vuelves y después de unos días de cruel separación, te espero con ansia? Soy tu amante, no tu esposa hasta mis caricias son mas vehementes, porque he deseado mucho estar á tu lado y tu falta, me ha hecho insoportable el tiempo transcurrido, luego te recibo con un nuevo entusiasmo.

Yo oía á aquella muger, como oían los encantados héroes mitológicos, la voz traidora de la *Sirena*. Yo sentía las caricias de aquel demonio y no comprendía que eran falsas, me fascinaba, me subyugaba de una manera inverosímil é irresistible, era tan bella! y entonces mas porque la encontraba con nuevos encantos, me parecía doblemente hermosa. Así de este modo pasaron dos años, al terminar éstos, empieza la tragedia espantosa de mi vida, uno de esos dramas sin nombre que no se escriben porque horrorizan. Mi hijo Fernando tenía dos años y mi segunda hija seis meses, yo acariciaba á ambos y de ambos me costaba pesar separarme en mis ya perezosos viajes.

Leonor fria é indiferente me demostraba un tedio insoportable, vivía triste, aislado de ella, amándola mas que nunca y sin otra recompensa, que su duro y extraño tratamiento. Yo debía apurar la copa de amargura, hasta las heces y laapuré.

Una noche, noche tremenda, por el furioso Pampero, que soplabla, noche oscura y tormentosa como todas á cuya sombra se produce un crimen, yo estaba a bordo, habia salido aquella tarde al caer el sol, del puerto de Buenos Aires en dirección á Montevideo, cuando por la amenaza de un temporal varió el programa el prudente Storp, capitán del *San Luis*, habilitado por mí, y volviendo á balizas interiores, se puso al abrigo.

Mi casa no distaba mucho del muelle, así que teniendo un bote, esa noche podia pasarla en compañía de mis hijos y mi esposa. En efecto, así lo hice y una hora después, yo entraba de puntillas á sus habitaciones, satisfecho, como un niño, de la sorpresa agradable que produciría mi presencia allí.

Crucé mi gabinete, luego el cuarto de los niños, y me detuve asombrado en el cuarto de vestir, ante una voz de hombre que parecía salir de la alcoba de mi mujer, aquella voz decia:

—Eso no es lástima.

—¿Y entonces —esclamó Leonor con voz angustiada— entonces, ¿como llamáis á ese sentimiento?

—Cobardía —replicó aquel hombre.

No sentí mas por el momento, me zumbaron los oidos, apoyé las manos en la pared y un vértigo espantoso nubló mis ojos.

—¡Dios mio! —murmuré muy quedo— ¿que es esto?

Y un momento indeciso, no supe que hacer, si huir, arrojarle al rio ó vengarme.

Sin duda algún pequeño roce ó ruido llegó á ellos, porque él dijo:

—Parece que alguien anduviera aquí, ¿estás segura de que se embarcó?

—Cómo de que estás tú aquí querido mio —dijo Leonor.

Di un paso y pudiendo ver sin ser visto, quise conocer al amante de mi muger, al bárbaro que habiendo tantas mujeres libres, cometió la infamia de robarme la que formaba el encanto de mi vida. Leonor estaba sentada en un sofá

pequeño, tenía un ligero traje de confianza, estaba hermosísima así, con tan encantador descuido. Él era un hombre también hermoso, alto y esbelto su talle, llevaba traje militar y tenía la cabeza descubierta: sentado al lado de Leonor, acariciaba la frente de esta con una mano y con la otra, sujetaba un habano encendido.

El diálogo que ambos sostenían, vive aún en mi memoria como marca de fuego, voy á sufrir mucho, pero voy á recordarlo todo.

—¿Con que dices —dijo Leonor, dulcificando su acento de una manera desgarradora para mí —con que dices que soy cobarde?

—Sí, eres cobarde y no me amas suficiente.

—¿Entonces todo mi sacrificio, no te prueba ese amor que constituye mi vida?

—Hasta cierto punto, sí; pero tu resistencia me estraña doble, por la misma razón de haberme sacrificado todo, no queriendo ahora abandonar al hombre que detestas, por el hombre que adoras. ¿Que te detiene?, dime.

—Mis hijos, sobre todo. Fernando que es su hijo y á quien no podría arrastrar conmigo, por un resto de compasión hacia Luis.

—Ah! si, tú le amas, todo es una farsa.

—¡Amarle! jamás Gabriel, jamás le he amado, ni siquiera en los primeros días de nuestro matrimonio. Una deuda de gratitud exaltó mi imaginación inclinada á todo lo romántico, y haciéndome confundir la verdadera pasión, con un sentimiento pasajero de muy frágil duración. Cuando desperté en los brazos de aquel hombre me encontré ligada á él con cadenas inquebrantables, pero su ternura era tanta, sus cuidados y solicitud tan grande, que muchas veces, sin saber definir lo que Luis me inspiraba, seguía sus transportes de ternura y el infeliz me creyó realmente enamorada. El sueño de mi vida ha durado hasta que he venido á América, hasta que te he hallado á ti, mi vida, realización de todas mis ilusiones.

El amante de la infame, de la falsa esposa, oprimio contra su pérfido pecho, el de la adúltera.

—Sí —le dijo enajenado— sí, sé que me amas, sé que llegarás á abandonar al odiado Luis, para vivir enteramente á mi lado.

Leonor titubeó un segundo y luego exclamó con firmeza.

—Sí, sí, lo abandonaré, á él y á su hijo, sí huiré contigo y con nuestra hija.

Una nube de sangre oscureció mis ojos, llevé la mano al cabo de mi rewólver y di un paso. ¿Que me restaba en la vida? ¡Mi hijo, pobre hijo mio!, ¿que iba á ser de él? Quise despreciar á aquella infame, pero mi odio tan grande, como fué mí amor, se desbordó tremendo y me lancé sobre ellos. Dos balas de mi rewólver se enterraron en el pecho del seductor y las cuatro restantes, las descargué frenético en el corazón de la adúltera, luego loco, ebrio de venganza, concluí con el fruto de aquel amor criminal y tomando á mí hijo en los brazos, huí de mi casa a la inmediata ribera, donde me embarqué en el "*San Luis*" variando su rumbo para *Chile*.

Durante quince dias, estuve entre la vida y la muerte. Storp, leal y generoso velaba, solícito á mi lado y no permitía la entrada á nadie cerca de mí, por temor, según me dijo después, á las tremendas revelaciones que yo hacía en medio del delirio. Él todas las escuchó de mi propia boca, llorando horrorizado, no de mi crimen, sino de la maldad de aquella muger tan amada por mí y que tan mal recompensó mi ternura.

El drama sangriento que enrojeció mi vida, fué el tormento, el infierno de mi porvenir en todas partes, por grande, por enorme que haya sido la distancia que me separara de Buenos Aires, veía á Leonor ora bella y amante como la vi tantas veces en el trascurso de mis dos años de dicha, ora ya adúltera, espirando agonizante sin exalar un ¡ay! con el blanquísimo seno acribillado por las balas de mi revolver, ora de rodillas con las manos juntas implorando perdón, con voz leve y tristísima, demandarme á su hija, á la hija de su amante, yo vivía loco.

Fernando mi hijo creció á mi lado, algunos años después le puse en un colejo y entonces yo sacudiendo aquel mundo de pensamientos y fantasmas envenené mi sangre con la mas refinada maldad á fuerza de sufrir me hice un demonio, sin creencias, sin fé. Y me propuse buscar un solo vastago que perteneciera al verdugo de mi felicidad, para vengar en él, el crimen de éste.

Satanás sin duda ayudó mis planes. Me trasladé á Buenos Aires desfiguré mi rostro y cambié mi apellido de Zorati por el de Rizzio, no fui conocido y en poco tiempo siendo rico comencé á hacerme espectral⁹. Unos me llamaban griego, otros judío y todos se equivocaban mientras yo buscaba de todos modos realizar mi venganza.

Una tarde entré en un café, se jugaba y hablaba de todo; me senté en una mesa desocupada, inmediata á dos jóvenes que allí departían amigablemente y escuché sin pensar lo que estos hablaban. Decía un joven de fisonomía viva y atrevida, de lente, y rizada melena, con su aire afrancesado y charlatán, á otro de aspecto simpático para quien no profesara el odio que yo abrigaba á los hombres en general.

—¿Conque te suicidas Augusto? ó lo que es lo mismo, te casas con una hermosa perla arjentina y nada me habías dicho, ¿que egoísmo! mira, cuando yo llegue á cometer semejante locura, desde el muelle hasta el once de Setiembre haré pegar carteles para que nadie ignore mi enlace, ¿que te parece? es una buena idea eh!

El otro joven se rio del chiste y luego repuso:

—Es verdad, me caso ó me suicido, como tu quieras pero no habia creído necesario proceder con tanta anticipación, pero ahora que tu has descubierto el incógnito, me es grato participarte mi próxima unión con la señorita Andrea de Bremont.

—Lo sabia, amigo, y te doy la enhorabuena por ello, dijo el joven Alberto oprimiendo con efusión la diestra del novio.

⁹ Probablemente un anglicismo por "expectable": alguien de quien se esperan cosas buenas, similar a "respetable".

El apellido pronunciado por el joven hizo en mí una impresión difícil de explicar. “Bremont, Bremont”, repetí, ese era su apellido, sí, estoy seguro, y luego seguí escuchando.

Alberto decía:

—Y tu futuro suegro, ¿como sigue?

—Hombre, su estado es delicado y generalmente sufre dolores atroces.

—Dicen que en una aventura amorosa, recibió dos balazos en el costado derecho, balazos, según he oído a persona caracterizada, descargados por el ofendido esposo que huyó enviando al otro mundo a la adúltera y dejando casi cadáver a Bremont; también cuentan, añadió el joven con asombrosa charlatanería, que el asesino trató de destruir, estrangulándolo, al fruto de aquellos amores, pero no logró su intento y la niña que hoy va a ser tu esposa, quedó solo ahogada y enferma por mucho tiempo.

El amigo de Alberto, quien supe después que se llamaba Augusto Medina escuchaba azorado a éste. Alberto prosiguió:

—Dicen que el esposo ofendido huyó sin que la policía pudiera darle alcance hasta ahora, llevándose un hijo que creía legítimo, ¡oh!

—agregó— es una tragedia orijinal con todos sus detalles.

—Sabes que es curioso todo lo que me cuentas —dijo Medina— te juro que ignoraba, semejante historia y he de tratar de averiguar la verdad del hecho.

—¿Y que dudas?

—No dudo de tí, pero sí de quien te haya contado tan patético dramon —dijo Medina en son de burla, levantándose en seguida.

Alberto añadió: adiós, hasta otra vista.

—Felicidad querido Augusto —contestó el del lente.

Medina salió.

Algunos momentos después yo estaba al lado del amigo de Medina.

—Señor Rizzio —me dijo, poniéndose de pié con galantería— tengo el honor de saludaros.

—A vuestras órdenes caballero —le dije— ¿pero quien os ha podido decir mi nombre?

—¡Vuestro nombre! pues señor, si todo Buenos Aires lo repite.

—¡Cómo!, ¿que decis! —esclamé como asombrado.

—Lo que ois señor Rizzio, y esto nada tiene de extraño puesto que sois rico y viajáis de una manera misteriosa.

Traté de sonreirme, pero no pude; estaba profundamente preocupado con la inesperada revelación que aquel joven atolondrado, acababa de hacerme sin saberlo él mismo.

—Ya veo que me conocéis —le dije— pero yo no tengo el gusto de saber con quien hablo.

—Con Alberto Orellanos, caballero, para serviros.

—Gracias —repliqué— á vuestra disposición también.

Me ofreció un asiento y sentándonos entablamos conversación

—¿Sois el amigo de este joven que acaba de salir? —le pregunté.

—Sí, ¿porqué me lo preguntáis? —respondió.

—Os diré. Me han dicho que pronto se une con la hija de Gabriel Bremont.

—Es verdad y es á fé mia una hermosísima criatura, perla de nuestros mejores salones, pero ¿vos le conocéis señor Rizzio?

—No á él personalmente, pero conocí una estraña historieta, en la que el tal Bremont era uno de sus principales protagonistas.

—¡Oh! recordáis, si, si—esclamó el joven riendo.

Y comenzó á relatar mi propia historia, con mas ó menos variación.

Mucho sufrí durante aquel relato, pero mucho gocé saboreando una venganza, tan cumplida como la que pensaba ejecutar. Acabamos por hacernos amigos y nos despedi-

mos, prometiéndome él, presentarme en la casa de Bremont en fuerza de la mucha curiosidad y simpatía que me inspiraba aquella desgraciada niña. . .

Transcurrió algún tiempo después de mi conocimiento con Alberto Orellanos y ya me sentía impaciente por visitar la casa del amante de mi muger, cuando un día se presento en mi bufete, mi joven amigo diciéndome.

—Vengo á invitaros para que asistáis al enlace de mi querido Medina con la hija de Bremont.

Disimulé la alegría y respondí.

—Os aseguro que tendré un verdadero placer en presenciar el acto.

—Lo creo, lo creo y por eso os invito, me dijo, á las nueve os vendré á buscar, si gustáis.

—Perfectamente, no os haré esperar.

Alberto estrechó mi mano y se retiró diciendo que tenia un mundo de quehacer aquel día.

Quedé solo pues pensando en mi venganza ya cercana, creando y deshaciendo planes para el porvenir. Aquel á quien yo habría jurado haber muerto por mi propia mano, á aquella niña que en su infancia acaricié como mia y a la que estrangulé mas tarde, como el fruto de un crimen nefasto y á quien creí dejar cadáver, aquellos dos seres á quienes odiaba muertos, se presentaban vivos ante mí y se ofrecían sin saberlo á mi insaciable venganza. Todo se presentaba espléndidamente infernal, llamo infernal, porque supongo que la providencia no podia ayudar mis sangrientos planes y solo un genio maléfico con su deseo constante de víctimas, secundaba todas mis ideas.

Llegó la noche y á las ocho y media ya estaba en traje de etiqueta, me fastidié media hora, hasta que se presentó Orellanos. Subimos en mi carruaje y algunos momentos después entrábamos en los grandes recibos de Bremont, y nos deteníamos en presencia de este.

Un estremecimiento, frió como la hoja de un puñal, recorrió mi corazón.

—El Señor Rizzio —dijo Orellanos presentándome á Bremont.

Este se inclinó, tendiéndome una mano, yo, temblé al estrechársela.

—¿Que tenéis? —esclamó Alberto, alarmado— ¿estáis enfermo?

—¿Acaso os habéis descompuesto? —agregó Bremont.

—No —dije— no es nada, no os alarméis, las luces, el perfume de las flores, tal vez habrán desvanecido mi cabeza.

—¿Queréis una copa de un tónico? —dijo solícito mi enemigo.

—Mil gracias caballero, respondí reponiéndome por completo.

Pasó el incidente y entramos al salón principal. Lo mas distinguido y bello de la sociedad porteña se habia dado cita allí, no se respiraba mas que perfumes, no se veía mas que luces y mugeres bellísimas, pero yo no veía mas que á Bremont, al mismo hombre que conocí y creí matar quince años atrás, no aspiraba otra cosa que conocer á su hija, á la hija de Leonor. Todo el mundo me miraba con respeto y curiosidad, algunos decían al pasar cerca de mi lado. Es el griego, el judío Luis Rizzio.

—Si —agregaba otro— el Monte Cristo moderno.

Y yo me sonreía de la candidez de todos y volvía á abismarme en mis ideas.

De súbito un movimiento unísono llenó el salón, la concurrencia se puso en pié y oí murmurar “¡los novios! ¡que linda viene ella! y él ¡que simpático!, ¡que elegante!”. Me alzé yo también y apretando con ambas manos el pecho, pude sofocar un grito de asombro próximo á exalarse ya. Era ella, Andrea, el propio retrato de su madre, solo cambiaba en el cabello y el color de los ojos, luego su misma boca y todas sus facciones. Sin embargo era mas bella, tenía su inocente rostro mas espresion de pureza, de inocencia que tuvo el rostro de mi infame esposa. Yo le miraba absorto y sentía despertarse en mi alma un sentimiento apasionado con su tendencia de natural malignidad.

La ceremonia concluyó cuando yo recién creí que iba á empezarse y vi á Bremont oprimir á los desposados en sus brazos y luego enjugar sus ojos huyendo del salón.

—Mucho la quieres —dije para mí— ¡Oh! yo te haré sufrir tanto que te mataré á fuerza de tormentos, esa niña será el instrumento de mi venganza, así como fué el fruto de tu crimen.

Y salí en su busca.

Recorrí los distintos salones y logré encontrarlo en el salón de juego, al lado en un sofá casi oculto en la cenefa de una colgadura.

—¡Oh!, mí querido señor Bremont —esclamé— ¿que estáis haciendo ahí?, ¿acaso no sois muy feliz con el enlace de vuestra linda hija?

Se volvió sorprendido y luego me contestó enjugando sus ojos.

—Y qué, ¿vos no sabéis que la felicidad tiene también su bautismo de lágrimas?

—Sí, lo sé —respondí— pero en este caso, perdonad que os diga, alguien podría interpretar mal ese llanto en un momento tan solemne.

—Tenéis razón, soy un niño debo vencerme —dijo poniéndose de pié y luego lanzando un suspiro— ¿que queréis?, vienen tantos recuerdos que es imposible ser de piedra.

—¿Acaso la madre de esa niña es vuestra esposa? —dije afectando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Mi esposa, sí su, madre —murmuró de un modo extraño y como si aquel recuerdo le hiciera daño.

Después enlazándome de un brazo, se apoyó en mí como pudiera hacerlo con un amigo:

—Vamos —me dijo.

Una nube de sangre pasó ante mi vista, era la sombra de la venganza envolviéndome por un instante entre sus rojos pliegues. Un minuto luché, pero mis planes estaban ya maduramente coordinados y tuve que hacer un esfuerzo

violento, inconcebible, sobre humano para acallar la voz del estermio que resonaba en mi corazón haciéndome estremecer de odio.

Entramos en el salón y me presentó á su hija. La joven me miró de arriba á bajo y un gesto nubló su semblante; me tendió la mano con frialdad y no obstante conocer su repulsión la invité á pasear, aceptó y la tomé del brazo.

—Gracias —le dije— me habéis hecho feliz concediéndome estar á vuestro lado, ¡sois tan bella!

Me miró como asustada y trató desasirse pero yo la retuve.

—No —le dije— todavía no, tengo que hablaros dos palabras, yo creo no es negareis, ¿verdad?

—Hablad caballero —murmuró sonrojada, bajando sus ojos— hablad pronto porque deseo sentarme.

—Bien, voy á deciros algo que ignoráis y que quizá os sorprenderá no poco, pero ha llegado el momento oportuno: escucha, primero que hace catorce años te odio muerta y ahora que la providencia te trae viva y feliz ante mí, te odio doble, voy á decirte, porque: tu eres hija de mi mujer, de la única mujer que yo he amado, esa mujer tuvo un amante, ese amante es tu padre y el fruto de ese crimen eres tú, ya ves si tengo razón para odiarte, y al decirle esto, la arrastraba violentamente hacia el fondo de una galería solitaria que daba al jardín.

La hija de Bremont, fijaba en mí sus espantados ojos y mas blanca que la cera, temblaba como la hoja de un árbol.

—Pero, ¡Dios mío! —articuló trémula— ¿que queréis de mí?, yo no os he hecho ningún mal.

—¿Que quiero de tí? ¡Vengarme!

—¡Pero si yo no os he ofendido!

—¿No me has ofendido?, si, tienes razón, tú no me has ofendido, es verdad; pero a pesar de ser inocente del crimen de ellos, vas á sufrir siendo el instrumento de mi venganza, te haré mía y después deshonrada te arrojaré á sus pies. ¡Serás mía! ¿lo oyes? ¿Cuándo? no sé, ahora nó. Después, cuando menos pienses: quiero prolongar el martirio y envenenar tu alma, con toda la hiél de que rebosa la mía. Quiero

vengarme de tu padre y para eso necesito algún tiempo, voy á retirarme ya, pero antes quiero prevenirte una cosa y es, que no digas á nadie lo que te ha pasado conmigo, guarda el secreto porque de lo contrario, revelaré á Medina tu origen despreciable y criminal, sabrá quien eres y quien es Gabriel Bremont, tu padre. Adiós —agregué— calla y olvida, que cuando menos me recuerdes, estaré á tu lado.

Salí después de apretarla entre mis brazos, mientras ella doblaba el talle desmayada.

Agusto suspendió un instante la lectura enjugando su ancha frente cubierta de sudor y mortal palidez.

—¡Infame! —murmuró, apretando los puños— ¡Infame!, ¡como abusaste de aquella niña indefensa!, ¿de que médios te valiste miserable asesino, para sellar su inocente labio?, ¡Oh! Si Andrea me hubiera revelado aquella escena, si tu no la hubieras hecho enmudecer haciéndola creer que con tu vil revelación, yo habíala de perder el aprecio, de seguro malvado, que te hubiera aplastado con mi brazo, como á un insecto ponzoñoso, tú asi lo comprendiste y por eso la aterraste con la amenaza.

Y Medina tomando de nuevo el cuaderno:

—Vamos á ver hasta donde llevas tú crimen —dijo y comenzó á leer.

Pasaron algunos dias y al cabo de ellos supe que Andrea una vez casada, habíase trasladado á una hermosa quinta, propiedad de su esposo, donde vivia en compañía de su padre. Yo recordaba á aquella niña y su recuerdo era dulce, casi puedo decir apasionado, ¡se parecía tanto á Leonor! Un sentimiento indefinible hacia latir mi corazón, cuando pensaba en ella y si Andrea me hubiera amado, en cambio de aquel amor celestial, hubiera olvidado mi venganza, quizá hubiera vuelto á ser bueno y generoso; pero mi destino estaba escrito y se cumplió.

Un día me levanté agitado, nervioso, con el rostro pálido y los ojos hundidos, habia llorado y la noche la habia pasado en vela, pensando en ella. Me puse á escribir y escribí este billete:

“Andrea: deseo verte, la vida de tu padre está en mis manos, tu puedes salvarla con una palabra. Esta noche en la puerta falsa del jardín te esperará á las diez mas ó menos. Luis.”

A las doce estaba yo allí. Andrea no se hizo esperar. Un hombre la acompañaba. Aquél hombre se detuvo y ella se adelantó sola. Había una luna hermosísima y todo vacía en el mas poético silencio, al sentir á la joven, me estremecí.

Se acercó y deteniéndose frente á mi.

—Me habéis llamado —dijo— ¿que queréis?

—Quiero que decidáis mi suerte.

—Yo nada tengo que ver con vuestra suerte, me habláis en el billete de la vida de mi querido padre y por...

— Si, si —le interrumpí— por eso habeis venido, bien pues, como os decia en ese billete, la vida de vuestro padre está en mis manos y vos la podéis salvar.

—¿En vuestras manos?

—Si, ahora mismo si quisiera. . . .

—¿Es decir que vais á asesinar á mi padre?

—Voy á vengarme de él.

—¿Y venis á decírselo á su hija?

—Precisamente, porque creo que su hija no dejará morir al autor de sus días.

Una sonrisa incrédula rizó su labio y volviéndomela espalda:

—Sois un farsante —esclamó— un loco, qué se yo.

—No, no soy ni lo uno ni lo otro —le dije, cerrándole el paso— os equivocáis.

—Dejadme ir, sino llamaré —me respondió.

—Aguardad, os suplico, aguardad un instante y escuchadme, después podeis ir os libremente, no creáis que yo quiero cometer ninguna violencia con vos.

Mis palabras parecieron tranquilizarla porque se volvió y sentándose en un banco.

—Os escucho —me dijo.

—Te he dicho Andrea, repuse tuteándola mientras daba á mi voz una inflexión dulce y cariñosa,—que tu podías decidir mi suerte y no he mentido, en otra ocasión te dije que odiaba á Bremont y el motivo de ese odio, consiste en que tu madre fué el amor de mi vida, á ella le entregué puro y lleno de fé un corazón que solo supo latir para el bien y la lealtad, ella me traicionó, desgarró ese corazón y hecho jirones, siéndo la burla y el escarnio de sus sacrilegos ultrajes, lanzó un grito furibundo, un grito potente de esterminio y venganza, un grito tan doloroso y tan cruelmente amargo, que acalló en mi conciencia la voz pura del deber y de la piedad. Me hice malo, maté, y una vez asesino juré por mis propias manos despedazar los vastagos que hallara de Bremont; ahora te hallo á tí y me falta valor para cumplir mi juramento, eres un ángel, Andrea, y tu puedes alzarme del cieno, volver á mi alma la luz que le falta y hacerme vivir para todo lo noble y generoso.

Y al llegar aqui me puse á sus pies y tomando una de sus manos,

—Se caritativa, tenme compasión —añadí.

La hija de Bremont se puso de pié.

—¿Y que queréis de mí? —dijo con acento breve y seco.

—¿Que quiero?, ¿y que acaso no me has comprendido?

—No.

—Quiero tu amor.

Andrea me envolvió en una mirada estraña, incomprensible

—Apartaos —me dijo, con una altivez, con un desprecio tan insultante, con tanta repugnancia hacia mi, que involuntariamente me alzé.

—¿Y porque quieres que me aparte? —le pregunté— ¿porque me rechazas?

Ella sin contestar á mi interpelación:

—Madre, madre infeliz—esclamó— tu fuisteis sin duda una mártir.

—Fué una infame —grité— una criminal una adúltera, una...

—Callad, ¡silencio! —me impuso— porque hay un extraño cerca, callad Don Luis y no insultéis á mi desgraciada madre.

—¿Y me amarás?

—¿Amaros yo? ¡Que horror! Don Luis, ¡no volváis á repetir esas palabras!

—Si me amas, renuncio á todo por tu amor; pero si me rechazas me vengaré no solo de él sino de tí, pero me vengaré de una manera diabólica, tu puedes regenerarme, tornarme al bien, salvar á tu padre y ti misma...

—Véngaos —dijo volviéndose— véngaos, vil asesino de mi indefensa madre, véngaos de mi noble padre, pero Dios os maldecirá y llegará un día en que sufráis toda la amargura, que hiciste apurar á aquellos.

—Sea, tu lo quieres, pues bien, lucharemos, yo soy mas fuerte y llevo la mejor, parte; me odias ¿es verdad?

—Con toda mi alma.

—Y yo te amo con todo mi infernal empeño y así como iba vengarme de tí, juro ahora que serás tarde ó temprano mia.

Lancé una carcajada medio satánica y di un paso, ella esperó sin duda que yo avanzara, porque llevó un pitito de plata ú oro, á los labios y dio un silvido. Una sombra avanzó, al ruido de sus pasos yo hui repitiendo:

—Serás mia, serás mia.

.....

Aquella noche no pude conciliar el sueño, un pensamiento germinaba en mi cabeza y loco, frenético, despechado, con un placer salvaje, deliraba despierto y la idea de la consumación de mi horrible plan me alhagaba.

—Vengado, vengado —repetía casi demente de odio— vengado de él, después de ella...

Amaneció, salté del lecho y me vestí. Salí á la calle y me encaminé al rio: todo aquel dia lo pasé sentado bajo los grandes sauces que embellecen la margen del Plata, frente á la barranca de la *Recoleta*.

Muchos ratos tendido boca abajo en el verde de los berros y gramillas, soñaba sin dormir y las sombras de Leonor y Bremont, veíalas cruzar ante mí, sonriéndose con desprecio ó maldiciéndome, entonces mi corazón rebosando odio, subía hasta mis ojos deshecho en sangre, poníanse rojas mis pupilas, temblábanme las manos, crispadas por la rabia y cual si aquellas sombras fueran palpables y reales, me arrojaba sobre ellas puñal en mano, clavándolo frenético en la blanca corteza de los árboles, ó ya sin objeto en el vacío que me rodeaba.

El toque lúgubre y quejumbroso dé la fúnebre campana de la *Recoleta* llamó á la oración. El espacio parecióme que se poblaba de visiones que bullían en torno mio, en rápidos jiros. Aquellas sombras vagas, é impalpables, se acercaban tocaban mis vestidos y lanzando jemidos dolorosos huían en tropel produciendo con su marcha un ruido semejante al choque de las alas de un pájaro monstruoso ó el ruido que produce la hojarasca al remolinarla el viento de Otoño.

La alada tropa, se alejaba y volvía á mí. Leonor estaba entre ellas y era la mayor de los fantasmas, danzaba como las otras y en una de sus vagorosas vueltas acercóse hasta helarme con su contacto. Abrió sobre su pecho la aérea túnica que ondulaba en el vacío y me enseñó dos bocas rojas que sangrando aún manchaban sus carnes impalpables.

—Mira, mira —me dijo con voz doliente— mira tu mano. Y luego lanzando huecas carcajadas se alejó llevando en su jiro todo el coro, de espíritus alados.

Cerré los ojos, mi cuerpo febriciente¹⁰ y enervado por la calentura se desplomó y perdido el sentido, me tendí cual largo era.

.....

Cuando abrí los ojos, seguía el fúnebre tañido de aquella campana; pero no era la oración, yo habia pasado en mi desmayo dos horas sin duda, porque aquella campana tocaba ánimas.

¹⁰ Por "febril".

Eran las ocho, mi cabeza se había despejado y casi sereno me puse de pié. Llevé la mano á la cintura; allí estaba mi puñal y mi revolver, acaricié á ambos y me alejé.

Subí la barranca por la quinta de *Pueyrredon* y en poco tiempo llegué á la de Medina. Resuelto y con paso firme entré por la puerta falsa, cruzé el jardín y agachado bajo la sombra de un viejo pino pasé tres horas observando.

A las once, todo yacía en el mas profundo silencio. Salí de mi escondite y avancé al interior, salvé la puerta de hierro que cerraba el primero, del segundo patio y me acerqué á una ventana baja de un cuarto independiente que yo creí ser el de Bremont.

Había luz y los postigos así como la ventana estaban entornados, no tenía reja y bastaba empujarla para entrar. Me detuve y miré: un hombre leía un periódico, estaba en el lecho y no era otro que mi enemigo. La luz de la lámpara daba de lleno sobre su rostro y yo podía contemplarlo á mi sabor.

Augusto al llegar aquí temblaba horrorizado recordando la muerte misteriosa de su suegro... y entre dientes murmuró.

—El, siempre él.

Luego continuó:

Poco rato después, Bremont quedó dormido, la lámpara estaba á media luz y yo penetré en la estancia. Mi pié, tropezó con el periódico que él leyerá y al ruido del papel, Bremont abrió los ojos, me quedé parado, en tanto, que él en silencio me miraba. Por fin saltó del lecho buscando sin duda una arma.

—¿Quien sois? —esclamó.

—¿Quien soy? ¿y que no me conocéis? —dije.

Entonces, restregóse los ojos, me miró dudando y luego articuló:

—¿Es extraño, vos en mi habitación Rizzio!

—¿Rizzio?, no, no es Rizzio —esclamé gozando en su turbación que iba en aumento —¿tenéis mala memoria ú os hacéis el olvidadizo?

—Juraría que erais Luis Rizzio.

—¿Luego vos no sabéis que el nombre también se cambia?

—Acabemos, ¿quien sois?

—¿Y no te arrepentirás de saber mi verdadero nombre?

—dije cambiando el tratamiento.

El también comenzó á tutearme diciéndome.

—Dime quien eres —y amartillaba un revolver que sacó de bajo de la almohada —dime quien eres ó te mato.

Lanzé una carcajada, y con voz sarcástica y burlesca.

—Soy el hombre que mas te odia en la tierra —esclamé— soy el burlado, el traicionado esposo de tu amante, de Leonor.

Un grito inarticulado arrojó su pecho, después pálido y convulso tomó la lámpara y acercó la luz á mi rostro, me examinó un segundo.

—Si, te reconozco, eres su verdugo, eres...

—Y tu eres Gabriel Bremont, el ladrón de mi honra, el asesino de mi felicidad, quiero tu vida y vengo á matarte...

—Yo también quiero la tuya —dijo— yo también te odio y vas á morir.

Y me hizo fuego.

La bala rozó mi sien izquierda y cruzó sílvando para estrellarse en la pared.

—Es inútil —le dije— no me matarás, Satanás me ayuda y tienes que sucumbir.

—Y á mi me ayuda Dios, mi causa es santa y morirás á mis manos, como muere un perro...

—Baja el arma y escúchame un momento —le dije, sin responder á su insulto.

Hízolo así y yo proseguí:

—Bremont, tu nunca has medido el daño que me hiciste, nunca pensaste en la espantosa amargura de que cubristes con tu infamia, los días de mi vida, antes tan bella y apacible; tu has mirado aquella fea y despreciable acción á través del mas refinado egoísmo, en mi adúltera esposa,

encontraste la víctima ven su ofendido esposo el verdugo, y sin embargo Bremont, la verdadera víctima es él, él es el verdadero mártir...

—Calla, calla bárbaro, tú la asesinaste de un modo horrible, ¿porque no me mataste á mi?

—Quise matar á ambos, pero á ti, solo te pude herir, ¿recuerdas?

Gabriel se cubrió el rostro con las manos.

—¿Tu sabes —proseguí— todo lo feliz que era Luis, antes que tú le arrebatas la felicidad, ¿tu sabes cuanto amaba yo á aquella hermosa muger! Mira era tanto mi amor, mi fanatismo por ella que hasta te hubiera amado á ti, si ella me lo hubiera ordenado, pero te hallé en mi casa, en mi ausencia como entra un ladrón á saquear el tesoro ageno, te encontré en sus brazos, gozando tu mi única felicidad, te encontré ya su amante con un impúdico fruto de ese criminal amor, ¡ah! Bremont, Bremont —grité demente de dolor al evocar tan amargos y dulces recuerdos— tu me quitaste la vida, mas que la vida, con quitarme á Leonor. Aquella noche de sangrienta tragedia yo estaba ajeno á mi deshonra, amaba en mi esposa, á la muger pura y virtuosa, jamás penseque ella, la náufraga abandonada y moribunda que yo salvé con riesgo de mi propia vida, la virgen de rostro candido y adorable que yo tanto amé, me vendiera, ultrajara y escarneciera mi fé, mi nombre, mi santa adoración, traicionara mi fidelidad haciéndome el vil juguete de su falta. Yo tenia dos hijos —proseguí— con un timbre tan profundamente doloroso que á mi mismo hacíame daño: dos hijos que formaban el encanto de mi vida, que alegraban mis tristezas y eran un bálsamo bienhechor á mis contrariedades, aquellos dos niños yo los amaba de la misma manera, me decían padre y esa santa palabra, colmaba todas mis aspiraciones. ¡Ay! Dios mio, uno de aquellos niños no era mi hija, era la hija adulterina, defamante de mi muger y sin embargo y o la había acariciado siempre, viendo en ella, un tierno retoño de mi ternura; habíala creído mi hija y la pérfida Leonor, le daba mi nombre al fruto de su falta, de su criminal frajilidad.

—¡Pobre Luis!—murmuró de pronto Bremont, fijando en mi sus ojos húmedos y empañados por las lágrimas

—¡Cuanto la amabas!

—Sí, sí —agregó siempre interrumpiendo mis palabras—tienes razón, —tu has sido la víctima y yo el verdugo, sí, sí, tienes razón, toda mi sangre no basta para lavar la afrenta, yo no era tu amigo, es verdad, pero de todos modos cometí un crimen que me quitaría el sueño y llenaría de fantasmas y remordimientos mis últimos días, si pudiera vivir en adelante. Estas vengado Luis —díjome, mientras que escribía con un lápiz que tomara de sobre la mesa de luz, en una hoja de papel algunas líneas— estás vengado, nadie sabrá, vivo enfermo y todos, como mi desgraciada Andrea, creerán que fastidiado de mis propios dolores me han quitado la vida.

Y doblando el papel le puso el sobre con letra grande pero desigual: su pulso temblaba y todo su cuerpo estaba trémulo. Dio un paso, tomó su ropa, se vistió apresuradamente y después amartillando el revolver, con que antes me hiciera fuego, lo alargó diciéndome:

—Végate, toma, mátame y después perdona mi culpa.

La grandeza de aquel hombre me anonadó. La idea de la venganza me había conducido allí; pero ante su actitud decidida y generosa no solo olvidé mi odio, sino que me sentí fuertemente conmovido. Bremont comprendió mi vacilación.

—Toma —me dijo— ¿que haces?

Alargué el brazo, tómeme el arma y él presentándome el pecho.

—Tira —agregó, firme y resuelto.

Saqué la baqueta y apunté, después me volví y arrojando lejos de mí el revolver:

—Adiós —le dije— vine á vengarme, pero tú nobleza me asombra, renuncio á mi venganza y sino te perdono por lo menos te olvido.

Salí, pero aún no habia dado dos pasos, cuando la detonación de una arma llegó á mi, haciéndome esclamar:

—¡Infeliz, ¡se ha muerto!

.....

En efecto, Bremont había muerto y gracias á aquella carta que en mi presencia escribiera á su hija todos creyeron que se hubiese suicidado cansado ya de sus propias dolencias.

Yo en tanto pensaba en Andrea y una ansia infinita devoraba mi corazón, la joven no me amaría jamas, esto bien lo sabia yó, pero su amor me volvía loco y su desprecio me enconaba. El orgullo y la altivez mas repulsiva fué la única contestación que obtuve á mis amorosas pretensiones.

Pasó lo menos un año, al cabo del cual me propuse de grado ó fuerza vencer su orgullo y humillarla á mi amor. Andrea sin duda ya me habría olvidado, quizá ni siquiera recordaba mi nombre, pero á mi no me sucedía lo mismo, su recuerdo habia llegado á quitarme el sueño y triste, consumido por un oculto pesar, pasaba los días siempre con la imagen de Andrea ante mis ojos [se parecía tanto á Leonor!, era tan bella, ¡tan pura!!

—Andrea, Andrea, ¡tu amor tu funesto amor me ha conducido á todo!, si no me hubieras inspirado esa ternura insensata, no hubiera cometido los crímenes que ennegrecen mi vida

Una tarde monté á caballo, tenia un plan y pensaba ponerlo en práctica.

Los esposos Medina todas las tardes daban un corto paseo, esperé la hora en que tenian costumbre de salir ambos y cuando los hube visto alejarse, piqué mi brioso caballo y al pasar frente á la puerta de la quinta le clavé con todas mis fuerzas las espuelas de aguja en los hijares y dando un feroz bote¹¹, me arrojó furioso sobre un montón de escombros, fracturándome un brazo y ensangrentando mi cara con porción de pequeñas heridas, que no obstante ser de poca gravedad, presentaban un aspecto lamentable.

¹¹ En una de las acepciones de “bote”, poco frecuente hoy en día, que da el DRAE, se lee: “Cada salto que da el caballo cuando desahoga su alegría o su impaciencia, o cuando quiere tirar a su jinete” (DRAE).

Di algunos gemidos y fingiendo un desmayo, quedé inmóvil, á pesar de serme casi insoportable el dolor del brazo, los criados de Andrea que eran dos, corrieron solícitos, como yo esperaba y entre ambos me alzaron llevándome en brazos hasta la quinta, donde, me tendieron en un cómodo lecho, lavando la joven mis heridas con agua y vinagre.

Comenzé á delirar y la calentura natural producida por la recalcadura¹² me vino á pedir de boca.

Cuando Medina entró se horrorizó de mi aspecto y su alma noble y generosa, como antes la mía, compadeció mi estado y ejerció conmigo toda la caridad de que son susceptibles los corazones buenos, todavía tiemblo al recordar la malignidad con qué recompensé sus cuidados, la infamia con que pagué sus afanes y el título de amigo que con tanta buena fé me daba.

Voy á extraer aquí, algunas páginas de un diario de Andrea, que logré sustraer después de robarle á su hija, y en las que ella narra con precisión las escenas que entre ambos tuvieron lugar, durante mi permanencia en su propia casa.

Don Luis copia en seguida las páginas que nuestros lectores ya conocen y luego prosigue:

“Andrea huyó de mi lado, dejándome casi cadáver, volví en mi y me puse de pié. La cabeza se me desvanecía y creía que iba á caer, dí algunos pasos intentando llegar á la puerta, pero no pude conseguirlo, hice un esfuerzo supremo y reflexionando sobre mi verdadera situación me lancé afuera arrastrándome: poco á poco se fué serenando mi cabeza y cobré fuerza, vendé mi frente, empapada en sangre, con el pañuelo y tomé el camino de la ciudad. A cada momento creía encontrarme con Augusto; pero Dios quiso que no lo hallara. Estaba casi exánime y me sentía desfallecer. Llegué á mi casa como un beodo¹³ y poniéndome en cama, curé

¹² Recalcadura: acción y efecto de recalcar (*DRAE*).

¹³ Beodo, da: (De *beudo*). adj. Embriagado o borracho. (*DRAE*).

con bálsamo la herida que aún conservo cicatrizada y me dormí después de jurar doble venganza y esterminio á la orgullosa Andrea.

No sé que tiempo dormí, solo recuerdo haber despertado sobresaltado, al ruido de un tremendo campanillazo. Un criado entró en mi cuarto.

—Os busca un caballero, señor —me dijo— y quiere veros á pesar de haberle dicho que no recibíais.

—Pues vuelve y dile que se retire, sea quien sea, estoy enfermo y no recibo á nadie.

Me di vuelta á la pared, sobresaltado, sin saber la causa, en tanto que el criado salió. A poco sentí de nuevo pasos y la voz de mi criado que decía:

—Pero Señor, no puedo dejaros entrar, os he dicho que no entrareis.

Oí un golpe y un cuerpo que rodaba y al propio tiempo una voz que creía conocer, que decía:

—Miserable, toma, déjame el paso libre.

Se abrió la puerta de mi alcoba y Medina, pálido por el coraje, é impasible y ríjido, adelantó hasta mí, abarcándome con su brillante y profunda mirada.

Di un grito y me desmayé.

En otra época yo no habría tenido miedo á ningún hombre, pero entonces, envuelta mi alma en la mezquindad del crimen, como vivia, y sobre todo ante la severa mirada de aquel hombre que no me habia hecho sino bien y á quien yo había tratado de robarle el honor, no solo tuve miedo, sino pánico, atroz, tremendo, como no lo habia sentido jamás.

Desmayado me amordazaron y cargaron conmigo.

Cuando desperté me hallé á bordo, navegando hacia Chile sin duda, pues á pesar de mis embarulladas ideas, creia percibir la pesada atmósfera del cabo de Hornos. Sin duda yo habría pasado muchos dias con calentura, porque á la altura en que nos hallábamos no se llega en cuatro ni ocho dias.

Algo extraño y pesado embargaba mi cabeza, me sentía con fuerza pero no podía comprender mi extraña situación. Cerré los ojos y traté de recordar la escena que tuvo lugar en mi casa, quedé aletargado y creí soñar que alguien me oprimía los pies y aún las manos al mismo tiempo, voces de hombres que discutían y otras voces que se reían fuerte. Abrí los ojos y comprendí que no soñaba, algunos marineros rodeaban mi cama, uno de ellos tomó un gran saco y poniéndomelo por los pies comenzó á embolsarme: quise hacer un movimiento y mis manos y mis pies, sujetos á una barra de hierro, quedaron inertes y sin acción, quise hablar, comprendiendo mi destino, y la lengua, fría y entorpecida también se negó á obedecerme. Aquellos, hombres cargaron con mi cuerpo y suspendiéndome sobre la borda del buque, me sentí balancear en el aire y luego arrojar me al mar. El golpe me aturdió; yo sabía nadar, pero estaba débil y sobre todo embolsado hasta el cuello, mi muerte era segura y mi tumba el fondo del mar ó el vientre monstruoso de algún tiburón ó ballena.

El peso que ya antes sintiera en mis pies, me parecía se desprendía y que mi cuerpo libre de aquella ancla subía á la superficie; en efecto, hice un esfuerzo inaudito y á pesar de la bolsa que me cubría, logré ver la luz de una hermosa y tranquila noche de Noviembre.

Mi cabeza cada vez mas débil, comenzó á perder sus pocas fuerzas y la idea horrenda, de mi muerte segura é inmediata, acabó de trastornarme, perdí completamente el equilibrio y sólo recuerdo haber lanzado un grito y luego el agua que me ahogaba. Sin duda principió mi agonía, porque una desesperación indefinible se apoderó de mí

.....
 Pobre, ¡mi fiel y leal Storp!, ¡tú eres mi salvador! Sin ti, ¿que habría sido de mí? ¡Oh! tiemblo aún al recordarlo.

El *San Luis* hacia viajes a distintos puntos y en uno de ellos, recorriendo el Pacífico, salvaron un hombre que luchaba, medio ahogado con las olas, no quizá por salvarse

sino jadeante por las ansias postreras de un agonía espantosa. Aquel hombre era yo y el capitán del *San Luis* se propuso salvarme y me salvó.

Luchó brazo á brazo con la muerte y triunfante me arrebató á su horrible guadaña, volví á vivir y alenté solo pensando en mi venganza.

Entonces odiaba á Medina y dilatábanse mis fauces, creyendo percibir el olor de su sangre.

Pasó un año, al cabo del cual, teñí mis cabellos de negros que eran en rubio colorado, afeitame el bigote y mi larga barba negra, teñí mi cútis moreno en blanco mate y completamente desconocido volví á Buenos Ayres. Me llamaba Guillermo Preen y como poseía con perfección el inglés, me creyeron *yankee*.

Algunos días después de mi arribo á Buenos Ayres, me hice presentar en casa de Medina y con el pretexto de arreglar ciertos asuntos de frutos del pais, hablé á Augusto sin que me reconociera, propúsele, como á corredor que él era, la esportacion directa, hecha por mi en mis buques á los mercados de Londres, donde obtienen esos productos precios fabulosos.

Medina no se entusiasmó; pero en cambio, aceptó el negocio y traté de grangearme su confianza. En pocos días, franco y leal, como él era, me abrió las puertas de su casa, me invitó á sentarme en su mesa, cosas todas que yo rehusé, porque siendo las mugeres, mil veces mas perspicaces en general que los hombres, podíale hacer á Andrea, descubrir en mí á su enemigo encubierto. Me limité á entrar solo á su despacho y allí permanecía horas enteras con Medina, hablando siempre de grandes negocios, de honor, de puntualidad comercial y de otras cosas que yo ni conocía, hice bien mi papel y el infeliz me creyó!"

Un estremecimiento espantoso, recorrió el cuerpo de Medina al leer esto.

—Si, si miserable —murmuró— yo no te perdonaré jamás aunque tu alma vague en los profundos infiernos, por toda una eternidad.

Y volvió á leer enjugando el sudor que inundaba su ancha frente.

“La pequeña Andrea, era muy linda, me amaba y yo la odiaba. Muchas veces saltando sobre mis rodillas, acariciábala con un placer salvaje, saboreando ya una venganza que no tardaría y cuyo instrumento, iba á ser aquella niña.

Habian pasado dos meses y me pareció oportuno dar el golpe, estaba impaciente y me decidí, fui aquella tarde á casa de Medina: al llegar á su puerta la casualidad, ayudó mis siniestros planes. La niña corriendo y jugando salía á la vereda, iba sola y parecía huir.

La llamé, vino hacia mi y tomándola en mis brazos eché á correr con ella, subí en un carruaje que hube dejado á la vuelta de la opuesta acera y escape, huí en dirección al puerto. Antes de llevarme la niña, dejé en el buzón una carta que decía lo siguiente:

Y Rizzio copia la que nuestros lectores conocen, adjunta al manuscrito de Andrea.

“Llegué al puerto y me embarqué en el *San Luis* que me esperaba en balizas interiores. La niña lloraba desesperadamente y se negaba á comer llamando ora á su madre, ora á su padre.

—¡Pobre hija de mi alma! —murmuró Medina enjugando con el dorso de su mano una lágrima y luego con los puños crispados, murmuró: “monstruo, si le levantarás de tu inmunda tumba, te volveré á matar”, después prosiguió.

Hubo momentos en que me mortificó tanto el lloro incesante de aquella criatura, que pensé en matarla; pero reflexionando que de su conservación pendía el complemento de mi plan sufrí hasta que comenzó á consolarse comprendiendo quizá que no tenía otro remedio.

Llegamos á la Habana y allí me instalé en un ingenio de azúcar, donde en calidad de mayordomo, dirigía el trabajo de los esclavos. Mi objeto al sacrificarme de semejante manera, cuando por un puñado de oro, del que estaban bien repletas mis arcas podía comprar el ingenio, era solo el

deseo de que Margarita se familiarizara con las crueldades que allí inventaba yo y las que la hacia presenciar á ella, á pesar de sus súplicas, cuando era mayor.

Yo quería endurecer á fuerza de aquellos sangrientos espectáculos aquel tierno corazón; pero á pesar de todos mis esfuerzos, jamás conseguí que Margarita, que éste era el nombre con que yo la habia bautizado, castigara á un negro á pesar de ordenárselo yo y de jurarle que ella iba á ser castigada á su vez sino obedecía¹⁴.

Recuerdo un día en que le ordené diera veinte azotes á una joven negra de su misma edad. Margarita me miró, se sonrió con desprecio y poniéndose de pié me dijo resuelta:

—No la castigo.

La amenazé.

Entonces, tirándome por el rostro el látigo:

—Toma —me dijo— castígame si quieres, no te tengo miedo.

Entonces tenía ocho años y no tuve valor para castigarla, reconocí su altivez hereditaria y me convencí de que eran inútiles todos mis esfuerzos para cambiar sus sentimientos. Comenzé á emplear con ella la dulzura, á ser afable, casi tierno y me llamó padre.

¹⁴ Probablemente, Pelliza estaba al tanto de las crueldades perpetradas por los blancos hacia los negros en las plantaciones cubanas gracias a la novela *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde (1867), que tuvo considerable circulación por América Latina en el siglo XIX. En dicha novela, el escritor cubano dedica varios capítulos a denunciar las condiciones inhumanas en que vivían los esclavos en los ingenios de la isla. La novela fue una pieza clave en la lucha por la abolición de la esclavitud. Entre los análisis más serios de la novela y del autor cubanos, cabe mencionar: "Pechos de leche, oro y sangre: Las circulaciones del objeto y el sujeto en Cecilia Valdés", de Christina Civantos (*Revista Iberoamericana* 71.211, 2005, pp. 505-19); "Antiesclavismo e independentismo en Cecilia Valdés" de Carlos Andrés Gil (*Siglo Diecinueve* 2, 1996, pp. 101-16); "*Cecilia Valdés*, espejo de la esclavitud" de César Leante (*Casa de las Américas* 15.89, 1975, p. 19-27; "*Cecilia Valdés*: La mulatería como símbolo de identidad nacional en la sociedad colonial cubana", de Humberto López Cruz, (*Hispanófila* 125, 1999, pp 51-61).

Margarita cumplió los diez años y bajo el nombre de Luis Saavedra, con la barba crecida, cana ya, anteojos verdes y consumido por mi propia maldad, volví á Buenos Aires, donde desconocido de todos, coloqué á mi supuesta hija en el colegio de huérfanas de la Merced. Mi hijo Fernando terminó sus estudios en *Chile* y se reunió á mi, tratando á Margarita como á su hermana natural; así se lo hice creer y como tal pasó.

Aquí habia algunas hojas truncas, parecían arrancadas con violencia, porque pegados aún á la encuadernación del manuscrito veíanse algunos pequeños fragmentos de papel.

Agusto volvió las hojas precedentes y convencido por la numeración de que estaba truncas las memorias, hizo un gesto de contrariedad y siguió leyendo. La letra era desigual casi inteligible, la forma de las memorias también variaba, porque mas bien se parecia á un diario.

.....

Sólo, solo con mi ódio y mi venganza, solo siempre como el judío errante, como el condenado tonelero. Fernando, mi hijo, era el único amor de mi vida, la única afección que me ligaba á un ser viviente, ahora estoy solo, ha muerto, me lo han muerto mejor dicho, ¿que haré?, sufrir y odiar, para después vengarme, hasta de aquellos que nada me han hecho

.....

¿Estoy loco?, no lo sé, pero extraño lo que me pasa. Margarita con mas hermosura y gentileza que la madre y la abuela, me inspira el mismo sentimiento que aquellos me inspiraron.

¡Dios mío! estoy maldito estoy condenado!, amo á Margarita, como amé á Andrea

.....

Es tan difícil mi situación que á la verdad no hallo medio de salir bien de ella... Margarita, mi hija adoptiva, está enamorada, y enamorada del asesino de mi hijo, á quien ella

creyó su hermano siempre. Lucha, pero es peligroso y casi posible de que su corazón se incline á perdonar y olvide todo ante su amor.

Yo amo á Margarita, ella me cree su padre, y el dia menos pensado, vendrá de rodillas á pedirme perdón para su amante y yo odio á su amante Plácido Santillana porque mató á mi hijo y porque me roba á Margarita...Le odio y le quitaré de en medio

.....
Aquí seguían algunas páginas en las que Don Luis, narraba los últimos crímenes y sucesos de que él fué principal protagonista y los que el lector conoce en el trascurso de esta historia.

Augusto concluyó y tomando el manuscrito por una punta, lo acercó á la luz y comenzó á quemarlo; pero en aquel instante, yo penetré en la estancia y arrebatándoselo:

—No lo queméis —le dije.

Medina suspendió el auto dele que iba á poner en práctica y volviéndose

—¿Quien sois? — me dijo asustado, creyéndome sin duda, la sombra de Don Luis.

—Eso no os importa —le respondí— soy una muger de carne y hueso, no penséis que soy sombra, miradme á la luz y después cededme ese manuscrito que debe ser interesante...

—¡Oh! sí, es muy interesante —esclamó ya tranquilo, fijando en mi sus grandes y hermosos ojos turquí— es muy interesante, pero no comprendo el objeto que...

—¿Mi objeto? voy á decíroslo en dos palabras, es hacer de esas memorias una historieta¹⁵, sino interesante, por lo menos verídica.

—¿Luego sois escritora?

—Aficionada, Señor Medina, nada mas que aficionada.

Entonces alargó el cuaderno, yo respiré.

¹⁵ Debe tomarse aquí como sinónimo de "novela" o, para la época, una suerte de historia sin importancia.

—Tomad —me dijo— componedlo á vuestro antojo, pero variad los nombres.

Me incliné llevando en mi mano el manuscrito do Rizzio y salí de allí, sin que hasta ahora, haya podido yo saber, como efectué mi entrada y mi salida..... sin duda iba *sonámbula*.

FIN

